

REVOLUCIÓN MUNDIAL Y MEDIDA  
GEOPOLÍTICA DE CAPITAL



REVOLUCIÓN MUNDIAL Y MEDIDA  
GEOPOLÍTICA DE CAPITAL

A 150 AÑOS DE LA REVOLUCIÓN DE 1848

*Jorge Veraza Urtuzuástegui*

Primera edición, 1999.

Editorial Itaca  
Piraña 16, Colonia del Mar  
C. P. 13270, México, D. F.

© 1999 Jorge Veraza Urtuzuástegui

© 1999 Editorial Itaca

ISBN 968-7943-12-2

Impreso y hecho en México

## ÍNDICE

Índice	5
Prólogo	7
Introducción. La especificación histórica del <i>Manifiesto</i> y de nuestra época	19
 PARTE I: HECHOS EQUÍVOCOS Y ÉPOCA EQUÍVOCA	 55
La revolución europea de 1848 en 10 tramos históricos	46
<i>Héroes del destierro</i> , ironías de la historia del 48	71
<i>Herr Vogt</i> o la política internacional burguesa	78
 PARTE II: EXPRESIÓN IDEOLÓGICA EQUÍVOCA MÚLTIPLE	 139
La relación de Marx con la revolución de 1848	111
“Hacia 1848”, de Eric J. Hobsbawm	147
Eduard Bernstein interpreta la revolución de 1848	157
Polémica en torno a la posible revolución socialista alemana de 1843 y 1848	251
“La posición de Marx en la revolución europea de 1848”, de Karl Korsch	212
La perspectiva de Marx respecto de la revolución francesa de 1848	237
Conclusión	254



## PRÓLOGO

*En la Europa occidental, 1848 señaló el final de la política tradicional, de la creencia en los patriarcales derechos y deberes de los poderosos social y económicamente, de las monarquías que pensaban que sus pueblos (salvo los revoltosos de la clase media) aceptaban, e incluso aprobaban, el gobierno de las dinastías por derecho divino para presidir las sociedades ordenadas por jerarquías.*

Eric Hobsbawm, *La era del capital, 1848-1875*.<sup>1</sup>

El libro que el lector tiene en sus manos reflexiona un hecho histórico altamente significativo para la modernidad, la revolución europeo-continental de 1848, la primera revolución mundial, por decirlo así.<sup>2</sup> Este hecho es especialmente significativo para la izquierda a nivel mundial.

La primera parte del libro puntualiza la estructura y el significado histórico de la revolución de 1848, la segunda parte, lo que se ha pensado en torno de ese hecho o, más bien, lo que se ha malpensado. Esta equivocidad no es exclusiva de la izquierda sino que resalta en ella porque el asunto de la revolución mundial es decisivo para este sector del pensar moderno, sin embargo —a mi modo de ver—, sólo la izquierda la puede revocar, precisamente reconsiderando los hechos, la actuación de Marx en ellos y el pensamiento de éste sobre los mismos y sobre el capitalismo en su conjunto. En síntesis, lo que el lector verá en las páginas que siguen es un *hecho histórico* y su *ideología correspondiente*.

1. La equivocidad aludida le pertenece al hecho mismo y deriva del avatar revolucionario que dio inicio a la modernidad con toda propiedad, pues inauguró no sólo una *economía bur-*

---

<sup>1</sup> Editorial Crítica/Grijalbo, Barcelona, 1998 [1ª edición inglesa, 1975], p. 36.

<sup>2</sup> “*La de 1848 fue la primera revolución potencialmente mundial*, cuya influencia directa puede detectarse en la insurrección de Pernambuco (Brasil) y, unos cuantos años después, en la remota Colombia. En cierto sentido, *constituyó el paradigma de «revolución mundial»* con la que a partir de entonces soñaron los rebeldes, y que en momentos raros, como, por ejemplo, en medio de los efectos de las grandes guerras, creían poder reconocer. De hecho, tales estallidos simultáneos de amplitud continental o mundial son extremadamente excepcionales. En Europa, la revolución de 1848 fue la única que afectó tanto a las regiones *«desarrolladas»* del continente como a las *«atrasadas»*.” *Ibíd.*, p. 22, cursivas mías.

guesa internacional sino una *política* burguesa intranacional e internacional. Ni más ni menos, la primera figura de un cosmos burgués, con su correspondiente horizonte *cultural*, es originada por una “revolución mundial” que ofrece sugerencias de cómo habrá de ser esa otra revolución mundial que barra con el cosmos burgués de figura más acabada, auténticamente globalizado. Pero esas sugerencias trascendentes fácilmente se confunden con el afianzamiento de la propia modernidad en medio de la que espigan. Sin embargo, al alzarse la ola revolucionaria de 1848 que consolidara a la época moderna, también se levantó el *Manifiesto del Partido Comunista*, con su crítica radical de la sociedad burguesa e incluso de los por entonces inminentes sucesos del 48. Crítica cuya pertinencia llega *hasta hoy*, en el 150 aniversario del *Manifiesto* y de aquella revolución que también posibilitó esa expresión teórica coherente y no sólo una alienación general.

Que un hecho equívoco se exprese en múltiples ideologías equívocas es espectáculo deslumbrante pero que de suyo no merece ser explicado; pero sí lo es si contiene como fenómeno concomitante una expresión teórica coherente, misma que, frente a lo equívoco del hecho histórico total, no puede ser sino la crítica radical del mismo. Este *exceso* por sobre los límites de la enajenación material y espiritual de la modernidad ciertamente requiere de explicación. Y más cuando con el paso de los años adquiere una *faz lujosa*, según que 150 años después sus palabras de revolución mundial son claras, precisas y describen con nitidez la estructura esencial del cosmos neoliberal posmoderno del capitalismo globalizado, a la vez que —con la extraña luz negra que emana de ellas— lo hacen temblar, aunque aquél pretenda lo contrario, obsesionado en negarlas para recobrar el sueño.<sup>3</sup> De ahí que las dos partes del presente libro estén antecedidas de una Introducción, en la cual se avanzan los conceptos esenciales que nos permiten *especificar históricamente* nuestro mundo actual y, asimismo, esa hora en la cual se publicó el *Manifiesto* y en que reventó la revolución de 1848. En fin, esos conceptos nos permiten entender el des-

---

<sup>3</sup> Para anunciarlo demostrativamente, publiqué un comentario al *Manifiesto del Partido Comunista: Leer nuestro tiempo. Leer el Manifiesto del Partido Comunista*, Editorial Itaca, México, 1998. Aquel libro y el que tiene el lector en sus manos se complementan, por supuesto.

pliegue habido entre 1848 y 1998 y, por ende, lo puesto en juego en las dos partes del libro. El concepto de *medida geopolítica de capital* es el que sirve para esta doble especificación.

2. Ahora bien, si algo así como una revolución mundial comunista fuera posible, fue eso lo que dejó entrever —y a la vez confundió— la revolución de 1848. Y tal es también el objeto teórico del *Manifiesto del Partido Comunista*. Y, a menos que lo prohibiéramos explícitamente, esa revolución mundial comunista no puede dejar de ser el objeto teórico de una reflexión seria sobre la revolución de 1848 y la posición de Marx en ella y, a la vez, sobre nuestra época, desde la que hacemos esa reflexión en torno al pasado, y en la que, por un vuelco dialéctico de reciprocidad histórica, nos vemos lanzados cara a cara frente al porvenir. El cuestionador se convierte en cuestionado pero sin dejar de instaurar su cuestionamiento; así que, entonces, pasa a actualizar la pregunta que le espeta el pasado y pasa a formularsela al porvenir.

Si en nuestros días es posible algo así como una *revolución mundial comunista* —y está de por medio la proletarización mundial de la humanidad<sup>4</sup> que empuja a ello—, una de las condiciones decisivas de esa posibilidad, una *conditio sine qua non*, es el esclarecimiento de la conciencia revolucionaria acerca de la revolución mundial. Este esclarecimiento pasa necesariamente por establecer la idea de Marx y de los marxistas al respecto, esto es, por confrontar la idea de Marx y la de los marxistas. En otros términos, se trata de superar la llamada “crisis del marxismo”. En lo que tiene de real y no de falaz, esta crisis es fundamentalmente, en la *base*, crisis de lo que hoy se piensa acerca de lo que es el capitalismo (crítica de la economía política)<sup>5</sup> y, en la *cúspide*, crisis de lo que se piensa acerca de la *revolución mundial* (crítica de la política). Esta última cuestión se juega hoy, por extraño que parezca, a propósito de una revolución democrático-burguesa acaecida hace 150 años.

---

<sup>4</sup> Cfr. mi “Proletarización mundial de la humanidad”, Editorial Itaca, México, 1993.

<sup>5</sup> Cfr. mi *Para la crítica a las teorías del imperialismo*, Editorial Itaca, México, 1987.

La discusión acerca de la revolución de 1848 es, pues, la de un punto estratégico, la de un *hecho decisivo en el trastocamiento de la política de la izquierda a nivel mundial*, y, por ende, de su esclarecimiento. ¿Por qué?

3. Porque no sólo la Comuna de París y otros movimientos rebeldes del siglo XIX, sino sobre todo la revolución de octubre de 1917 en Rusia quiso ser entendida con base en un malentendido relativo a la de 1848 en Europa y, luego, la revolución de 1918 en Alemania y la húngara en 1919 y tantas otras, (pasando por la revolución española, la china y la cubana, hasta llegar a la nicaragüense, etc.) han querido ser entendidas e incluso proyectadas o entrevistas con base en la de 1917, y así seguido. La conciencia de la izquierda piensa su actuar político a propósito de cualquier tópico —generalmente sin saberlo— con base en una toma de posición implícita, ni más ni menos, que a propósito de la revolución de 1848 y de la actuación de Marx en ella.

El libro que el lector tiene en sus manos trata de volver consciente aquello que transcurre inconsciente, diseñar la mirada y la conducta futuras con base en esta reapropiación de la conciencia, donde nosotros somos el analista al mismo tiempo que el paciente. ¿Nosotros? Pero, ¿quién es nosotros? Un personaje que se define en el curso de los acontecimientos, en lo que quiere y en lo que puede asumir y lograr. Ese evento, la revolución mundial, es el crisol donde deviene realmente nosotros.

En medio de aguas tan turbulentas como las de la modernidad, en las que los hechos y los sujetos transfiguran su faz y sus funciones, etc., el pensamiento coherente y su fundamentación son compañeros imprescindibles para situarse en el devenir, para lograr tanto más a fondo la realización de ese nosotros que involucra a cada uno hasta la médula. Así que uno de los rasgos del enemigo es su coqueteo para que prescindamos de la coherencia y de la fundamentación de las razones, sus golpes de pecho posmodernos en favor del “pensamiento débil”, aparentando humildad cuando pisotea con soberbia a la razón, a la que llama soberbia encubriendo, así, la propia.

Este libro asume, más bien, que el nosotros —su engarzamiento interactivo— es uno con la coherencia del pensamiento y de la emoción, y que esta unidad es lo que se expresa en el

nosotros. La libertad es el juego de estas instancias, por lo que el libro se atiene constantemente a criticar incoherencias y encontrar y construir fundamentos.

4. El “hogar clásico” del capitalismo —dice Marx— es *Inglatera*, de suerte que en *El capital. Crítica de la economía política*, Marx ilustró sus argumentos con situaciones históricas inglesas, tanto de la acumulación de capital desarrollada como de la acumulación originaria de capital, no obstante que esos argumentos fueran generales, tanto *espacial* como *temporalmente* hablando, esto es, aplicables a otros países y a toda la época de existencia del capitalismo, no sólo al siglo XIX. De modo similar, Marx quería ilustrar su teoría de la renta del suelo con base en las variadas formas de propiedad de la tierra que encontró en *Rusia*, lugar clásico para este propósito.

Aunque explicaré más abajo lo que sigue, quiero de entrada entregarlo en resumen a la consideración del lector: así como Inglaterra es el “hogar clásico” del capitalismo, y Rusia es el de las *formas de propiedad de la tierra*, el “hogar clásico” para el análisis crítico-comunista de la *revolución mundial* lo constituye la revolución europeo-continental de 1848.

5. La teoría del *desarrollo capitalista* de Marx, codificada con el título de *El capital. Crítica de la economía política*, analiza críticamente a la sociedad burguesa o, en otros términos, explora las *condiciones de posibilidad de la revolución comunista*; más claramente dicho, toma a la sociedad burguesa como condición de posibilidad de la revolución comunista; por ello, quiere saber y hacernos saber cómo es que está constituida y cómo funciona esta sociedad y cuáles son sus límites. El complemento de la crítica de la economía política es, según Marx, la *crítica de la política*, la cual también se plantea como objeto teórico la indagación de las *condiciones de posibilidad de la revolución comunista*, pero asumidas en otro nivel analítico discursivo, el de la política o de gestión de las libertades en la sociedad burguesa. Mientras que lo económico tiene por contenido la gestión de las necesidades.

6. Para Marx, la crítica de la política no tiene por objeto al Estado, ni el juego de los partidos, la clientela de éstos y el consumo de la misma por parte de los partidos, etc., aunque son aspectos a tocar. Más bien, como digo, el objeto de la crítica de

la política es la *exploración crítica de las condiciones de posibilidad de la revolución comunista desde el punto de vista de la gestión de las libertades*, en complemento de la crítica de la economía política. En el interior de ese objeto tienen lugar los respectivos apartados de los tópicos de la ciencia política académica recién mencionados, así como otros que por supuesto no son académicos, tales como la cuestión del doble poder o la revolución permanente y la crítica de la burocracia tanto en el Estado como en los partidos; ni qué decir de la complementariedad entre la representatividad política y la autogestión de la producción, del consumo, de la circulación y de la distribución de la riqueza social, y al nivel de cada empresa como al del conjunto de las mismas, etc.

7. Pues bien, como el “hogar clásico” para el análisis crítico de las condiciones de posibilidad de la revolución comunista mundial observadas políticamente es la *revolución europeo-continental de 1848*, con base en esa revolución Marx y Engels analizaron y valoraron constantemente todos los ulteriores sucesos revolucionarios y no revolucionarios, europeos y no europeos, que se relacionaron con la temática general aludida. Lenin supo ver este hecho, aunque no pudo dar cuenta del por qué de esa preferencia de Marx y Engels.

En lo que sigue nos ocuparemos de la crítica de la Revolución de 1848 intentando *precisar* las ideas de Marx y Engels respecto de la misma, así como sus posiciones en ella. Ambas cuestiones han sido malentendidas sorprendentemente y puntualizarlas es tarea básica para la elaboración de la crítica de la política con base en su objeto teórico específico.

8. De la lectura de la primera parte del presente libro el lector obtendrá una *semblanza general* de la revolución europeo-continental de 1848. Como la revolución tiene sus premisas y sus resultados cercanos, abordamos un período de 30 años, de 1830 a 1860. Así, la revolución de 1848 queda situada en el *desarrollo histórico capitalista* y como factor del desarrollo civilizatorio que llega a nuestros días.

Por su parte, la lectura de la segunda parte ofrece un *panorama matizado* de la revolución de 1848. Pero, precisamente, al modo de discutir lo que no fue pero ha sido creído que fue esa revolución o la actuación de Marx y Engels en ella. Se trata, pues, de una matización polémica, pues, enderezada

contra insignes intérpretes de la misma, todos marxistas o que alguna vez lo fueron. Es decir, discuto interpretaciones equívocas para reponer los hechos en su lugar.

Por cierto, la polémica con estos autores se enzarza en un período histórico de más de 100 años, pues obliga a visualizar los momentos históricos en los que ellos escribieron sus respectivas interpretaciones del suceso revolucionario pretérito (1895, Eduard Bernstein; 1902, Franz Mehring; 1918, Rosa Luxemburgo; 1948, Karl Korsch; 1973, Eric Hobsbawm; 1975, Fernando Claudín y Eric Hobsbawm de nuevo; 1984, Aníbal Yáñez). En realidad, en todo el libro expongo mi propia interpretación de la revolución del 48, primero en positivo y en general, y luego polémicamente y particularizándola, de suerte que la semblanza general que ofrezco *prueba* su pertinencia al notar la incoherencia de otras interpretaciones y afianzar, por contra, la propia.

9. La primera parte de este libro la componen tres ensayos. El primero espiga una interpretación original del período con base en una cronología al uso<sup>6</sup> de la revolución de 1848. Mi intención en este primer ensayo es demostrar que *esos* hechos se explican coherentemente mediante *esa* interpretación cuya clave es el paso de la medida continental de capital a la medida mundial, paso ocurrido precisamente entre 1848 y 1850, y siendo la crisis económica inglesa de 1847 y la revolución de 1848 su jalón fundamental. El segundo y el tercer ensayos comentan sendos libros de Marx sobre el período consecutivo al año de 1848. Tomo a Marx como *testigo epocal* decisivo de los sucesos. Se trata de libros muy poco comentados y que redondean y esclarecen las posturas de Marx en 1848, las cuales han sido malinterpretadas (lo cual se demuestra en la segunda parte). Es pertinente traer a cuento textos que en alguna medida ponen las cosas en su lugar.

1825 es el año de la primera crisis de sobreproducción del sistema capitalista —misma reseñada y ampliamente comentada por Charles Fourier—, síntoma de que el modo de producción capitalista ya se asienta sobre bases técnicas propias, como son la maquinaria y la gran industria, por lo menos en

---

<sup>6</sup> Contendida en el libro de Fernando Claudín, *Marx, Engels y la revolución de 1848*, Siglo XXI Editores, México, 1981 [1975].

Inglaterra. Los años subsiguientes ven la extensión del modo de producción capitalista específico también en el continente europeo, sobre todo en Francia. De modo que la revolución de 1848 expresa la pujanza del capitalismo industrial en el continente intentando zafarse de las trabas feudales y absolutistas que lo constriñeran. De ahí que la revolución culmine con el establecimiento de una serie de naciones francamente burguesas a través de una contrarrevolución que modera las exigencias democráticas y destruye las socialistas y comunistas. Este flamante cosmos burgués, configurado por vez primera, desarrolla pronto una política internacional *ad hoc*, una *política internacional específicamente capitalista*, complemento del establecimiento de la maquinaria y la gran industria en tanto *modo de producción capitalista específico* que entre 1825 y 1848 se extiende de Inglaterra a los principales países del continente europeo y complemento, asimismo, de la *política interior burguesa*, entretanto conformada en cada uno de los países inmiscuidos en la gran transformación.

La polémica de la segunda parte se distribuye del modo siguiente. Discuto, primero, a dos autores leninistas (Aníbal Yáñez y Eric Hobsbawm) por ser el leninismo la interpretación *dominante* en el interior del marxismo y que se piensa en sintonía con Marx, aunque en verdad difiere de él.

Después, abordo tres autores que criticaron a Marx, sea por sus ideas respecto de la revolución de 1848 o por su actuación política en ella. El primero es Eduard Bernstein, cuya interpretación (1895) de la revolución de 1848 puede ser considerada el origen del revisionismo y de la “crisis del marxismo”. Su enfrentamiento con Marx y Engels fue contestado por Rosa Luxemburgo (a quien discuto en el contexto de la polémica con Bernstein) y por Lenin.

La actualidad de Bernstein es innegable hoy, después de la caída de la URSS, y permea buena parte de los argumentos posmodernos contra el marxismo. Pero esta influencia y actualidad no son evidentes. Deben ser mostradas y denunciadas, para lo cual es pertinente revelar las raíces no sólo históricas y políticas de su discrepancia con Marx, sino también las psicológicas, pues éstas revelan su sintonía con las actitudes antimarxistas de muchos autores posmodernos que antes fueron marxistas. El triunfo del leninismo sobre Bernstein, por lo demás, nunca fue definitivo sino sólo en las corrientes marxis-

tas dominadas por los partidos comunistas, pero no en el pensamiento socialdemócrata. La quiebra del leninismo suscitó el paso de Bernstein a primer plano pero sin nombrárselo, como para no suscitar resistencias en el resto de la izquierda, tan predispuesta en contra de él. El uso posmoderno de los argumentos de Bernstein no es, por lo demás, socialdemocrático, sino francamente reaccionario, apenas recubierto de apariencia liberal.

También hubo críticas desde la izquierda a las ideas y posiciones de Marx y Engels en 1848. La más radical fue la de Karl Korsch, a los 100 años de la publicación del *Manifiesto del Partido Comunista* y de ocurrida la revolución de 1848, de suerte que contiene la postura más compleja de todas, pues tiene tras de sí a las de Bernstein, Rosa y Lenin, etc., y se define frente a ellas. Paradójicamente, en algunos puntos coincide con Bernstein y, tanto en ésto como en lo que no, también ha podido ser saqueada por parte del antimarxismo reciente desde 1980, más o menos. Y es que si Bernstein, para revocar la revolución en aras del reformismo, ve necesario desbancar al pensamiento de Marx, en particular sus ideas revolucionarias sobre el 1848, Korsch cree necesario criticar radicalmente a Marx si todavía quiere hacerse la revolución comunista, ya que el torcimiento de ésta presente en el stalinismo, en el leninismo, en el luxemburguismo, en el kautskysmo y en el revisionismo a lo Bernstein tiene raíces —piensa él— en las ideas de Marx y Engels, las cuales arraigan epocal, prácticamente, en la limitación histórica de ambos, limitación decidida, por cierto en la estructura ambigua de los acontecimientos de la revolución de 1848. Estos matices, incorrectos o no, son lo de menos para el antimarxismo actual, el cual simplemente encuentra en Korsch una revocación a fondo de Marx. La complejidad de la postura de Korsch junto con su vena marxista o, mejor, histórico-materialista, le sirve de coartada al antimarxismo. Primero, para convencerse de que seguro es cierta por complicada y de apariencia fundada, y, segundo, para aparentar —primero para sí mismo y luego ante otros— que es una revocación de Marx no reaccionaria sino en aras de la libertad, etc.

Después de discutir a Bernstein y antes de polemizar con Korsch, discuto la —débil— defensa que Franz Mehring hiciera —por ejemplo, frente a Bernstein— de las ideas de Marx en

sus escritos de 1843, a propósito de una posible revolución socialista en Alemania. Primero, porque estas ideas son la base de las del *Manifiesto del Partido Comunista* y, en general, de las posiciones políticas de Marx en 1848, malinterpretadas luego por Korsch. Segundo, porque esa débil defensa no sólo revela la fortaleza epocal de la ideología bernsteiniana como ingrediente decisivo de lo que podría denominarse el *sentido común de la izquierda*, sino porque muestra desde dónde y cómo fue leída —y aún lo es— la teoría de Marx acerca de la revolución política, de la revolución social y de la revolución específicamente socialista, esta última constantemente confundida con aquellas.

10. La captación general y regional de la revolución de 1848 se presenta en el libro como sigue. La cronología aborda el conjunto; el comentario al libro *Héroes en el destierro*, sobre todo a la revolución alemana; el ensayo sobre el *Herr Vogt*, a las revoluciones alemana, francesa y húngara, así como la contrarrevolución general; la crítica a Aníbal Yáñez se ocupa de la revolución alemana; la dedicada a Hobsbawm, de la revolución continental en su conjunto. La crítica a Bernstein trata de la revolución francesa, y la dedicada a Mehring, de la alemana; y, finalmente, la crítica a Korsch, de la alemana y del conjunto continental. También se encontrarán comentarios a David McLellan sobre la relación entre la revolución alemana y Marx; así como a Fernando Claudín, Roman Rosdolsky y otros. El último ensayo de la segunda parte comenta aspectos esenciales de la interpretación de Marx sobre *La lucha de clases en Francia*. Si no podemos no interpretar los hechos, cabe hacerlo mal o hacerlo bien. Me interesó detallar el modo de Marx para lograr atinar, sobre todo, después de revisar variadas maneras de desatinar.

11. La primera vez que asumí la necesidad de esclarecer la *revolución de 1848* como piedra de toque para superar la *crisis del marxismo* fue a fines de 1975, año en que leí *La crisis del marxismo* (1931), de Karl Korsch. La *revolución comunista mundial* resultaba conectada decisivamente con ambos factores, ora para esclarecerlos ora para ser esclarecida por ellos. Estos tres factores del desarrollo histórico capitalista no podían abordarse exitosamente sin una teoría del desarrollo capitalista bien consolidada, lo cual pasaba, a su vez, por la crítica

a las teorías del imperialismo confrontadas con *El capital* de Marx. Empecé en forma esta crítica por primera vez a mediados de 1980 y en 1979 había anotado —en mi tesis de licenciatura<sup>7</sup>— a dicha crítica como condición necesaria —no en referencia al asunto de la revolución de 1848, sino— para esclarecer el desarrollo capitalista consumista del siglo XX, según éste se reflejaba en la “Noción de gasto” (1932) de Georges Bataille. En efecto, la noción de este autor sobre el consumo suntuario es imposible de dilucidar desde las teorías del imperialismo. Adicionalmente, en este autor la revolución mundial encontraba recepción profunda, adquiriría virulencia y se enriquecía, si bien para terminar claudicando “gloriosamente” a favor del Plan Marshall de reconstrucción de Europa por parte de Estados Unidos.<sup>8</sup> Los capítulos del presente libro —a excepción del octavo, escrito en 1993 para conmemorar los 150 años del “En torno a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel”, de Marx— así como el Prólogo y la Conclusión fueron redactados especialmente para esta publicación, con vistas a completar la celebración de los 150 años del *Manifiesto del Partido Comunista* con la de la revolución que lo hizo nacer. La introducción recoge el texto de la conferencia inaugural de la celebración de los 150 años del *Manifiesto* realizada en México, D.F., el 25 de febrero de 1998, la cual quise improvisar ante el público para, así, subrayar la actualidad del *Manifiesto del Partido Comunista* en los días que corren, y para tener el honor de lograrlo. Pues ninguna celebración sería del *Manifiesto del Partido Comunista* puede dejar de ser celebración propia, esto es, que nos incluya.

Debo agradecer de todo corazón la revisión de estilo realizada por David Moreno, además encargado de la edición de este libro, así como la captura en computadora cuidadosamen-

---

<sup>7</sup> Cfr. mi *Tesis fundamentales de la crítica de la economía política. Un ejercicio: Georges Bataille*, Tesis de licenciatura, UNAM-Facultad de Economía, México, 1979.

<sup>8</sup>Cfr. Georges Bataille, *La parte maldita* (1949), Editorial Edhasa, Madrid, 1974.

18

te llevada a cabo por Diana Roldós.

México, D.F., 25 de octubre de 1998

*INTRODUCCIÓN*  
*LA ESPECIFICACIÓN HISTÓRICA*  
*DEL MANIFIESTO Y DE NUESTRA ÉPOCA*

*I. El Manifiesto del Partido Comunista como avatar histórico*

1. En su cumpleaños 150, el *Manifiesto del Partido Comunista* es un libro que, aunque hoy se vende ya muy poco, sin embargo nos toca muy hondo.

En el momento actual hay mucho olvido, mucha confusión. Algo parece aclararse después de que emergieron nuevas luchas (sobre todo a partir del 1 de enero de 1994) en el contexto de represión globalizada, de triunfalismo neoliberal, pero, en realidad, el horizonte se nimba todavía de nubarrones de confusión. Nada mejor, para intentar discernir lo oculto y deshacer alguna confusión, que reflexionar en torno a uno de los elementos encallecidos de la conciencia histórica de la humanidad de los últimos 150 años. Me refiero al acto de pensar el avatar del *Manifiesto del Partido Comunista* o al *Manifiesto del Partido Comunista* en tanto avatar histórico.

Desde su surgimiento, este pequeño libro estuvo trenzado completamente con la actividad de los socialistas y de los comunistas, del proletariado. Ya en sus prólogos —en particular, el de 1890— Engels hace un balance de cómo se ha imbricado el *Manifiesto* con las luchas proletarias como expresión teórica de las mismas.

La historia del *Manifiesto del Partido Comunista* se integra con la historia del movimiento obrero no solamente en los momentos de auge sino también en los momentos de crisis, y tanto en la lucha del proletariado contra el capitalismo como en la lucha de las clases subalternas en general contra el capitalismo. La historia del *Manifiesto* no solamente comparte con el movimiento rebelde los buenos momentos sino también los malos. Si vemos así las cosas es más fácil no equivocarnos.

2. He oído en distintos lugares y de distintas bocas algo que constituye buena parte del clima del momento. Se dice: “que el marxismo no tenía razón, este pensamiento ha dejado de ser vigente, o no digamos el pensamiento marxista en general sino el pensamiento de Marx en particular. El mismo *Manifies-*

to no se sostiene ante las evidencias actuales...”.

Ojo. ¿Qué serán estas evidencias? Yo creo que hay que pensarlas en lugar de tomarlas como evidentes. Sí, que están ahí para ser palpadas, para ser tocadas, practicadas, manejadas, manipuladas, pero no son evidentes. Sin embargo, en el discurso cotidiano —o no tan cotidiano—, a nivel de la ideología dominante, se manejan los hechos actuales como si fueran autoevidentes. Y hete allí, ante estas evidencias, que el pensamiento de Marx, el *Manifiesto*, no tiene nada que decir. Aparentemente, ha sido derrotado.

Es curiosa esta contraposición de *hechos contra idea*. Realmente, ni siquiera a un hombre de las cavernas se le ocurriría una tal contraposición. Es absurdo tomar con una mano un hecho, con otra mano una idea, y golpearlos, porque ni siquiera fuego se podría sacar de ahí. Los hombres primitivos, más consecuentemente, frotaban una piedra con otra y obtenían fuego. O también aplicaban el método de la varita que se fricciona sobre la piedra. Sin embargo, en nuestra era tan moderna y hasta posmoderna tenemos un pensamiento supuestamente sofisticado que contrapone una idea con una realidad, con un hecho evidente, y con esto nos deprime diciéndonos que ya no hay salida o, por lo menos, no la salida que habíamos entrevisto; no hay esperanza para las clases subalternas o, por lo menos, la salida que ya éstas habían prefigurado. La esperanza de la que los comunistas hablaron alguna vez no tiene vía de prosperidad.

Otro modo de equivocarse es insistir en que en la lucha de las ideas —ahora son dos ideas las que se toman, ya no una idea contra una realidad, es decir, un imposible, sino una idea contra otra idea— el pensamiento marxista perdió frente al pensamiento de Weber, frente al de Locke, o el de Nietzsche, frente al pensamiento de Lyotard o de algún autor, como Heidegger, etc., al gusto de quien quiera contraponer una idea con otra.

Ahora bien, si observamos que la historia del *Manifiesto del Partido Comunista* está imbricada con la historia del movimiento obrero, quizá podríamos entender de otra manera este reflujo o recesión, esta aparente inoperancia de la lucha y de la expresión teórica de la lucha. No es que no tenga razón el *Manifiesto del Partido Comunista*, o el pensamiento de Marx, etc. Es que el proletariado —según nos dicen— “no es

la supuesta clase revolucionaria, según la misión que Marx le había asignado —como si él pudiera asignarle ese papel— de transformar al mundo y de producir un mundo mejor. En la experiencia histórica de ya muchos años se ha notado que, en realidad, los proletarios no parecen tener ganas ni garra, no tienen madera para ello”. Y se dicen tantas cosas por el estilo que, si de decir cosas se tratara, otro podría decir, simplemente, “es que el león está dormido”.

3. Yo pienso que en la lucha de clases, como en cualquier contienda, es torpe achacar la derrota de uno de los contendientes solamente al hecho de que éste no tiene razón. Cuántas veces hemos tenido razón y, sin embargo, nos parten el hocico. No es un problema solamente de razón. La lucha es un problema de fuerza. Y, entonces, no se trata solamente de que el proletariado no tiene la madera suficiente, ni la razón suficiente; se trata más bien de que el capitalismo está fuerte.

Es muy importante entender esto. Ahora lo notamos de manera evidente, pero no hace 10 años. Hace 15 o 20 años, en los 70, más bien se decía, por ejemplo, que Estados Unidos — el país hegemónico absoluto después de la segunda guerra mundial— había entrado en una gran crisis, que estaba profundamente débil.

Es cierto que había crisis económica y que comenzaron a emerger con gran evidencia Japón y Alemania, etc., y que Estados Unidos parecía retrasarse. Así pues, se decía que muy pronto el mundo vería constituirse un nuevo orden, que habría un mundo multipolar, etc.

La evidencia actual de fortaleza de la potencia hegemónica mundial norteamericana podría ser retrotraída a esos años y reconocer que posiblemente Estados Unidos *no* estaba tan débil como muchos creyeron. Sin embargo, según esa creencia se diseñaron la crítica del capitalismo y la estrategia de lucha en contra de Estados Unidos, o de cualquier otra nación capitalista, o de la clase dominante en tal o cual país.

Hace 20 años o 10 decir que Estados Unidos estaba fuerte era algo así como una broma. “Simplemente, no es cierto”, se decía. A todo mundo le parecía evidente lo contrario y según eso regían sus conductas. Según eso pedían una beca a Oxford o a Estados Unidos, o a una universidad en Europa para estudiar el problema de la acumulación de capital en unos

términos según los cuales se demostrara que Estados Unidos estaba débil.

Se tomaba como prueba de esta tesis —entre otras cosas— el hecho de que los gobiernos republicanos eran demasiado represivos. Había entonces el “capitalismo del Pentágono” y por ese motivo las fuerzas democrático-liberales de Estados Unidos no emergían, lo cual era síntoma de que ese país se debilitaba. Como se ve, ese discurso aparentemente marxista servía fundamentalmente para aumentar los votos del Partido Demócrata. Y, en vista de obtener estos votos o este consenso democrático-liberal, se sugería que si Estados Unidos no seguía la opción demócrata liberal, seguramente perdería la hegemonía. Es cosa de releer algunos de los textos que se publicaban en ese entonces.

Digo esto solamente para ilustrar el asunto atingente a que hoy existe evidencia de que el capitalismo está fuerte. Por ese motivo el sometimiento de la clase obrera se encuentra en pleno auge. No es sino por este motivo que esta opresión quiebra espinazos. La presión desde arriba hace que empiece a brotar sangre de la nariz y de la boca, empieza a triturar huesos.

Ahora bien, no es sino por ello, entonces, que han habido levantamientos; algunos desesperados, otros, después de 10, de 20 años de desesperación, esperando organizarse para poder dar una respuesta más eficiente, más orgánica, etc. No es sino porque ha habido este *recrudescimiento en la dominación mundial del capitalismo* que han emergido distintos movimientos rebeldes.

4. Así pues, es necesario que dejemos de contraponer ideas con realidades o una idea con otra idea y, más bien, que observemos a las ideas como acompañantes constantes de las realidades; que la debilidad del proletariado no es endémica; que su falta de madera es una falacia; que en una contienda importa observar los dos polos, la potencia de cada uno de ellos, la fuerza de la acumulación capitalista y la del proletariado; que la debilidad de éste se debe, entonces, no a falta de razón, ni a falta de fuerza ontológica por parte del proletariado, sino a un hecho históricamente relativo y relativo también al otro contendiente, a la fuerza que éste logró acumular. Así podemos entender también el reflujo momentáneo, epocal,

histórico, del marxismo y también de los movimientos proletarios.

Sirva todo esto para introducir a un tema que debe interesar a todos. Pensar este tiempo de confusión, pensar este momento de aparente derrota, cómo salir de él no entristecidos, o no contentos por haberle vendido el alma al enemigo. Sino contentos, firmes, por habernos mantenido en nuestra esencia, por haber defendido lo que nos corresponde, por haber reconocido quiénes somos y por haber reconocido a otros de quienes pensábamos: “pero ese otro sujeto no es proletario”, o “yo no lo soy, pues los sujetos proletarios tienen un aspecto distinto del mío...”.

En efecto, pareciera que ya no hay proletarios porque han cambiado el aspecto, las caras, las modas, la vestimenta. A veces hasta un poco de hambre se ha quitado en algunos proletarios pero en otros ha crecido. Ha cambiado el mundo en cuanto a aspecto externo, pero eso sólo significa que el sujeto proletario se ha diversificado, que muchas de las luchas que el posmodernismo sugiere como de nuevos sujetos emergentes que *sustituyen* al proletariado, en realidad son de figuras proletarias, de capas poblacionales en curso de proletarizarse y que intentan zafarse del destino que el capitalismo les tiene reservado.

El problema obligado a tratar ante este conjunto de anudamientos, de confusiones, de frustraciones, y por intentar zafarnos de ellos, es el problema de la “*especificación histórica de los conceptos*”,<sup>9</sup> o del pensamiento, o de los sucesos históricos. Esta especificidad histórica es, sobre todo, lo que hemos perdido de vista en medio de las corrientes turbulentas del neoliberalismo.

Las cosas parecían muy claras hasta los años 60 y todavía a inicios de los 70, pero después de la subida al poder de la Thatcher y de Reagan, con la emergencia del neoliberalismo, todo empezó a parecer otra cosa. No se diga 16 años después. Así pues, ¿en qué consiste la historia?, ¿en qué consiste nues-

---

<sup>9</sup> Karl Korsch insiste, con razón, en esta cuestión (cfr. su *Karl Marx*, Editorial Ariel, Madrid, 1974) como esencial *en* el materialismo histórico para pensar el desarrollo de éste (“aplicar el materialismo histórico al materialismo histórico”). Pero, según mi criterio, Korsch lo hace de modo insuficiente. Lo que sigue pretende, pues, desarrollarlo y criticarlo.

tro presente? Esos hechos que nos dicen que son evidentes, ¿qué son realmente? Tenemos que hacer el esfuerzo por aclararnos, si no el cumpleaños 150 del *Manifiesto* no sería sino traer flores a una tumba y ponerlas piadosamente. No habría otra salida.

## II. Medir al capitalismo, sus fuerzas y las nuestras

5. Ahora bien, hay un camino relativamente sencillo para establecer la especificación histórica del *Manifiesto del Partido Comunista*, y esclarecer en qué momento surgió y por qué surgió.

No se trata de un hecho solamente biográfico individual de Marx o de Engels. Se requiere —si se piensa en términos de materialismo histórico, con el método marxista— observar el acontecimiento como un hecho epocal, condicionado por realidades económicas que van mucho más allá de la existencia individual de Marx, Engels y sus familias; hechos políticos que movían a toda Europa hacia 1848 y que habrán de redundar en la revolución en Francia, en Alemania, en revueltas en Italia, en Austria, etc., y en Europa Oriental.<sup>10</sup>

Pero esta crisis económica o esta crisis política que vivió la Europa continental fue promovida o impulsada o presionada por la crisis económica de Inglaterra, la potencia hegemónica

---

<sup>10</sup> “La revolución triunfó en todo el gran centro del continente europeo, aunque no en su periferia. Aquí debemos incluir a países demasiado alejados o demasiados aislados en su historia como para que les afectara directa o inmediatamente en algún sentido (por ejemplo, la península ibérica, Suecia y Grecia); o demasiado atrasados como para poseer la capa social políticamente explosiva de la zona revolucionaria (por ejemplo, Rusia y el imperio otomano); pero también a los únicos países ya industrializados cuyo juego político ya estaba en movimiento siguiendo normas más bien distintas, Gran Bretaña y Bélgica. Por su parte, *la zona revolucionaria* compuesta esencialmente por Francia, la Confederación Alemana, el imperio austríaco que se extendía hasta el sureste de Europa e Italia, *era bastante heterogénea*, ya que comprendía regiones tan atrasadas y diferentes como Calabria y Transilvania, tan desarrolladas como Renania y Sajonia, tan cultas como Prusia y tan incultas como Sicilia, tan lejanas entre sí como Kiel y Palermo, Perpiñán y Bucarest. La mayoría de estas regiones se hallaban gobernadas por lo que podemos denominar ásperamente como monarcas o príncipes absolutos, pero Francia se había convertido ya en reino constitucional y efectivamente burgués, y la única república significativa del continente, la Confederación Suiza, había iniciado el año de la revolución con una breve guerra civil ocurrida al final de 1847.” Eric Hobsbawm, *La era del capital, 1848-1875*, *op. cit.*, p. 23, cursivas mías.

de entonces, la cual exteriorizaba sus contradicciones en el continente, y al exteriorizarlas las neutralizaba. Es decir que, en el momento en que la crisis se desarrollaba en Europa continental, viniendo de Inglaterra, no sólo adquiría un aspecto económico sino incluso político. El hambre, los despidos, el paro forzoso y, en fin, las condiciones del capitalismo poco desarrollado del continente, obligaban a que las masas poblacionales se sublevaran y que hubiera intentos de democratización de los antiguos regímenes, etc. Una vez que se llevó a cabo la revolución europea continental, una vez desarrolladas las contradicciones de la crisis económica desde Inglaterra hasta Europa continental, empezó la recuperación inglesa; esta potencia empezó a dominar los mercados y a poder volcar su masa de mercancías invendibles fuera de Europa, hacia América. En ese momento el curso de la revolución europeo-continental quedó detenido de nuevo, el hegemónico inglés volvió a tomar las riendas del conjunto, todos los estados europeos se alinearon. La revolución de 1848 quedó sofocada.

Así pues, según describe Marx en un célebre ensayo “Mayo-octubre de 1850”, el movimiento de la crisis económica iniciado en Inglaterra se extendió al continente europeo, pero en éste se neutralizaron las contradicciones que la habían hecho surgir en Inglaterra, así que, aunque en la Europa continental proseguían la crisis económica y la crisis política, en Inglaterra ya comenzaba la recuperación. Pues bien, esta ida y vuelta espacial y funcional de la crisis económica de 1848-1850 es uno de los rasgos que posibilitaron la redacción del *Manifiesto del Partido Comunista*.

Pero más allá de esta dimensión coyuntural, la vigencia del *Manifiesto* ha sido epocal y la hondura del texto sostiene esta influencia. Así que habría que caracterizar hondamente la especificidad del momento histórico de la redacción de aquel texto.

El camino más sencillo para especificar el momento histórico del *Manifiesto del Partido Comunista*, así como el nuestro, este actual, para así poder desextricar los nudos, resolver algunas confusiones y algunos olvidos, es el de *medir* al capitalismo. Sí, determinar de qué tamaño es el enemigo, de qué tamaño era el capitalismo en la época de Marx y de qué tamaño es actualmente.

El concepto de “medida de capital” planteado por Marx en su obra *El capital* no solamente alude a la cantidad de dinero o de elementos tecnológicos que el capital posee en un momento dado. Puede ser un concepto mucho más vasto que el que usaríamos para medir una empresa. Tenemos la *medida geopolítica de capital*, por ejemplo, la *medida continental de capital*. Pues bien, hacia 1848-1850 ocurrió el traspaso de la medida continental de capital a la medida mundial de capital, y hoy esta medida se ha redondeado y está tupiéndose.

Lo que se puede ver en una época y lo que se puede ver en otra, la posibilidad de la visión teórica —a veces, incluso de los ojos fisiológicamente entendidos— depende de las condiciones materiales de la misma, y éstas se resumen en la medida de capital existente en cada ocasión.

Hacia 1848 la medida continental de capital se encontraba abarrotada y a punto de ser desbordada; en toda Europa Occidental el capitalismo era el modo de producción dominante. Por supuesto que existían formas de producción precapitalistas; en buena parte de los países europeos el régimen político dominante era el absolutismo. Pero el capitalismo era el modo de producción evidentemente dominante en Inglaterra, Francia y Alemania, así como en la correlación de fuerzas de toda la Europa continental. Esto es esencial.

Después de 1850, después de derrotada la revolución del 48 y con el auge inglés, el capitalismo se desbordó fuera de la medida continental. Siguió tupiendo su medida continental, pero sobre la base de desbordarse hacia la India, Asia y América Latina, etc. Dio inicio el tupimiento de la medida mundial del capital. Eso significa que en 1848 hubo un momento en que al capitalismo le faltó el aire porque le faltó espacio.

Como el capitalismo se alimenta de ganancias le es muy importante el espacio. El tiempo le pesa, más bien intenta engullirlo, abolirlo. Necesita que no haya tiempo histórico, que no haya memoria histórica; que no exista más tiempo que el presente del consumo, el presente de la compra-venta; que no haya memoria ni experiencia de los explotados para que éstos no sepan cómo enfrentar al enemigo.

Pero el espacio le es esencial al capital, ese no hay que cancelarlo sino, de preferencia, ampliarlo. El espacio es lugar para poner nuevas fábricas, para hacinar obreros, para dominar nuevas tierras, establecer nuevos mercados, etc.; en fin, para

desplegar una explotación más febril, más virulenta.

Así que, hacia 1848 tenemos un momento de asfixia para el capitalismo y un momento luminoso para el sujeto social, particularmente para el proletariado y para los intelectuales que en ese momento estaban orgánicamente vinculados a él. Este fue el caso, por ejemplo, de Marx y Engels. Pero no fueron éstos los únicos casos, por supuesto, pues las cosas que se pueden ver en un momento histórico en que al capitalismo le falta espacio, en que el capitalismo se asfixia, son muy distintas que las cosas que se pueden ver cuando el enemigo crece y tiene espacio que tupir, cuando todavía le quedan grandes, inmensos, territorios por dominar; cuando todavía los colmillos sangrantes escurren baba al observar las grandes masas poblacionales que todavía pueden ser proletarizadas y explotadas; cuando le queda todavía larga vida.

En 1848 pareció por un momento que se le acababa el aire al capitalismo, aunque realmente era sólo este “efecto de resorte” según el cual las contradicciones económicas inglesas se exteriorizaban en las contradicciones económicas del continente y de esta manera se multiplicaban o potenciaban en contradicciones políticas; de suerte que emergían movimientos revolucionarios, sobre todo campesinos, o bien proletarios, comandados por la burguesía pero en donde el proletariado ya pudo tener presencia.

La revolución de 1848 para nada fue una revolución socialista. Tampoco fue derrotada la revolución socialista en 1848, porque no la hubo y era muy improbable que la hubiera. Fue una revolución democrático-burguesa, pero la primera en que el proletariado tuvo una presencia autónoma, en donde pudo levantar demandas propias y plantear su programa y su manifiesto a ojos vistas de todo mundo.

Una vez que el resorte se comprimía y regresaba otra vez hacia Inglaterra, la revolución quedaba reprimida, y otra vez el capitalismo tuvo momento de expansión, otra vez tuvo aliento. Sin embargo, lo importante son los 10 o 20 años anteriores, en los que se iba tupiendo la medida continental de capital y el capitalismo, al mismo tiempo que crecía, tupiéndose en Europa, iba sintiendo ya el momento de la crisis, el momento en que las gentes piden democracia.

La burguesía prometía democracia, pero las gentes que pedían democracia no creían en la burguesía. Eran campesi-

nos, o bien proletarios, gente que quería ir mucho más allá de donde podía la burguesía. De ahí entonces que en Alemania, por ejemplo, la burguesía fuera denominada “burguesía termidoriana”. Es decir, una burguesía que tenía miedo de las propias realizaciones capitalistas, burguesas, a nivel político, porque se había dado cuenta de que con el triunfo de la burguesía en Inglaterra o en Francia emergió el proletariado con demandas que atentaban contra el capitalismo. Así pues, se trata de una burguesía retro, muy parecida a la burguesía posmoderna actual. Lo esencial, repito, son los diez años anteriores a la revolución de 1848, en los que en medio del auge se preparaba la crisis.<sup>11</sup>

6. La revolución de 1848 culminó una crisis económica. Sin embargo, aquella no fue una crisis cíclica como cualquier otra, aunque también tuvo ese movimiento de resorte de otras crisis, de recesión y recuperación. Lo importante es que fue una *crisis cíclica conectada con una crisis espacial*, con el agotamiento de la *medida geopolítica continental europea de capitalismo*. Esta situación asemeja al mundo capitalista de aquel entonces con el mundo capitalista más desarrollado posible, aquel que se ha mundializado, para el cual ya no hay espacio —por lo menos en la Tierra—, cuyos días están contados, que produce sus propios sepultureros en la misma medida en que los explota salvajemente, que ya no tiene ningún otro rincón de la tierra hacia el cual aminorar sus contradicciones sino que tiene que tupirlas día con día en el espacio que encuentra disponible.

Esta situación de capitalismo completamente desarrollado, completamente maduro, de capitalismo puro en todo el mundo, se vivió análogamente en la Europa de 1848 al darse el agotamiento de la medida continental de capital. En ese momento, Europa coincidía con la totalidad del mundo capitalista.

La visión de totalidad que caracteriza al método marxista en su dimensión heurística o de que descubre verdades, se posibilitó históricamente justamente porque el capitalismo llegaba a totalizarse espacialmente, geográficamente, práctica-

---

<sup>11</sup> Análogamente, en medio de la revolución de 1848 se gestó la contrarrevolución.

mente, a escala continental. El tiempo histórico fue total por un momento porque el espacio sobre el cual ese tiempo histórico arraigaba quedaba integrado. Todas las salidas quedaron cerradas momentáneamente. Todos los subterfugios del capital, tanto políticos como económicos, tanto lingüísticos como ideológicos, se presentaron, en un momento dado, hasta el punto de su cerramiento. Así que se posibilitó la crítica fundamental de las variantes ideológicas posibles del capitalismo, por ejemplo, en la *Ideología alemana* o en la *Sagrada Familia*; se posibilitó que la filosofía más potente de la burguesía tuviera lugar en la cabeza de Hegel; se posibilitó que la economía política burguesa desarrollara su máximo poder explicativo acerca de la realidad. Nunca después la burguesía tuvo mayor nivel teórico, tanto filosófico como económico, político y a nivel de la vida cotidiana. Todo quedaba sin salida, sin subterfugio; todo quedaba claramente visto en su contradicción, en su clímax, en su asfixia, en su imposibilidad de transformarse en otra cosa para no morir. En esta situación histórica nació el pensamiento de Marx y Engels. Es muy distinta esta situación histórica que la que se vivió después.

Muchas veces las épocas posteriores se alzan de hombros ante la economía política clásica inglesa, o la filosofía clásica alemana, o el marxismo y dicen “ese es un pensamiento del siglo XIX”. Pero decir el siglo XIX es hablar de un número. De lo que se trata es de establecer un análisis cualitativo del momento histórico, de establecer la medida de capital entonces existente y de las posibilidades históricas que de ella derivaban. También se puede hablar de otro modo. Se puede aludir a que la potencia de ese pensamiento del siglo XIX, hacia el momento de agotamiento de la medida continental de capital, puede ser medido por la potencia de las fuerzas productivas materiales de aquel entonces.

Suele tomarse como un hecho evidente que las fuerzas productivas materiales de nuestro siglo son mucho más potentes que las del anterior. Sin embargo, quizá no sea así. ¿Cómo se miden las fuerzas productivas para saber qué potencia tienen? Esto es importante, porque, más o menos desde 1975, *in crescendo*, incluso los propios marxistas, uno tras otro, creyeron que tenían que renunciar al concepto de fuerzas productivas porque supuestamente era un concepto economicista, tecnologicista; huían de ese concepto como si esa fuera la clave

del dogmatismo, como si el stalinismo estuviera concentrado en el concepto de fuerzas productivas porque debido a él “no se ve la diversidad de los movimientos sociales, el juego político, sino que todo se arraiga en la economía y en la materia, en la sucia materia, y ya no queda nada para el juego del sujeto y todo lo demás que se habla acerca de la actualidad”.

7. Es importante saber qué es el concepto de fuerzas productivas, cómo medir éstas. Quizá de ese modo el concepto no resulte dogmático y vuelva a ser heurístico, y pueda servirnos para pensar la realidad actual y la realidad anterior, compararnos honestamente con aquella y no alzar los hombros, infatuados, frente al siglo XIX.

Las fuerzas productivas se miden, en primer lugar, por la cantidad de productos que producen. Pero esos productos son tales por la satisfacción que nos producen. Hay muchos productos que no producen satisfacción. Ahora, más que antes, hay muchas armas, hay mucho poder destructivo, pero no solamente de guerra. Actualmente en el capitalismo —sobre todo desde 1930 en adelante y, más tupidamente, desde la segunda posguerra— también los objetos de la paz, los objetos de uso cotidiano, nos están haciendo la guerra. Deterioran la salud, destruyen el ambiente, matan gente por enfermedades. No solamente cuando no hay comida la gente está perdiendo la salud. También muere de hambre cuando come y se sacia, pues lo que come produce enfermedades. El cuerpo está siendo depredado por exceso y por insuficiencia, así que no es un cuerpo feliz. No es un cuerpo que está teniendo que ver con productos en el pleno sentido de la palabra, con valores de uso, con útiles para la vida.

Esto es decisivo para medir las fuerzas productivas del siglo XX. Éstas son fuerzas productivas mucho más débiles en todo un gran aspecto, pues no pueden producir la felicidad de la humanidad; pero para eso son esencialmente las fuerzas productivas. ¿Por qué es tan valioso el poder productivo? ¿Por qué podemos admirar una máquina? Pues porque nos anuncia mucha satisfacción, muchos cuerpos vestidos, muchas barrigas llenas, muchas casas protegidas. En cambio, cuando estos productos nos anuncian malestares fisiológicos y psicológicos, cuando nos anuncian enfermedades producidas industrialmente, no puede decirse que nos admiremos ante el poder de

las fuerzas productivas.

8. Pasemos a otra medición de fuerzas productivas. Las fuerzas productivas técnicas no sólo tienen referencia con el sujeto al cual satisfacen, aunque éste es el principal parámetro para medirlas, para decir esta fuerza productiva es potente, esta fuerza productiva es débil. El otro parámetro consiste en medir la fuerza productiva en referencia al espacio que barre, es decir, el contraste de la fuerza productiva entendida objetivamente con el objeto práctico, con el campo práctico con el que tiene ver. Esto se vuelve evidente, por ejemplo, con los radios y las televisiones. La potencia de esta fuerza productiva depende de hasta donde llegan las ondas que pueda emitir la estación emisora, el campo de acción, el terreno que barre, a cuántas escuchas llega, a cuántas gentes puede modelar, a cuántas gentes puede cohesionar, a cuántas gentes puede oprimir. Ese es el poder de esa fuerza productiva, pero eso también es válido no solamente para los medios de comunicación sino también para las máquinas que hilan, para las locomotoras y para cualquier otra máquina. Las fuerzas productivas capitalistas en 1848 tupían completamente el espacio continental europeo del capitalismo, mientras que las fuerzas productivas posteriores se encontraron con un espacio abierto que aún no tupían sino que podrían tupir, pues era su lugar para crecer, mientras que las fuerzas productivas de 1848 parecían ya no poder crecer más. Esto es esencial, porque la burguesía o desarrolla las fuerzas productivas o ha cancelado su misión histórica.

Así pues, en la crisis coyuntural de 1848, coincidiendo con el agotamiento de la medida continental de capital, se vivió por un momento —en el curso del efecto de resorte de la crisis económica— el significado de que las fuerzas productivas existentes ya no podían ser desarrolladas por el capital, que la misión de la burguesía había concluido, y como ya no podía desarrollar las fuerzas productivas, no podría integrar a las clases subalternas, ya no las podía manipular o comprar ni las podía aterrorizar de manera suficiente. Estas clases habrían de sublevarse, exigir otro mundo, construir otro mundo; habrían de tomar las fuerzas productivas a su cargo y hacer lo propio.

El territorio que barren es otra dimensión esencial para

medir a las fuerzas productivas. Se puede reconocer el momento en que ya han tupido un entramado y lo que se vislumbra después de eso, la vida que les queda por delante. Las fuerzas productivas de 1848, tupiendo la medida continental del capital, indicaban que a nivel político y cultural todo el entramado se encontraba tupido, plenamente desarrollado; mientras que, una vez que el capitalismo desbordó la medida continental, conforme progresaba este sistema empezó a ocurrir una especie de retroceso histórico y la consiguiente decadencia cultural.

La sociedad de la total enajenación que es el capitalismo no puede ser pensada históricamente sino a contrapelo de lo que significa humanidad. Para el capital progreso significa, en general, progreso para la humanidad pero, en particular, sabemos que significa deterioro, enajenación, para la humanidad. En 1848, la posibilidad de una nueva sociedad, las alternativas para el sujeto social, estaban quizá apenas del otro lado del espejo. Sólo se requería transitar, cruzar el espejo. Después, el espejo fue quitado, se difuminó. El capitalismo tuvo nueva vida, nuevo aliento, y se alejó la posibilidad histórica de revolucionar al capitalismo.

9. Otro factor importante para medir las fuerzas productivas es una idea de Marx en la *Miseria de la filosofía* —escrita un año antes que el *Manifiesto del Partido Comunista*, así que esta idea está presente con toda nitidez en el *Manifiesto*—: “la fuerza productiva más grande [la más potente] es la propia clase revolucionaria”,<sup>12</sup> pues es la clase que lleva en sus entrañas el germen de una nueva sociedad. Esta fuerza productiva era vigente de manera plena en 1848. En ese entonces pudo presentar su alternativa autónoma, aunque no tomar

---

<sup>12</sup> Karl Marx, *Miseria de la filosofía*, Siglo XXI Editores, México, 1975, p. 159. Vale la pena transcribir el párrafo completo, pues muestra el argumento completo que aquí se interpreta: “La existencia de una clase oprimida es la condición vital de toda sociedad fundada en el antagonismo de clases. La emancipación de la clase oprimida implica, pues, necesariamente la creación de una sociedad nueva. Para que la clase oprimida pueda liberarse, es preciso que las fuerzas productivas ya adquiridas y las relaciones sociales vigentes no puedan seguir existiendo unas al lado de las otras. De todos los instrumentos de producción, la fuerza productiva más grande es la propia clase revolucionaria. La organización de los elementos revolucionarios como clase supone la existencia de todas las fuerzas productivas que podían engendrarse en el seno de la vieja sociedad.”

bajo sus riendas a la revolución. Esta clase siguió creciendo en número en años posteriores, sin embargo, tenía que ir por detrás del desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas, pues éstas otra vez tomaron la delantera. Otra vez la misión histórica del capitalismo se volvía vigente mientras que la potencia del sujeto revolucionario retrocedía relativamente, se alejaba la posibilidad de revolucionar al capitalismo porque éste alargaba su propia meta espacial y tecnológicamente, y eso significa económica, política y culturalmente.

A nivel cultural empezó a darse un gran retroceso, como ya dije antes, las grandes alturas a las que llegó el pensamiento burgués tanto en la cabeza de Hegel, como en la cabeza de los economistas ingleses, comienza a recular. Comienza una vulgarización a todos los niveles.

Así pues, a partir de 1850 hay un retroceso histórico relativo al progreso histórico del capitalismo; las potentes fuerzas productivas de la humanidad, que en un momento vislumbraron la posibilidad de construir una nueva sociedad, se vieron debilitadas. De nueva cuenta la sociedad debió *durar* en lugar de ser *soberana*; debió apoyarse de nuevo en la economía y en la tecnología dominadas por el capitalismo, en lugar de afianzarse en el sujeto subalterno, en el sujeto oprimido, y establecer un momento de soberanía, de transformación radical del conjunto de las relaciones de producción, políticas y culturales. En lugar del momento de soberanía, la humanidad tuvo que restringirse a simple y llanamente durar, durar bajo el yugo pero durar, durar explotada pero durar. No es momento de revolución. La revolución se aleja cada vez más.

En una carta que envía a Engels el 10 de octubre de 1858, Marx le dice a aquél que le preocupa que haya retrocedido el momento de la revolución justamente porque el capitalismo ha desbordado la medida continental y se expande hacia Rusia y Estados Unidos, sitios geográficos de gran riqueza, en donde puede haber una gran masa poblacional y al mismo tiempo existe un gran atraso relativo. Así que el capital todavía tiene una gran tarea por cumplir. Esto ilustra lo que sucede en nuestro mundo actual, lo que ha sucedido durante todo el siglo XX, porque el capitalismo se extremó no sólo hacia Rusia y hacia Estados Unidos sino hacia todas partes, reactualizando entonces una tarea histórica que la burguesía debía cumplir.

El momento de soberanía del sujeto humano quedaba suspendido, y quedaba en pie el momento de duración tecnológica que, bajo el capitalismo, significa momento de dominio. La cohesión mundial significa coerción mundial. Duración bajo el capitalismo, en la clave tecnológica de explotación de plusvalía, significa mantener coaccionado, hambriento, manipulado a un sujeto proletario creciente, con un torso mundial o cada vez más cercano a la figura mundial; significa, entonces, constantes movimientos de liberación nacional y de subversión clasista, y una gran cantidad de riqueza gastada para producir armamento, para producir destrucción, para producir muerte, para mantener coaccionado al sujeto social que el capital cohesiona a nivel mundial.

En efecto, si el momento de soberanía no aparece, si retrocede, el momento de duración capitalista significa masacre de pueblos enteros en todos los confines de la tierra (como en Acteal, Chiapas). El momento de duración capitalista significa crecimiento exponencial del capital. Es la duración del capital la que importa, no la duración de la humanidad. La duración de la humanidad importa solamente porque es el apéndice de la máquina. Eso significa que es la duración del capital *contra* la humanidad. La duración de Thanatos.

Hacia 1920, poco después de terminada la primera guerra mundial, Sigmund Freud pudo forjar el concepto de Thanatos, el principio de muerte, no solamente porque sus pacientes llegaban a consulta cada vez más deteriorados sino porque estos pacientes tenían raíces en la época de la primera guerra mundial. El propio Freud vio a sus hijos partir gustosos a la guerra y él mismo creyó que esa era la mejor opción. Así que Freud captó dentro de sí este principio de muerte.

Pero no se crea que en ese momento solamente los psicoanalistas eran reaccionarios. En distintos países los diputados socialistas votaron a favor de los créditos de guerra y mandaron al proletariado a ser masacrado. Todo mundo, por chauvinismo, decía que lo mejor era morir; morir por la patria, pero, en fin de cuentas, morir.

Este efecto tanático no está arraigado en el corazón humano de manera ontológica, como pensaba Freud, sino que es un efecto histórico del desarrollo capitalista, del tipo capitalista de duración. Justamente ese es el momento en que retroceden las posibilidades de soberanía del sujeto social, de trascender

revolucionariamente al capitalismo y éste se apersona con capacidad de destrucción mundial de toda la humanidad, es Thanatos puesto en pie.

El capital es el Thanatos de la paz y el padre de la bomba atómica, y la bomba atómica es el Thanatos manifiesto, el secreto revelado del capital, el secreto revelado de en qué consiste su progreso y la potencia relativa de sus fuerzas productivas. Esta confesión es la reflexión de una época sobre sí misma, la contracara de la inactualidad de la revolución comunista.

10. Lo dicho hasta aquí explica que actualmente las fuerzas productivas son menos potentes relativamente que las fuerzas productivas de 1848. De ahí entonces que las posibilidades culturales o de desarrollo de la conciencia de clase fueran también más potentes en aquel entonces.

Toda la obra de Marx y Engels, pero mucho más concentradamente el *Manifiesto del Partido Comunista*, constituye la *codificación de la memoria histórica* y de la conciencia revolucionaria del proletariado. Se trata, justamente, de una de las fuerzas productivas clave del sujeto revolucionario que, como hemos visto, es la fuerza productiva más potente de la sociedad capitalista, esta fuerza que no está solamente en el cuerpo del proletariado, sino que sus manos, sus relaciones personales, familiares, sexuales, son también instrumentos, como los libros, el pensamiento plasmado en letras.

El *Manifiesto del Partido Comunista* codifica un momento de la experiencia del sujeto histórico revolucionario que ha sido irrepitable desde entonces, un momento en el que este sujeto captó con toda nitidez las posibilidades últimas del capitalismo y la posibilidad emergente, germinal, la aurora de la soberanía del proletariado. El *Manifiesto* indica con toda claridad que el proletariado deviene en humanidad y la humanidad deviene en proletariado, y ello en un momento en que faltaban por lo menos 150 años para que esto ocurriera efectivamente.

El *Manifiesto del Partido Comunista* no habla sobre todo de la coyuntura de 1848. Habla de ese momento coyuntural porque en él pudo darse una revolución no sólo en Francia sino en toda Europa y también en Alemania, en donde era posible que esa revolución burguesa *puñera* devenir en proleta-

ria. En todo caso, esa coyuntura es importante para que hablen los comunistas y digan quiénes son y qué pretenden, cuál es su programa, el cual no es un programa sólo restringido a 1848, sino un programa de largo plazo, un programa en contra del enemigo fundamental, en contra del capitalismo.

El *Manifiesto del Partido Comunista* habla sobre todo y fundamentalmente de nosotros, del momento actual en el que el capitalismo se ha mundializado y ya no tiene espacio; el momento en que el sujeto revolucionario no solamente podrá vislumbrar el futuro sino construirlo, porque ya no queda ninguna tarea histórica para el capitalismo más que seguir degenerando a la humanidad pues solamente así aquel puede mantener su dominio. Ya no desarrolla las fuerzas productivas, o en todo caso desarrolla algunas fuerzas destructivas que le sirven para desarrollar una dimensión destructiva tanática, no solamente en el armamento sino también en las fuerzas productivas pacíficas. Esto se demuestra en los efectos o resultados de las fuerzas productivas, cuyos productos constituyen una creciente masa de *valores de uso nocivos* para todas las dimensiones del cuerpo humano.

11. Una vez que al capitalismo no le queda espacio geográfico hacia donde crecer, y, en general, cada vez que se va restringiendo su espacio geográfico, el sistema tiene que producir un *espacio artificial*. Quizá aspire a ocupar la luna, quizá Marte; quizá podría soñar que hubiera VIP's en Júpiter. Las utopías no se han acabado, sobre todo para la burguesía.

El capitalismo necesita espacios geográficos hacia donde extenderse, en donde seguir desarrollando las *fuerzas productivas que sirven para explotar*, pues esas son *sus* fuerzas productivas, la calificación histórica que les corresponde, pues el capital no desarrolla fuerzas productivas neutras sino fuerzas productivas tecnológicamente diseñadas *para* explotar seres humanos, así que requieren sobre todo espacio, no historia, no tiempo de fiesta, no tiempo de la humanidad sino espacio para explotarla; es decir, espacio sin tiempo, una eterna explotación. Así pues, se trata de fuerzas productivas que condensen, que apaguen el tiempo, que apaguen la memoria histórica, que sofoquen cualquier posibilidad de entendimiento entre los sometidos para enfrentarse al señor dominante. Actualmente al capitalismo ya casi se le ha agotado el espacio de manera

absoluta, por lo menos en el globo terráqueo, por lo tanto, tiene que construir un *espacio artificial*, y esto lo hace en los valores de uso, los cuales, por cierto, ocupan espacio. El capital ocupa espacio en los alimentos, en los automóviles, en las urbes. A su vez, el televisor ocupa un espacio, la sala, el *couch*, la ropa ocupan espacio. Uno cree que el espacio ocupado por los valores de uso es poco, pero en realidad es mucho. Si la ropa doblada, por ejemplo, ocupa poco, la desdoblada ocupa más espacio.

Pues bien, estos son espacios de dominio del capital. El espacio ocupado por los valores de uso es espacio de dominio, sobre todo cuando son valores de uso nocivos, porque esta nocividad significa que las fuerzas productivas son relativamente débiles, *ergo*, cada efecto nocivo de las mismas genera la necesidad de contrarrestarlas.

¿Tiene usted dolor de cabeza? Pues, para eso tenemos el laboratorio Bayer, que produce aspirinas para su dolor de cabeza. ¿Tiene alguna otra dolencia? Tenemos otras fuerzas productivas que están hechas para contrarrestar todas sus dolencias. ¿Que los automóviles están produciendo muchas dolencias porque contaminan el ambiente? ¿Que las fábricas están produciendo muchas dolencias porque contaminan el ambiente? Aunque deleznable, hay que mantenerlas funcionando, o por lo menos hacer que se mantengan en su potencia. Hay que apuntalarlas con otras fuerzas productivas, es decir, hay que producir un efecto como si todavía hubiera espacio.

En otras palabras, con fuerzas productivas nocivas y otras que contrarrestan su nocividad, etc., el espacio se está *intensificando*. En efecto, el espacio no tiene sólo una dimensión extensa sino también una dimensión intensa.

Esto se nota muy claramente cuando se observa el proceso en el que el capital explota plusvalía absoluta a la clase obrera. Este tipo de plusvalía se explota mediante la *extensión* de la jornada laboral. Ésta puede prolongarse hasta 8 horas, 10, 12, 16 o 18 horas. Más allá es difícil llegar porque los obreros empiezan a morir. Pero todavía hay que explotar más plusvalía, entonces hay que utilizar la jornada de trabajo más *intensamente*. Es otra dimensión del espacio, su tupimiento. Esta explotación intensiva de la clase obrera, que permite extraerle plusvalía absoluta, muchas veces se combina con la explotación de plusvalía relativa porque puede ocurrir sobre la base

de introducir una nueva máquina que acorte la parte de la jornada en la que se reproduce la cantidad necesaria de valor para pagar el salario. Entonces se explota también plusvalía relativa. Pero no hay que olvidar que aunque en ocasión de la explotación de plusvalía relativa se acorta la parte paga de la jornada, de la intensificación de la explotación no deriva plusvalía relativa sino plusvalía absoluta. Se está utilizando el tiempo de la jornada, el espacio temporal de la jornada, no solamente de manera extensiva sino de manera intensiva. Eso mismo ocurre con la utilización del espacio material geográfico o geométrico, cuando hablamos de fuerzas productivas. Se utiliza el espacio extensiva, geográficamente, pero también se lo utiliza intensivamente, y se utiliza el espacio intensivamente aunque no haya un espacio hacia donde desbordarse, porque se crean *nuevas necesidades* que requieren *nuevas fuerzas productivas*, pues se están produciendo valores de uso que requieren una contraparte que contrarreste su nocividad.

Acontece como si hubiera este mundo y el mundo bizarro que aparece en los *cómics* de Superman —que por cierto es una representación del capitalismo del mundo real—. En el mundo bizarro Superman sufre asfixia. Pero Superman lo desdobra constantemente en el mundo del *cómic*, el cual es supuestamente nuestro mundo, en donde no se vive de manera bizarra sino que se vive muy bien, la gente no tiene cabeza cuadrada, no es horrible, no está depredada por las enfermedades, por la escrofulosis, por la sífilis, la diabetes, el Sida, el ébola, el cáncer, el alcoholismo, la neurosis, la drogadicción... Pero este mundo bizarro, ¿qué no es el mundo real? En el *cómic* de Superman el mundo bizarro es un mundo irreal, casi increíble para nosotros, mientras que el mundo real se parece al nuestro. Ahí está Luisa Lane y otros personajes simpáticos, ahí está Superman y sí puede volar.

Bien, ése es el mundo que surge cuando el capital logra desdoblar las fuerzas productivas, pues entonces logra desdoblar el espacio, utilizarlo intensivamente para contrarrestar el mundo bizarro que está produciendo. El capitalismo está produciendo enfermedad, destrucción ecológica, mil formas de contrarresto global de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Por aquí ligamos el tema del espacio geográfico, de la medida geográfica de capital, con el de los ciclos de capital, las crisis, la acumulación y la sobreacumulación de capital,

etc. Pero no es éste el lugar para extendernos al respecto.

En fin, hay que hacer una especificación histórica de nuestra historia, de los conceptos del *Manifiesto* y del pensamiento marxista en general, una especificación más puntual de lo que se ha hecho, y esto sólo es posible justamente a partir del concepto de fuerzas productivas observándolo de manera creativa, de la manera en que está presente en el *Manifiesto del Partido Comunista*, por ejemplo. Así entenderíamos de otra manera nuestro mundo, y entenderíamos de otra manera la actualidad de la revolución comunista, la aurora, el renacimiento del pensamiento marxista, porque se avecina la hora de volver a hacer actual la dimensión soberana del sujeto revolucionario, del proletariado y de las otras clases subalternas.

A través del concepto de “medida de capital” se puede hacer una historia del capitalismo que no caiga en depresión, que no le entregue las armas ni el corazón al enemigo sino que las recupere para los pobres de la tierra, para la sal de la tierra.

### *III. De cómo no se puede medir el capital*

13. Existen otras caracterizaciones del desarrollo capitalista. Las teorías del imperialismo —en sus versiones más conocidas—, fueron elaboradas por pensadores marxistas, como Rosa Luxemburg, Kautsky, Lenin, Bujarin, etc. Sin embargo, la primera propuesta de que existía algo así como una nueva época que era el “imperialismo” fue del pensador demócrata liberal Hobson, quien en 1900 publicó su libro *El imperialismo, un estudio*. De él aprendieron aquellos autores y a partir de allí desarrollaron una alternativa marxista para considerar esta nueva época que Hobson estaba anunciando. Aunque intentaron dar una salida revolucionaria a la propuesta teórica de Hobson, aquellos quedaron presos del pensamiento de este inteligente demócrata liberal.

La caracterización del capitalismo hecha por las teorías del imperialismo presenta grandes lagunas y problemas. Así que cada vez que intentemos utilizarlas para caracterizar al capitalismo debemos tomar sólo lo que sirve de ellas, pues si las utilizamos de manera integral, nos dan unas nociones o bien voluntaristas o bien derrotistas de lo que sería el presente.

La idea de que el imperialismo es la “fase superior del capitalismo” —subtítulo del opúsculo de Lenin de 1914— corresponde en algo al momento de la primera guerra mundial. Pero hoy se muestra que el imperialismo, más que la fase superior del capitalismo, es una dimensión inherente a todo desarrollo capitalista específico desde 1848, no desde 1870. El imperialismo no es una *fase* del capitalismo sino una *dimensión* del modo de producción capitalista entendido en plenitud, es decir, cuando funciona con maquinaria y gran industria, pues cuando éstas dominan son inmediatamente imperialistas. Eso significa que tratar en 1914 al capitalismo como imperialismo y decir que eso es la fase superior resultaba una buena esperanza, una propuesta revolucionaria en intención pero equivocada en la realidad. El capitalismo mostró no estar en su última fase, o por lo menos la última fase no era de 10 años, de 20 años, de 30 o de 40, etc. Ante este gran problema, los teóricos stalinistas constantemente construyeron “peldaños” de “la última fase”. “Estamos en la última fase, el imperialismo —decían— pero en el peldaño superior, en el peldaño superior bis bis”, etcétera.

Ahora puede uno reírse de eso, pero en el momento en que surgían estas recomposiciones de una teoría que era básicamente equivocada, eran cosas muy serias. Lo decisivo al respecto consiste en que la teoría del imperialismo, más allá de decir que había una fase superior etc., etc., indica que hay una *ruptura* en el *continuum* histórico del capitalismo; que antes hubo un capitalismo de libre competencia y después comenzaba un capitalismo monopolista; que en el capitalismo de libre competencia dominaba el capital industrial, en cambio en el capitalismo monopolista domina el capital financiero. Todas las reformas que puedan hacerse a esta idea redundan, por ejemplo, en decir que ya no se trata solamente de capitalismo monopolista, sino de capitalismo monopolista de Estado, y así seguido.

14. El *Manifiesto del Partido Comunista* está hecho en referencia al capitalismo industrial, y por la explotación de plusvalor. Así que, cuando la relación de producción cambia, o se dice que cambia, toda la estrategia revolucionaria debe cambiar. De hecho, el texto de Lenin era una pieza fundamental para apuntalar su teoría de la posible revolución comunista

en Rusia, en conexión con su teoría del eslabón más débil de la cadena de dominio imperialista. Según estas ideas, en Europa la revolución se había vuelto inactual, el proletariado había quedado integrado, los partidos socialdemócratas en los países desarrollados se integraron al capitalismo, pero en los países subdesarrollados, por ejemplo Rusia, la cadena imperialista tenía su eslabón más débil, ahí podía surgir la revolución.

La teoría leninista del imperialismo, en tanto pieza de la teoría del eslabón más débil, es decir de la teoría de la revolución en Rusia, debía establecer una nueva estrategia y una nueva táctica revolucionarias. Los bolcheviques en Rusia tuvieron una táctica y una estrategia revolucionarias distintas de las que en el Manifiesto se preveía como posibles en Occidente.

Para llevar a cabo estas modificaciones estratégicas y tácticas, con el éxito que se quiera —no quiero discutir el punto en este momento—, se debía aludir a una modificación en el capitalismo que implicaba una ruptura en el *continuum* histórico. Antes había una relación de producción dominante ahora debe haber otra pues hubo un cambio de cualidad.

Supuestamente, el cambio de cualidad esperado debía ocurrir porque el capitalismo sería destruido y transitaríamos hacia una sociedad cualitativamente distinta que sería el socialismo. Pero ahora —con la teoría del imperialismo— tenemos que dentro del propio capitalismo hubo un cambio cualitativo porque antes dominaba el capital industrial y ahora domina el capital financiero. Y, “de hecho, estamos en la antesala del socialismo”, dice Lenin cuando alude al capitalismo de Estado o en los textos en los que alude por primera vez al “capitalismo monopolista de Estado”, concepto que fuera retomado por los teóricos del capitalismo monopolista de Estado en los años 70 —con Paul Boccara a la cabeza—.

Con las teorías del imperialismo ya no podemos medir al capitalismo, ya no podemos utilizar el concepto de “medida de capital”, el cual nos ha servido para aludir a lo que acontecía en 1848 y a lo que acontece en el mundo actual. Los conceptos de “medida mundial de capital” o de “medida continental de capital” ya no se aplican fácilmente si manejamos la teoría del imperialismo. En realidad se trata de dos concepciones distintas, opuestas, para intentar entender la historia del capita-

lismo. Así como no podemos medir elefantes con barras de mantequilla, por ser heterogéneos en cualidad, o sumar canicas y Volkswagens porque son heterogéneos, no podemos medir al capital cuando domina el capital industrial con la misma medida que cuando domina, supuestamente, el capital financiero. Debe haber unidad en el objeto para que podamos utilizar la misma unidad de medida. Ya no tiene sentido hablar de fuerzas productivas, relaciones de producción o explotación del proletariado; de potencia relativa de estas determinaciones, por tanto, de medidas geográficas de capital en correlación con medidas temporales o históricas de capital, etc; de posibilidades de desarrollo de la conciencia revolucionaria bajo una medida, posibilidades o imposibilidades de desarrollo de dicha conciencia en otra medida; de potencia relativa del fetichismo de las relaciones de producción burguesas en una época o en otra y que detienen el desarrollo de la conciencia de los agentes de la producción, de los revolucionarios en particular, etc.

Así pues, la invitación está hecha para repensar a nuestro tiempo según la teoría del desarrollo capitalista de Marx, pues ésta es completamente vigente y no dio el traspie de decir que el capitalismo se iba a acabar hace 80 años y éste no se acabó, y más bien lo que se cayó fue la URSS. Así que hay mucho de la teoría del plusvalor, mucho de la teoría revolucionaria todavía por ser rescatado, todavía por ser entendido.

No se puede decir que el pensamiento de Marx está en crisis porque ni siquiera ha sido discutido adecuadamente. Ha sido una y otra vez retomado por la ideología burguesa, refuncionalizado, desestructurado, y así deformado, presentado como si fuera el pensamiento de Marx.

En muchas ocasiones los revolucionarios marxistas, comunistas, intentan dar cuenta de su mundo y lo logran en parte. Dan la pelea pero al mismo tiempo son recuperados, si no prácticamente, por lo menos —si no emocionalmente— sí a nivel de los conceptos. La burguesía le roba las palabras al que habla. Esa posibilidad la tenemos todos bajo el capitalismo, no hay pureza, la lucha está en curso.

Podría decirse que en la medida en que el capitalismo se está redondeando a nivel mundial emerge de nueva cuenta el momento de la revolución, emerge de nueva cuenta el momento culminante. Esto es así y seguramente habrá un momento

culminante; pero es mejor pensar a la revolución como proceso histórico de duración prolongada. Tampoco como algo que está por venir. Más bien, la revolución comunista está en curso en este momento y hace ya varios años.

Cuando el subcomandante Marcos dice que después de la segunda guerra mundial tenemos una tercera guerra mundial que se llamó “neoliberalismo”, que está siendo desplegada por el capitalismo y en el interior de ella sucumbieron los países socialistas, es de alguna manera sugerente. Puede ser metáfora mucho de lo que dice, puede ser criticable, pero lo sugerente consiste en que destruye la apariencia de paz y de cotidianidad que tiene la vida actualmente, y nos indica que existe una contraposición guerrera, hay una lucha a muerte, se está matando gente y realmente está muriendo gente. Aquí a veces no la vemos, pero en Chiapas está muriendo gente; en la India está muriendo gente; están matando gente en África, en Irak, etc.; en los *ghettos* negros está muriendo gente, etc.

Más que hablar de una tercera guerra mundial, a mí me parece que esta contienda que está ocurriendo es justamente *parte* del proceso de la revolución comunista en el momento en que el mundo se redondea de manera capitalista. Pues se le agota el espacio y por todos lados brotan rebeldes y subversión, por todos lados hay represión. Hace falta una forma consciente, una forma organizativa, un acuerdo general, una recuperación de la historia, de la experiencia y de la memoria del sujeto combatiente. Pero el sujeto está combatiendo en todos lados, está combatiendo por sobrevivir. Y actualmente sobrevivir en el contexto de la duración capitalista significa inmediatamente ser soberano. Sobrevivir significa cada vez más o destruir al capitalismo o el capitalismo te destruye. Cada vez más las metas inmediatas, la táctica inmediata, se convierte de nueva cuenta en dimensión estratégica. Socialismo o barbarie. El objetivo inmediato cada vez se acerca más al objetivo final. Por supuesto que no en cada huelga, pero en el conjunto de las luchas la sobrevivencia está coincidiendo con la obtención de libertad, y la obtención de libertad con la mera sobrevivencia.

Así pues, estamos en el curso de la revolución comunista. Ha comenzado. Ya tiene varios años dándose. Esta revolución tiene que reconocerse, tiene que reconocer sus deseos y sus necesidades, tiene que retomar conciencia y desarrollarla, no

sólo desarrollarse prácticamente.

Hay muchas cosas que discutir. En realidad, solamente he mostrado algunas de las cosas que habría que recuperar, re-vivir, re- visar, re-componer, re-hacer. Hay un mundo por delante.

PARTE I: HECHOS EQUÍVOCOS Y ÉPOCA EQUÍVOCA

*LA REVOLUCIÓN EUROPEA DE 1848*  
*EN 10 TRAMOS HISTÓRICOS*

Diez tramos tiene este avatar histórico; dos lo preludian, de 1846 a fines de 1847, dos son su epílogo, desde fines de 1849 hasta fines de 1852. En noviembre 17 de este último año ocurre la disolución de la “Liga de los Comunistas”, asociación que tomó tal nombre —sustituyendo al anterior de “Liga de los Justos”— en las vísperas de la Revolución, en junio de 1847, como parte de sus preparativos para intervenir de nuevo modo en la historia social. Engels trabajó mucho en el Congreso de la “Liga de los Justos” —llevado a cabo en Londres— para transformarla en “Liga de los Comunistas”, nombre al que se asocia una nueva perspectiva histórica y política: el socialismo científico. En estos diez tramos transcurre, entreverada con aquella revolución democrático-burguesa, la formación de una corriente autónoma proletario-comunista de gestión histórica, la cual tuvo en aquella pequeña Liga sólo una de sus expresiones, ni la única del momento ni la más importante o trascendente después.

Sin embargo, sí hay algo trascendente en la Liga de los Comunistas: el hecho de que Marx y Engels participaran en ella e iniciaran su intervención personal en la revolución vinculados a tal organización intentando convertir a ésta en expresión de sus concepciones sociales. El “socialismo científico” forjado por ellos —en el curso de los años entre 1844 y 1848— mantiene vigencia histórica hoy en tanto *condición de despliegue autónomo de la conciencia y de la acción histórica revolucionaria del proletariado*. Este ingrediente se perfiló nítido en medio del contexto capitalista burgués antifeudal de la revolución de 1848.

En otros términos: *la autonomía de la acción, la organización y la conciencia revolucionaria del proletariado se manifestó externa, generalizada y militantemente en el curso de la revolución burguesa de 1848*. Esta manifestación fue un hecho *secundario* dentro del conjunto de acontecimientos, pero, al mismo tiempo, fue el fenómeno en el que se concentró *el secreto de todo el período histórico y de la revolución en particular*. Ninguna revolución burguesa previa contuvo en su seno un tal grano de pimienta especificante.

Así pues, la intelección de los sucesos de ese período histórico del capitalismo depende de la comprensión de las condiciones que hicieron posible la constitución de la autonomía revolucionaria del proletariado, en articulación con el desarrollo del capitalismo y de la revolución burguesa en particular. De hecho, el conjunto de escritos de Marx y Engels de tal período teorizan precisamente ese gozne —desde el *Manifiesto del Partido Comunista* y los escritos periodísticos previos (1846) hasta “Mayo a octubre de 1850”, *La lucha de clases en Francia* (1851) y *Las guerras campesinas en Alemania*, etc.—.

Así las cosas, de los tramos que preludian a la revolución, el primero se refiere a cuestiones comunistas y, en particular, al nivel del desarrollo teórico-político alcanzado sólo por dos personas, Marx y Engels, y el último tramo del epílogo de la revolución se refiere a la disolución de la “Liga de los Comunistas”. Por supuesto, estos sucesos anteriores y posteriores al proceso revolucionario burgués en cuanto tal se enmarcan y posibilitan en la coyuntura histórica, predominantemente capitalista, cuyas determinaciones habrán de suscitar el estallido revolucionario.

En lo que sigue formulo mi tesis acerca de la clave intelectual y práctica de los acontecimientos; añado una cronología con la intención de mostrar cómo esos hechos sólo se entienden coherentemente en su secuencia histórica —y no sólo como colección de fechas seguidas una a la otra— si se los aborda desde la perspectiva aquí formulada referente al cambio de medida de capitalismo.

#### *Primer tramo: 1838-1848*

Por lo menos, las dos décadas previas (1828-1848) anunciaron la llegada de la revolución de 1848. Pero conforme nos acercamos a ella, los signos son más inquietantes, siendo la revolución de 1830 en Francia el descollante.

En un plano biográfico es rescatable que la crítica de Marx a Hegel tiene su primer gran triunfo en ocasión de la tesis doctoral de Marx, donde enfrenta a Hegel en el bastión mejor fortificado de éste, la historia de la filosofía, con un análisis comparativo de las filosofías de la naturaleza de Demócrito y de Epicuro. Marx se inclina a favor de este último y, así, de la veta materialista libertaria y rebelde de la filosofía griega.

Marx sustenta su Tesis Doctoral en 1841 pero inicia su redacción en 1839. Con este acontecimiento dio inicio la *revolución teórica* que en 1848 daría por resultado la redacción del *Manifiesto del Partido Comunista* conjuntamente por Marx y Engels.

En 1843, en su “En torno a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho (Introducción)”, Marx anuncia la revolución alemana, cuyo sujeto será el proletariado unido, uniendo cabeza y corazón y, en fin, filosóficamente integrado. La pregunta que preside este texto es análoga a la del *Manifiesto del Partido Comunista*:<sup>13</sup> indaga por las *condiciones de posibilidad de la revolución comunista* en general y, particularmente, en Alemania.

También en 1843, Engels publica la primera crítica de la economía política hecha desde una perspectiva a la vez dialéctica y materialista, así como socialista y democrática. Este trabajo de Engels no pudo sino decidir —quizá incluso inspirar— a Marx a proseguirlo para así continuar su propia crítica a Hegel y la tematización de algo ya fundamentado en el “En torno a la filosofía del derecho de Hegel (Introducción)”: la situación económica del proletariado y, concomitantemente, del capital. Así que en 1844 Marx redacta sus célebres *Manuscritos económico-filosóficos*: materialismo histórico, crítica de la economía política y socialismo, inclusivos de la crítica a Hegel y a todo el continente burgués de pensamiento.<sup>14</sup>

A fines de 1844 Marx y Engels escriben *La Sagrada Familia*, obra en la cual emprenden un enfrentamiento global contra la filosofía hegeliana y su horizonte general bajo la figura de la crítica a una ideología hegeliana, en particular la de Bruno Bauer y sus seguidores.<sup>15</sup> De tal manera, en 1845 Marx

---

<sup>13</sup> Cfr. Jorge Veraza Urtuzuástegui, “Para un Marx sin rupturas. *En torno a la crítica a la filosofía del derecho de Hegel* (1843) y el *Manifiesto del Partido Comunista* (1848)”, inédito. Ponencia presentada en el ciclo de mesas redondas *Capitalismo mundial y Estado burocrático. Karl Marx 1843-1993*, organizado por el Seminario de *El capital* de la Facultad de Economía de la UNAM, del 13 de mayo al 30 de junio de 1993.

<sup>14</sup> Cfr. mi “Cómo fueron escritos los *Manuscritos de 1844*”, publicado por el Seminario de *El capital* de la Facultad de Economía de la UNAM, México, 1994.

<sup>15</sup> Cfr. María de la Concepción Tonda Mazón, *Fundamentación de la crítica de la economía política en La Sagrada Familia*, Tesis de Licenciatura, Facultad de Economía-UNAM, 1981.

puede redactar, como resumen apretado de su concepción filosófica y revolucionaria, las *Tesis sobre Feuerbach*.<sup>16</sup>

En 1845-1846 Marx y Engels redactaron conjuntamente *La ideología alemana*, en donde, por el lado de la filosofía, integran la crítica a Max Stirner y Feuerbach con la de Bruno Bauer y, por el lado del socialismo, critican a Moses Hess y a todo el “socialismo verdadero” alemán. Se trata de la crítica general de la ideología alemana, ahora tematizada en su dimensión filosófica y pseudo-revolucionaria; de un “ajuste de cuentas” general con el terreno filosófico y político en el que ambos autores se formaron, y, sobre todo, un ajuste de cuentas entre ambos para conformar una concepción materialista dialéctica de la historia unitaria o común aunque, ciertamente, en mayor grado conformada por Marx.

*La ideología alemana*<sup>17</sup> fue redactada en Bruselas, a donde tuvo que emigrar Marx, deportado desde París por el gobierno de Guizot. Allí los dos amigos formaron el “Comité comunista de correspondencia” y establecieron “las primeras relaciones con los dirigentes de la «Liga de los Justos» residentes en Londres”<sup>18</sup> y que luego se llamaría —a instancias de Marx y Engels— Liga de los Comunistas. A fines de 1847 esta Liga les encargaría la redacción del *Manifiesto del Partido Comunista*.

Este conjunto de obras teórico-políticas giraba en torno a toda una serie de acciones y procesos político-prácticos en los que ambos autores se vieron involucrados. Valga lo anterior como apretado resumen para señalar que Marx y Engels se prepararon, se clarificaron y se organizaron ya *antes* de todo síntoma evidente —o, mejor, inminente— de crisis económica (1847) o revolución (1848). Por supuesto, fueron encaminados a ello por el desarrollo epocal que debía redondearse en 1848

---

<sup>16</sup> Fernando Claudín (*op. cit.*) en su indagación sobre las premisas de la revolución del 48 sólo registra este texto de Marx indicándolo como “la primera formulación de su concepción materialista dialéctica”, cuando que, como vimos, apenas es el primer **resumen** —por cierto aforístico— de la misma; resumen que supone la fundamentación y la tematización **previas**.

<sup>17</sup> Cfr. mi “Marx y Engels, *La ideología alemana*. La necesidad histórica de su redacción”, Editorial Itaca, México, 1996.

<sup>18</sup> Cfr. Fernando Claudín, *op. cit.*, p. 437.

al redondearse la medida continental de capitalismo.<sup>19</sup>

*Segundo tramo: febrero de 1846 al 10 de octubre de 1847*

Así como el primer tramo es el de las *premisas epocales* cercanas —incluyendo las biográficas y teóricas de Marx y Engels— de la revolución del 48, este segundo incluye los *síntomas palmarios de la crisis y de la revolución*.

En febrero de 1846 ocurrió la insurrección polaca en Cracovia. Luego, en toda Europa se suscitó una crisis de escasez de alimentos y desórdenes sociales concomitantes. A fines de año, se decretó en Inglaterra la abolición de las leyes proteccionistas cerealeras, indicio del progreso del capital industrial frente a los terratenientes ingleses. En 1847 comenzó la crisis económica europea, la cual se prolongó durante todo 1848.

En nota a pie cito diversos eventos europeos de 1847 relativos al acercamiento de Marx y Engels a la Liga de los Justos hasta que son invitados a redactar el *Manifiesto del Partido Comunista*.<sup>20</sup> Pero cabe resaltar, sobre todo, sucesos no ocurridos en Europa sino en América pero que están en relación

<sup>19</sup> Fernando Claudín, con otros autores, sugiere que fue apenas la antesala de la Revolución de 1848 la que empujó a Marx y a Engels a prepararse y organizarse. Para dar sustento a su idea, Claudín ofrece un cuadro inicial de los acontecimientos que lo mejor que tiene es su romanticismo, pero cuya unilateralidad —pues seguro hubo pasión romántica en Marx y Engels en aquel momento— conduce, en el mejor de los casos, al practicismo, pero que fácilmente rueda cuesta abajo hacia la desconfianza respecto de Marx y a una imagen psicologicista y esquizofrénica de su proceder. Cfr. su *Marx, Engels y la revolución de 1848*, edición citada.

<sup>20</sup> “1847

“**Comienzo de la crisis económica europea**, que se prolongará durante 1848, constituyendo uno de los factores principales de la revolución de 1848.

“**Enero**. El Comité central de la Liga de los Justos envía uno de sus miembros a Bruselas para discutir con Marx **la posibilidad de un entendimiento**. Se llega a un acuerdo en principio.

“**Abril-junio**. Reunión de la Dieta Unida de Prusia en Berlín. **Conflicto** entre el rey y la burguesía liberal.

“**Junio**. Congreso de la Liga de los Justos en Londres, con participación de **Engels. Se decide su transformación a Liga de los Comunistas**.

“**Julio-diciembre**. Intensificación de la agitación social y política en Francia. Campaña de los banquetes por la reforma del sistema electoral.

“**12 de septiembre**. Asamblea de los **demócratas alemanes** en Offenburg (Baden).

“**10 octubre**. Asamblea de los **liberales alemanes** en Heppenheim (Hesse-Darmstadt)”. *Ibíd.*, pp. 437-438, negritas mías.

con el contexto en el que se gestó la revolución de 1848 y que fueron profundamente significativos para Marx y Engels.<sup>21</sup>

En efecto, desde 1847 Estados Unidos recrudece sus ataques a México hasta estallar la guerra, la invasión y lograr conquistarlo. De tal suerte, Europa en crisis y arribando a la revolución europeo-continental no puede sino dejar que Estados Unidos avance, que ocupe una zona de influencia geopolítica que le es propia pero que Europa le rivalizaba antes y le rivalizó después.<sup>22</sup> La crisis europea posibilitó y recubrió el avance de Estados Unidos. A mediados del siglo XIX se jugó la hegemonía capitalista mundial a favor de Estados Unidos, pues su avance sobre México fue el puente de su avance sobre toda América Latina y de su dominio sobre la zona, y esta última la plataforma para el dominio mundial. Así que, si en 1848 se verificó el redondeamiento de la medida continental del capitalismo, y en 1850 su desbordamiento hacia la medida mundial, entre 1847 y 1848 se jugó la primera condición para que la hegemonía de esta última medida la perdiera Inglaterra y la obtuviera Estados Unidos. Marx y Engels vislumbraron este proceso, sorprendentemente, entre 1847 y 1848, según quedó plasmado en el referido artículo de Engels de 1848, “Los movimientos de 1847”.

*Tercer tramo: 21 de octubre de 1847 a 28 de febrero de 1848*

Inicia la revolución europea sobre las espaldas de la crisis. Todos los síntomas insurreccionales<sup>23</sup> en diversas regiones en-

<sup>21</sup> Cfr. el célebre artículo firmado por Engels (se cree que fue de Marx) “Los movimientos de 1847”.

<sup>22</sup> Por ejemplo, la invasión francesa a México, en 1862, comenzó como expedición inglesa, española y francesa. Cfr. mi *1847-1997. Los escritos de Marx y Engels sobre México. (Su coherencia y vigencia en confrontación con el Marx y América Latina de José Aricó)*, Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, México, 1998.

<sup>23</sup> **1847**

“21 de octubre-23 de noviembre. **Guerra civil en Suiza.** Derrota del **Sunderbund** (Liga de los Cantones clericales).

“**Noviembre. Reactivación del movimiento cartista.**

“**Noviembre-diciembre.** Segundo Congreso de la Liga de los comunistas. Encomienda a Marx la **redacción de un Manifiesto comunista.**

**1848**

“**2-4 enero.** Motín de los cigarros en **Milán.** Enfrentamiento de los **patriotas con la oficialidad austríaca.**

caminan hacia *la insurrección de París, del 22-24 de febrero de 1848*, la cual derrocó a la monarquía de Luis Felipe y condujo a la formación de un gobierno provisional con participación de los socialistas moderados Luis Blanc y Albert.

*Cuarto tramo: finales de febrero al 15 de marzo de 1848*

Poco después de iniciada la revolución de 1848 se edita en Londres el Manifiesto del Partido Comunista (en alemán). El cuarto tramo sigue el curso de la revolución partiendo de París hasta Viena, pasando por la insurrección de Neuchatel y la deportación de Marx de Bélgica hacia París, etc.<sup>24</sup>

---

“12-17 enero. **Insurrección de Palermo** (Sicilia) contra la monarquía absoluta de Fernando II (reino de Nápoles).

“10 febrero. Fernando II cede a la insurrección. Introducción a la Constitución.

“11 febrero. Las autoridades austríacas decretan el estado de sitio en Lombardía.

“14 febrero. El papa Pío IX, soberano de los Estados papales, crea una comisión para introducir reformas liberales.

“17 febrero. Introducción de la Constitución en Florencia.

“22-24 febrero. **Insurrección victoriosa en París**. Derrocamiento de la monarquía de Luis Felipe. Formación de un gobierno provisional con participación de socialistas (Luis Blanc y Albert).

“25 febrero. El proletariado y el pueblo de París imponen la instauración de la República. El gobierno provisional proclama el «derecho al trabajo».

“28 febrero. El gobierno provisional francés acuerda crear los Talleres nacionales para asegurar trabajo a los obreros y crear una Comisión (llamada Comisión de Luxemburgo) para estudiar el problema obrero.” *Ibid.*, p. 438-439, negritas mías.

<sup>24</sup> “1848.

“*Finales de febrero*. Se edita en Londres el *Manifiesto Comunista* (en alemán). El Comité central de la Liga delega sus funciones en el Comité de Bruselas.

“*Primera quincena de marzo*. Bajo la presión de los acontecimientos franceses y de manifestaciones populares **se forman gobiernos liberales en una serie de estados alemanes** (con exclusión de Prusia y Austria). **Sublevaciones campesinas en el sudoeste de Alemania**.

“1 marzo. **Insurrección en Neuchatel** (Suiza).

“2 marzo. Decreto del gobierno provisional francés reduciendo la jornada de trabajo.

“4 marzo. Marx es detenido por la policía **belga** y expulsado del país. El gobierno provisional francés le autoriza a instalarse en París, donde llega el 5 de marzo. El Comité de Bruselas de la Liga, en funciones de Comité central, le encarga formar en París un nuevo Comité central.

“5 marzo. Carlos Alberto, rey de Cerdeña (Piamonte) promulga el Estatuto constitucional.

“5 marzo. **Liberales y demócratas alemanes** se reúnen en Heidelberg y deciden convocar un pre-parlamento alemán.

*Quinto tramo: del 15 de marzo a principios de mayo de 1848*

A partir de la segunda quincena de marzo *la revolución en Alemania pasa a primer plano*. De suerte que “hacia el 5 o 6 de abril Marx y Engels entran a Alemania”<sup>25</sup> para participar personalmente en los acontecimientos. Este quinto tramo se cierra con la insurrección de los polacos en Prusia contra la dominación prusiana.<sup>26</sup>

“5-6 marzo. Desórdenes en Glasgow.

“11 marzo. Asamblea popular en Praga.

“13-15 marzo. **Insurrección en Viena**. Huida de Metternich.

“14 marzo. Introducción de la Constitución en Roma.

“15 marzo. Comienzo de la **revolución húngara**.” *Ibid.*, pp. 439-440, negritas mías.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 440.

<sup>26</sup> “1848

“**Segunda quincena de marzo**. El nuevo Comité central de la Liga formado por Marx en París, bajo su presidencia, se opone a la medida tomada por otros comunistas y demócratas exiliados de organizar un cuerpo expedicionario armado para penetrar en Alemania. **Decide recomendar y organizar el regreso individual a Alemania de los comunistas y obreros alemanes exiliados**. El 21 de marzo Engels llega a París y se incorpora a la actividad del Comité central. A finales de marzo el Comité central elabora la plataforma de *Reivindicaciones del partido comunista de Alemania*, que, junto con ejemplares del *Manifiesto comunista*, son llevados a Alemania por los comunistas y obreros que regresan.

“17-22 marzo. **Insurrección en Venecia** contra el yugo austríaco. Proclamación de la república veneciana.

“17 marzo. Manifestaciones de la extrema izquierda en París por el aplazamiento de las elecciones a la Asamblea constituyente.

“18-19 marzo. **Insurrección en Berlín**. El rey de Prusia se ve obligado a formar un gobierno de liberales burgueses —el gobierno Camphausen— y a prometer reformas.

“18-22 marzo. **Insurrección en Milán** contra la ocupación austríaca.

“19 marzo. **Abdicación de Luis I de Baviera**. Asamblea de los demócratas en Offenburg, que se pronuncia por la república.

“23 marzo. **Comienzo de la guerra de independencia nacional italiana contra los austríacos**, encabezada por el reino de Cerdeña.

“26 marzo. Motín en Madrid.

“31 marzo-3 abril. **Reunión del pre-parlamento en Francfort**.

“4 abril. La tercera Convención nacional del cartismo se reúne en Londres.

“Hacia el 5 ó 6 de abril. **Marx y Engels entran en Alemania**.

“10 abril. Concentración cartista en Londres. Entrega de una nueva Petición al parlamento. Pero el plan cartista fracasa porque las medidas militares tomadas por el gobierno impiden la marcha proyectada sobre el parlamento. Comienzo del declive del movimiento cartista.

“11 abril. Marx y Engels llegan a Colonia.

*Sexto tramo: mayo a 23 de junio de 1898*

La revolución ya se ha extendido a casi toda Europa central, de suerte que se *especifica de modo general* como fenómeno histórico.

El democratismo y el comunismo caracterizan los aspectos vanguardistas de la revolución. Ésta sigue expandiéndose por Europa y ganando radicalidad; puede decirse que está aún en auge. Pero ya se presentan síntomas contrarrevolucionarios. En esta bisagra, el primero de junio, en Colonia, se publica el primer número de la *Nueva Gaceta Renana*, dirigida por Marx.<sup>27</sup> El tramo se cierra con el nombramiento de Marx en-

---

“12-20 abril. **Insurrección republicana en Baden.** Es derrotada por las tropas de este Estado alemán.

“16 abril. Nueva manifestación de la extrema izquierda en París por el aplazamiento de las elecciones.

“Abril-mayo. Una serie de militantes de la Liga comienza a desempeñar un **papel destacado en diversas asociaciones obreras y demócratas**, pero la organización de la Liga propiamente dicha apenas existe. En Colonia, Marx y Engels concentran su esfuerzo en preparar la salida de la *Nueva Gaceta Renana*.

“23 abril. Elección de la Asamblea constituyente francesa. Fracaso de la extrema izquierda. [Al respecto, señala Eric Hobsbawm, en la *Era del capital. 1848-1875*, p. 25: “En primer término todas ellas prosperaron y se debilitaron rápidamente, y en la mayoría de los casos de manera total. Durante los primeros meses fueron barridos o reducidos a la impotencia todos los gobiernos de la zona revolucionaria. Virtualmente, todos se desplomaron o se retiraron sin oponer resistencia. Sin embargo, al cabo de un período relativamente corto la revolución había perdido la iniciativa casi en todas partes: en Francia, a finales de abril; en el resto de la Europa revolucionaria, durante el verano, aunque el movimiento conservó cierta capacidad de contraataque en Viena, Hungría e Italia. En Francia el primer signo de resurgimiento conservador fueron las elecciones de abril en las que el sufragio universal, si bien eligió únicamente a una minoría de monárquicos, envió a París una gran mayoría de conservadores votados por un campesinado que, más que reaccionario, era políticamente inexperto, y al que la izquierda de mentalidad puramente urbana no sabía aún cómo atraer.”]

“Abril-mayo. **Insurrección de los polacos de Posnania** contra la dominación prusiana.” *Ibid.*, pp. 440-441, negritas mías.

<sup>27</sup> 1848

“Mayo. Contra la opinión de Schapper, Moll y otros dirigentes veteranos de la Liga, Marx —apoyado por Engels y otros miembros del Comité Central de la Liga— **decide interrumpir la actividad de la Liga como tal en Alemania y actuar en el ala izquierda del partido demócrata.**

“1 mayo. Se promulga en Inglaterra la ley estableciendo la jornada de diez horas para las mujeres y hombres en la industria textil.

“4 mayo. Inicia sus trabajos la Asamblea constituyente francesa.

“7 mayo. Motín en Madrid.

“13 mayo. **Autonomía** de la Voïvodie serbia.

tre los representantes del “Comité de la Asociación Democrática de Colonia” para garantizar el cumplimiento de las decisiones del Congreso de Francfort.

*Séptimo tramo: 23-26 de junio a 25 de septiembre de 1848*

*La contrarrevolución se apersona en forma*, aunque todavía se suscitan brotes revolucionarios *fuera* de París. El tramo se inicia con la represión militar a la insurrección del proletariado parisino. Derrotas e insurrecciones extendidas por toda Europa, desde Suiza, Alemania, Italia, Posnania, Austria y Dinamarca, etc. El 21-24 de septiembre cierra el tramo con el fracaso de la intentona republicana en Baden, dirigida por Struve.<sup>28</sup> La burguesía alemana explicita su carácter termido-

“15 mayo. Manifestación revolucionaria contra la Constituyente en París, seguida de la **represión contra Blanqui y otros líderes revolucionarios**.

“15 mayo. **Manifestación revolucionaria en Viena** contra el intento de la monarquía de otorgar una Constitución. Decreto democratizando el sistema electoral.

“15-16 mayo. **Aplastamiento de un levantamiento popular en Nápoles**. Se inicia la **contrarrevolución** en el reino de Fernando II.

“18 mayo. Apertura en Francfort de la Asamblea nacional alemana, elegida en Prusia, Austria y demás estados alemanes por sufragio universal indirecto.

“22 mayo. Apertura en Berlín de la Asamblea nacional prusiana, elegida por el mismo sistema, que se propone elaborar una Constitución.

“1 junio. **Salida en Colonia del primer número de la Nueva Gaceta Renana, dirigida por Marx**.

“2 junio. Apertura del Congreso eslavo en Praga.

“12-17 junio. **Insurrección en Praga** aplastada por las tropas austríacas.

“14 junio. **Manifestación insurreccional de los obreros y demócratas radicales de Berlín**. Asalto del arsenal.

“14-17 junio. Primer congreso de los demócratas alemanes en **Francfort**.

“21-23 junio. **Levantamiento en Valaquia**.

“*Hacia el 23 de junio. El Comité de la Asociación democrática de Colonia nombra a Marx* entre sus representantes en la Comisión de las organizaciones democráticas de Colonia, formada en cumplimiento de las decisiones del Congreso de Francfort, a fin de realizar el reagrupamiento de las organizaciones democráticas de Renania y Westfalia”. *Ibid.*, pp. 441-442, negritas mías.

<sup>28</sup> 1848

“23-26 junio. **Insurrección del proletariado de París**. El general Cavaignac, nombrado jefe del Poder Ejecutivo, **dirige la represión**.

“26 junio-2 julio. Serie de artículos en *Nueva Gaceta Renana* sobre **la insurrección del proletariado parisiense**. El 29 se publica el artículo de Marx «**La revolución de junio**».

“28 junio. Dispersión del Congreso eslavo de Praga por las tropas austríacas.

“29 junio. La Asamblea nacional de Francfort designa Vicario del Imperio al Archiduque Juan.

“Julio. Garibaldi organiza su Cuerpo de Voluntarios para luchar contra los austríacos.

“6 julio. **Moll**, miembro del ex Comité central de la Liga de los comunistas es elegido presidente de la Asociación obrera de Colonia.

“15 julio-18 agosto. Se reúne en Francfort el congreso de maestros artesanos de toda Alemania.

“20 julio-20 septiembre. Se reúne en Francfort el congreso de oficiales artesanos.

“21 julio. Marx es **elegido por la Asamblea de la Asociación democrática de Colonia** para representarla en el Comité de las tres asociaciones democráticas de Colonia (una de ellas es la asociación obrera).

“22 julio. Apertura en Viena del *Reichstag* (parlamento del Imperio austríaco).

“23-25 julio. **Derrota de los italianos en Custoza.**

“Julio-agosto. **Fracaso de un intento de insurrección irlandesa.**

“3 agosto. Marx es informado de que las autoridades renanas le niegan la calidad de súbdito prusiano y le **consideran extranjero.**

“9 agosto. **Armisticio entre austríacos y piemonteses.**

“11 agosto. Reunión de la Asociación democrática de Colonia bajo la presidencia de Marx. Se adopta una protesta **contra la incorporación de Posnania a la Confederación germánica** —acordada por la Asamblea nacional de Francfort—. Se elige una delegación para exigir de las autoridades de Colonia que **anulen las medidas policíacas contra Marx y Schapper.**

“13-14 agosto. Marx y Engels participan en el primer congreso de demócratas renanos que se celebra en Colonia, con asistencia de delegados de diecisiete organizaciones demócratas de la provincia. El Congreso ratifica el Comité central de las tres asociaciones democráticas de Colonia (del que es miembro Marx) como Comité regional democrático renano.

“23 agosto. **Manifestación insurreccional obrera en Viena.**

“23 agosto-11 septiembre (aproximadamente). Viaje de Marx a Berlín y Viena a fin de allegar fondos para la *Nueva Gaceta Renana* y establecer relaciones con los dirigentes demócratas de ambas capitales.

“23 agosto-3 septiembre. Tiene lugar en Berlín un congreso de **asociaciones obreras de diferentes estados alemanes.** El congreso es dirigido por Born y crea la **Fraternidad Obrera.**

“25-26 agosto. Paso de Marx por Berlín. Se entrevista con varios **dirigentes demócratas**, entre los cuales d’Ester, Jung y Julius.

“26 agosto. **Armisticio de Malmoe entre Dinamarca y Prusia.**

“28 agosto-6 septiembre. Estancia de Marx en Viena. Participa en una **discusión de la Asociación democrática**, donde se discute sobre la situación después de la manifestación obrera del 23 de agosto. Marx establece una cierta similitud con la situación de junio en París. El 30 de agosto Marx habla en la Asociación obrera de Viena. El 2 de septiembre hace en la misma Asociación un largo informe sobre «trabajo asalariado y capital».

“Fines de agosto. **Ruptura austro-húngara.**

“Septiembre. Expedición de Fernando II **contra Sicilia**, último baluarte del movimiento revolucionario en el reino de Nápoles.

riano, por ejemplo, al ratificar el armisticio entre Dinamarca y Prusia el 7 de septiembre y al ratificar el armisticio de Malmö el 16 de septiembre. Ante tales acontecimientos, Marx analiza en una serie de artículos “La crisis y la contrarrevolución”. La crisis política desencadenada por el armisticio del 7 de septiembre lo confirma en la idea de que el gobierno provisional salido de una revolución debe ser necesariamente una dictadura revolucionaria para preservar y combatir las fracciones termidorianas. En medio de la ola contrarrevolucionaria, Marx expone en la Asociación de Viena un informe sobre lo que después será su “Trabajo asalariado y capital”. Se trata de la demostración fundamental de la explotación de plusvalor al proletariado por el capital, pero también, por ello mis-

---

“7 *septiembre*. Abolición del régimen señorial en los «Estados hereditarios» de la corona austriaca.

“7 *septiembre*. **Asamblea de masas** en Colonia organizada por la Asociación democrata y la *Nueva Gaceta Renana*. Se acuerda una resolución dirigida a la Asamblea nacional de **Francfort** pidiéndole que no ratifique el armisticio entre Dinamarca y Prusia.

“10 *septiembre*. De acuerdo con el gobierno de Viena, las tropas croatas atacan Hungría.

“11 *septiembre*. Marx regresa a Colonia.

“12-16 *septiembre*. **En la serie de artículos «La crisis y la contrarrevolución» Marx analiza la crisis política creada con motivo del armisticio y formula la tesis de que el gobierno provisional salido de una revolución debe ser necesariamente una dictadura revolucionaria.**

“13 *septiembre*. La redacción de *NGR*, la Asociación obrera y la asociación democrática de Colonia organizan una concentración popular en la que participan unas seis mil personas; crea un Comité de salud pública de treinta, entre los que figuran Marx y Engels. Se dirige un mensaje a la Asamblea nacional prusiana requiriéndola a resistir a todo intento de disolución.

“16 *septiembre*. La Asamblea nacional de Francfort ratifica el armisticio de Malmoe.

“17 *septiembre*. Nueva concentración de masas en las proximidades de Colonia, actuando Engels de secretario.

“18 *septiembre*. **Insurrección popular en Francfort contra la ratificación del armisticio.**

“20 *septiembre*. Asamblea popular en Colonia, organizada por el Comité de salud pública y las asociaciones democráticas y obreras, de **protesta contra la ratificación del armisticio y en solidaridad con los insurrectos de Francfort.**

“22 *septiembre*. Se crea en Hungría el Comité de **defensa** de la patria, **encabezado por Kossuth.**

“21-24 *septiembre*. **Fracaso de la intentona republicana** en Baden, dirigida por Struve.” *Ibíd.*, pp. 442-445, negritas mías.

mo, de la irreductibilidad política del proletariado respecto a la burguesía. Visiblemente, Marx agita contra la reacción termidoriana burguesa y prepara al movimiento proletario para reconcentrarse en torno a sus intereses específicos también para después de la revolución de 1848.

Con el armisticio entre Dinamarca y Prusia del 26 de agosto se verificó una inflexión global de toda la coyuntura, pasando del auge revolucionario a la contrarrevolución generalizada.

*Octavo tramo: 25 de septiembre de 1848  
a últimos meses de 1849*

Este largo tramo del proceso presenta subdivisiones definidas pero todo él se caracteriza por la *persecución directa y final de los revolucionarios*. En otros términos, ocurrió la *consolidación burguesa liberal*, la cual requería aún de algunos avances periféricos llevados por cuenta de los revolucionarios pero manejables para la burguesía y que se registraron en los próximos meses todavía. Efectivamente, se suscitaron brotes revolucionarios aislados fuera de Alemania e Italia, en Viena y Hungría.

El tramo se inicia con la orden de aprehensión girada contra Engels y otros redactores de la *Nueva Gaceta Renana*. Todavía, a comienzos de octubre triunfaba el ejército revolucionario húngaro contra el austriaco y el 6 de octubre se suscitaba la revolución popular en Viena, y aún el 16 de octubre lograba reaparecer la *Nueva Gaceta Renana*, suspendida desde el 26 de septiembre. Con el triunfo de la insurrección republicana en Roma, el 15 y 16 de septiembre, se cierra el primer subtramo de este octavo (8.1).<sup>29</sup>

---

<sup>29</sup> 1848

“25 septiembre. Orden de proceder contra Engels y otros redactores de la *NGR* por complot contra el orden establecido. Instrucción judicial contra el Comité de salud pública, la Asociación democrática y la Asociación obrera de Colonia. Detención de algunos de sus dirigentes (entre ellos Schapper). Intervención de Marx en una asamblea de la Asociación obrera poniendo en guardia contra una insurrección prematura.

“26 septiembre. Declaración del estado de sitio en Colonia. Suspensión por las autoridades militares de *NGR* y otros diarios democráticos. Días después **Engels tiene que abandonar Colonia para evitar la detención. Marcha a Bruselas.**

Durante el segundo subtramo (8.2) (segunda quincena de noviembre hasta el 27 de noviembre) vemos cómo la sociedad civil palidece y el *Estado pasa a primer plano*, en ocasión del conflicto entre la Asamblea Nacional prusiana y el gobierno monárquico. Luego, tenemos el llamamiento a no pagar impuestos publicado en la *Nueva Gaceta Renana*, en solidaridad con la Asamblea de Berlín, confrontada con el monarca. El 20 de noviembre el juez de instancia acusa a Marx y otros miembros del Comité regional de demócratas de “incitación a la rebelión”.<sup>30</sup>

---

“28 septiembre. Es muerto en Pest el conde Lamberg, representante del gobierno imperial austríaco en Hungría. **El hecho sirve de pretexto para la intervención austríaca.**

“Comienzos de octubre. **Victoria del ejército revolucionario húngaro** sobre los austríacos y [los] croatas.

“5 octubre. Engels llega a París después de haber sido detenido en Bruselas y expulsado de Bélgica. A los pocos días marcha a Suiza.

“6 octubre. **Revolución popular en Viena.** Resiste hasta el 31 de octubre a las tropas austríacas y croatas que cercan la ciudad.

“12 octubre. Reparición de la *NGR*.

“16 octubre. En la sesión del Comité de la Asociación obrera de Colonia Marx acepta la propuesta de desempeñar provisionalmente la presidencia de la Asociación. (Moll había tenido que salir de Colonia para no ser detenido) La asamblea de la Asociación obrera del 22 de octubre confirma el nombramiento de Marx.

“26-30 octubre. Se celebra en Berlín el segundo congreso de demócratas de Alemania.

“Finales de octubre. Se forma en Florencia un gobierno demócrata.

“31 octubre. **Gran manifestación en Berlín en solidaridad con el pueblo de Viena.**

“1 noviembre. **Las tropas austro-croatas entran en Viena y llevan a cabo una represión sangrienta.**

“4 noviembre. La Asamblea constituyente francesa aprueba la **Constitución de la república.**

“15-16 noviembre. Triunfo de la insurrección republicana en Roma.”. *Ibid.*, pp. 445-446, negritas mías.

<sup>30</sup> 1848

“Segunda quincena de noviembre. **Conflicto entre la Asamblea nacional prusiana y el gobierno instrumento del monarca.** Movilización de las asociaciones demócratas y obreras en apoyo de la Asamblea.

“14 noviembre. El Comité regional de demócratas renanos lanza un llamamiento a la población para que exprese su solidaridad con la Asamblea de Berlín **negándose a pagar los impuestos. El llamamiento se publica en *NGR*.**

“17 noviembre. **Suplemento extraordinario de *NGR*** dedicado a la movilización. Dese el 19 de noviembre hasta el 17 de diciembre todos los números de *NGR* llevan el llamamiento: ¡No más impuestos!

El tercer subtramo (8.3), del 27 de noviembre de 1848 al 16 de abril de 1849, se caracteriza por la creciente *derechización de los demócratas*. Democratismo y comunismo, hasta entonces unidos y, así, característicos de la revolución de 1848, se separan en ocasión de criticar duramente Marx a la “Asociación Central de Marzo”, reagrupación de los demócratas del grupo parlamentario de la Asamblea nacional de Francfort. El 10 de diciembre es elegido Luis Bonaparte por sufragio universal, y Marx debió publicar en la *NGR* “La burguesía y la contrarrevolución” del 10 al 31 de diciembre, análisis global del proceso revolucionario alemán hasta ese momento.

El conjunto del proceso revolucionario europeo será analizado por Marx en “El movimiento revolucionario”, publicado en la *Nueva Gaceta Renana* el 1° de enero de 1849.

En febrero Marx y Engels mantenían en Colonia su posición contraria a la reorganización de la Liga de los Comunistas iniciada en Londres. Evidentemente no había condiciones para la lucha comunista.

En medio de los procesos contra los comunistas en Alemania y de la contraofensiva del ejército revolucionario húngaro (febrero-abril 1849), el 28 de marzo de 1849 la burguesía terrateniente alemana coronó sus refulgencias al ofrecer la corona imperial a Federico Guillermo IV y aceptar la propuesta de éste de constitución del Reich.

Frente a todo ello, entre el 5 y el 11 de abril, la *Nueva Gaceta Renana* publicó el ensayo de Marx “Trabajo asalariado y

“18 noviembre. Nuevo llamamiento del Comité regional de demócratas renanos requiriendo a la población **a resistir al cobro por la fuerza de los impuestos**, a crear una milicia armada y a formar Comités de salud pública que asuman el poder allí donde las autoridades no acaten a la Asamblea nacional de Berlín.

“20 noviembre. Marx y otros miembros del Comité regional de demócratas son convocados por el juez de instrucción acusados de «incitación a la rebelión».

“21 noviembre. Llamamiento del Comité regional de demócratas poniendo en guardia a la población contra acciones prematuras. Se debe esperar a que Berlín empiece.

“23 noviembre. Segundo congreso de demócratas renanos en Colonia. Marx participa. Se discute la marcha de la campaña contra los impuestos.

“27 noviembre. Declaración austríaca sobre la «**unidad estatal**» del Imperio, que significa crear una dificultad insuperable a la creación de una **unidad estatal alemana que incluya la Austria** alemana.” *Ibid.*, p. 446, negritas mías.

capital”.<sup>31</sup>

---

<sup>31</sup> 1848

“27 noviembre. Los **líderes demócratas** alemanes forman la Asociación central de marzo, que se propone reagrupar para la **dirección del grupo parlamentario de la Asamblea nacional de Francfort** al conjunto de **organizaciones demócratas** de Alemania, Marx **critica duramente a esta Asociación**.

“2 diciembre. Abdicación de Fernando I y proclamación de Francisco José emperador de Austria.

“5 diciembre. Federico Guillermo IV **disuelve la Asamblea** nacional prusiana con un destacamento del ejército y otorga una Constitución confeccionada por sus servicios.

“10 diciembre. **Luis Bonaparte es elegido por sufragio universal** obteniendo una gran mayoría de votos, presidente de la Segunda República francesa.

“10-31 diciembre. Se publican en *NGR* los cuatro artículos de Marx, “La burguesía y la contrarrevolución”, donde analiza el proceso **revolucionario alemán hasta ese momento**.

“1849

“1 enero. Se publica en *NGR* el artículo de Marx “El movimiento revolucionario”, donde analiza el **conjunto del proceso revolucionario europeo**.

“5 enero. Las tropas austro-croatas ocupan Pest, capital de Hungría.

“15 enero. Reunión del Comité de la Asociación obrera de Colonia, en la que Marx defiende la táctica de sostener los candidatos demócratas en las próximas elecciones a la Asamblea nacional prusiana convocadas en el marco de la Constitución otorgada por Federico Guillermo IV.

“Mediados de enero. Engels **regresa a Colonia desde Suiza**.

“26 enero. **Derrota de los húngaros en Kapolna**.

“28 enero. La Asamblea nacional alemana de Francfort somete a los gobiernos alemanes el **proyecto de Constitución del Reich**.

“Fin enero-comienzos febrero. Entrevista en Colonia entre Marx y Born, dirigente de la Fraternidad Obrera.

“Febrero. Reunión en Colonia de Marx, Engels y otros comunistas con Moll, enviado por el nuevo Comité central de la Liga de los Comunistas, formado en Londres, para reorganizar la Liga en Alemania. **Marx y Engels mantienen su posición contraria a la reorganización de la Liga**.

“7-8 febrero. **Procesos** contra Marx, Engels y otros comunistas y demócratas. El del día 7, por artículos publicados en *NGR*. El del día 8, por el llamamiento del 18 de noviembre de 1848 del Comité regional de demócratas renanos. **Marx y Engels hacen de su defensa un requisitorio contra la monarquía. Todos los acusados son absueltos**.

“8 febrero. Proclamación de la **república en Florencia**, capital del ducado de Toscana.

“9 febrero. Proclamación de la **república en Roma**.

“15 febrero. Se forma en la Asamblea nacional de Francfort el grupo de los «gran alemanes», partidarios de la inclusión de Austria en **la unidad alemana**.

“17 febrero. Se forma en la Asamblea nacional de Francfort el grupo de los «pequeños alemanes», que propugna la unificación de Alemania sin Austria en torno a Prusia.

El cuarto subtramo (8.4), que va del 24 de abril de 1849 al 4 de junio del mismo año, se caracteriza por la consolidación *del predominio capitalista en todo el continente, descollando Francia, Alemania y Rusia* como detentadoras del poder continental.<sup>32</sup> El 14 de abril se inició la intervención francesa contra la república romana, y del 23 de mayo al 23 de julio el ejército prusiano acudió en ayuda de los gobiernos de Sajonia, Baden y el Palatinado que resistían insurrecciones populares. “En Baden y el Palatinado se logran formar gobiernos revolucionarios”. Pero el 9 de mayo ocurrió el aplastamiento de la insurrección en Sajonia, cuyo centro era Dresden. Con la derrota final del movimiento siciliano revolucionario y la consi-

---

“**Febrero-abril. Contraofensiva victoriosa del ejército revolucionario húngaro.**

“7 marzo. El emperador austríaco disuelve el Reichstag y promulga una Constitución otorgada que **refuerza la centralización del Imperio.**

“20-23 marzo. Carlos Alberto reanuda las hostilidades contra los austríacos y es aplastado en Novara. Abdica en Víctor Emmanuel II.

“*Segunda quincena de marzo.* Restauración de los viejos poderes en los pequeños estados italianos de Parma, Modena y Florencia.

“28 marzo. **La Asamblea nacional de Francfort adopta la Constitución del Reich y ofrece la corona imperial a Federico Guillermo IV.**

“5-11 abril. *Nueva Gaceta Renana* publica el trabajo de Marx “Trabajo asalariado y capital”. El 11 de abril el Comité de la Asociación obrera decide discutir en sus filiales la cuestión del trabajo asalariado utilizando como base el trabajo de Marx.

“5 abril. Los austríacos ocupan Florencia.

“14 abril. Proclamación de la **independencia de Hungría en Debresin.**

“14 abril. **Marx y otros comunistas se retiran del Comité regional de los demócratas renanos**, declarando que van a consagrarse a la tarea de agrupar y cohesionar las **asociaciones obreras de la provincia.** El acto signi-  
fica, de hecho, la salida del partido demócrata y el comienzo de la **creación del partido obrero.**

“14 abril-9 mayo. Viaje de Marx por el noroeste de Alemania. Establece contactos con **comunistas y demócratas** y trata de allegar fondos para *NGR*.

“16 abril. La Asociación obrera de Colonia decide abandonar el partido demócrata y afiliarse a la **Fraternidad Obrera.** Decide convocar un congreso de todas las asociaciones obreras de Renania y Westfalia. Marx es designado por la Comisión encargada de preparar este congreso.” *Ibid.*, pp. 446-449, negritas mías.

<sup>32</sup> “Hubo un grande y único cambio irreversible: la abolición de la servidumbre en el imperio de los Habsburgo. Con la excepción de este único logro, si bien reconocidamente importante, 1848 aparece como la única revolución de la historia moderna de Europa que combina la mayor promesa, la más amplia meta y el éxito inicial más inmediato, con el más rápido y completo fracaso.” Cfr. Eric Hobsbawm, *op. cit.*, pp. 26-27.

guiente restauración monárquica absoluta en todo el reino de Nápoles se desencadenó en Alemania la represión contra los comunistas. La *NGR* dejó de salir el 19 de mayo, después de la expulsión de Marx fuera de Prusia y de las órdenes de detención contra Engels y otros de sus redactores. El 27 de mayo comenzó la intervención zarista contra Hungría.<sup>33</sup>

---

<sup>33</sup> 1849

“24 abril. Comienza la **intervención francesa** contra la república romana.

“26 abril. Federico Guillermo IV disuelve la Asamblea nacional prusiana elegida en febrero porque toma partido a favor de la **Constitución del Reich**.

“28 abril. Federico Guillermo IV **rechaza la corona imperial que le ofrece la Asamblea nacional de Francfort**.

“3 mayo-23 julio. Insurrección en Sajonia, Baden y el Palatinado, con algunos focos en Renania y otros lugares de Alemania, a favor de la Constitución del Reich adoptada por la Asamblea nacional de Francfort. El **ejército prusiano acude en ayuda de los gobiernos de estos estados**. En Baden y el Palatinado se forman gobiernos revolucionarios.

“9 mayo. **Aplastamiento de la insurrección en Sajonia**, cuyo centro era Dresde.

“9 de mayo. Sublevación en Elberfeld (Renania), rápidamente sofocada. Engels participa del 11 al 14 de mayo.

“11 mayo. Derrota final del movimiento revolucionario siciliano. Restauración de la monarquía absoluta en todo el reino de Nápoles.

“Mediados de mayo. Marx es expulsado de Prusia y Engels es objeto de una orden de detención. Lo mismo sucede con otros redactores de *NGR*.

“19 mayo. Deja de salir *NGR*.

“27 mayo. Comienza la intervención del ejército zarista contra Hungría.

[A los croatas, serbios, eslavos, rumanos y ucranianos, y a una minoría alemana, “no les desagradaba una revolución que liberaba de la servidumbre, pero la negativa de la mayoría de los **radicales de Budapest** a hacer concesiones a su diferencia nacional de los magiares les convirtió en enemigos, ya que sus portavoces políticos estaban **hartos de la feroz política que se seguía contra ellos para transformarlos en magiares y de la incorporación a un estado magiar, centralizado y unitario, de regiones fronterizas que hasta entonces habían sido autónomas**. La corte de Viena, que secundaba la máxima imperialista de «divide y gobierna», les ofreció ayuda. Pero sería un ejército croata al mando del barón Jelacic, amigo de Gaj, el pionero del nacionalismo yugoslavo, el que guiara el asalto contra la revolucionaria Viena y la revolucionaria Hungría.” Cfr. Eric Hobsbawm, *op. cit.*, p. 30, negritas mías.]

“30 mayo. La Asamblea nacional alemana abandona Francfort y se refugia en el estado de Wurtemberg.

“Segunda quincena de mayo. Marx y Engels se dirigen a Baden y el Palatinado, donde los **dirigentes demócratas de la insurrección les ofrecen participar en la dirección**. Se niegan considerando que los objetivos del movimiento **no son los de los comunistas**.

“Hacia el 2 de junio. Marx marcha a París llevando una credencial del Comité central de los demócratas alemanes acreditándole como **representante de los**

En la segunda quincena de mayo de 1849 se verificó la máxima divergencia de los comunistas frente a los demócratas de cara a la modificación de la coyuntura: de auge revolucionario a contrarrevolución e incluso derechización de los demócratas. Marx y Engels, invitados por los demócratas de Baden y del Palatinado a participar en la dirección de la insurrección, se negaron a participar “considerando que los objetivos del movimiento no son los de los comunistas”.<sup>34</sup>

El quinto subtramo (8.5) se inicia el 13 de junio y se cierra en noviembre de 1849 y cierra a todo el octavo tramo, esto es, la persecución de los comunistas y la consolidación del capitalismo en el continente europeo. El capítulo final de estos eventos fue la *represión contra los comunistas en París y en general*.<sup>35</sup> Al final, ni siquiera París pudo resistir la contrarrevolución. Marx fue expulsado de París por el gobierno francés y emigró a Londres el 24 de agosto. En noviembre Engels se reunió con él.

*Tramo noveno: últimos meses de 1849 a 13 de mayo de 1850*

Es un período de reorganización de los comunistas. Comen-

---

**revolucionarios alemanes ante el partido socialista-democrático francés.** Engels queda en el Palatinado.

“4 junio. El gobierno de Kossuth se instala en Pest.” *Ibíd.*, pp. 449-450 (negritas mías).

<sup>34</sup> *Ibíd.*, p. 450.

<sup>35</sup> **1849**

“13 junio. Fracaso del intento de levantamiento organizado en París por el partido socialista democrático. Se desencadena la **represión contra el partido**. Los principales líderes emigran.

“15 junio. Insurrección obrera en Lyon ligada a la intentona del 13 de junio en París. Es aplastada.

“16 junio. El gobierno de Wurtemberg dispersa los restos de la Asamblea nacional de Francfort.

“1 julio. **Capitulación de la república romana ante el cuerpo expedicionario francés.**

“7-11 julio. Derrota del **ejército húngaro en Komarno.**

“13 agosto. **Capitulación del ejército húngaro en Villagos.**

“22 agosto. **Capitulación de la república de Venecia.**

“24 agosto. **Marx, expulsado de París** por el gobierno francés, marcha a **Londres**, donde permanecerá el resto de su vida.

“**Noviembre. Engels**, que después de la derrota del movimiento revolucionario del Palatinado había pasado a Suiza, residiendo allí hasta octubre, **llega a Londres.**” *Ibíd.*, p. 450, negritas mías.

zando con la reincorporación de Marx y Engels al Comité Central de la Liga de los Comunistas, reorganizada en Londres. Luego, en marzo, aparece el primer número de la *Nueva Gaceta Renana (revista de economía y política)*, editado en Hamburgo y dirigida por Marx desde Londres. Los comunistas se preparan para una próxima revolución.<sup>36</sup>

*Tramo décimo: de julio de 1850 al 17 de noviembre de 1852*

Este último día se disolvió la Liga de los comunistas. En este momento *se hizo sentir la fuerza inglesa, ahora hegemónica a nivel mundial*. El primer signo de esta hegemonía fue el comienzo de la insurrección *taiping* en China, a más de diez mil kilómetros de distancia de Europa. Con la inauguración en Londres de la primera Exposición Universal, el 1 de mayo de 1851, se emblematicaba el dominio inglés global y la inserción de Inglaterra en la red de dominio capitalista continental ya consolidada por Francia, Alemania y Rusia.<sup>37</sup>

<sup>36</sup> **1849**

“Últimos meses de 1849. En fecha y condiciones que no se conocen exactamente Marx y Engels **entran a formar parte de nuevo del Comité central de la Liga de los comunistas, reorganizado en Londres.**

“Primeros meses de 1850. El Comité central de la Liga de los comunistas inicia la **reorganización de la Liga**. Con independencia de este Comité central, Marx y Engels preparan la edición de una revista.

“Marzo. Aparición del primer número de *Nueva Gaceta Renana (revista económico-política)* editada en Hamburgo, dirigida por Marx desde Londres.

“Marzo. El Comité central de la Liga de los comunistas envía una circular a sus organizaciones (la «circular de marzo») exponiendo la política y las tareas de la Liga en relación con la **nueva revolución que considera inminente.**

“12 abril. El Papa se reinstala en Roma.

“31 mayo. Ley **restringiendo el sufragio universal en Francia.**” *Ibid.*, pp. 450-451, negritas mías.

<sup>37</sup> **1849**

“Julio. Comienzo de la **insurrección taiping en China.**

“Septiembre. Escisión de la Liga de los comunistas.

“Noviembre. Bajo la presión de Austria, Federico Guillermo renuncia a la creación de la «pequeña Alemania» en torno a Prusia.

“**1851**

“1 mayo. **Se inaugura en Londres la primera Exposición Universal.**

“2 diciembre. **Golpe de estado de Luis Bonaparte.**

“**1852**

“4 octubre-12 noviembre. Proceso de los comunistas en Colonia.

“17 noviembre. Disolución de la Liga de los comunistas.”. *Ibid.*, p. 451 (negritas mías).

Vale la pena ahora reseñar de corrido el conjunto del período.

Las características de los 10 tramos del proceso histórico expuesto:

I. 1838-1848: premisas epocales y teórico-políticas de Marx y Engels en vísperas de la revolución de 1848.

II. 1846-1847: *síntomas* palmarios de la *crisis económica y de la próxima revolución*.

III. Octubre 1847-Febrero 1848: *inicia en París la revolución sobre la espalda de la crisis*.

IV. Febrero 1848-Marzo 1848: *curso de la revolución desde París hasta Viena*.

V. Marzo a mayo de 1848: *la revolución en Alemania* pasa a primer plano.

VI. Mayo a junio de 1848: *democratismo y comunismo, especificaciones de la revolución en auge*, pero ya mostrando rasgos contrarrevolucionarios.

VII. Junio a septiembre de 1848: *la contrarrevolución se generaliza*.

VIII. Septiembre 1848 a fines de 1849: persecución directa y final de los revolucionarios y *consolidación burguesa liberal*.

VIII.2. 16 noviembre a 27 noviembre de 1848: *el Estado*, y no ya la sociedad civil, *pasa a primer plano* en la coyuntura.

VIII.3. 27 noviembre 1848 a 16 abril 1849: derechización de los demócratas.

VIII.4. 24 de abril a 4 de junio 1849: *consolidación del predominio capitalista en el continente europeo con base en una red establecida entre Francia, Alemania y Rusia*.

VIII.5. 13 de junio a noviembre 1849: *represión de los comunistas* incluso en París.

IX. Últimos meses de 1849 a 13 de marzo de 1850: período de *reorganización de los comunistas* exiliados en Londres.

X. Fines de 1850 a noviembre de 1852: *eficacia de la hegemonía inglesa ahora mundial*.

En la antesala de 1848 la sociedad burguesa henchida de contradicciones parecía imposibilitada para resolverlas. Expandiéndose por Europa, le resultó demasiado estrecha la camisa de fuerza feudal absolutista, pero, simultáneamente, temía a la libertad, a la fraternidad y a la igualdad, sus lemas franceses, pues ya le habían sido enderezados contra ella

misma desde 1789. Ahora, con el desarrollo del proletariado y del comunismo, este temor se había vuelto terror. Pero sus propias contradicciones, expresadas como sobreproducción y crisis, la empujaban a resolverse contra el absolutismo, así fuera con el riesgo de actuar contra sí misma al liberar en el proceso fuerzas incontrolables. La situación de miseria y desempleo del proletariado tampoco podía esperar más. Así que éste, por propio impulso, exigía solución. A ratos creía que sus males se debían al absolutismo, a ratos, a la coordinación de éste con el capital, pero cada vez más se abría paso la certeza de que el problema fundamental era la sociedad burguesa en cuanto tal, y que ya el absolutismo simplemente era una cáscara marchita que recubría al dominio burgués.

El que el proletariado participara descollantemente en la revolución de 1848, el que lograra enarbolar un programa autónomo desde un principio —y, por cierto, con visos que trascendían a la sociedad burguesa en cuanto tal— todo ello no sólo estaba en función del número acrecido de proletarios existentes entonces, y en mayor cantidad que en las revoluciones burguesas previas. Ni tampoco era sólo el resultado de la acumulación de la experiencia política previa, derivada de las acciones de 1789 o de 1830, o aun desde la revolución inglesa.

El proletariado es el corazón productivo de la sociedad burguesa, el secreto revelado del capital, así que su maduración y crecimiento guardan determinaciones clave del desarrollo cualitativo del capital en cada ocasión. En medio de la revolución el ensayo de Marx, “Trabajo asalariado y capital” así lo puntualizaba. Y bien, lo que el movimiento revolucionario proletario mostró —no lo que conquistó, sino lo que mostró— fue de tal envergadura cualitativa que no puede entenderse sino como la expresión de una maduración análoga de la sociedad burguesa, y ello no obstante su tempranía y la del proletariado. He allí la paradoja.

El hecho de que el comunismo descollara por sobre toda corriente política entre las filas del proletariado, y el que el comunismo mismo se sobrepusiera a sus figuras larvales hasta adquirir redondeamiento científico-crítico, marca un hito en la historia mundial. El gran esfuerzo y el largo período en que la contrarrevolución se ocupó en perseguir a los comunistas, desde septiembre de 1848 hasta fines de 1849 —precisamente

por toparse contra algo irreductible, nada comparable con la relativa maleabilidad de los demócratas, rechazados después de los signos iniciales de la contrarrevolución— son síntomas de la importancia del movimiento, de su núcleo original y de lo decisivo que era para la supervivencia burguesa apagar el fuego comunista que se propagó durante la revolución democrático-burguesa de 1848.

Resalta al respecto la paradójica alternancia de la actuación de Marx y Engels en los acontecimientos. Primero, casi disueltos en el movimiento general democratizador, incluso con posturas semiliberales no extremas. Pero una vez iniciada la contrarrevolución, ¡qué fuerza, qué solidez! Cada vez más radicalizados. Aunque desde el primer momento tajantes, expresando sólo la perspectiva comunista. Tanto más cuando los demócratas se rechazaron. En esta dialéctica personal de ambos se revela la irreductibilidad comunista toda, ese signo indeleble de los tiempos, ese avatar recién inaugurado y visible como nunca antes en el firmamento burgués.

¿Por qué, pues, en esa y no en otra coyuntura, Marx y Engels reivindican con tal radicalidad al proletariado y al comunismo, si la revolución de 1848 estaba casi —no absolutamente, pero casi— imposibilitada a trascender más allá de determinaciones burguesas, quedando en sus metas incluso más atrás que la gran revolución de 1789?

La descripción previa sobre las contradicciones de la sociedad burguesa en la antesala de la revolución de 1848 supone una asfixia, un cerramiento, un *impasse* que no se dice de donde proviene.

Entiéndase: otras descripciones de esas contradicciones son análogas; la sociedad burguesa es estructuralmente una configuración tal, pero no en cualquier momento arriba a crisis. Menos aún las crisis restallan en revolución.

Y para decirlo de una vez, ninguna revolución, excepto la de 1848, ha contenido en su seno un potencial revolucionario comunista tan profundo y desarrollado. Aunque, paradójicamente, el proletariado no fuera una masa tan numerosa como en revoluciones posteriores. Los comunistas fueron apenas unos cuantos y, sobre todo, los comunistas crítico-científicos, sólo fueron dos: Marx y Engels.

El materialismo tan acusado de la doctrina, tan potente como para subordinar a la dialéctica idealista de Hegel, des-

brozarla de idealismo y acompasársela —no digamos análogas transformaciones operadas por el materialismo histórico en el socialismo y en la economía política de entonces— ¿qué no revela una situación histórica vívida en la que la *res extensa* o, si se quiere, la riqueza material, resultaba más evidente que en el momento de Descartes o en cualquier otro momento ulterior; sí, virulentamente evidente?

Es propio de la sociedad burguesa, dada su oposición clasista entre los que nada tienen (sólo su fuerza de trabajo) y los que monopolizan el capital, exaltar la riqueza material y la cuestión del tener y no tener.<sup>38</sup> Mayormente, porque es un arreglo tecnológico el que propicia constantemente el acrecentamiento de la explotación de plusvalor relativo en beneficio de la clase burguesa. Pero no se trata de esto simplemente, por más esencial que sea, sino del hecho de que entre 1815 y 1848, desde el logro de un *status quo* absolutista/capitalista en todo el continente a partir de la Santa Alianza entre Rusia, Francia, Austria, Prusia e Inglaterra, la vida europea exalta la materialidad de un modo violento y asfixiante, obvio pero igualmente nítido, en la misma medida en que se encamina — y los síntomas sobran para demostrarlo— hacia la crisis revolucionaria.

La vivencia general de la materia es básicamente vivencia del espacio; de ahí lo de *res extensa* en el *Discurso del método* cartesiano. Y es justamente el *espacio* lo que le faltaba a la sociedad burguesa en la víspera de la revolución para retrasar el momento imposible al que parecía arribar; sí, para diluir esa autocontradictoria sobreproductiva que no le permitía seguir mediando, negociando, con el absolutismo, de suerte de corroerlo internamente hasta la médula en lugar de tener que enfrentarlo peligrosamente. Pues la burguesía tenía al proletariado a sus espaldas y éste vivía mayor desgracia y miseria precisamente por esa sobreabundancia de civilización que se manifiesta en las crisis capitalistas y que —justamente en un sentido socialista revolucionario trascendente y, por cierto, en *éste* punto nada utópico— Fourier supo describir y denunciar en toda su incoherencia, desde 1825 (año de la primera crisis

---

<sup>38</sup> Cfr. Karl Marx y Friedrich Engels, *La Sagrada Familia*, Editorial Grijalbo, México, 1964. Para un comentario esclarecedor de estos conceptos, cfr. María de la Concepción Tonda, *op. cit.*

de sobreproducción en Europa), contra los “civilizados”. Y allí el comunismo científico insiste en la materia, en la riqueza, en la materialidad de la historia; allí, cuando la burguesía parece estar al borde del abismo ya sin espacio bajo su próximo paso, presionándola para que lo dé.

La sociedad burguesa europeo-continental no tenía que ocupar absolutamente el espacio geográfico para sentirse asfixiada, sino que le era ya insuficiente, dadas las contradicciones y anudamientos internos que en ese mismo espacio fueron proyectados entre tanto. La revolución de 1848 fue el anuncio de que ya el espacio continental se había agotado para los excesivos requerimientos del uso irracional global que la sociedad burguesa podía darle. Por ello, luego de la revolución y resueltos algunos nudos y contradicciones, el capitalismo no sólo iniciaba su medida mundial sino que sólo ahora tupía más acuciosamente su medida europeo-continental.

El proletariado, envuelto en estas ambigüedades, prisionero de ellas y triturado por las mismas, se rebeló masivamente en sincronía con el descontento general; su rebelión masiva y autónoma reveló la maduración del *límite* continental del capitalismo. Y el desarrollo comunista científico del movimiento demostraba el agotamiento espacial/funcional del capitalismo europeo y, con ello, su *límite histórico* general, quizá todavía lejano a verificarse. Desde entonces, el comunismo científico acompaña al proletariado y al capitalismo —con sentidos contrarios para cada uno, por supuesto—.

La ambigüedad histórica de la que el comunismo científico nació, la que le permitió cincelarse, determinada por la ambigüedad geográfica, lo ha acompañado desde hace 150 años, suscitando las más desvariadas figuraciones sobre la revolución de 1848, sobre el materialismo histórico, sobre el socialismo y el *Manifiesto del Partido Comunista*, etc., casi hasta hacerlos polvo.

La contrarrevolución burguesa de 1848 parece proseguirse por centuria y media conforme el movimiento proletario pretende avanzar. De ahí la necesidad de intentar desanudar la paradoja constitutiva de la revolución de 1848, pues ese esclarecimiento libera la energía y pujanza a favor del movimiento proletario de hoy, precisamente en un sentido crítico-científico y, por ende, comunista.

HÉROES DEL DESTIERRO,  
 IRONÍAS DE LA HISTORIA DEL 48

1. En *Héroes del destierro*<sup>39</sup> (1852), Karl Marx hace la crítica de los *emigrados demócratas* que participaron en la derrotada revolución de 1848 y, simultáneamente, de la *época*, de las condiciones económicas, sociales y políticas que posibilitaron a personajes de comportamiento y psicología tan singular: sentimentales, grandilocuentes, románticos; impostores de convicciones poco sólidas que dicen una cosa y hacen otra, etc.; pretenciosos de subvertir el orden pero integrados en verdad al mismo; cobrándole al pueblo sus sacrificios por la revolución. En fin, es una denuncia de la charlatanería pseudorrevolucionaria que, en el mejor de los casos, dice y cree hacer la revolución contra el capitalismo, pero en verdad es palanca paradójica de desarrollo de éste y, en el peor, es una tragedia-media.

Marx abre su galería de cuadros psicológico-políticos con Godofredo Kinkel, “*el héroe de esa época de siegartismo [sentimentalismo] democrático* que inundó a Alemania con torrentes interminables de *lacrimosa* lamentación y melancolía patriótica” (K. Marx, *Héroes del destierro*, edición citada, p. 7, cursivas mías).

Dada la formación teológica de Kinkel, Marx sitúa la posición de aquél como teólogo. Lo compara con el desarrollo de la teología en Alemania, por ejemplo, con Bruno Bauer, comprobando su nulidad y atraso. “Pero mientras que en la *teología* sigue siendo indispensable aquí y allá un conocimiento, así sea superficial, en el *movimiento democrático*, donde una retórica, sonora, elocuente pero vacua, una *nullité sonore*, vuelve superfluas la inteligencia y la comprensión de la realidad, triunfó una fraseología enteramente vacía” (*ibíd.*, pp. 29-30, cursivas mías). Y bien, Kinkel era “el tipo mismo de la falsa

<sup>39</sup> Cfr. Carlos Marx, *Héroes del destierro*, Editorial Domés, México, 1981. Libro escrito entre mayo y junio de 1852. Perdido durante décadas y publicado por primera vez en traducción rusa en 1930. Sólo en 1960 se publicó el original en alemán. Su tema general es —como se informa en la presentación a la edición en castellano— “la derrota de la revolución de 1848 y el curso de la contrarrevolución”. Tema compartido con “El proceso de los comunistas de Colonia” y “El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte”.

oratoria de púlpito” (*ibíd.*, p. 30). De ironía en ironía, Marx redondea, al describir a Kinkel, la que denomina: “la imagen del demócrata contrarrevolucionario” (*ibíd.*, p. 36).

Gustav Struve, Arnold Ruge y Karl Heinzen son los siguientes personajes descritos. Pero Marx preside la descripción de éstos con la conclusión respecto de Kinkel, válida para todos: “Los héroes de la revolución de 1848 en Alemania habían estado *a punto de llegar a mal fin* [esto es, a mostrar su carácter reaccionario y charlatán] cuando los rescató la victoria de la «tiranía», los barrió del país y los convirtió en santos y mártires. Los salvó la contrarrevolución” (*ibíd.*, p. 54, cursivas mías).

Esta producción de santos y mártires tiene por función fijar la mirada de las masas en ellos. Concentran bajo apariencia rebelde la defensa y apuntalamiento del capitalismo, así que la reflexión crítica queda mellada al arrojarse en falsos héroes pero que no muestran aún su falsía. La contrarrevolución que llega a la tiranía, se completa, en las filas del pueblo alzado, con la traición desde dentro, de los santos héroes o héroes enajenados, teologales, falsos. Finalmente, la contrarrevolución prosigue al retener en estos mártires fingidos la conciencia de la gente sobre el período revolucionario (parágrafo IV).

2. En el parágrafo IX Marx establece una comparación: “El *gran drama* de la emigración democrática de 1848-1852 había sido precedido dieciocho años antes por un *preludio*: la emigración democrática de 1830-31” (*ibíd.*, p. 87, cursivas mías). De suerte que no se trata de un fenómeno coyuntural sino epocal o cuyo proceso de formación ocupa decenios, ya que se cumple sólo al transformarse en cierto sentido extensos territorios. El *tiempo histórico* no flota en el aire sino que arraiga en *espacios geográficos* determinados.

El desarrollo de la sociedad burguesa genera sus propios cuellos de botella, sus nudos y asfixias, no sólo su rueda y su camino. La irrupción de agitadores, charlatanes y rebeldes poco consistentes cumple la función de aupar al desarrollo capitalista disolviendo sus nudos pero sin poner la consistencia suficiente como para llevar al capitalismo hacia su destrucción revolucionaria. La bisagra epocal se repite en los instrumentos personales que la realizan, así que estos hombres ma-

nifiestan dualidades, conductas que se quiebran dividiéndose en revolucionarias y conservadoras, etc.

Antes de traducirse a teología, la lucha política se tradujo a movimiento literario; de ahí la emigración democrática de 1830-31, que provenía del movimiento desplegado por la “Joven Alemania”. A fines de los 30 y principios de los 40 la política se traduce en Alemania a pugnas teológicas, y de 1843 en adelante la política se traduce a sí misma del modo falseante que el doblez de los demócratas contrarrevolucionarios reveló en la emigración de 1848.

Se trata de otros tantos jalones en el desarrollo capitalista del continente, en especial de Alemania. Cada jalón tiene su doblez y su metáfora, y cada coyuntura sus personajes duales. Pero no puede ser sino que el curso de estos desdoblamientos del desarrollo germine siempre en crisis, porque cada avance relativo tiene que crear la impostura de que es auténticamente general, así que arremete aparentemente contra todo (primera crisis) para desmentirse una vez que las cosas parecen ir un poco más adelante del avance relativo (segunda crisis).

En el punto de inflexión en donde el desarrollo capitalista en Alemania está suficientemente maduro para pasar de la metáfora literaria —en la que se encubre una política que no puede criticar abiertamente al Rey— a la metáfora teológica; en medio de esta crisis en la que Dios —en tanto bien común unificador y creador— deberá ser reinterpretado en sentido renovador de crítica al poder terrenal; en medio de esta crisis, digo, pudo surgir el comunismo en Alemania, hacia 1836 (*ibíd.*, p. 93), como intento de plantear una unificación humana para el bien común terrenal. De suerte que en la crisis que condujo de la enajenación teologal de la política a la enajenación política (liberal democratista) de la política (revolucionaria auténtica), pudo desarrollarse el comunismo hasta pararse sobre sus pies, volviéndose comunismo científico, cual fue el trabajo de Marx y Engels realizado entre 1843 y 1848.

3. El tercer gran segmento de la exposición de *Héroes en el destierro* se inicia en el parágrafo X, con la semblanza más puntual de Arnold Ruge y de otros emigrados aún no mencionados, una vez que en páginas anteriores se aclaró en general de qué tipo de héroes se trata (demócrata contrarrevolucionarios) y qué función cumplen en el curso del desarrollo capita-

lista establecido sobre las condiciones europeo-continetales, en particular alemanas. Ahora, los retratos son de comunistas que —desilusionados y confundidos con la derrota revolucionaria— engranaron con los demócratas en la emigración: Willich, Schapper y otros. Pugnas entre sectas, afanes de poder, ora efímeramente satisfechos ora frustrados, intrigas de palacio en tabernas que servían de centros de reunión, etc. Cúmulo de inutilidades, dispendio de pasión política, “Trabajos de amor perdidos”, entreverados funcionalmente con el proceso de acumulación de capital, que hacia 1850 tomará proporciones colosales.

4. El cuarto segmento argumental sitúa a la emigración ya completada en todos sus miembros en 1850 “con los últimos emigrados de moda” (*ibíd.*, p. 123), cuando “la Gran Exposición Industrial inauguró una nueva época para la emigración” (*ibíd.*, p. 115). El cosmopolitismo capitalista en auge contrastaba con el provincianismo de las sectas políticas emigrantes, verdadera “*organización tabernaria*”, ironiza Marx. La inauguración del tupimiento de la medida mundial de capital contrastaba con la perspectiva obtusa de aquellos emigrados, presos aún en el horizonte de la medida continental bajo modalidad autocompasiva y por ende retrógrada. Los emigrados intentaron formar un pequeño ejército lumpen conspirativo, asignando puestos de comandantes supremos del ejército revolucionario y de “Tenientes Pistola” (ver la semblanza de Julio Faucher, en la página 118).

Pero este despliegue de supuestas conexiones y conspiraciones imaginarias, esta gritería de los emigrados no dejó de tener consecuencias serias. *Proporcionó al gobierno el pretexto que necesitaba para detener a toda clase de personas en Alemania, para reprimir los movimientos autóctonos y para utilizar a estos desgraciados hombres de paja de Londres como espantapájaros con los cuales asustar a las clases medias alemanas* (*ibíd.*, p. 124, cursivas mías).

Incluso en estas parodias inútiles para la revolución auténtica, estos pseudorrevolucionarios, prestan —sin saberlo— un servicio útil al desarrollo y consolidación del capitalismo. Pues, ciertamente, la oposición entre lo *formal* o aparente y lo *real* se redimensiona —según ironiza magistralmente Marx— como *comedia* pseudorrevolucionaria y *tragedia* para los mo-

vimientos auténticos en Alemania. Tal la tijera del mercado mundial cerrando sus pinzas localmente. El complemento es la narración de Terror para la clase media y la opereta en el interior del “Club de emigrados” recién formado y escindido en dos partidos; donde, sin embargo,

todos los “hombres distinguidos” [los jefes de la emigración: Kinkel, Ruge, etc.], tenían una cosa en común: traían a la masa de los *emigrados* de un lado a otro, siguiéndolos a ciegas, les ocultaban sus verdaderos objetivos, los usaban como meros instrumentos y los dejaban caer en cuanto lograban su propósito (*ibíd.*, p. 133).

5. Ya sólo resta el *desenlace*, con la guerra entre dos partidos del Club, el de los “Agitadores, con Ruge a la cabeza, y el de los Emigrados, con Kinkel” (*ibíd.*, p. 141). Y, ciertamente, “a la cabeza”, pues los sureños preferían “la mente de Ruge”, mientras que los norteños “el sentimiento de Kinkel”. Escisiones geográficas, cósicas y antropológicas, que corresponden a la atomización mercantil capitalista y a su concomitante cosificación de las relaciones sociales, así como a la oposición clasista entre quienes dirigen/oprimen y quienes son dominados/explotados; mientras que contrastan con la unidad combatiente del proletariado entre sí y con la filosofía, entre los trabajadores manuales e intelectuales, condición de la auténtica revolución comunista.

Los retratos paradigmáticos de los “emigrados políticos alemanes prominentes”<sup>40</sup> —análogamente a las diversas figuras de las posiciones de la conciencia que ofrece la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel— constituyen una especie de “fenomenología del espíritu pseudorrevolucionario”. Más jocosa, mundana y menos sistemática es la galería de los *Héroes del destierro*, por rigurosamente histórica y material.

En 1841 Marx concluyó su *Tesis doctoral*, en la que las figuras personales de los filósofos griegos Demócrito y Epicuro *concretan* —según demostraba Marx— en sus *trazos biográficos* determinaciones conceptuales generales, *abstractas*, que se encuentran en el interior de las *relaciones* constitutivas de sus respectivas filosofías. Similarmente, un hombre está constituido por las relaciones sociales en las que vive con otros; así se concretan en su biografía las relaciones sociales constituti-

<sup>40</sup> Cfr., la contraportada del libro de Carlos Marx que estamos comentando.

vas de su época. La intención de Marx al dibujar sus retratos de héroes del destierro es mostrar la cooptación entre la forma de pensamiento de estos individuos y su época, así como de ambos con las formas de pasionalidad aparentemente individuales, originales e incluso caprichosas, pero que por un rodeo sirven al engordamiento del Espíritu capitalista, son articulaciones de la fenomenología o del desarrollo de ese espíritu.

La referencia de Marx a la mercancía como célula de las relaciones sociales de la sociedad burguesa<sup>41</sup> y a la *forma mercancía* como dada a la vez en la realidad y en el pensamiento,<sup>42</sup> a diferencia del mero concepto de valor o de mercancía, etc., sugiere que la *forma mercancía* —concreción general de las relaciones sociales burguesas— tiene su correlato en las *formas sociales concretas, singulares* y personales que son, por ejemplo, los héroes del destierro en tanto personificaciones peculiares de una época. Pero si las mercancías no hablan y hay que traducir a palabras el sentido encerrado en su estructura,<sup>43</sup> estas “formas sociales personales” —no sólo dadas a la vez en la realidad y en el pensamiento como la forma mercancía— son de suyo discurrientes, pensantes, parlantes. Es la época la que habla en esos héroes y su palabra y sus actos nos la revelan.

Y, bien, eso que se revela es el traspaso de la medida continental de capitalismo hacia la medida mundial, y precisamente en aquel o desde aquel de sus aspectos que, habiendo participado en la revolución de 1848, luego fue digerido, metabolizado, por este inmenso movimiento de masas, por esta

---

<sup>41</sup> Cfr., Karl Marx, *El capital*, tomo I, capítulo I.

<sup>42</sup> Cfr. Karl Marx, “Glosas marginales al *Tratado de economía política*, de Adolf Wagner” (varias ediciones).

<sup>43</sup> Cfr. al respecto: Karl Marx, *El capital*, tomo I, capítulo I, inciso 4 (FCE, México, 1971, p. 47). Dice Marx : “Si éstas [las mercancías] pudiesen hablar, dirían: es posible que nuestro valor de uso interese al hombre, pero el valor de uso no es material nuestro. Lo inherente a nosotras, como tales *cosas*, es nuestro valor. Nuestras propias relaciones de mercancías lo demuestran. Nosotros sólo nos relacionamos las unas con las otras como valores de cambio. Oigamos ahora como habla el economista leyendo el alma de la mercancía...”. Esta es la base de las caracterizaciones de las **personalidades** de los economistas en la “Noticia histórica del análisis de la mercancía”, en la *Contribución a la crítica de la economía política* y del socialista Proudhon en la *Miseria de la filosofía*.

inmensa fábrica histórica, hasta succionarle todo el alimento y dejar sólo los *detritus*, cuya utilidad para apuntalar el desarrollo del sistema no deja de ser eficaz aunque paradójica, y risible en el contraste entre palabras, gestos y realidad. El capitalismo se desdobra con base en *detritus* y excrecencias de su propia digestión.

Sin embargo, otros de los productos históricos de esta época, de ese traspaso y de esa molienda, fueron Marx, Engels y su materialismo histórico. Es el propio Marx el que hace los retratos de los héroes del destierro, según que las posibilidades de la contrarrevolución de 1848 no se agotaron en la persecución de los rebeldes sino que se manifestaron también en el proceder de algunos de los emigrados, así que a Marx le interesó hacer la crítica de esos proceder, pues ellos agobian, parasitan y confunden el desarrollo teórico y práctico de las tendencias revolucionarias auténticas.

Estos retratos se atienen a la idea de Marx que dice más o menos así: la historia abandona entre risas una época ya caída, pues es el mejor modo de anunciar que ya prescinde de ella.

HERR VOGT O LA POLÍTICA  
INTERNACIONAL BURGUESA

*1. La dominación política burguesa internacional*

*Herr Vogt* es un libro de casi 500 páginas publicado por Marx a fines de 1860,<sup>44</sup> en el cual critica a Karl Vogt, científico natural y político liberal suizo y, a través de criticarlo, caracteriza la *política internacional* del período histórico que va de 1842 a 1860 y, en particular, las secuelas de la derrota de la revolución de 1848. El objeto del libro no se deja desentrañar fácilmente, pues Marx despliega una amplia investigación en medio de una intriga internacional que tiene aspectos visibles pero también invisibles e incluso secretos. El libro es una denuncia que demuestra puntualmente lo que denuncia, pues indaga paso a paso los vericuetos del momento en que se consolidaba —eso es lo que posibilitó la revolución de 1848— la *dominación política de la burguesía en toda Europa*. Antes de la revolución, la burguesía sólo detentaba el dominio económico en Europa, y sólo en Inglaterra el dominio político.

El libro ha sido en general mal entendido, comenzando porque ha sido poco leído. La primera edición en castellano data de 1947, en Editorial Lautaro, de Argentina, y sólo en 1977 lo reeditó Juan Pablos Editor, en México. Ha seguido siendo, entretanto, y aún hoy, una curiosidad literaria. No obstante, según apreciación de Friedrich Engels se trata “del mejor trabajo polémico de Marx” (K. Marx, *Herr Vogt*, edición citada, p. 9), quizá superior al *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Agustín Mendoza, redactor de la “Advertencia” a la edición castellana de 1977, sitúa atinadamente el contenido del texto en los siguientes aspectos generales: se trata de un estudio sobre la política europea entre 1848 y 1860 realizado a través del análisis de la política y la psicología de Luis Bonaparte y Karl Vogt, pues Marx revela en el curso del libro que Vogt era agente encubierto pagado por Bonaparte; en particular, análisis de la guerra de Francia contra Italia y polémica sobre la cuestión de las nacionalidades.

La contraportada puntualiza que el libro revela los “com-

---

<sup>44</sup> Karl Marx, *Herr Vogt*, Juan Pablos Editor, México, 1977.

plejos pasillos socioeconómicos de la política europea [anterior] a la Comuna de París”;<sup>45</sup> pero, con ello, dilucida el “primer espionaje internacional organizado”. Con tal instrumento se inauguró la dominación política internacional de la burguesía, como no podía ser de otro modo.

De tal manera, le interesa a Marx establecer la *sustancia* de la política burguesa como dominación de clase en conexión con la *forma* paradójica y encubierta de manifestarse esa sustancia: Vogt es esa expresión superficial. Marx pregunta por la relación entre la forma y la sustancia. No es casual que la política burguesa se exprese en conductas pérfidas y autocontradictorias como la del agente Vogt, “falso naturalista y [falso] republicano, pero legítimo bonapartista, vulgarmente liberal y fabricante [que no redactor] de libros” (*ibíd.*, p. 12).

## 2. El “Epílogo” de Engels

Es de hacerse notar que Engels escribió en 1871 un epílogo para este libro, titulado: “Nuevamente el señor Vogt”, en el cual denuncia las perfidias políticas del imperialismo bonapartista y, por ende, de Vogt, y también se ocupa con cierto detenimiento en criticar la impostura científico-natural de Vogt. Por cierto correspondiente con su impostura política.

La idea de fondo de Marx y Engels es que la política burguesa —en tanto expresión del modo de producción burgués, que explota al hombre y a la naturaleza, las dos fuentes de la riqueza— se encamina a la *dominación explotadora del hombre y de la naturaleza*. La preocupación de la burguesía por la libertad del hombre a nivel político es inauténtica. Esto se revela ejemplarmente en el falso republicanismo de Vogt. Por otro lado, a nivel de la ciencia natural la política burguesa hacia la naturaleza es torcida y aliena las relaciones naturales auténticas pretendiendo encontrar determinaciones naturales que apoyen al racismo y justifiquen mecánicamente el sometimiento de unos hombres por otros, etc.<sup>46</sup> En su fuero interno, Vogt podía “creerse —dice Engels— predestinado a es-

<sup>45</sup> Por error, en el texto dice: “posterior”.

<sup>46</sup> Por esos años F. Engels trabajaba en su *Dialéctica de la naturaleza*, con la cual tenía intención de basamentar científicamente las tendencias libertarias y comunistas existentes en la sociedad. Cfr. mi *Praxis y dialéctica de la naturaleza en la posmodernidad*, Editorial Itaca, México, 1996, Primera parte.

tudiar también en sentido *político* al filisteo alemán que con tanto ahínco había estudiado en sentido *histológico*” (*ibíd.*, p. 484, cursivas mías), en el señalamiento, no exento de intención racista, de la correspondencia de la morfología del cráneo con determinadas razas.

Cuando “Napoleón, el pequeño [III], había capitulado en Sedan, los prusianos estaban a las puertas de París, [y] Bismark rechazaba Alsacia y Lorena” (*ibíd.*), a ojos de Vogt se trataba de la guerra entre naciones braquicéfalas y dolicocéfalas. “Por lo tanto, era hora que Vogt pronunciara su palabra decisiva” (*ibíd.*), dice Engels, y precisamente a propósito no de histología sino de límites nacionales y de masas de seres humanos contenidas en ellos y pasibles de ser explotadas, precisamente, según ventajas territoriales relativas que arrojan plusvalor extra y ganancias extraordinarias, las cuales insuflan de pasión a los respectivos nacionalismos. Más aún, tal parece que la *razón* para que Vogt llegara a forjar su teoría comparativa de los cráneos y las etnias, es la de ponerla al servicio de las guerras territoriales en las que se jugaba la apropiación territorializada de ganancias extraordinarias.

Y bien, en 1871 “Vogt se declara contrario a la anexión y prusificación de Alemania” (*ibíd.*) coincidiendo —no sin cierta incomodidad— con los socialistas en este punto. Cuando que sus opiniones en 1859, en su *Ensayos sobre la actual situación de Europa*, principal libro criticado por Marx en el *Herr Vogt*, eran las opuestas. Vogt también revocó su apología de Luis Bonaparte, hoy que lo ve caído en desgracia, así como sus laudatorias opiniones sobre Rusia. En realidad, Engels observa, “dice precisamente todo lo contrario de lo que predicaba once años atrás” (*ibíd.*, p. 485).

Estos bandazos hacen patente el oportunismo político de Vogt, a tono con el hecho de que la coyuntura política internacional ha cambiado y con que Vogt quiere salir a la luz pública reivindicándose con opiniones moderadamente liberales de hombre decente, toda vez que en 1871 ya parece olvidada la denuncia contundente de que fuera objeto en el *Herr Vogt*, de Marx, de 1860.

Y todo iba muy bien, dice Engels, hasta que el gobierno de la Comuna de París publicó las cuentas secretas del gobierno de Luis Bonaparte. Listas en las que se lee: “Vogt — le fueron remitidos en agosto de 1859... 40,000 francos” (*ibíd.*, p. 490).

Si Marx en 1860 *dedujo* que Vogt era agente a sueldo de Bonaparte, Engels en 1871 pudo ofrecer en su epílogo la prueba fehaciente de aquella denuncia.

Interesa precisar que la idea de Engels, tanto como la de Marx, no era la de señalar a Vogt como esto o lo otro, o sólo situarlo en los acontecimientos, sino comprenderlo como *personificación de relaciones sociales propias de una época histórica*.<sup>47</sup> Y bien, ¿qué personificaba Vogt en “sus innumerables vueltas y revueltas”? Nada menos que el *origen y desarrollo del imperialismo en tanto configuración del capitalismo y de su desarrollo, así que en tanto que se contradicen unos capitales con otros, económica y políticamente*. Vogt refleja estas contradicciones en su conducta *alternante y oportunista*, caracterizada cada vez por un *pragmatismo utilitarista*, así que bien se compagina este rasgo con el método mecanicista desplegado por él mismo en tanto presunto naturalista.

### 3. Democracia y comunismo en la época contrarrevolucionaria

Karl Vogt participó en la revolución de 1848 en la bancada liberal del parlamento de Frankfurt. De tal modo, al título del libro *Herr Vogt o El señor Vogt*, podría completárselo con un “y la revolución del 48 y su contrarrevolución”.<sup>48</sup>

Digo esto en el entendido de que la revolución de 1848 fue continental, así que la contrarrevolución consolidó internacionalmente al capitalismo. Pues bien, Vogt personificó las alternancias de este proceso, precisamente por el lado contrarrevolucionario y consolidante del imperialismo capitalista.

Más aún, el republicanismo y democratismo de Vogt, si bien es peculiar, engrana con el del resto de demócratas de la época. Como vimos en el capítulo anterior, Marx escribió *Héroes del destierro* para dar cuenta de los *demócratas vividores* que quisieron cobrarle sus servicios a la revolución y que en el curso de la contrarrevolución se volvieron instrumento de ésta inconscientemente, trabajando a favor del capitalismo

---

<sup>47</sup> “A nosotros, únicamente nos interesa la agradable personalidad del señor Vogt en sí, tal como pasa por sus innumerables vueltas y revueltas”. Cfr. F. Engels, “Nuevamente el señor Vogt” en Karl Marx, *Herr Vogt*, edición citada, p. 485.

<sup>48</sup> Para la pertinencia de esta idea cfr. la pág. 360 y siguientes del libro *Herr Vogt*.

a través del modo en que tramaban contra él y pretendían combatirlo. Pero la contrarrevolución adquirió en el interior del liberalismo democrático todavía otra cara peor, la de Vogt, sus “Patronos y Co-bandidos” (título del capítulo X del libro).

El *Herr Vogt* es la crítica de los *demócratas traidores* de la revolución de 1848 y que continuaron la contrarrevolución *directamente* a favor del capital imperialista, encubriendo su designio con lemas nacional-independentistas, por lo que se alinearon con Luis Bonaparte y la alianza Francia-Rusia-Prusia.

La crítica de Marx a los demócratas del 48 abarca, así, las ambigüedades de éstos, en las que cabe un Vogt.

Marx se deslindó francamente respecto de los demócratas desde mediados de la revolución del 48. Su deslinde de los héroes en el exilio (Kinkel, Ruge, Willich, etc.) fue tanto más radical por cuanto había la existencia de un demócrata como Vogt. Marx no era “demócrata” sino, más bien, comunista democrático (*ibíd.*, p. 375).

Si Vogt pudo ser la grotesca parodia del *liberalismo democrático* fue porque revelaba unilateralmente un fondo ya presente en éste, sólo el *comunismo democrático* podía trascender este escollo y realizar la democracia. En ningún otro libro, como en el *Herr Vogt*, se troquela tan rica y nítidamente esta diferencia. Lenin pudo formalizarla luego en sus escritos intentando serle fiel, aprendiéndola del magnífico entramado tejido en el libro de Marx.

Esta *diferencia* política fue producida históricamente por la revolución de 1848, y tanto más específicamente en las secuelas de la contrarrevolución, porque entonces emergieron, y sólo entonces, los Vogt.

Si durante su permanencia en Londres, Liebknecht remitió al *Allgemeine Zeitung* un panfleto aparecido en dicha ciudad y *dirigido contra el “demócrata” Vogt*, lo cierto es que estaba perfectamente en su derecho de hacerlo, puesto que sabía que dicho panfleto había sido publicado por un “demócrata” [F. Zabel], al que el “demócrata” Vogt había invitado personalmente a colaborar en su *propaganda “democrática”* [a favor del imperialista Luis Bonaparte], vale decir, que lo había reconocido como a un “demócrata” de su propia catadura (*ibíd.*, cursivas mías).

#### 4. *El objeto de cada capítulo*

Cabe explicar el objeto del libro capítulo por capítulo. El capitulado del libro aparentemente se estructura al abordar diversas situaciones o acciones en las que Vogt había intervenido. Las intervenciones de Vogt o exposiciones de quién es Vogt, se van complejizando de capítulo en capítulo hasta entregarnos un cuadro cada vez más completo de *Herr Vogt* y su contexto histórico.

Al mismo tiempo, el libro discute las ideas y las acciones de Vogt, su teoría y su política, confrontadas con la realidad. Y como Vogt había atacado directamente con su política y su teoría a Marx tanto en las teorías como en la política de éste, además de en su persona, el capitulado se endereza para replantear en qué consiste la persona de Marx, su política y su teoría malversadas en el ataque de Vogt. Es decir, que tanto Vogt como Marx arraigan en la *realidad histórica* y desde ésta son contrastadas tanto las posiciones de Vogt como las de Marx.

Sin embargo, tanto Marx como Vogt discuten la realidad; así que lo primero que tenemos enfrente no es la realidad sino lo que se discurre acerca de ella, lo que Vogt discurre acerca de la realidad; en particular, lo que dice de la realidad de Marx. Vogt dice que Marx pertenece —e incluso es el cabecilla— de una presunta “Banda de Azufre”; así se titula el capítulo I.

En todo caso, según lo dicho podremos tener acceso a la realidad para desde ahí contrastar el pensamiento y las acciones de Vogt o las de Marx, no al inicio sino ya en el curso del libro. *Prima facie* la realidad deberá de ser construida teóricamente o en su concepto; sólo después podremos contrastar a ambos con ella. Pero al contrastarlos espigaremos aún más lo que consideramos previamente como la realidad en general. E incluso, antes, en los capítulos preliminares, ya aparece algo de la realidad según que se represente en lo que dicen de ella Vogt o Marx. Vogt ha acusado a Marx y Marx a Vogt. ¿Quién dice la verdad?

En todo caso, la realidad aparece *prima facie* en un capítulo central, el capítulo VII, “La Campaña de Ausburgo”. El libro tiene doce capítulos. El conjunto se organiza del capítulo VII hacia atrás y de éste hacia adelante. *Atrás* partimos de los di-

chos y vamos paso a paso entresacándoles la realidad hasta poder exponerla redondamente en general en el capítulo VII, *después* del cual contrastamos con la realidad los eventos vogtianos más complejos, los explicamos a partir de ella.

Estos eventos progresan hasta suscitar “un proceso” (título del capítulo XI) de Marx contra un vogtiano, F. Zabel, proceso judicial que, por supuesto, requirió de *pruebas y testimonios escritos (afidavits)*. Ese proceso existió realmente y las pruebas ofrecidas autentifican la postura de Marx frente a la de Zabel y los infundios de éste, transcritos de los de Vogt. El capítulo final, el XII, se titula “Suplementos” y ofrece las *pruebas* de aquel proceso. Se trata de *pruebas judiciales* que aquí funcionan simultáneamente como *premisas epistemológicas* para discurrir entre lo que dice Vogt y lo que dice Marx acerca de la realidad, y lo que esa realidad realmente es. Estos documentos probatorios *amarran* en el texto a un tiempo la verdad y la realidad, así que convalidan el contraste entre lo que se dijo ser la realidad (capítulo VII) y los eventos vogtianos — así como el procedimiento para construir ésta a partir de lo que Vogt decía de ella y lo que Marx, por su parte, decía de ella (capítulos I a VI)—.

Pero el capítulo XII, “Suplementos”, no sólo es de documentos probatorios (A). Éstos son probatorios por la *función* que cumplen tanto en términos jurídicos como epistemológicos. Pero su *contenido* es precisamente la referencia a unos individuos de carne y hueso, actuantes en unas realidades; es la referencia a esas realidades que, en este caso, no son sino (B) las *relaciones políticas internacionales del capitalismo entre 1848 y 1860*. Esto es, aluden al *capitalismo mundial y a su política mundial*, la cual necesariamente se desarrolló hasta producir un fenómeno que desde entonces le es consustancial: una *política política internacional*. Esta es la denuncia conclusiva de Marx no sólo contra Zabel y Vogt sino contra la sociedad burguesa, en la medida en que Vogt pertenece a ese forúnculo internacional antidemocrático.

##### 5. Estructura argumental del Herr Vogt

En todos los capítulos Marx contrasta la *apariencia*, malversada por Vogt, con la *realidad*, pero de manera que sólo luego de varios capítulos se le posibilita a Marx arribar a una reali-

dad *esencial*, desde la que reconstruye con seguridad el cuadro completo de la *realidad*. El conclusivo capítulo XII, “Suplementos”, la resume. De tal modo, el recorrido argumental va de la *apariencia a la esencia y desde ésta a la realidad*. Del capítulo I al VII ocurre el desbrozamiento o análisis crítico de las apariencias. El VII revela la realidad esencial, y del VIII a XII se reconstruye críticamente —con base en la realidad esencial— la realidad del conjunto de fenómenos aludidos. Podemos representar esta secuencia con el siguiente diagrama:

Destrucción crítica de la apariencia	Revelación de la realidad esencial	Reconstrucción de la realidad íntegra
capítulos I a VI	Capítulo VII	capítulos VIII a XII

Este esquema básico de exposición —análogo al de otras obras de Marx, por ejemplo, *El capital*, cuyo objeto teórico es la crítica de la economía política— se ve complejizado en el *Herr Vogt*, cuyo objeto teórico es la *crítica de la política internacional burguesa*, en tanto nos es revelada por uno de los agentes sociales que la personifican: Karl Vogt. La complejización proviene del hecho de que Vogt dice de Marx y éste de Vogt sendas tesis, y cada uno actúa políticamente de por sí y en referencia al otro, según dijimos, y, finalmente, porque en cada capítulo Marx debe contrastar los *dictums* de Vogt con la verdad y la realidad correspondientes y puntuales. Así que la referencia a la *realidad empírica* es constante y el discurso no puede seguir simplemente un desarrollo lógico sistemático, sino uno que se complejiza según un orden probatorio de las realidades cada vez aludidas previamente en lo que atañe al litigio Marx-Vogt.

Pero este orden probatorio según realidades puntuales poco a poco acumula determinaciones que arriban a exposiciones complejas de la realidad capitalista como un todo. Las realidades puntuales se ven asumidas y a la vez trascendidas en estas exposiciones que son citadas del *Manifiesto del Partido Comunista*, de 1848, o del *Dieciocho Brumario de Luis Bona parte*, de 1852, y de las *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas en Colonia*, o de este o aquel artículo periodístico decisivo, como el “Lord Palmerston” o el “Po y el Rin”, etc.

Así que cada vez son enfrentadas realidades puntuales a los infundios de Vogt, pero sólo el capítulo VII rebasa esta discusión privada, digamos, y expone completa la *realidad esencial* del capitalismo como contexto de las acciones e ideas de Vogt.

Esta construcción fue preparada por pasajes análogos pero de menor envergadura teórica pertenecientes a capítulos previos.

#### 6. *Crítica de la política y odisea de la “mercancía Vogt”*

Ahora que tenemos una semblanza de la complejidad arquitectónica del *Herr Vogt* y de su complejo objeto teórico, cabe observar la correspondencia entre los capítulos según que exponen aspectos de las diversas intervenciones de Vogt pero, simultáneamente, van apuntalando la crítica de la realidad política capitalista internacional. Así pues, de un lado, “la odisea de [la mercancía llamada] Karl Vogt”,<sup>49</sup> para analogarla con la exposición de la riqueza burguesa, según la comienza Marx en *El capital* por la mercancía, *forma social concreta*,<sup>50</sup> y, de otro lado, el avance de la *crítica de la política internacional burguesa*. De un lado, los nombres de los capítulos dados por Marx en tono descriptivo y como de narración novelada; de otro lado, la formulación compleja de lo que en esos capítulos se expone en esencia, pues el derrotero efectivo de cada una de estas exposiciones es aún más enredado, pero cumple, sin embargo, un cometido expositivo esencial, que es el que aquí formularemos.

Así pues:

El capítulo I “La Banda de Azufre” y el capítulo II “Los Bürstenheimer” ofrecen la exposición de dos bandas inventadas por Vogt en las que involucra a Marx para inculparlo de atropellos y errores cometidos por ellas. Marx se ve obligado a expresar cuál es su verdadera posición teórica y política, y el sustrato de realidad a partir del que Vogt tergiversó todo hasta creer o hacer creer que Marx pertenecía a tales bandas.

<sup>49</sup> Karel Kosik, en su *Dialéctica de lo concreto* (Editorial Grijalbo, México, 1968), nombra el contenido de la exposición de *El capital* la “odisea de la mercancía”.

<sup>50</sup> Cfr., acerca de la *forma social concreta*, el capítulo anterior sobre los *Héroes del destierro*, de este mismo libro.

Ahora bien, una y otra banda son, según el texto de Vogt, la misma. Sin embargo, se verá que difieren. La primera dibuja un engendro pseudocomunista que le es atribuido a los comunistas. La segunda es una banda formada por seguidores de Vogt, cuyos atropellos son endilgados a Marx y otros comunistas. Por ello, Marx dice en el párrafo 2 del capítulo II: “de acuerdo a lo que dice Fourier, la civilización se diferencia de la barbarie en que sustituye la mentira simple con la mentira compleja” (*ibid.*, p. 35). La actitud atribuida a Vogt, misma que caracteriza a la política internacional burguesa, es de rechazo la que caracteriza a la política internacional burguesa respecto de los comunistas, perseguidos y difamados por ella.

El capítulo III, “Asuntos policiales”, ofrece una miscelánea de casos en los que debe restablecerse la verdad frente al *falsum* vogtiano. A través de este procedimiento, Marx logra establecer la existencia de una vinculación cómplice entre el suizo Vogt y la policía prusiana.

Así que la tergiversación vogtiana es, de un lado, interesada, no neutral, y, de otro lado, apoyada y convalidada por la policía prusiana, así que es *forzada* a aparecer como si fuera lo real y, por ende, neutral y no interesada.

Los tres primeros capítulos exponen cómo Vogt tergiversa el *ser político* de Marx y de otros comunistas. Cómo lo hace, primero simplemente, luego, con un mentir complejo, civilizado y, finalmente, con un mentir *forzado* por la policía a parecer verdad. Pero aquí se comienza a revelar el *ser político* de Vogt.

El capítulo IV, “La carta de Techow”, expone la tergiversación del *pensamiento teórico* de Marx, pues, Techow, no habiendo entendido a Marx, lo tergiversa, pero Vogt le cree. Marx debe ocuparse aquí *in extenso* de restablecer sus ideas auténticas.

En especial, su idea sobre la geopolítica mundial capitalista, consistente en que deberá ocurrir un traspaso de la hegemonía capitalista de manos de Inglaterra a las de Estados Unidos, con base en el dominio de la Cuenca del Pacífico por parte de Estados Unidos, meta imposible para Inglaterra. Esta idea define determinaciones esenciales para Europa y para el proletariado. Todo ello lo transfigura Vogt con base en la transfiguración de Techow. En ocasión de que Marx repone sus ideas auténticas frente a la tergiversación doble que su-

frieron, abona lo que el capítulo VII expondrá: la realidad esencial de la política internacional burguesa.

El capítulo V, “Regente imperial y conde palatino”, expone el método de Vogt para resolver sus rencillas *políticas y teóricas*. En este caso, Vogt persigue a un tal Greiner y lo refunde en la “Banda del Azufre”.

El capítulo VI, “Vogt y el *Nuevo Diario Renano*” (Nueva Gaceta Renana: *NRZ*), brinda la exposición del enfrentamiento teórico y político correspondiente de Vogt. Este capítulo, junto con el capítulo V, sintetiza las tergiversaciones políticas (capítulos I y II) y las teóricas (capítulo III). Pero ahora se trata, sobre todo, de observar el *momento histórico* en el que ocurrieron esas tergiversaciones, el momento que las explica, en el cual existieron actores reales, que no ficticios o tergiversados, como los que falsea Vogt. Y bien, uno de estos actores fue Wilhelm Wolff, alias “Lobo de los comunistas” o “Lobo parlamentario”, quien puso en ridículo a Vogt en el parlamento de Frankfurt. En 1867 Marx dedicó *El capital* a este “paladín del proletariado”.

El enfrentamiento de *Vogt con la NRZ* ocurre a la hora de la *contrarrevolución de 1848*, allí cuando los comunistas despuntaron como auténticos paladines del proletariado y de la democracia auténtica y pusieron en ridículo a los demócratas liberales, en especial a Vogt.

El capítulo VII, “*La campaña de Ausburgo*”, expone la realidad esencial del capitalismo, que subtiende a las tergiversaciones teóricas y políticas de Vogt, realidad que *explica* el suceso de estas tergiversaciones. En efecto, Marx expone aquí la geopolítica europea y el dominio capitalista mundial, y allí ubica a Vogt, es decir, *lo denuncia* como policía político internacional al servicio de Napoleón III. Este capítulo ofrece la clave de todo el libro. A partir del mismo cambia el procedimiento expositivo de Marx. Este ya no repone hechos o ideas auténticas frente a tergiversaciones vogtianas, sino que presenta ideas y hechos vogtianos que pasan a ser criticados por Marx en acuerdo a la clave interpretativa que entrega este capítulo.

El capítulo VIII, “Da-Da Vogt y sus ensayos”, expone la *teoría* de Vogt acerca de la geopolítica europea. Lo que lo señala indeleblemente como pro-bonapartista. Marx critica su perspectiva, así que el capítulo continúa y complementa la temáti-

ca del anterior, ahora reteniendo la clave vogtiana francamente pro-bonapartista.

El capítulo IX, “Agencia”, se refiere a la actuación teórico-política de Vogt a través de su agencia de propaganda, montada con fondos bonapartistas, pro-bonapartista y, por ende, anticomunista. Vogt señala a Marx como “dictador obrero”, con base en malinterpretar el concepto marxista de “dictadura del proletariado”. Esta tergiversación tuvo aquí su incidencia original, para luego funcionar ampliamente en la política capitalista internacional hasta la fecha.

En el capítulo X, “Patronos y co-bandidos”, pasamos de Vogt a toda la “banda” al servicio de Luis Bonaparte, a la que aquél pertenece, banda a la que la Agencia coordina y obedece. Se trata de las *personificaciones* múltiples pero coincidentes de la coyuntura contrarrevolucionaria posterior a 1848. De tal modo, la *doblez de los tiempos* —contrarrevolución y avance de la civilización capitalista hacia su medida mundial— se reproduce en *la doblez de estos personajes*, tanto en su teoría (ideología) como en sus actos políticos y en su psicología.

El capítulo XI, “Un proceso”, expone la narración del proceso judicial que Marx entabló contra las difamaciones de F. Zabel, sugeridas a éste por Vogt. Así que (A) aparecen el pseudo Marx y el Marx verdadero, así como la confrontación de la “Democracia liberal” o pseudodemocracia y la auténtica democracia: el comunismo; asimismo, la coordinación entre jurisprudencia y política, tanto en su versión corrupta como en su versión justa y libertaria. De tal suerte, (B) Marx construye, simultáneamente, el argumento probatorio para fundar la connivencia de los Tribunales prusianos con la política internacional reaccionaria y con los agentes policiales internacionales.

Ya expusimos más atrás lo contenido en el capítulo XII, “Suplementos”. Después del enfrentamiento práctico y teórico entre Marx y Zabel/Vogt, y de cada cual con su imagen inauténtica o aparente, después de esta *relación teoría/práctica* y *Sujeto 1/Sujeto 2*, “Suplementos” sintetiza al conjunto objetivamente, o como fundamento final de lo que es la realidad política internacional capitalista en tanto *arraigada* en la creación de una policía política secreta internacional y anticomunista.

### 7. Contenidos particulares de cada capítulo

Aquí podríamos dejar el comentario al *Herr Vogt* en tanto balance general de los resultados epocales de la revolución de 1848: la constitución de la dominación política internacional de la burguesía a partir de la contrarrevolución de 1848 y como continuación de la contrarrevolución embozada de pseudo-democracia y de pseudoliberación de las nacionalidades, etc., pero siendo fundamentalmente imperialista. Pero vale la pena señalar algunos contenidos particulares de cada capítulo entresacándolos del abigarrado entramado polifónico en el que Marx los inserta en medio de las intrigas de Vogt y compañía y de las contestaciones de diversos revolucionarios.

Comencemos con el “Prólogo” de Marx.

Marx dice querer “establecer las características de aquel individuo [Vogt] que representaba toda una tendencia” (*ibíd.*, p. 16) o que funge como personificación epocal.

Cuando Marx dice: “De la comparación de la historia de los gobiernos y de la sociedad burguesa que regía aproximadamente entre los años de 1849 y 1859, con la historia contemporánea de la emigración [en sus primeros años], resultaría la apología más brillante que podría escribirse con respecto a esta última” (pp. 16-17). De este modo, Marx diferencia radicalmente a los demócratas y comunistas emigrados respecto de los “demócratas” a lo Vogt, auténtico agente secreto policíaco internacional de Bonaparte, no obstante que los emigrados mostraron grandísimas deficiencias, como lo denunció el anterior libro de Marx, *Héroes del destierro*, con el que aquí se está comparando implícitamente el *Herr Vogt*.

En fin, en el penúltimo párrafo del prólogo, Marx sitúa el objeto teórico de su libro: el contraste del *desarrollo del capitalismo imperialista* (ejemplarmente el de Luis Bonaparte) con el *desarrollo simultáneo y sincopado* de la liberación de diversas naciones (aquí, Polonia, Hungría e Italia), así como de las diversas opiniones políticas que sobre estos asuntos se suscitaron. Marx dice que sólo se ocupará de las de Vogt.<sup>51</sup>

---

<sup>51</sup> “Para evitar posibles malentendidos, quiero anotar tan sólo esto: por parte de hombres que ya antes del año 1848 estaban de acuerdo en reconocer en la *independencia de Polonia, Hungría e Italia*, no sólo un derecho de estos países, sino también una ventaja para Alemania y Europa, fueron expuestas opiniones muy dispares con respecto a la *táctica que Alemania* habría de emplear en ocasión de

Otro libro que complementa al *Herr Vogt*, además de *Héroes del destierro* y el *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, es la *Historia secreta de la diplomacia rusa del siglo XVIII*, citado, por cierto, hacia el final del *Herr Vogt*. Esa “Historia secreta” describe otro aspecto de la política internacional: la retrógrada influencia rusa. El artículo de Marx, “Lord Palmerston”, alude a las tendencias que dentro de Inglaterra coincidían con las de Rusia y Luis Bonaparte, en medio de encarnizadas luchas con otras corrientes políticas. En este conjunto de obras queda así descrita *la contradictoriedad política internacional capitalista*, lo mismo que su fuerte tendencia general a configurarse según las influencias más reaccionarias.<sup>52</sup>

## 8. Ahora avancemos sobre los capítulos

### 8.1. Antimarxismo y dominación política burguesa internacional

Ad. Capítulo I, “La Banda del Azufre”. Gran parte de este capítulo lo ocupa una larga cita del *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, en la que se describe a éste como “jefe del lumpenproletariado”, pues organizó al lumpenproletariado para convertirlo en su base de apoyo social, en su ejército (*ibíd.*, p. 30 y ss). Este suceso es componente no sólo de la política francesa posterior a 1848 sino de la contrarrevolución general constitutiva de la dominación política internacional de la burguesía.

Ad. Capítulo II, “Los Bürstenheimer”. Cabe mencionar las cartas recibidas por Marx y citadas por él en las que diversos amigos lo conminan a no ocuparse de los actos miserables y repugnantes de Vogt y mejor proseguir, por ejemplo, con su

---

producirse la guerra que Luis Bonaparte llevó a cabo contra Italia en el año 1859. Este contraste de opiniones nacía de juicios encontrados sobre las verdaderas suposiciones, [aquellas] a las que... habrían de juzgar [apenas] los tiempos venideros. Y, por mi parte, me ocupo únicamente de las opiniones de Vogt y de su círculo. Hasta la opinión que pretendía defender y a la que representaba en la imaginación de un grupo de faltos de criterio, excede en efecto los límites de mi crítica. *Yo me ocupo de las opiniones que realmente representaba.*” Cfr. Karl Marx, *Herr Vogt*, edición citada, p. 17, cursivas mías.

<sup>52</sup> Cfr. mi “Karl Marx y la política”, en *Política y Estado. El pensamiento político moderno*, Gerardo Ávalos Tenorio y María Dolores París (compiladores), Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1996.

crítica de la economía política.<sup>53</sup> Dice Marx que aclaró brevemente en su prólogo por qué no hizo caso de “similares consejos”. Lo que estaba en juego era la denuncia de la dominación política internacional de la burguesía y el furibundo ataque de ésta a la democracia y al comunismo.

Además, Schily escribe una carta a Marx (8/11/1860) donde, entre otras cosas, lo advierte de la existencia de revolucionarios antimarxistas, seguidores de Willich.<sup>54</sup> Marx sugiere que las policías políticas internacionales a lo Vogt explotan las diferencias sectarias entre la oposición de izquierda para desencadenar una *transfiguración falsificadora de las verdaderas posiciones comunistas* para, así, poder constituir una *contrarrevolución anticomunista general y antimarxista en particular*.

En el último párrafo de este capítulo, Marx redondea la estructura del *imperialismo militarista* caracterizándola simultáneamente como burócratica y nihilista, consumista y

<sup>53</sup> “Con la más viva indignación me he enterado de las *calumnias* que le son dirigidas y que tuve oportunidad de conocer a través de un artículo publicado en *Revue Contemporaine*, firmado por Edouard Simon. Lo que ante todo me ha sorprendido particularmente es que Vogt, al que yo no creía tonto ni malvado, haya podido caer en la bajeza moral que revela su folleto. [...] Mi querido Marx, no siga ocupándose usted de esas miserias, todos los hombres serios, todos los hombres conscientes están con usted, pero *esperan de usted otra cosa* que polémicas estériles; quisieran poder estudiar lo antes posible la continuación de su hermosa obra. Su éxito de usted es inmenso entre los hombres sabios y si, como supongo, puede resultarle agradable enterarse del *eco despertado en Rusia* por sus doctrinas, le diré que *al principio de ese año el profesor dictó en Moscú un curso público de economía política, cuya primera lección no era otra cosa que la paráfrasis de su reciente publicación*. Le remito un número de la *Gazette du Nord*, en el que usted podrá ver hasta qué punto su nombre es estimado en mi país. Adiós, mi querido Marx, consérvese usted sano y continúe trabajando como hasta ahora, empeñado en proporcionar cultura al mundo sin preocuparse de pequeñas tonterías y pequeñas bajezas. Confíe en la amistad de su devoto...” Citada en Karl Marx, *Herr Vogt*, edición citada, p. 42, nota 2, cursivas mías.

<sup>54</sup> “**Pues es preciso que sepas que los que entre ellos se ocupaban de la «organización de la revolución», no lo hacían en calidad de adictos a ti, sino como enemigos tuyos; veneraban a Willich como a su Dios-Padre, o por lo menos como a su Papa, calumniándote en cambio como su Anticristo o Papa contrario**, hasta el punto que Dronke, que era considerado tu único adicto y *legatus ad latere* en la diócesis de Ginebra, fue alejado de todos los conciliábulos —con excepción de los vinícolas— entre los que era *primas inter pares*. Pero también la *Bürstenheimeria* [dirigida por Willich] resultó ser, como la Banda de Azufre, pura efemérides, dispersándose luego bajo el vigoroso aliento de Druey.” *Ibid.*, p. 47, negritas mías.

desafiantemente cínica con visos cuasi-anarquistas; todo ello, al retratar a Vogt en otra de sus facetas como agente policíaco internacional, con estas palabras:

En lugar de una carta [prueba que se le pide, Vogt] sacaría de su cinturón una botella vacía y, haciendo chasquear su lengua, haría una pequeña mueca para remedar a su amigo Abt y exclamar entre convulsas carcajadas dignas de un Sileno: ¡Chorizos contra chorizos; las represalias mantienen la unión del mundo! (*Ibíd.*, p. 50).

No deja de ser sorprendente la referencia a Sileno y la comprensión que Marx tiene de este griego compañero de Dionisios, pues resume en él el cinismo sincopado de las clases dominantes en todo su furor y lujo. Para nada la espontaneidad vital irracional que ensalza en Sileno Nietzsche en su *Origen de la tragedia*. Para Nietzsche, Sileno representa el sustrato último de la crítica contra la decadencia burguesa de Occidente; para Marx, apenas la pseudocrítica que enmascara, para mejor encubrirlo, al poder imperialista.

### *8.2. Coopertenencia entre los métodos de persecución y los de falseamiento y transfiguración*

Ad. Capítulo III, “Asuntos policiales”. Dividido en seis apartados que reseñan diversos comportamientos policíacos característicos del dominio político internacional burgués. “La sistemática difamación de los fugitivos [revolucionarios], elevada a una máxima estatal” (*ibíd.*, p. 60), rasgo notorio del gobierno ginebrino, resume al conjunto de gobiernos burgueses (apartado 2), sin obviar las falacias policiales —en conexión con la estafa— consustanciales a la rapiña del imperialismo capitalista (apartado 3, “Cherval”).

Vogt asocia a Marx con el agente provocador Cherval (Nugent) para acusarlo de las tropelías de éste; en especial, de la falsificación de billetes de banco para pagar la conspiración revolucionaria anticapitalista necesaria para arribar al socialismo (*ibíd.*, p. 68). En 1857 Marx critica a Proudhon y a su discípulo Alfred Darimon su propuesta de reforma bancaria para sustituir con “bonos horarios” al papel moneda como ca-

mino para llegar al socialismo.<sup>55</sup> También las falsificaciones de Cherval se basan en la tontería de creer que el equivalente general es el verdadero centro de la vida social y de la revolución, según esta perspectiva presa en la circulación, ciega a las relaciones de producción y su transformación. La acusación de Vogt contra Marx no comprende las ideas socialistas de éste pero le atribuye las propias representaciones burguesas torcidas de Vogt para culparlo.

El fin secreto de la asociación “conspirativa” de Cherval era “destruir el crédito de los distintos estados valiéndose para ello de la reproducción de documentos de Estado y proponiéndose organizar con el dinero ganado una revolución europea” (*ibíd.*, p. 76). Deslumbrados por el dominio dinerario estatal e internacional de la burguesía, Vogt y Cherval no pueden zafarse de las finanzas internacionales y del Estado para imaginar la revolución socialista.

Zánganos policiales urgidos por “disfrutar de una vida cómoda... [y de] burlarse superficialmente de los asuntos serios” (*ibíd.*, p. 78) son aptos para el desarrollo despótico estatalista del modo de producción burgués, y mientras lo preparan ya sirven a su consolidación político-estatal internacional dada. La *policía política* se integra con este tipo de elementos para combatir a los auténticos revolucionarios.

Las *revelaciones* de Marx sobre los procesos de Colonia a los rebeldes del 48 denuncian las maquinaciones de esta policía política internacional. El apartado dedicado a este asunto (apartado 4) concluye con el siguiente lema del policía político Stieber: “¡la seguridad es el deber primordial de todo ciudadano y bajo su consigna vivirás!” (*ibíd.*, p. 84), indicativa de que la vida democrática se somete a la obsesión burguesa internacional por la seguridad. *La cuestión judía* (1843) y la “Introducción general” a la *Contribución a la crítica de la economía política* (1857), de Marx, aluden a la seguridad como tema central de la economía y la política burguesas. Aquí, en el *Herr Vogt*, podemos observar la faz *originalmente policiaca* de este tema ideológico que se efectiviza en la civilización capitalista según ésta se orienta cada vez más hacia la conformación

---

<sup>55</sup> Cfr. Karl Marx, *Elementos fundamentales para la Crítica de la Economía Política*, Siglo XXI Editores, México, 1974, capítulo sobre el “Dinero”.

de una política autoritaria integral (*ibíd.*, p. 86). Esto acontece precisamente a partir del momento (1848) en que la burguesía detenta el poder político en los principales países europeos y la aristocracia ha dejado de ser un enemigo significativo para aquella. Da inicio el retroceso general de la burguesía respecto de los ideales democráticos que le servían para unir al resto de clases sometidas contra el Antiguo Régimen.

Ad. Capítulo IV, “La carta a Techow”. Aparece aquí el agente secreto Ranikel, íntimo de Vogt. Un soplón lumpen de mala fe, pues vive a disgusto en la sociedad burguesa, así que la pseudocrítica pero básicamente la afirma. El retrato de Ranikel en *Herr Vogt* es magistral (p. 98 y ss). Marx retoma en este capítulo las referencias a la Liga de los Comunistas que inició en el anterior (p. 100), y describe cómo la Liga pasó — por influencia de Marx y Engels— del socialismo verdadero al socialismo científico (1848), hasta la disolución de la liga, en 1852. En ese contexto aparece el retrato de Willich. “Pues el motivo práctico más inmediato [de la disolución] fue originado por el afán de Willich de complicar la Liga con los *entretenimientos* revolucionarios practicados por la emigración democrática” (*ibíd.*, p. 104, cursivas mías). El motivo de fondo: haber “*cesado* todas las relaciones con el resto del continente, perdiendo actualidad toda asociación dedicada a esa índole de propaganda” (*ibíd.*, cursivas mías).

Marx se ve obligado a hacer los retratos psicológicos de Willich o de Ranikel, etc., porque Techow pretende hacer el de él relacionándolo con aquéllos, por ejemplo, involucrando a Marx en el duelo entre Willich y Schramm. Pero Techow no sólo malentende la personalidad de Marx y su participación en los acontecimientos sino también al materialismo histórico. Con ese bagaje escribe una carta sobre Marx en la que Vogt cree a pie juntillas. Estos despropósitos son inherentes al sentido común y a la ideología burguesa y se engranan con la política internacional anticomunista. Aquí vemos en su origen el surgimiento de este tipo de enredos emocionalmente plagados, retorcidos.

Techow también malinterpreta la postura de Marx y Engels como revolucionarios independientes críticos del partidismo, creyendo que éstos no son respetuosos del partido.

Crítico de todo, lo único que Marx respeta es a la aristocracia, dice Techow.

De fondo, la persona de Marx y sus verdaderos fines (y teorías) no son captados ni justipreciados porque estos fines trascienden históricamente a la sociedad burguesa. Así que, en lugar de entenderlos, se los malversa.

¿Qué otra cosa hacía la burguesía liberal en sus proclamas dirigidas al proletariado desde 1688 hasta 1848, que no fuera “cortar y medir frases”, para, con el vigor de las mismas, tratar de desplazar a la aristocracia del poder? ¡Quiere decir que la simiente que el señor Techow pretende descubrir en **mi teoría secreta no pasaría de ser el más vulgar de los liberalismos burgueses!** *¡Tant de bruit pur une omelette!* [¡Tanto ruido por una tortilla!] Pero como, por otra parte, Techow sabía también que “Marx” no era un burgués liberal, no le quedó otro recurso que “llevarse la impresión de que el fin perseguido por todas sus actividades era únicamente **su** dominio personal”. “¡Todas mis actividades!...” ¡Vaya expresión moderada para mi única entrevista con el señor Techow! (*ibíd.*, p. 121, negritas mías).

Que el traspaso de la hegemonía mundial de manos de Inglaterra a Estados Unidos y la época de prosperidad en la que ello se opera vuelven relativamente inactual a la revolución comunista (*ibíd.*, p. 122-123), o la acostumbrada traición de los oficiales militares en el curso de las revoluciones (a lo Simón Bolívar, según opinión de Marx, podría añadirse), son tesis decisivas de Marx que Techow malentiende; y las cree secretas cuando ya en 1850 fueron publicadas por la *NGR*.

Ad. Capítulo V, “Regente imperial y conde Palatino”. Sobre los métodos de Vogt:

El que el fugitivo regente imperial [Vogt] se valiera de toda clase de embustes para complicarme en su conflicto con el “conde Palatino” [Greiner, también perseguido por el vengativo Vogt], *revela “una vez más”* el sistema de acuerdo al cual ese hombre imaginativo en exceso ha compuesto “la vida y milagros de la *Banda de Azufre*” (*ibíd.*, p. 137, cursivas mías).

### 8.3. Política proletaria en la contrarrevolución del 48 y geopolítica capitalista

Ad. Capítulo VI, “Vogt y la *NRZ*”. Aquí se retrata, a propósito de ridiculizar la participación de Vogt en el parlamento de

Frankfurt, la enjundiosa intervención del revolucionario comunista Wilhelm Wolff en el parlamento a la hora de la contrarrevolución : “El *Nuevo Diario Renano* [NRZ] se ha diferenciado de los *patriotas* al no considerar al *movimiento político* [a la revolución de 1848] como una caballerisca rama industrial o fecunda fuente de *ingresos*” (*ibíd.*, p. 143, cursivas mías).

Ya por ese entonces (15 de marzo de 1848) se vislumbraba por las posiciones que asumía Vogt, “como un hecho indiscutible, su futura traición, aún ni siquiera definida para él mismo” (*ibíd.*, p. 143).

La política proletaria en la hora de la contrarrevolución es por demás audaz, caso de Wolff en el parlamento y de la *NGR* denunciando las desvergüenzas reaccionarias prusianas. Mientras que fue en el curso de la contrarrevolución que el liberal Vogt eligió el camino que lo arrojaría en brazos de Luis Bonaparte.

Ad. Capítulo VII, “La Campaña de Ausburgo”. Cabe resaltar la descripción de la geopolítica europea tensada entre Italia, Alemania y Austria, y cómo las opciones a este respecto enfrentan a Vogt con Marx y Engels. Para favorecer los designios expansionistas imperialistas franceses de invadir Italia, Vogt realiza sobornos internacionales (*ibíd.*, p. 160), los cuales son parte del lazo de dominio político burgués mundial. Marx describe la estructura del lazo de dominio anudado en la alianza entre Francia y Rusia y, como apéndice, Prusia. Lord Palmerston y seguidores coinciden en Inglaterra con este gozne decisivo de la política contrarrevolucionaria internacional (*ibíd.*, p. 161). *La Historia secreta de la diplomacia rusa del siglo XVIII* —citado en esta página del *Herr Vogt*— es el libro que resume las investigaciones de Marx sobre el lazo de dominio burgués mundial de entonces.

#### 8.4. Geopolítica capitalista europea y fetichismo internacional

Ad. Capítulo VIII, “Da-Da Vogt y sus «Ensayos»”. Francia y Rusia, como extremos de la Europa continental, tensan el desarrollo histórico intentando dominar en el continente. Alemania se ve presionada por ambos y por Austria en el centro. Esta presión la fragmenta y pulveriza obstaculizando su unificación nacional. Ahora a cuenta de la expansión francesa

hacia Italia y que la enfrenta a Austria, cabe aliarse con Prusia contra Austria y favorecer la unidad de Alemania bajo la égida prusiana pero sin Austria, esto es, anulando la posibilidad de una “gran Alemania” que indujera dicha unidad y que dominase el centro de Europa contra Francia y Rusia, etc. Naturalmente, la política inglesa es dual: ora apoya a un bando, ora a otro, según avance la coyuntura. De tal manera, “Lord Palmerston ameniza, de cuando en cuando, su esclavitud a Rusia, con su antipatía por Austria” (*ibíd.*, p. 191), etc. Amén de que Palmerston no representa la única tendencia de la política internacional inglesa.

La descripción de la geopolítica europea es continuada en este capítulo precisamente en ocasión del rebazamiento de la medida continental del capitalismo hacia la mundial (*ibíd.*, p. 188).

Entre otras cosas, se expone el ficticio reparto imperialista del mediterráneo propugnado por Francia y Rusia, etc. (*ibíd.*, p. 193).

En la siguiente cita se alude a la Santa Alianza (I) que defendió los intereses de los gobiernos absolutistas, y a la nueva Santa Alianza (II), que defiende los intereses políticos de la burguesía a nivel internacional.

**La señora de Krüdener, la madre de la Santa Alianza** [absolutista], diferenciaba el buen principio [*el blanco ángel del Norte*, Alejandro I] del mal principio [*el negro ángel del Sud*, Napoleón I]. **Vogt, el padre adoptivo de la nueva Santa Alianza** [capitalista], convierte a ambos, al zar y al César, Alejandro II y **Napoleón III**, en *ángeles blancos*. Ambos son los predestinados libertadores de Europa (*ibíd.*, p. 194, negritas mías).

Los intereses contrapuestos en la política internacional hacen nacer un *fetichismo internacional* peculiar que transfigura las verdaderas relaciones de dominio en su opuesto. Por ejemplo: “Vogt recoge de inmediato «la abolición de la esclavitud» y señala que «el reciente impulso... podría hacer de Rusia más bien una amiga y no una enemiga de las aspiraciones liberadoras»” (*ibíd.*, p. 197, cursivas mías).

Como se ve, este *fetichismo internacional* con poder transformador arraiga, en primer lugar, en la inclinación por una parte del entramado —en el caso de Vogt, por Napoleón III— y porque desde esta parte se describe el todo para favorecerla como si ella fuese el sentido inmanente del todo. En segundo

lugar, el fetichismo internacional arraiga en la geopolítica total por cuanto compuesta de intereses contrapuestos que requieren aliarse a otros para dominar por grupos a los demás. De ahí que Rusia aparezca glorificada como liberadora por Vogt, esto es, a la inversa de lo que es. Vogt trabaja para Rusia y para Francia (*ibíd.*, p. 198), y la economía y la política se muestran, respectivamente, como la esencia y la apariencia de las relaciones internacionales de poder.<sup>56</sup>

Otro aspecto del fetichismo internacional es el siguiente:

La única circunstancia que desde mediados del siglo XVIII justificaba *la existencia estatal de Austria*, su oposición a los progresos de Rusia en el Este de Europa —una oposición desamparada, inconsecuente, cobarde, pero obcecada— hace que Vogt descubra que “Austria es el baluarte de toda controversia en Oriente.” (*ibíd.*, p. 203, cursivas mías)

Además, “En lugar de la *emancipación de la nacionalidad polaca* de los rusos austríacos y prusianos, Vogt exige la *absorción y eliminación* por Rusia de todo el antiguo Imperio polaco. *¡Finis Polonise!*” (*ibíd.*, p. 207).

En medio de ese *fetichismo internacional* nace el “principio de las nacionalidades” y es utilizado como instrumento de confusión, manipulación y dominio por los países imperialistas. Este es el caso de Napoleón III, pero ya antes de Metternich,

---

<sup>56</sup> El ejemplo es el siguiente: “Como se sabe, el grito que pedía la emancipación de los siervos se escuchó por primera vez durante la retirada de Alejandro I. El Zar Nicolás se ocupó durante toda su vida de la emancipación de los siervos, creó con este fin en 1838 un ministerio especial para la administración de los bienes de la Corona, ordenó en 1843 a dicho ministerio que diera los pasos preliminares y hasta llegó a dictar en 1847 leyes que defendían a los labriegos, referentes a la **enajenación de propiedades mobiliarias**, hacia cuya anulación únicamente pudo impulsarlo, en 1848, el temor de la revolución. El que la cuestión de la **emancipación de los siervos** asumiera dimensiones de mayor magnitud bajo el gobierno del «Zar benévolo», como *Vogt denomina* campechanamente a Alejandro II, parece deberse a una **evolución económica que ni siquiera un Zar es capaz de anular con su poder**. Por lo demás, la emancipación de los siervos *en el sentido del gobierno ruso* habría de intensificar cien veces el vigor agresivo de Rusia. Sencillamente persigue la **perfección de la autocracia** por medio de la anulación de las barreras con que hasta tanto el gran autócrata había tropezado en los innumerables **pequeños autócratas** de la nobleza rusa **que se apoyaban sobre la esclavitud**, como también en las **comunidades rurales** de administración propia, cuyas bases materiales, o sea la propiedad comunal, debía ser destruida por la llamada emancipación.” K. Marx, *Herr Vogt*, edición citada, pp. 197-198, negritas mías.

en la época de la Santa Alianza: “Metternich fue el más grande conservador de nacionalidades. Abusaba de ellas, enfrentándolas mutuamente, pero las necesitaba precisamente para poder abusar de las mismas. Por eso las sostenía.” (*ibíd.*, p. 209). Se trata de lo que se conoce hoy como “balcanización”.

De la falsificación geopolítica, Vogt pasa a la falsificación de la historia, también a favor de Luis Bonaparte (*ibíd.*, p. 218). Intenta hacer grande a Luis Bonaparte. Si no a través del bien, a través del mal, pero para hacerlo grande: “Es preciso que ante todo **melodramaticamente la grotesca figura de un héroe, convirtiéndolo en un gran hombre** y es así como, de *Napoleón, le Petit* nace este «*hombre fatal*»” (*ibíd.*, p. 219, negritas mías).

La necesidad geopolítica de la guerra lleva a Luis Bonaparte a aliarse con el ejército y desarrollar una ideología militarista que justifique la guerra. De rechazo, las necesidades de la política interior francesa lo empujan a mejor hacer la guerra para no afrontar las contradicciones interiores sino distraerlas con las exteriores (p. 220 y ss.). Así que todo asfalta el camino hacia la guerra.

Marx pasa a explicar la lógica de la alianza entre Francia y Rusia: llegó de improviso la noticia de que **Luis Bonaparte había renunciado a sus propias proposiciones**, entrando a formar parte de un **congreso propuesto por Rusia para castigar a Austria**. Únicamente con la intervención de Rusia la guerra se hacía posible. Si Rusia no hubiera necesitado de Luis Bonaparte para la realización de sus planes —*ya fuera para cumplirlos con Francia o para convertir a Francia y a Austria en sus incondicionales servidores a consecuencia de los golpes asestados por Francia*— Luis Bonaparte habría caído (*ibíd.*, p. 223, negritas mías).

Así, resulta que Francia está contra la guerra, cuando Luis Bonaparte está a favor de ella (*ibíd.*, p. 225).

Vogt se confirma como agente del imperialismo francés por su vocación a favor de la guerra encubierta con el lema que señala a Luis Bonaparte “*libertador de las nacionalidades*” (*ibíd.*, p. 227).

El “principio de las nacionalidades” es utilizado por el imperialismo capitalista —aquí ejemplificado con el francés de Luis Bonaparte— no sólo para apropiarse de territorios antes adjuntos, dependientes o sometidos a otro país, sino también

para intercambiar posiciones entre países imperialistas (*ibíd.*, p. 232).

La dinámica del imperialismo capitalista se mueve alterna, dualmente, según oportunidad, contra las nacionalidades o por las nacionalidades, siempre en vista de expandir su dominio sobre mayor territorio (*ibíd.*, p. 233).

En este contexto, Vogt se pronuncia a favor de Prusia y sus alianzas con Napoleón III (*ibíd.*, p. 234). De fondo no es la unidad de Alemania lo que persigue (*ibíd.*, p. 241, n. 12). Pero la alianza entre Prusia-Rusia y Francia se demuestra francamente antiproletaria y antidemocrática<sup>57</sup> (*ibíd.*, p. 237).

La neutralidad suiza depende más de la correlación de fuerzas contrastadas en Europa que de una vocación propia. La verdadera misión de Vogt consiste en preparar a Suiza con sus artículos, libros y trapacerías policiales secretas para que Francia pueda violar el territorio suizo en su camino hacia Italia, contra quien quiere hacer la guerra (*ibíd.*, p. 249).

Es resaltante que el suizo Vogt se preste a tales servicios. Pero si Vogt pudo surgir sólo era en tanto suizo, pues en Suiza se concentran las relaciones políticas internacionales europeas. y son éstas precisamente las que mutaron sustancialmente después de la revolución de 1848 para adquirir un carácter francamente capitalista, mismo que Vogt expresa en su vertiente dominante.

También cuando Vogt propugna por la anexión de Saboya y Niza (*ibíd.*, p. 252) —y cabe mencionarlo por el célebre artículo de F. Engels con ese título y que se encuentra en conexión con el *Herr Vogt*— simplemente transcribe a Luis Bonaparte del francés al alemán. Esto es, transcribe su liberalismo torcido por la reacción. Esto nos remite, en el caso de Vogt, a la contrarrevolución de 1848 (*ibíd.*, p. 256).

### 8.5. *El posmodernismo y la “plaga emocional”*

---

<sup>57</sup> Cabe citar el resumen de las posturas de Vogt que ofrece Marx: “en resumen: por un lado, Luis Bonaparte permitirá a Rusia extender sus brazos desde Posen hasta Bohemia y por sobre Hungría hasta Turquía; por el otro, **obtendrá** por las armas en la frontera francesa, una **Italia** independiente y **unida** y todo ello... *pour le roi de Prusse* [para el rey de Prusia]; todo para que **Prusia** tenga oportunidad de cobijar bajo su sombrero a Alemania por medio de una guerra civil y “defender” para siempre «del poderío de Francia las provincias renanas».” *Ibíd.*, p. 239, negritas mías.

*de la contrarrevolución del 48 y de sus secuelas*

Ad. Capítulo IX, “Agencia”. Vogt, empleado en Suiza en una agencia de sobornos y fábrica de apologías de Luis Bonaparte. La actuación descarada, cínica y falta de ética y monetarista de Vogt en esta “Agencia” revela rasgos análogos a los de la posmodernidad abierta después de la reacción capitalista contra los movimientos rebeldes suscitados en la década de los 60 y 70, en particular el 68.<sup>58</sup> Así, por ejemplo, múltiples intelectuales y dirigentes y activistas izquierdistas fueron empleados como asesores en la organización represiva del gobierno mexicano, donde han prestado sus servicios como concededores de los medios y formas de lucha popular. También el servilismo de Vogt hacia Luis Bonaparte es análogo al que le profesaron estos “izquierdistas posmodernos” a Carlos Salinas de Gortari, el corrupto presidente mexicano.

Es resaltante el trabajo ideológico de Vogt; por ejemplo, su Luis Bonaparte explicado a obreros alemanes para que lo acepten. Este torcimiento prelude al fascismo europeo y al populismo latinoamericano. Vogt crea una teoría del “enemigo externo” (Austria) que Francia deberá confrontar y por cuya existencia debemos disciplinarnos cerrando filas, etc. (*ibíd.*, p. 268). Esta pieza ideológica también prelude la apología de la URSS contra sus enemigos externos.

Es notable la figuración de Luis Bonaparte como “*dictador obrero*” y como *dictador obrero* es elogiado ante los obreros alemanes en Suiza por el mismo Vogt, que en su *Libro Mayor* estalla en una aburguesada explosión de ira ante el sólo recuerdo del concepto: «¡Dictador!»” (p. 269). Así como Hitler y Stalin son preludiados por Luis Bonaparte y la figuración psicossocial forjada acerca de ellos lo es por la promovida personalmente por Vogt sobre Luis Bonaparte.

En lo que sigue, el capítulo se ocupa de James Fazy, quien actuaba como agente francés en connivencia con Vogt propugnando por la anexión de Sajonia y Niza por Francia. Resalta

---

<sup>58</sup> “El que **Vogt** eche en un mismo saco los honorarios que un determinado diario abona a sus colaboradores con los subsidios secretos provenientes de un fondo anónimo que un tercer sujeto les ofrece a los corresponsales de diarios completamente desconocidos para él —y hasta a los de la prensa de todo un país— es un **quid pro quo** que demuestra hasta qué punto el Da-Da alemán llegó a emplearse en la **moral del 2 de diciembre**.” *Ibid.*, p.263, negritas mías.

la secuencia de tácticas seguidas para lograr esa anexión:

Si primeramente [1] el silencio, la negación y las prácticas que recomendaban absoluta confianza en Luis Bonaparte debían eliminar el peligro de la visión suiza, si [2] el posterior **griterío referente a la incorporación** de Faucigny, Chablias y del Genovesado a la Suiza debía popularizar la anexión de Saboya y Niza a Francia y finalmente [3] aquel incidente burlesco de Thonon debía romper toda resistencia seria, de acuerdo al programa parisiense, [4] las **anexiones realmente efectuadas** y el peligro ya innegable debían imponerse, en última instancia, como los motivos que ocasionarían la **voluntaria deposición** de armas de Suiza, vale decir, *su alianza con el Imperio decembrista*[Francia] (*ibíd.*, pp. 282-283, negritas mías).

Poco más adelante, vemos a Carlos Meyer, “co-bandido” de Vogt, propugnar por la anexión de Alemania por Francia (p. 287). Siempre dentro de la misma perspectiva geopolítica (cap. VIII). Y poco después, del brazo de Edouard Simon (otro policía secreto). La labor de Vogt en la *Agencia* lo lleva a concertar acciones que son, también, la ocasión para que Marx descubra sus contactos cómplices y los denuncie (p. 290 y ss). De tal suerte, todas las piezas del rompecabezas Vogt parecen coincidir (p. 297), y se posibilita rehacer su recorrido biográfico político: antiguo demócrata en Frankfurt en 1848, bonapartista hoy (p. 296). La clave de su desarrollo fue la contrarrevolución continental en tanto movimiento inherente a la constitución del dominio político internacional de la burguesía.

Otra faceta posmoderna de Vogt y su época es aquella que enaltece a la “autenticidad vendida y con convicción” de Vogt, según la cual el simulacro o *falseamiento total* es la nueva verdad.

A nadie le importa de dónde saco mis recursos. En lo sucesivo *continuaré tratando de obtener los medios necesarios para el logro de mis fines políticos y seguiré aceptándolos, consciente de mi buena causa*, sea cual fuere el origen de los mismos” (Libro Mayor, pág. 226). Quiere decir que también los tomaría de la Caja Central de París (*ibíd.*, p. 299, negritas mías).

El fetichismo y la religión integrales son inherentes a la estructura política internacional de la burguesía para cohesionar al capital y sus lacayos, “como dice la canción moderna” con la que concluye Marx su capítulo: “El que no cree

se equivoca” (*ibíd.*, p. 300).

### 8.5.1. Alusiones a Simón Bolívar ¿y al México de hoy?

Ad. Capítulo X, “Patronos y co-bandidos”. Retratos de los enlaces de Vogt; por ejemplo Kossuth, socialista y antisocialista luego. Los dobleces de estos personajes reproducen los de la coyuntura política, la cual pasó de la revolución del 48 a la contrarrevolución en vista de —por ese doble movimiento— constituir la dominación burguesa internacional, primero, bariando las rebabas del Antiguo Régimen. Es resaltante la postura de Kossuth contra Bonaparte y por Bonaparte, además de pro-ruso (pp. 310-311), así como republicano y antirrepublicano.

Marx habla, a propósito de Juan Banya, de su obra *Héroes del destierro*, pues a este hombre le entregó el manuscrito de dicha obra y él, a su vez, lo entregó al gobierno prusiano. Pero Banya tuvo también un momento democrático en Turquía, así que por su doblez Marx lo llama el “«Simón Bolívar» de los circasianos” (p. 308, n.2).

Junto con Kossuth, el general Klapka también semeja al Santa Anna mexicano. El imperialismo y la emergencia de las nacionalidades (p. 315, n.4) contextualizan estas emergencias personales y sus similitudes.

Por su parte, James Fazy resuelve el enigma de estas contradicciones y dobleces, pues revela la función que cumplen para lograr, en medio de alternancias, que salga adelante el dominio burgués. Fazy neutraliza los contrarios para apropiarse personalmente el poder: “Es esta alianza con el «enemigo a muerte de la humanidad, ese monstruo», lo que ha hecho de Fazy, el dictador de Ginebra y de Vogt, el *diputado de Fazy*” (*ibíd.*, pp. 320-321).

El retrato de Fazy es por demás representativo del carácter no sólo de todos los patronos y co-bandidos sino de todo el complot contrarrevolucionario. Su conducta y sensibilidad personales son el correlato de la *psicología social* de la coyuntura contra la que se enfrenta Marx. Más aún, este fenómeno sufrido por Marx fue lo que lo impulsó a la crítica contra Vogt hasta convertirla en un libro que le llevó más de un año componer.

Fazy es un *Modju*, como lo llamaría Wilhelm Reich,<sup>59</sup> un falso héroe endiosado por el pueblo. *Mo-dju* se forma por el inicio de la palabra Mocenigo —el mecenas veneciano admirador de Giordano Bruno que entregó a éste a la Santa Inquisición, por envidiarlo enfermizamente— y de la palabra *Djugasvili*, apellido de José “Stalin”, un falso líder proletario, asesino de los dirigentes proletarios auténticos. *Modju* y la gente que cree en él viven una situación que Wilhelm Reich nombra *plaga emocional*. El *carácter plagado* pulula en medio de los contrarrevolucionarios y en la persecución y tensiones que los caracterizan, intentando hallar acomodo en la coyuntura de aguas turbulentas que las acompañan. Vogt, pasando de demócrata liberal a agente secreto de Luis Bonaparte, y difamando y persiguiendo ferozmente a Marx y a otros elementos democráticos auténticos y comunistas, es representativo de este carácter. Marx se ve copado por él y lo enfrenta intuendo, primero, su peligrosidad, descubriendo, después, sus intrigas y alcances, y deduciendo, finalmente, sus conexiones y verdadera identidad. Ya hemos referido cómo Engels denunció que las hipótesis de Marx fueron confirmadas 11 años después con la publicación de las nóminas de agentes a sueldo del gobierno de Napoleón III. James Fazy, en tanto gobernador de Ginebra, ofrece un cuadro más completo del mismo carácter y del *raport* popular necesario para encumbrarlo (p. 322). Para describir a James Fazy —con su individualismo acaparador y posesivo, explotador de las contradicciones, muy en el movimiento posmoderno—, Marx cita la semblanza que hace de él Juan Felipe Becker:

Si significa grandeza el que, *consciente de su poder, se lleve de las narices a todo un pueblo, deslumbrándolo con habilidades de presdigitador*, sin fijar en la cultura espiritual y moral del mismo el sello del intenso progreso, marcando los rastros de una existencia tan sólo con las señales de la *corrupción social*, entonces probablemente también Fazy sería un gran hombre, y no sin motivo sería envidiado por tiranos más poderosos que él (*ibíd.*, p. 324, cursivas mías).

Fazy es un resentido para quien *todo* lo alemán es malo, según que le tocó vivir *algo* alemán negativo. Pero también lo

---

<sup>59</sup> Cfr. Wilhelm Reich, *El asesinato de Cristo*, Editorial Bruguera, Barcelona, 1981.

no alemán también es malo, pues en tanto tengo derecho a vengarme por lo sufrido —piensa—, sostengo ese derecho a toda costa, aunque nada me hagan.<sup>60</sup> La ley —es más o menos la opinión del gobernador ginebrino— no es regla, sobre todo si puede beneficiar a la víctima de este engendro; sólo mi orden es la ley contra los otros y a mi antojo (p. 328).

Por ende, Marx dedica buena cantidad de páginas para mostrar la política retro de este hombre y sus vicisitudes (p. 329). Endeudado, manipula el crédito y las finanzas a su favor contra el pueblo. Así que, James Fazy no puede sino favorecer al capital, del cual depende por estar endeudado con él. A partir de allí amasó una considerable fortuna. La vinculación específicamente capitalista entre Estado y finanzas data de esta época en la que se constituyó la dominación política internacional de la burguesía (p. 332 y 333).

Marx dedica la segunda parte de este capítulo a los co-bandidos y en ella reconcentra la consideración de las secuelas de la contrarrevolución de 1848. En este contexto, cabe recordar a Levy, ese otro “plagado”, propietario del *Daily Telegraph*, que sufre ataques de decencia luego de o al tiempo de ensuciar a la sociedad con la peor inmundicia.

Por medio de secretas cañerías artificiales, todos los retretes de Londres vierten su inmundo contenido en el Támesis. Del mismo modo, la metrópoli mundial descarga a través de un organizado sistema de *plumas de ganso* todos sus desperdicios sociales en una grande y papirácea cloaca central: el *Daily Telegraph*.... Una vez que ha convertido en artículos periodísticos la suciedad social de Londres, convierte los artículos periodísticos en cobre y, finalmente, el cobre en oro (*ibíd.*, p. 347, cursivas mías).<sup>61</sup>

Marx aprovecha su caracterización para señalar la especu-

<sup>60</sup> “Fazy, que aprendió las primeras letras en un instituto de enseñanza de «Herrenhuter» y que además domina el idioma alemán, aún hoy, cumplidos los sesenta y cinco años de edad, parece juzgar a Alemania y su pueblo de acuerdo a ese establecimiento modelo.” Karl Marx, *Herr Vogt*, edición citada, p. 325.

<sup>61</sup> Eric Hobsbawm describe en su balance de los logros de la revolución de 1848 cómo ésta hizo nacer a la “opinión pública”: “*Los defensores del orden social tuvieron que aprender la política del pueblo. Esta fue la mayor innovación que produjeron las revoluciones de 1848.* Incluso los prusianos más intolerantes y archirreaccionarios descubrieron a lo largo de aquel año que necesitaban un periódico capaz de influir en la «opinión pública», concepto en sí mismo ligado al liberalismo e incompatible con la jerarquía tradicional.” *La era del capital, 1848-1875*, edición citada, p. 37, cursivas mías.

lación globalizada o cosmopolita de la información, especulación correlativa a la “democratización del crédito”, eufemismo para describir el engaño en masa de una nación a través de las manipulaciones bursátiles. Exactamente al modo del neoliberalismo actual (p. 355).

El retrato del Conde von Vinke sirve para ilustrar y denunciar a los demócratas pro-monárquicos, personajes de la contrarrevolución convertidos en instrumentos del capitalismo y de su política imperialista en el interior de las “democráticas” cámaras de diputados (p. 364).

No podría ser mayor la vigencia que tienen estas descripciones para el México actual.

#### *8.6. Dos piezas de la máquina de dominio internacional capitalista*

Ad. Capítulo XI, “Un proceso”. Marx demanda a F. Zabel por calumnia. Dos cuestiones: la primera consiste en la promoción de la idea que *identifica a Marx con un protostalin*. Zabel, siguiendo a Vogt, describe a Marx como *jefe burocrático y autoritario* de la dictatorial “Banda de azufre” (p. 371), *un protostalin*. *A partir de ahí* Vogt ya sugiere que el partido está a las órdenes de Marx, que éste es falsificador de billetes y que es panfletario (p. 380-381), también policía y dictador (p. 414), y que la dictadura del proletariado debe ser vista como dictadura totalitaria.

El dominio capitalista primero *calumnia* de este modo a Marx y al movimiento comunista. Después, promueve la *confusión real*, realiza la calumnia. Gesta unos jefes pseudoproletarios y un movimiento proletario sometido a ellos. De esta manera crea a Bernstein, a Kautsky, a Stalin.

De fondo, la calumnia ve como capitalista despótico a un comunista. *Proyecta* su propia imagen negativa en éste. Así que luego, al producir a Stalin, confirma la calumnia porque se trataba de los productos *espontáneos que el propio sistema podía producir* y ya los produce constantemente. Sólo faltaba que los produjera también entre las filas proletarias y confundiera a éstas con ellos. Zabel, Fazy, Bonaparte, Vogt, Kos-

suth,<sup>62</sup> son dignos ejemplares de eso que calumnian en Marx. Con la calumnia, la plaga emocional intenta arrinconar al movimiento comunista. De ahí la reacción de Marx contra Vogt (p. 389). La plaga emocional produjo luego a Stalin.

La segunda cuestión es la crítica de Marx al derecho y los tribunales prusianos. Se trata de un derecho pre-burgués en plena época imperialista, así que, por *retro*, sirve adecuadamente al carácter *contrarrevolucionario* de la época. El precapitalismo en sus aspectos retrógrados y despóticos *engrana funcionalmente con la estructura del dominio político internacional de la burguesía* (p. 385). (Caso de la diplomacia rusa, etc.).<sup>63</sup>

Así, emerge la connivencia de los tribunales prusianos (semicapitalistas) con un editorialista alemán en Londres, metrópoli capitalista desarrollada (p. 388). Todo, apuntalado con la connivencia de agentes policíacos internacionales (p. 386), embajadas y policías políticos (p. 400), y completado con la *fabricación de inculpaciones ideológicas policíacas* (p. 401). Todos éstos son síntomas de una contrarrevolución frente a las tendencias democráticas de justicia e igualdad de la propia sociedad burguesa. El método de difamación de Zabel es ilustrativo al respecto (p. 402).

### 8.7. Reproducción antidemocrática de la policía política y de mitos a lo Simón Bolívar

Ad. Capítulo XII, “Suplementos”. Retengamos sólo dos puntos, pues los restantes repiten planteamientos ya adelantados toda vez que en este capítulo se ofrecen las *pruebas* de lo visto más atrás.

*Primer punto.* La alusión al hecho de que los informes falsos fueron *fabricados* por la policía política no sólo por la necesidad de inculpar a tal o cual persona —Marx, Liebknecht, etc.— sino porque sólo habiendo informes se documentan presuntos hechos, los cuales ameritan ser perseguidos, así que

---

<sup>62</sup> “Lajos Kossuth (1802-1894), capaz abogado, periodista y orador, [bajo cuyo mando las tropas húngaras derrocaron al emperador, se convirtió en] ... la figura revolucionaria de 1848 más conocida internacionalmente” dice Eric Hobsbawm (*ibid.*, p. 31). Pero nada refiere acerca de que fue agente de Napoleón III.

<sup>63</sup> Cfr. mi “Karl Marx y la política”, en *op. cit.*.

establecen la *necesidad de que exista la policía política*. La necesidad burocrática de la existencia de esta policía como componente de la política internacional establece una condición *estructuralmente antidemocrática* de la dominación burguesa (p. 448). La CIA actual, por ejemplo, encuentra aquí su raíz y fundamento.

*Segundo punto.* Marx habla de la producción de mitos para explicar y criticar la fama de Kossuth, pero asimismo la de *Simón Bolívar*, personajes análogos a Luis Bonaparte. Kossuth se puso a su servicio, Bolívar lo precedió ubicado en la periferia del sistema, en *América*. “**La fantasía del pueblo**—dice Marx—, **creadora de mitos, en todos los tiempos, se ha manifestado en la invención de «grandes hombres»**. El mejor ejemplo de esta índole no admite discusión: *Simón Bolívar*.” (*ibíd.*, p. 477, negritas mías).

## PARTE II: EXPRESIÓN IDEOLÓGICA EQUÍVOCA MÚLTIPLE

*LA RELACIÓN DE MARX  
CON LA REVOLUCIÓN DE 1848*

En ocasión de referir ciertos hechos que enriquezcan el esclarecimiento de la revolución de 1848 en Alemania avanzo el comentario crítico al trabajo donde Aníbal Yáñez analiza lo que toma —dicho sea con simpatía— un poco alquímica o chamánicamente o, en general, iniciáticamente, como “La prueba de fuego del marxismo: Marx y Engels en la revolución de 1848”.<sup>64</sup>

Aníbal Yáñez se basa en dos autores. Por un lado —aunque sin citarlo ni discutirlo—, en el libro de Fernando Claudín, *Marx, Engels y la revolución de 1848*,<sup>65</sup> autor que comenta puntualmente los escritos de Marx, ensalza a éste desde una perspectiva leninista y subraya la radicalidad y perspicacia de su actuación; por otro lado, en David McLellan,<sup>66</sup> el biógrafo más completo de Marx, y quien cree ver constantes cambios de postura en Marx y más bien, subraya la moderación de la actuación de éste durante 1848-1849 y aún después.

Me interesa sobre todo invitar a pensar —o, más bien, repensar mejor— la *relación* de Marx y Engels con aquel proceso y precisamente teniendo como premisa lo que ellos pensaron acerca del mismo. Este último dato no es tan claro como debiera, ya que ha sido múltiplemente malversado, no obstante que las afirmaciones de Marx y Engels son claras al respecto. Cada observador doma los hechos de acuerdo a lo que ha querido ver. Ya los contemporáneos participantes en aquella

---

<sup>64</sup> Publicado en la revista *Críticas de la Economía Política*, número 27/28, p. 73-115, Ediciones El Caballito, México, 1985.

<sup>65</sup> Fernando Claudín, *op. cit.*, cuyo segundo apartado reza: “La prueba de la práctica. Revolución y contrarrevolución”, que traduce en clave materialista la fórmula de Aníbal Yáñez. Yáñez tampoco cita ni comenta el libro de Arthur Rosenberg, *Democracia y socialismo de 1789 a 1937* (Siglo XXI Editores, México, 1980), dedicado en su parte más amplia y central a la exploración pormenorizada —con base en cartas y artículos de Marx y Engels— del período de 1847-1852. Otro trabajo importante para nuestro tema es el de D. Ferrsbach, *Marx: una lectura política* (Ediciones Era, México, 1979), capítulo “Las revoluciones de 1848”.

<sup>66</sup> David McLellan, *Karl Marx. Su vida y sus ideas*, Editorial Crítica/Grijalbo, Barcelona, 1977.

revolución mal comprendieron —y, por lo tanto, criticaron mal— la dialéctica práctica de la acción de Marx, aquel invertidor de la ya difícil y sutil dialéctica hegeliana.

Pareciera que comprender la acción de Marx en 1848 —por lo menos— es un peldaño para recomprender toda su teoría, hasta *su* dialéctica. Y al revés, parece que sólo la comprensión no dogmática ni prejuiciada de esta teoría posibilitaría comprender qué hizo Marx en 1848-1849 y por qué, o qué haremos nosotros como sujetos histórico-prácticos.

En otro lugar<sup>67</sup> he expuesto las premisas histórico-metódicas generales requeridas para analizar consecuentemente sucesos de la sociedad burguesa. Aquí sólo los recuerdo brevemente por cuanto la confusión general respecto de la revolución de 1848 —y sobre la vida de Marx— lo amerita. El caso es, efectivamente, cómo lograr la carísima *especificación histórica* de los hechos y del análisis propugnada por Korsch.<sup>68</sup>

Básicamente, la especificación histórica sólo es posible si logramos medir las fuerzas productivas de un momento histórico, para lo cual, a su vez, es necesario correlacionarlas con las relaciones de producción, las necesidades y capacidades sociales en que se articulan. Pero la cuestión es paradójica, por sencilla que parezca; sobre todo a propósito del desarrollo capitalista y de la comparación entre el siglo XIX y el XX en particular, el siglo en el que vivimos y nos obnubila con su peculiar ideología del progreso, por ejemplo, tecnológico. Situar el siglo XIX es ya situarnos a nosotros mismos y especificar la revolución de 1848, por ejemplo, implica y promueve nuestra autoespecificación histórica.

Karl Korsch ha sido quien más ha insistido en este concepto del materialismo histórico y quien buscó aplicarlo a la propia concepción de Marx; es decir, especificarla históricamente. Pero es contra Korsch que —precisamente a propósito de la revolución de 1848— este concepto debe ser concretado conse-

---

<sup>67</sup> En “Carlos Marx y la técnica desde la perspectiva de la vida” en revista *Críticas de la Economía Política*, No. 22/23, México, marzo 1983, Ediciones El Caballito; fundamentalmente pp. 87, 120, 125 y 167, y en la Introducción del presente libro.

<sup>68</sup> Cfr. al respecto “Introducción” del presente libro.

cuentemente.<sup>69</sup>

Al respecto refiero los siguientes hechos paradójicos pero igualmente ciertos.

1o. Sólo desde 1858 —no antes— Marx afirma<sup>70</sup> la actualidad formal de la revolución comunista. En esa época recién se *esbozaba* el mercado mundial capitalista y, por tanto, el momento en que se cumplía la misión histórica de la burguesía. Este esbozo fue promovido, precisamente, por la revolución de 1848 ¿Cómo entonces pudo Marx poner y perder toda esperanza —según fantasean Korsch y otros— en aquella revolución derrotada?

2o. Después de 1848 fue forzoso y posible al capitalismo, para autodesarrollarse, subordinar al proletariado no sólo en su tiempo de trabajo o en cuanto fuerza productora de plusvalor, sino también en su tiempo libre y, sobre todo, en tanto fuerza revolucionaria.<sup>71</sup> Esta necesidad de redoblada alienación del sujeto social implica que desde entonces (1850) el progreso capitalista se opera sobre la base de un *entorno tecnológico decadente*.

3o. El desarrollo capitalista desde 1850 es de *regresión histórica compleja*, así que la limitación histórica de Marx nos toma, ni más ni menos, retrasados respecto de él.

4o. El diferente entorno tecnológico y ecológico actual respecto del existente en el siglo XIX implica una diferente estrategia revolucionaria para la transformación socialista de la sociedad, y cabe ahondar la diferencia si hablamos de la revolución burguesa de 1848.

5o. Pero, ojo, si —como insistieron Marx y Engels— en el siglo XIX había realizar una revolución específicamente socialista *sin* tener que modificar sustancialmente el aparato técnico y el sistema de necesidades consumptivas, actualmente esto es imposible. Las necesidades estratégico-organizativas que ello implica son enormes y exigen de nosotros un gran desarrollo aún por darse.

---

<sup>69</sup> Por ello es importante la discusión con Arthur Rosenberg, pues su *Democracia y socialismo* fue proyectado y escrito teniendo explícitamente en cuenta la perspectiva korschiana sobre la revolución de 1848.

<sup>70</sup> Carta de Marx a Engels del 10 de octubre de 1858.

<sup>71</sup> Cfr., por ejemplo, de F. Engels, los capítulos dedicados a “La teoría de la violencia y el poder”, en el *Anti-Dühring*, (Editorial Grijalbo, México, 1968).

6o. Al contrario, ello significa que respecto de los *requerimientos y posibilidades* de su época —no sólo con base en su entorno tecnológico y ecológico— el siglo XIX (y Marx allí) poseía unas fuerzas productivas más poderosas que el siglo XX y, entonces, un límite histórico más holgado y rico que el que se objetiva a la fecha, pues sus fuerzas productivas —por ejemplo, las revoluciones— estaban en posibilidad de generar un horizonte humano más pleno. La intensa apariencia de la “actualidad de la revolución” en el siglo XX, que Lukács constataba desde la óptica leninista,<sup>72</sup> en realidad era el síntoma de que ya había dejado de ser actual la revolución.

Cabe especificar una de las fuerzas productivas globales más señaladas del siglo XIX: la revolución de 1848.

### *I. Apertura de problemas y destrucción de apariencias*

#### *1. Situación geopolítica y clasista de Alemania*

Gracias a estar basado puntualmente en los escritos de Marx y Engels sobre y del período, el trabajo de Aníbal Yáñez Chávez logra describir con precisión la *situación clasista* prevaeciente en la época así como la *situación geopolítica* europea en la que Alemania quedaba tensada: desde el este y el sur, por la reaccionaria Rusia zarista aliada a Austria; por el oeste, por la Francia republicana y recién revolucionaria; por el norte, en pugna territorial con Dinamarca, por los ducados de Schleswig/Holstein.<sup>73</sup> Sin olvidar al este a Polonia, el baluarte democrático de toda Europa contra Rusia, y, por allí, contra toda la reacción. En fin, por todas partes la desarrollada Inglaterra pero, a la vez, imperialista, dispuesta a la alianza con Rusia cada vez que no le conviniera el desarrollo burgués y democrático del continente.

Tal era el marco de los zigzagueos clasistas, de los retrocesos de la timorata burguesía alemana, de las ilusiones libera-

<sup>72</sup> Cfr. Georg Lukács, *Lenin (La coherencia de su pensamiento)*, Editorial Grijalbo, México, 1972.

<sup>73</sup> La nobleza prusiana buscaba retener estos ducados, la burguesía buscaba aliarse al rey de Dinamarca y, finalmente, el pueblo buscaba —en medio de tal desgarramiento— avanzar en la conquista de la unidad nacional, es decir, retener los territorios, pero en desacuerdo con la nobleza prusiana. Cfr. Franz Mehring, *Carlos Marx*, Editorial Grijalbo, , 19 . Más detalles en David McLellan, *op. cit.*

les y democráticas, del magro desarrollo proletario, de las posibilidades, en fin, de sobrevivencia de una nobleza absolutista hasta bien entrado el siglo XIX.

Asimismo, debe reconocerse lo bien definidos que se nos ofrecen en el trabajo de Yáñez los hitos fundamentales del proceso revolucionario, no obstante ciertos errores de detalle bastante gruesos que paso a referir y otros de perspectiva general en los que me iré ocupando más adelante.

## 2. *Del activismo de Marx y Engels*

Yáñez señala que Engels se convirtió al comunismo apenas hacia 1844-1845, cuando trabó contacto con la Asociación Cultural de Obreros Alemanes. “Ellos convencieron a Engels del comunismo, aunque el discípulo pronto los aventajaría”, nos dice Yáñez, sin referir fuentes pero afianzando con ello un tono y una perspectiva general obreristas con los que busca iluminar todo el período.

Por cierto, “ellos” son Karl Schapper y Joseph Moll, militantes y dirigentes obreros a los que Engels se referiría al escribir su “Contribución a la historia de la Liga de los Justos”, años después.

Pero Engels tuvo contacto en 1841-1842 con los jóvenes hegelianos radicales, los “libres de Berlín” que ya mucho alardeaban de “comunismo”, y de cuyas irresponsables “críticas teatrales” se quejaba Marx en carta a Ruge de 1842. Y luego, en 1842, antes de su partida a Inglaterra, en Colonia Engels trabó contacto con Moses Hess, por quien sabemos que Engels ya era revolucionario (“revolucionario del año uno”, le decía) pero que se vio transformado para mejor y en sentido comunista durante la entrevista, etc.<sup>74</sup>

En todo caso, el objeto teórico de Yáñez consiste en aclarar *la relación de Marx y Engels con el proceso revolucionario de 1848-1849* y es esto lo que le discutiremos centralmente. Como veremos, se trata de una relación por demás interesante y esencial, no sólo en sentido de reconstrucción biográfica, sino

---

<sup>74</sup> Pueden ahondarse los detalles en Gustav Mayer, *Friedrich Engels: una biografía* (Fondo de Cultura Económica, México, 1979), indiscutiblemente la mejor biografía de Engels; así como en Auguste Cornú, *Carlos Marx y Federico Engels, del idealismo al materialismo histórico* (Editoriales Platina Stilograf, Buenos Aires, 1965).

sumamente aleccionadora en todo sentido. Por ello mismo, es importante observar bajo qué luz mira Yáñez a los personajes principales de *esa relación*. Insisto, de *esa relación* y no de la “revolución de 1848”, como muchas veces se cree y como parece desprenderse del texto de Aníbal Yáñez. Ciertamente, ni Marx ni Engels fueron personajes principales del proceso.

Hacia la cuarta parte del texto de Yáñez, sin que se nos diga de dónde fue tomado el dato, vemos a Marx gastando la herencia paterna en la compra de armas para los obreros belgas. Pero es sabido que tal fue la acusación policíaca que dirigió el gobierno belga contra Marx poco antes de deportarlo, recién estallada la revolución de febrero en París.<sup>75</sup>

Resulta curioso ver coincidir las falaces conjeturas de una policía timorata y represiva, como la del reaccionario rey belga, con las ilusiones y esperanzas de la perspectiva obrerista. Pareciera que no hubiera otra opción para imaginar a un revolucionario mas que la que ofrece la policía.

Así que, cuando no es menos, es más lo que da de sí el personaje en cuestión —Marx o Engels, etc.—, debido a que no es él mismo quien ... sino una figura que *depende* de una esencia oculta divinizada: la idea que el autor se hace del proletariado; en efecto, es ella —la idea— y no directamente el proletariado, la que funciona como Dios y, más precisamente, como *deux ex machina* en un golpe de escena teatral.

Pero volvamos al panorama continental y clasista que nos

---

<sup>75</sup> David McLellan dice lo siguiente: “Las noticias de la revolución de París llegaron a Bruselas el 26 de febrero. Al principio, el gobierno belga actuó cautamente y el rey se ofreció incluso a abdicar. Pero, apenas se concentraron sus fuerzas, la política del gobierno se radicalizó. El 28 de febrero se disolvía una leve manifestación, *Wilhelm Wolff* era arrestado y se establecía una *lista de extranjeros a ser deportados*, con el nombre de *Marx a la cabeza*. La Asociación Democrática había solicitado ya que el gobierno *armara a los trabajadores*, y remitió una circular de congratulación al gobierno francés provisional. Dos semanas antes, Marx había *heredado 6,000 francos* de su madre (probablemente, el equivalente al total de sus ingresos durante los tres años previos) y *la policía sospechaba* (no había evidencia) que estaba usándolo para financiar el movimiento revolucionario. Llegaron incluso a solicitar de las autoridades de Tréveris que *interrogaran a la madre* de Marx, quien protestó pues la única razón para enviar dinero en aquel momento residía en que «su hijo hacía tiempo que se lo venía pidiendo para su familia y eso era un adelanto de su herencia». El 3 de marzo, Marx recibía una orden, firmada por el rey, de *abandonar Bélgica en veinticuatro horas*.” *Op. cit.*, pp. 219 y 220, cursivas mías.

ofrece Yáñez, ese sí muy ceñido a los escritos de Marx y Engels y por donde podremos captar nítidamente —si no, de momento, al proletariado, sí— a la burguesía alemana.

### 3. Geopolítica y vulgaridad bíblica y esencial de la burguesía

“Vulgar por carecer de originalidad y original en su vulgaridad, regateando con sus propios deseos, sin iniciativa, sin una vocación histórica mundial, un viejo maldito que está condenado a dirigir y a desviar en su propio interés senil los primeros impulsos juveniles de un pueblo robusto; sin ojos, sin dientes, una ruina completa: tal era la burguesía prusiana”. Tal es la descripción que ofrece Marx en “La burguesía y la contrarrevolución”, artículo centralísimo del período, donde, además, se afianza la *base sociológica y coyuntural*<sup>76</sup> para la caracterización de una vertiente del pensamiento burgués, no sólo alemán —por ejemplo, la “economía política vulgar”—, y otros tantos aspectos burgueses vulgares, aunque no siempre logren, como la burguesía alemana, ser “originales en su vulgaridad”.

La Biblia dice: “tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen”, así que sólo parlotean con soberbia “frases en lugar de ideas”. Así, por ejemplo, Proudhon es un socialista vulgar porque, a falta de una idea, inserta una “palabreja”.<sup>77</sup>

La caracterización de “vulgar” es esencial para comprender la dinámica no sólo estética<sup>78</sup> y teórica, sino también la cotidiana<sup>79</sup> de la sociedad burguesa, sobre todo en la actualidad y

<sup>76</sup> Pues la base histórica estructural la precisó Marx en 1843, en su “En torno a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel (Introducción)”, al describir la situación clasista de Alemania comparada con la de Francia y donde exalta al proletariado como la única clase radicalmente revolucionaria. Estas ideas en 1843 no se encuentran en “estado intuitivo”, como erróneamente dice Fernando Claudín (*op. cit.*, p. 34). Por su parte, las premisas teórico-estructurales de Marx son retomadas y reformuladas de Hegel, y ya las tenemos firmes en 1839, en la caracterización del desarrollo filosófico posterior a Hegel, en su “Del devenir mundo de la filosofía y del devenir filosofía del mundo”, trabajo preparatorio de Marx para su tesis doctoral.

<sup>77</sup> Karl Marx, *Miseria de la filosofía* (1847), edición citada.

<sup>78</sup> Cfr. Friedrich Schiller, “Ideas acerca de la aplicación de lo vulgar y de lo bajo en el Arte”, en *De la gracia y la dignidad*, Editorial Nova, Buenos Aires, 1962. pp. 189 a 196.

<sup>79</sup> Cfr. Karl Marx, “Formas que preceden a la producción capitalista”, en *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Siglo XXI Edi-

a propósito de las novísimas corrientes de pensamiento socioeconómico. Esta caracterización deriva fundamentalmente de la inserción de la burguesía en la totalidad de las condiciones históricas.

En efecto, la burguesía alemana explota la tempestad mundial en provecho propio. Así que aquí “lo vulgar” está derivando de la perspectiva de análisis mundial, clasista y geopolítico, así como de la particular actitud mezquina de la burguesía en ese contexto mundial general del que ésta deriva su originalidad vulgar. Es respecto de su misión histórica mundial que la burguesía es vulgar y que la burguesía alemana es original en su vulgaridad. La vulgaridad burguesa no deriva sólo de un rasgo aislado, coyuntural, ni es un calificativo movido por la rabia y meramente circunstancial, sino que es una dimensión constitutiva de esta clase social.

Esta entrada colateral de “lo vulgar” de la burguesía nos permite, pues, por un lado, subrayar la radicalidad de la percepción constante de Marx durante el curso de la revolución de 1848 (pues para él se trata de una revolución burguesa), es decir, un rasgo determinante para esclarecer la relación de Marx con la revolución, pero también, por otro lado, nos permite entrever que Marx y Engels actualizan una concepción y una sensibilidad *previamente consolidadas sobre el desarrollo capitalista europeo* y sobre el movimiento socialista, y no sólo una habilidad para actuar en medio de circunstancias cambiantes y de la que —según Claudín y Yáñez— serían tributarias otras tantas ilusiones y premoniciones cuyo tino estabilizaría a Marx, a Engels y a la *Gaceta Renana*, pero cuyo desatino convalidaría, de todas formas, su ferviente entrega y su obrerismo, etcétera. Recién ironizo para mejor reparar en lo siguiente:

*4. Revolución burguesa o revolución proletaria, pronto o luego: nudo documental*

Hacia el final de su escrito Aníbal Yáñez cree que Marx y Engels —según desprende nuestro autor de las “circulares” 1 y 2 del Comité Central a los afiliados de la “Liga de los Comunis-

---

tores, México; así como los *Manuscritos económico-filosóficos* de 1844, tercer manuscrito: “Necesidad, producción y división del trabajo” y “El dinero”.

tas”— creían que *muy pronto* estallaría la próxima revolución.

Ahora bien, puede decirse que *no tan pronto*, como se desprende de “La lucha de clases en Francia” y de “Las guerras campesinas en Alemania”, de Marx y de Engels, respectivamente, escritas poco antes de las referidas “circulares”, entre 1849 y 1850, o también según el balance prospectivo global que escribiera Marx en la “Nueva Gaceta Renana” —pero me refiero al ensayo publicado en la Revista de Política y Economía con el título de “Mayo a octubre de 1850”.<sup>80</sup> En todo caso, la referida cuestión cuantitativa temporal —“muy pronto”, “no tan pronto”, etc.—, más bien remite a un problema cualitativo y sobre la índole de la revolución de la que se habla.

En efecto, no tan pronto, o bien, la *revolución proletaria* no es lo que Marx y Engels “esperan pronto”. Profundizaremos la discusión a este respecto, pues la revolución de 1848 ha sido un terreno propicio para confundir la tipificación de la revolución: si burguesa, si proletaria, etc.

Aníbal Yáñez, muy acertadamente, sabe (al final de su ensayo) extraer de la crítica de Marx al partido demócrata de entonces una crítica cruzada a los partidos comunistas actuales como impostores respecto del proletariado y, por ello, más peligrosos. Por ejemplo, Yáñez recuerda el hecho —denunciado por Marx— de que Lasalle y el Partido Socialdemócrata Alemán desde poco antes del congreso de Gotha de 1874, trabajaban en la tarea objetiva de establecer la influencia predominante de la pequeña burguesía sobre la república alemana según un programa abierto desde 1850, pero por el partido de la pequeña burguesía, y bajo las altisonantes frases de “unidad general”, “sagrada concordia” y algunas otras “frases socialdemocráticas de rigor”, pero “ninguna de las reivindicaciones concretas del proletariado” (alocución de marzo de 1850).<sup>81</sup>

Sin embargo, Yáñez refiere lo anterior en ocasión de comentar los textos de las dos “circulares”, de las que, si bien indica fecha —marzo y junio de 1850, respectivamente—, no

---

<sup>80</sup> Cfr. mi comentario pormenorizado en “Crisis y desarrollo capitalistas actuales. ‘De Mayo a octubre de 1850’”, Reportes de investigación I, II y III, UAM-Iztapalapa, 1992.

<sup>81</sup> En K. Marx, F. Engels, M. Hess, *De la Liga de los Justos al Partido Comunista*, Ediciones Roca, México, 1973, p. 99.

indica lo siguiente:

a) que posiblemente la segunda circular no sea de Marx o Engels;<sup>82</sup>

b) ni el contexto en que son escritas, de suerte que parece que se insertan en los acontecimientos de la revolución de 1848 y algo así como en el curso de la actividad más virulenta de la *Nueva Gaceta Renana*, pero

c) con la fundación de ésta (1848), Marx procedió a disolver formalmente la Liga de los Comunistas —asociación de propaganda clandestina—, pues era ya posible hacer propaganda de manera pública y abierta;

d) mientras que las “circulares” se escriben en ocasión de reorganizar la disuelta Liga, luego del triunfo de la contrarrevolución y del cierre de la *Nueva Gaceta Renana* y el destierro de Marx primero a París y luego a Londres.

e) Escritas dichas circulares desde Londres, los afiliados en Alemania las aceptan —y, así, la reorganización de la Liga según la propone el Comité Central—<sup>83</sup> porque, precisamente, “no encontraron en ella [la primera] tendencias conspiratorias” (McLellan, *op. cit.*, p. 269) comprometedoras. Pero al sugerir que la circular referida a la “revolución permanente” tiene lugar en el curso de la revolución —más que en la resaca de la contrarrevolución—, y que es la revolución permanente lo que se está organizando o por lo que Marx propugna directamente en su actividad de la *Nueva Gaceta Renana* durante la revolución de 1848, Yáñez no hace mas que empalmar hechos distantes y deformarlos, así como distorsionar las perspectivas no sólo de los lectores sino de los intérpretes, pues distorsiona las que Marx tenía acerca de los acontecimientos y de su propia actividad. La idea de revolución permanente está bien consolidada, en todo caso, ya desde 1843 (F. Claudín, *op.cit.*);

f) Por cierto, “El lema que Marx propuso al final de la circular —revolución permanente— no implicaba que él creyese en una revolución proletaria inminente en Alemania, bien que la considerase probable en Francia” (McLellan, *op. cit.*, p.

---

<sup>82</sup> Cfr. David McLellan, *op. cit.*, p. 269 ss.

<sup>83</sup> Desde 1849 la Liga de los Comunistas había sido reconstituida por Moll y Schapper al margen de Marx, y luego, en discrepancia con él. (Cfr. McLellan, *op. cit.*, p. 266 y cap. 4, § 5).

268).<sup>84</sup>

Pero ahora que cito a McLellan no puedo menos que indicar que Marx se refiere más bien a un levantamiento proletario, más que a una “revolución” en forma, y que sería la señal del levantamiento fuera de Francia, por donde indicaba, a la vez y sobre todo, la *condición* sin la cual todo intento revolucionario alemán sería fallido, no tanto la esperanza personal de Marx.

Las implicaciones de lo recién dicho indican que la “revolución permanente” es más que una descripción empírica y una esperanza para condiciones coyunturales —y menos aún un mero calificativo entusiasta—. Se trata de una figura estructural o una condición estructural de la revolución proletaria en general, y sobre todo si su condición es la de generarse desde y en el curso de la revolución democrático-burguesa.

Ya discutiendo con McLellan, cabe reparar en que éste indica, después de referir la “creencia” de Marx en una revolución proletaria en Francia, que éste “confía ahora, mucho más de lo que después confiaría, en la probabilidad de una crisis económica”. McLellan no alcanza sino a dibujar un Marx sucesivamente más o menos confiado, ora en revoluciones y crisis, ora en signos del hado; y es que el empirismo inglés de McLellan, más o menos eficaz en las ciencias naturales, resulta poco menos que en figuraciones mágicas cuando es aplicado al derrotero social... y, ¡ay!, es tan generalizado este bosquejo sincopado de Marx.

Nos deslizamos ya de lleno en nuestro tema, así que cabe anunciarlo abandonando este preámbulo pues ya hay suficientes temas abiertos y varias apariencias cuestionadas. Para ello, lo primero es situar la cuestión en la económica, social y políticamente atrasada Alemania, pues fueron allí los acontecimientos y fue allí donde Marx y Engels insertaron su actividad y sólo por esta mediación en el resto de Europa.

## *II. Condiciones nacionales y mundiales de la Revolución y la táctica de Marx*

### *5. Colonia: el oasis proletario y el absolutismo aburguesado*

---

<sup>84</sup> Cfr. K. Marx, F. Engels, M. Hess, *op. cit.*

Es de sobra sabido que en Alemania recién arrancaba el desarrollo industrial, concentrado en algunas ciudades pero rodeado de formas de producción artesanales y campesinas enclaustradas o subtendidas por relaciones feudales y semif feudales que todavía tenían la suficiente eficacia como para disgregar al gobierno general en condados, ducados y principados, y que, en fin, ocasionaban la fragmentación territorial que recién la burguesía buscaba subvertir. La unificación *nacional* era, por tanto, la tendencia general del movimiento histórico, misma que Prusia trataba de hegemonizar y cuyas contradicciones cuajaron en 1848. Cabe aquí sólo aludir a estos tópicos, pero, a la vez, referir ciertos rasgos singulares de la situación que fueron otras tantas condiciones y, sobre todo, obstáculos con los que se enfrentó el movimiento revolucionario democrático y proletario.

Cuando Marx llegó a Colonia —donde desplegaría su actividad la Nueva Gaceta Renana—, el 10 de abril de 1848 encontró un oasis obrero y revolucionario. “Un grupo de la Liga de los Comunistas... se reunía dos veces por semana para cantar, discutir y hacer propaganda” (*ibíd.*, p. 225), pues las leyes renanas eran más liberales que en otros sitios. También fue “la primera ciudad en testimoniar la acción de masas a cargo de los obreros” (3 de marzo). Y es que “era la tercera ciudad más grande de Prusia, con cerca de 100,000 habitantes y estaba situada en la región más industrializada de Alemania” (*ibíd.*). No obstante, “es importante, por supuesto, recordar que los obreros de fábrica constituían todavía una reducida proporción de la población trabajadora [incluso] de Colonia: era muy superior el número de artesanos y comerciantes” (*ibíd.*, p. 226).

En efecto, la vida política efectiva corría por otros cauces que los obreros. Marx describe brillantemente el “intercambio mercantil” de poder entre las clases dominantes: “La corona está dispuesta a sacrificar la aristocracia a la burguesía, y la burguesía está dispuesta a sacrificar el pueblo a la Corona. Bajo estas circunstancias, la monarquía se hace burguesa y la burguesía monárquica”, dice Marx en “La burguesía y la contrarrevolución”, así que el signo de los tiempos no podía ser sino el del título de este artículo de Marx, particularmente cuando la revolución mostró su momento de inflexión. (Cfr. la cronología del primer capítulo de este libro).

### 5.1. *La alquimia del precursor del bonapartismo*

El referido intercambio de “valores de cambio” remite a un *valor*, denominador común que lo posibilita, un tercer término que, a la vez, media la permuta y —por tanto— es el dominador oculto, el Dios oculto. En efecto, la permuta de los tiempos históricos y, por ello, del diverso dominio clasista, estaba siendo operado en el crisol del *capital*, en torno de cuyos intereses ambas clases dominantes coincidían y se enfrentaban relativamente.

Sobre la base del capital perviven formas previas de dominio que no podían sino redundar, finalmente, en apuntalarlo; así que la forma general del Estado debía ocurrir al modo del referido *intercambio absolutista*,<sup>85</sup> cuyos rasgos lo acercan al posterior bonapartismo (y en Alemania bismarkismo), pero con la ventaja sobre éste de que —en el curso de la revolución de 1848— la venta es del “Pueblo” y no directamente del poder político de la burguesía; es decir, venta de la revolución a favor de la burguesía contrarrevolucionaria: subordinación del movimiento a los requerimientos del capital hegemónico y sus formas institucionales de funcionamiento.

### 5.2. *La táctica de Marx frente a la alquimia del capital*

En efecto, la contrarrevolución actualiza las condiciones estructurales observadas de antemano por Marx —entre otros— pues, como dice McLellan:

Había dos razones principales para ese carácter necesariamente limitado de la revolución de 1848. En primer lugar, Prusia, la llave de Alemania, poseía aún una estructura social mucho más afín a la de la Europa del este y Rusia que a la de los estados occidentales. La *aristocracia terrateniente* —los Junkers— aún disponía del poder decisorio basado ampliamente en *siervos no emancipados*. La segunda razón residía en la naturaleza de la *oposición al gobierno*: una vez se hubo prometido una asamblea de toda Ale-

---

<sup>85</sup> En su monumental reconstrucción histórica, Perry Anderson (*El Estado absolutista*, Siglo XXI Editores, México, 1982) critica la idea de Marx sobre el absolutismo europeo, a mi modo de ver sin tino, pues nunca llega a entender esta idea de Marx acerca del intercambio político entre las clases pero necesariamente basado en un tercer término: el capital. Perry Anderson confunde la relación capitalismo con la personificación de la misma, al burgués con el capital.

mania (no se reunió hasta mediados de mayo), la oposición gastó su tiempo en preparar las elecciones, exhibir sus programas y acariciar sus esperanzas. Esta *oposición era extremadamente diversa*, y muy poco tenían en común los diferentes programas de los diversos grupos liberales, radicales y socialistas que existían. Tampoco las organizaciones obreras llegaron a ejercer mucho impacto: aunque legalizadas ahora y difundándose muy rápidamente, estaban interesadas básicamente en mejorar salarios y condiciones de trabajo (McLellan, *op. cit.*, p. 230, cursivas mías).

Por donde resulta falaz la afirmación de McLellan de que “La burguesía y la contrarrevolución” marcó “una revisión sustancial de... [la] anterior posición” de Marx, a quien, según esta idea, encontraríamos primero volcado hacia el desarrollo de la alianza con las fuerzas democráticas, burguesía incluida, y luego casi sólo hacia el desarrollo de la clase obrera.<sup>86</sup> Este movimiento táctico responde, más bien, a una concepción unitaria desde la que son observados dos diversos momentos reales de desarrollo. Así, en el segundo momento, el de la contrarrevolución.

Según Marx, dado que la burguesía se había mostrado incapaz de hacer su propia revolución, la clase obrera tendría que confiar exclusivamente en sus propias fuerzas.

La historia de la burguesía prusiana —escribió— y la de la burguesía alemana de marzo a diciembre demuestra que en Alemania una revolución puramente burguesa y la instauración de la dominación burguesa bajo la forma de una monarquía constitucional es imposible, y que la única posibilidad es o una contrarrevolución *feudal absolutista* o una revolución social-republicana. (K. Marx, “La burguesía y la contrarrevolución”, *MEW*, VI, p. 124, citado por McLellan, *op. cit.*, p. 245, cursivas mías).

Cuanto más en favor del proletariado trató Marx de llevar adelante todo lo posible aquella revolución burguesa —la entonces viable— fomentando la alianza democrática, y sólo una vez figurada la faz de la contrarrevolución y, por tanto, la pérdida de fuerza en las huestes democrático-burguesas y pequeño-burguesas, era necesario consolidar el poder del proletariado, mismo que ya no avanzaría ni un paso aliado a los demócratas.

---

<sup>86</sup> Cfr. más abajo mi crítica a Karl Korsch al respecto, en el capítulo final de este libro.

Tal fue el motivo inmediato de la dialéctica actuación de Marx. Abajo veremos su motivos más mediados.

*6. Cadena mundial de dominio,  
Estado burocrático y retirada proletaria*

Tanto más urgente era fortificar al proletariado por cuanto los capitalistas alemanes estaban aterrados no tanto por lo que era el proletariado alemán —bastante insignificante— sino por lo que amenazaba ser y, a la vez, por lo que el proletariado francés ya era y hacía. Aníbal Yáñez lo refiere bien, tal fue el caso de la revolución desde febrero —inicio revolucionario en Francia— a julio. Por aquí fue que en el atrasado terreno alemán se hizo presente *la cadena mundial de dominio del capital y su personificación* —como recién vimos— transfigurada en monarquía.

La expresión técnica del hecho total fue que por vez primera se usó la *ametralladora* en Francia (julio) contra los obreros. La producción en serie de la guerra: muerte en serie. Así que después de septiembre la retirada del proletariado era obligada en la contrarrevolucionaria Alemania, cuando la burguesía se hallaba armada y el pueblo desarmado, de suerte que el Estado se consolidaba configurándose en el curso de los acontecimientos como *militar burocrático y monárquico al servicio del capital*.

*6.1. El juego capitalista del poder económico  
y político y la intervención de Marx*

Se hizo entonces evidente que sólo existió una amenaza indirecta al poder socioeconómico de la burguesía, que sólo su poder político pudo ser atacado directamente y que fue a este respecto que Marx jugó su intervención. El cambio de la coyuntura económica y política<sup>87</sup> reveló con franqueza el hecho clave: el poderoso capital se había vuelto más poderoso mediante la revolución social, pero para ello debía pasar por una crisis general de crecimiento y pagar tributo a la sociedad, condicionando el que fuera posible cierta cuota de democratización de las instituciones. Allí jugó sus cartas Marx. Y una

---

<sup>87</sup> Cfr. el trabajo de Aníbal Yáñez hacia la mitad de su argumento.

vez que observó levantarse el torso escamoso del capital, recién consolidado en medio del fango, Marx retrocedió a la posición defensiva inicial del proletariado y en vista de fortalecerla.

Después de observado el agotamiento de las fuentes de la acción proletaria y de Marx en Alemania, iniciemos la exploración de los motivos más mediados de esta acción. Pues no sólo era Alemania la atrasada sino, relativamente, toda Europa, y era allí donde el proletariado forjaba su cuerpo al trabajar *para* el capital.

### 7. *Internacionalismo democrático-proletario de Marx*

En septiembre de 1848 se volvió evidente la conexión entre revolución social y guerra internacional —análogamente como hacia 1917 ocurriera en Rusia— con la determinación adicional de que varias nacionalidades centro-europeas —además de Alemania— buscaban unificarse e independizarse; así que las determinaciones clasistas se cruzaron con las nacionales, desarrollándose incluso a nivel de la confrontación entre naciones. El posible triunfo de la revolución alemana dependía, entonces, de una alianza con *Polonia* para apuntalar el desarrollo democrático centro-europeo consolidando el triunfo independentista italiano, todo frente a las potencias contrarrevolucionarias: Rusia, Austria y Prusia. Una situación análoga referirá posteriormente Marx (1881), en la contestación a Vera Zasúlich acerca de la posible revolución rusa.

Sin embargo, esta combinación entrevista por Marx no cuajará para subvertir la contrarrevolución. Pero muestra a las claras la perspectiva global proletaria y, para ello, necesariamente internacionalista democrática por la que Marx interviene en Alemania, no obstante —o precisamente por— caracterizar la revolución según una nítida limitación burguesa, la cual, a lo más, permitirá modificar las estructuras autocráticas prevalecientes.

Marx describe del siguiente modo los *objetivos* a alcanzar, las *señales* del camino revolucionario a reconocer y los *condicionamientos* de la acción libertaria en Europa, según fueron determinantes de su propia actuación y tanto en general como para la recién abierta coyuntura:

la *liberación de Europa...* depende del levantamiento con éxito de

la *clase obrera francesa*. Pues toda sacudida social francesa necesariamente repercute sobre la burguesía inglesa, sobre la dominación mundial industrial y comercial de Gran Bretaña. *Toda reforma social parcial en Francia* y en el continente europeo en general es y continúa siendo, en la medida en que pretenda ser definitiva, una esperanza piadosamente vacía. Y la vieja Inglaterra sólo será derrocada por una *guerra mundial*, que es lo único que proporcionaría a los cartistas, el partido organizado de los obreros ingleses, las condiciones para un levantamiento eficaz contra *sus gigantescos opresores*. Los cartistas a la cabeza del gobierno inglés: sólo ahora la idea de una revolución social deja de ser una utopía para convertirse en una realidad. *Pero* toda guerra europea que implique a Inglaterra es una *guerra mundial*. Y una guerra europea será el primer resultado de una revolución triunfante de los obreros en Francia. Como en tiempos de Napoleón, Inglaterra estará a la cabeza de los ejércitos contrarrevolucionarios, pero se verá precipitada al frente del movimiento revolucionario por la guerra misma y, así, redimirá su culpa contra la revolución del siglo XV. El levantamiento revolucionario de la clase obrera francesa, la guerra mundial, tal es el programa para el año 1849 (K. Marx, “El movimiento revolucionario”, *MEW*, VI, pp. 149 ss, citado por McLellan, *op. cit.*, p. 245, cursivas mías).

### 7.1. Relaciones internacionales y nacionales: condiciones de lucha y táctica

Las contradictorias condiciones internacionales —campo y motivo de la acción revolucionaria— no podían menos de corresponderse con el contradictorio atraso en el interior. Por ello, resulta aleccionadora la descripción de Engels en su “Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas”,<sup>88</sup> a propósito de las condiciones de comunicación y agitación revolucionaria. Vemos una serie de militantes dispersos. En cada provincia o ciudad las necesidades e intereses de la lucha eran completamente distintos dado el desigual desarrollo económico, social y político de la fragmentada Alemania. De tal suerte, la Liga se veía imposibilitada para cohesionar realmente las acciones. Por ello sólo era viable la *conexión externa y formal* que procuraba la *prensa*, pero también, por lo mismo, con toda naturalidad podía pasarse de la organización secreta de

---

<sup>88</sup> K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas en 3 tomos*, Editorial Progreso, Moscú, 1980, t. II, pp. 184-203.

propaganda a la forma pública que ofrecía la *Nueva Gaceta Renana*, y, con ello, de las posiciones proletarias a las democráticas, así como, una vez desbarrancada la revolución, a las más específicamente proletarias, pero buscando tupir los lazos de la organización.

El recién nacido centralismo democrático respondía a la dispersión, atraso y desigualdad en las condiciones de lucha, tanto como a la necesidad de especificación de la corriente proletaria para sí misma y en defensa frente a la contrarrevolución. A ello debió añadirse la necesidad de armar al proletariado y el desarrollo de un doble poder —ora frente a la autocracia, ora frente a la burguesía— cambiando su composición y miras según la coyuntura de alianzas, etc.

### *7.2 Democracia y lucha del pueblo contra el absolutismo*

Ciertamente, en un inicio, en el momento de arranque y auge revolucionario, la relación política entre el proletariado y los demócratas era —como certeramente lo hizo valer Marx— la *precondición* para la lucha en tanto había surgido como *necesidad* del movimiento. Sólo así se lograba avivar/construir la *lucha de todo el pueblo*.

Y debía tratarse —y sólo de ello podía tratarse—, precisamente, de una lucha democrática y no específicamente proletaria contra el absolutismo. Ojo: no directamente contra la burguesía y, por ello, no una lucha específicamente proletaria apuntalada en alianzas para este fin, sino que las alianzas debían apuntalar la lucha general del pueblo contra el absolutismo.

### *7.3. Desarrollo popular y proletario no sólo vanguardista*

Por lo mismo, se trataba de un desarrollo de la asociación obrera, y no sólo de su vanguardia, tanto en el momento de auge revolucionario y de lucha democrática como en el momento de contrarrevolución y lucha específicamente proletaria; tanto a la hora de las alianzas abiertas como a la de restricción a las propias fuerzas.

La táctica de Marx era: “pueblo contra absolutismo”, pero en vista del desarrollo proletario en condiciones de atraso, cuyo exponente es este mismo “pueblo” y, sobre todo, este mismo “absolutismo”. De ahí el necesario desarrollo de una lucha de

tipo más bien *nacional* que clasista, y, a la par, de un programa *agrario* que de suyo hacía referencia a las condiciones semiindustriales del país y a la necesaria alianza con el campesinado.

#### 7.4. *La revolución permanente proletaria y el partido*

En tales condiciones, la revolución proletaria, revolución permanente, se especificaba en peldaños y fases según avanzaba la hegemonía de los intereses de ésta o aquella clase o su radicalización y rebasamiento, pero de suerte que —como nítidamente se revela en los textos de Marx— se trataba —dadas las condiciones socioeconómicas— de la revolución permanente de la clase obrera, no sólo de “su” partido.

Insisto en lo anterior por cuanto Aníbal Yáñez, en los argumentos finales de su ensayo, olvida el cuarto punto especificante de la revolución permanente, aquel que versa sobre el *necesario* desarrollo de la asociación obrera en el curso de la lucha y para mejor darla. Pero, evidentemente, tal desarrollo no es idéntico con el del mero “partido” en la acepción actual de esta palabra.

Las condiciones de atraso obligan a redoblar los esfuerzos por consolidar una organización proletaria independiente. Pero ojo: organización independiente del partido. Se trata, ciertamente, de que avance la tendencia de la clase obrera, pero, precisamente, como independiente respecto de la burguesía y sus formas ideológicas y de hacer política y organizase. Proletariado independiente respecto de la burguesía, no organización independiente respecto de la clase obrera. Se trata, efectivamente, de la organización de la clase en cuanto clase independiente, no como “partido” independiente respecto de la clase. Organización de la *clase en tanto clase* y para ello *sirviéndose* de las diversas organizaciones existentes, chicas o grandes, y en nacimiento constante. La clase obrera en tanto partido.

Arribamos al problema central de nuestro tema. La cuestión de la relación de Marx y Engels con la revolución de 1848 sólo puede encontrar respuesta redonda —hasta aquí sólo preliminar— al especificar la relación entre ellos y la organización obrera, y entre ésta y la clase obrera, frente al resto de clases. Como éste es el problema de fondo, se han ofrecido

múltiples dificultades para resolverlo. Diferentes posturas partidistas generan otras tantas y aún más diversificadas perspectivas analíticas y cada autor lee los hechos en clave diversamente recortada. Ya el problema organizativo causó las primeras incomprensiones respecto de la actuación de Marx en el calor mismo de los hechos, no sólo hoy que un anarquista o un leninista, que un socialdemócrata o un izquierdista, que un maoísta o un weberiano, proyectan sus ópticas sobre el material y las creen ver emanar, luego, del mismo. Es cosa de revisar algunos hitos importantes de la revolución.

*III. Hitos de la revolución y forma  
de organización: el problema central*

8. En vista de marchar hacia Alemania, pero en oposición a los intentos de Borestedt y Herwegh, el poeta, de organizar una guerra revolucionaria desde el exterior —siguiendo la tradición de la revolución francesa de 1789—,

Marx y sus amigos organizaron una *reunión* basada en las cuatro secciones parisienses de la Liga de los Comunistas y fundaron un Club de Obreros Alemanes (bajo la presidencia primero de Heinrich Bauer y luego de Moses Hess) que hacia fines de marzo contaba con 400 miembros, principalmente [ojo: ] *sastres y zapateros*.

[...]

Llevaban consigo *dos documentos de propaganda*: uno, el *Manifiesto del Partido Comunista* cuyos primeros 1000 ejemplares acababan de llegar de Londres; el otro, un folleto con los diecisiete puntos elaborados por Marx y Engels a mediados de marzo y titulado *Las peticiones del partido comunista en Alemania*. *El propio Marx pagó la impresión del folleto* que era un intento de adoptar las propuestas del *Manifiesto del Partido Comunista* de Alemania. *Sólo cuatro de los diez puntos del manifiesto quedaban incluidos... Las peticiones eran un plan de acción para una revolución burguesa (y no socialista)*; fueron formuladas para apelar a la pequeña burguesía y a los campesinos a la par que a los trabajadores, y eran muy similares a los programas propuestos por los republicanos radicales (*ibíd.*, pp. 223-225, cursivas mías).

Es evidente el carácter burgués de la revolución y el cuerpo artesanal que asumía las perspectivas a la vez proletarias y democráticas, así como, finalmente, cómo todo ello se enderezaba al servicio del proletariado o desde su perspectiva en condiciones cuya dualidad ya se expresaba en los dos docu-

mentos de propaganda con los que partió el destacamento comunista recién organizado. Por ello Marx habrá de criticar — recién llegado a Colonia— el aislamiento de la organización obrera respecto del movimiento democrático.

### *8.1. Gottschalk versus el zigzagueante Marx*

Aquí hay que echar de menos en el texto de Aníbal Yáñez el tratamiento detenido —como lo merece el caso— de la confrontación entre el obrerista Gottschalk, dirigente de las organizaciones obreras de Colonia, y Marx.

En primer lugar, porque la perspectiva de Gottschalk es muy alejada del leninismo y tilda a Marx de —entre otras cosas— tibio y oportunista, así que de ningún modo está de acuerdo en hacer notar, como Aníbal Yáñez, la radicalidad y rectitud de la táctica de Marx; en segundo lugar, porque representa a uno de los más influyentes dirigentes obreros del momento, y, en tercer lugar, porque sólo en los contrastes se hace posible ir comprendiendo la compleja postura de Marx.

Cuanto más zigzagueante, más principista y recta; cuanto más aparencialmente calificable de moderada, más radicalmente proletaria; cuanto más centralista y subrayante de la organización, más consecuente con la dispersión y desigualdad del desarrollo, a la vez que más francamente clasista, mejor que “partidista”, y, en fin, cuanto más ambigua, más trascendente o irreductible a las condiciones dadas, menos oportunista y más rica en su dinámica y principios. Por ello es que no casualmente permite variada interpretación y múltiple equívoco, amén de malversación. No es una posición fácil, pero por ello mismo obliga a redoblar el esfuerzo por comprenderla en sus contrastes, no mejor ocultárnoslos dejándola más o menos a la medida de nuestra perspectiva tanto si es para criticar a Marx como si es para ensalzarlo.

Me permito citar de McLellan la invectiva final que Gottschalk lanza contra Marx al ver que éste, después de la contrarrevolución y poco después de asumir posiciones preponderantemente —y casi únicamente— proletarias, y abandonando las genéricamente democráticas previas y sus alianzas incluidas, de todos modos insiste en desarrollar la revolución, ésa que sólo puede ser burguesa:

Gottschalk se apresuró a atacar esta posición modificada [que,

entre la alternativa tajante previa: o “revolución social republicana” o “reacción feudal”, entreveía una posible alianza con la burguesía] en una carta abierta sin firmar dirigida “Al señor Marx”, típica de muchos ataques contra Marx procedentes de la izquierda durante (y después de) la revolución de 1848: “¿Por qué *deberíamos hacer una revolución?* ¿Por qué deberíamos nosotros, hombres del proletariado, derramar nuestra sangre? ¿Deberíamos en realidad, señor predicador, como usted nos predica, escapar del infierno de la Edad Media *precipitándonos voluntariamente en el purgatorio de la decrepita dominación capitalista* a fin de llegar al sombrío paraíso de su credo comunista?... *Usted no es serio cuando habla de la liberación del oprimido.* Para usted la miseria del obrero, el hambre del pobre sólo tiene *interés científico y doctrinario.* Usted se eleva por encima de tales miserias para meramente resplandecer por sobre los partidos como *un fetiche ilustrado.* Usted no se siente afectado por lo que estimula el corazón de los hombres. *Usted no cree en la causa que pretende representar.* Sí, aunque día a día pide la revolución según la pauta de los hechos cumplidos, aunque disponga de un *credo comunista*, usted no cree en la *rebelión del pueblo obrero* cuyas desbordantes riadas comienzan ya a preparar la caída del capitalismo; usted no cree en la *permanencia de la revolución*, no cree siquiera en la *innata capacidad para la revolución*... Y ahora que nosotros, el partido revolucionario, hemos advertido que no podemos esperar nada de ninguna clase salvo la nuestra y que *nuestra única tarea es hacer la revolución permanente, ahora usted nos recomienda a gente que sabemos son enfermizas e inútiles*” (*ibíd.*, pp. 250-251, cursivas mías).<sup>89</sup>

El “usted no es serio” alude a la zigzagueante actuación de Marx, incomprensible para las flacas miras de no obstante bien intencionados revolucionarios. Se le echa en cara no creer en el proletariado, pues fácilmente abraza la causa pequeño-burguesa democrática. Y si se trata de la revolución permanente, parece imposible o inconsecuente la recomendación de entregarse a la “enfermiza e inútil” burguesía alemana. Porque, ciertamente, Gottschalk contestaba a un artículo de Marx de la *Nueva Gaceta Renana* en el que se defendía la táctica de apoyo a la burguesía mediante el voto en las próximas elecciones:

---

<sup>89</sup> La postura de Karl Korsch respecto de la “posición de Marx en la revolución de 1848” es análoga a la de Gottschalk, con los añadidos eruditos que en 1949 podrían hacerse. Cfr. capítulo final de este libro.

Somos ciertamente los últimos en desear el dominio de la burguesía... Mas nuestra apelación a los *obreros* y a la *pequeña burguesía* es: preferible es que sufráis en la moderna sociedad burguesa, cuya *industria* crea las condiciones materiales de una nueva sociedad que os liberará a todos, que volver a una forma anticuada de sociedad que, bajo la pretensión de salvar vuestras clases, precipita a la *nación entera en la barbarie medieval* (*ibíd.*, p. 250, cursivas mías).

Gottschalk identifica el “interés científico y doctrinario de Marx” y su promoverse a “fetiche ilustrado” con su propia creencia de que Marx fetichiza las fuerzas productivas y la “industria”, y que es sobre ellas —como argumento— que se eleva sobre las contradicciones y pasa a hacer valer a la “nación entera” frente a la clase obrera y a la pequeño-burguesa específicas. Pero, según hemos visto, esas fuerzas productivas y esa “industria” hacen referencia a unos hechos muy concretos cuajados de contradicciones económicas, sociales y políticas; a una situación geopolítica general que determina posicionalmente a Alemania en tanto fuerza productiva nacional global; a la medida del desarrollo capitalista de Alemania, y a la determinación material de las posibilidades del proletariado, esto es, de cada proletario de carne y hueso también. Es decir, la totalidad de las relaciones vistas desde la perspectiva de su dinámica revolucionaria y del sujeto social que tiene que servirse de ellas: eso significa aquí “fuerzas productivas”.

Por eso es equívoca la afirmación de McLellan de que “Marx consideraba los radicales planes de acción de la Liga de los Comunistas y los diecisiete puntos de *Las peticiones obstáculos para la línea más moderada* que iba a seguir la *Nueva Gaceta Renana*” y que por ello disolvió la Liga. Y es equívoca porque no se trata de más o de menos, ni de colorear o jalar voluntariosamente, sino de lo que debe y puede hacerse en el sentido de desarrollar a la clase proletaria en condiciones dadas.

El subtítulo de la *Nueva Gaceta Renana* era “Órgano de la democracia” y apoyaba un “frente unido” de todas las fuerzas democráticas. Signo de ello fue el apoyo de Marx a la Sociedad Democrática de Colonia pese al hecho de que su periódico condenara el levantamiento de junio del proletariado de París. Siguiendo los principios del *Manifiesto del Partido Comunista*, Marx consideraba que la principal tarea de los obreros era ayudar a que la revolución burguesa lograra sus objetivos apoyando el ala radical de

la burguesía. La *Nueva Gaceta Renana* no predicaba una república socialista ni exclusivamente obrera. *El programa era el sufragio universal*, las elecciones directas, la abolición de todos los vínculos y cargas feudales, el establecimiento de un sistema de banca estatal, y la admisión de la responsabilidad estatal en el paro. El capitalismo (incluso el capitalismo de Estado), la propiedad privada y el antagonismo de clases todavía existirían e incluso se expandirían. La esencia del programa era la emancipación de la burguesía con algunas concesiones a obreros y campesinos... Marx declaró en este contexto que “el proletariado no posee el derecho de aislarse; por duro que pueda parecer, debe rechazar todo lo que pueda *separarle de sus aliados*”. Este programa fue tan cuidadosamente ejecutado en la *Nueva Gaceta Renana* que, con una sola excepción e independientemente de la declaración ya mentada de Engels, ni Marx ni Engels publicaron nada durante 1848 que tratara de la situación o intereses de la clase obrera como tal... La única excepción fue el desapasionado artículo de Marx sobre los “días de junio” de París (*ibíd.*, p. 233, cursivas mías).

“El segundo punto de programa de la *Nueva Gaceta Renana* era el de la guerra revolucionaria contra Rusia”, y se nos aclara su motivo si vemos, con Engels (“El debate de Frankfurt sobre Polonia”), que: “la división que las tres potencias han establecido en Polonia es el lazo que las une; su común saqueo ha creado su común solidaridad... la creación de una Polonia democrática es la primera condición para la creación de una Alemania democrática” (*Ibíd.*, p. 234).

### *8.2. La forma organizativa hipostasiada por sobre el contenido histórico*

Democracia y guerra contra Rusia fueron los dos faros de la acción política de Marx durante la revolución *burguesa* de 1848.

En septiembre las barricadas y la asamblea de Frankfurt fueron reprimidas. El movimiento democrático de Colonia vio desmanteladas las pocas barricadas recién erigidas e impuesta la ley marcial; la *Nueva Gaceta Renana* fue suprimida. Represión —en Viena a la asamblea de Prusia— y desde junio en Praga.

Estos acontecimientos *marcaron el fin de toda perspectiva revolucionaria en Alemania*. En respuesta a la nueva situación hubo un cambio tajante en el contenido y planes de publicación de la *Nue-*

va *Gaceta Renana*: se concedió mucho menos espacio a las cuestiones puramente políticas y más a los problemas de interés directo para la clase obrera; la noción de *lucha de clases* apareció mucho más y el tono se hizo en su totalidad mucho más radical. Dada la ausencia de tantos miembros de la dirección del periódico, Marx escribió la mayoría de los artículos. Parece haber creído, por un momento al menos, en el posible éxito de una *insurrección armada*. El 10 de noviembre, el periódico publicaba una petición, insertada independientemente del comité de dirección, de *armas y voluntarios* para Viena. El 6 de noviembre, el propio Marx anunciaba la caída de Viena en un sombrío mitin a la Asociación de Obreros, echando las culpas de la victoria de Windischgratz a “las múltiples traiciones de la burguesía vienesa” (*ibíd.*, p. 241).

Reapareció el periódico, “pero los días de la *Nueva Gaceta Renana* estaban evidentemente contados”. Un mes antes de finalizar, Marx dio el paso más dramático de su año en Colonia: rompió los vínculos con los demócratas que con tal fuerza había intentado fomentar hasta entonces. El 15 de abril, la *Nueva Gaceta Renana* publicaba el breve anuncio, firmado por Marx, Schapper, Anneke, Becker y Wolff:

Consideramos que la actual organización de las Asociaciones democráticas contiene *excesivos elementos heterogéneos* para permitir una actividad provechosa a los objetivos de la causa. Somos más bien de la opinión de que una conexión más íntima entre las asociaciones obreras es preferible en la medida en que su composición sea homogénea; por consiguiente, desde hoy, dimitimos del comité renano de las Asociaciones Democráticas (*ibíd.*, p. 253, cursivas mías).

Efectivamente, el periódico se radicalizó subrayando la situación de los jornaleros y de los obreros en general:

El contenido de la *Nueva Gaceta Renana* había ido deslizándose hacia este “giro hacia la izquierda” desde hacía algún tiempo: en marzo, Wolff había iniciado una serie de artículos *sobre la miseria del campesinado de Silesia* y el 5 de abril Marx empezó a publicar las charlas que dos años antes había pronunciado ante la Asociación de Obreros Alemanes en Bruselas sobre “Trabajo asalariado y capital” (*ibíd.*, p. 254, cursivas mías).

Pero no sólo, sino que la revista insiste francamente en la

preparación del movimiento a largo plazo,<sup>90</sup> así que intenta profundizar la conciencia revolucionaria y, por ello, de la realidad burguesa como totalidad y no sólo en su dispersión coyuntural.

Por lo anterior se ve que es sumamente reduccionista plantear que la principal enseñanza de la revolución, para Marx, fue la necesidad de un partido político centralizado que dirigiera al movimiento obrero en el curso de la ambigua lucha según que —supuestamente— la espontaneidad lo derrotó. De esta manera se obvian las condiciones históricas precisas y sólo se exalta un rasgo resultante de las mismas como causa de derrota. Luego, por ello, sólo se decide el observador por la *forma* del asunto —particularmente, la forma de la organización— como presunta solución a un contenido histórico problemático visto recortadamente y al que se le atribuyen posibilidades que en verdad no tuvo. Cuanto más fácil es, entonces, en tercer lugar, buscar la extrapolación de la “solución” como receta, pues no se mira el contenido histórico preciso en el que es jugada. Aníbal Yáñez elige, contra el contenido histórico, la mera forma partido, contra el problema y sin observarlo, pasa de prisa a lo que entiende ser la solución universal.

No es que no encontremos enseñanzas generalizables en la actuación de Marx durante la revolución de 1848. Todo lo contrario, pero son mucho más ricas que la reducción formalista que se nos entrega. Estas enseñanzas pasan por lo que Lenin bien subrayó como necesidad del análisis concreto de la situación concreta, mismo que se despliega según principios y no empiristamente sino dialectizándose según el contenido histórico real. Así que no se trata de soslayar la necesidad de un centro organizativo, algo que es innegable, pero tampoco se puede reducir su figura al modo de lo que después sería el partido centralista democrático, y menos aún en sus versiones politicistas y dictatoriales, queriendo hacer pasar tal figura como la que Marx propugnaba en 1848. Tal parece que todo se redujera a “figuras”, soluciones formales, “fórmulas” aplicables, y nada enraizara en la dinámica histórica concreta, sobre

---

<sup>90</sup> En la rehecha Asociación Obrera (diciembre) Marx y Engels —sin ocupar ningún puesto oficial— “se ofrecieron a dar a los miembros conferencias nocturnas sobre cuestiones sociales.” *Ibíd*, p. 250.

todo las soluciones a los cambiantes problemas de esta dinámica.

### 8.3 *Confusión constante sobre la revolución (¿socialista?) de 1848*

Aníbal Yáñez no ha visto otras dimensiones de la revolución del 48 sino las que necesitaba para convalidar su perspectiva; ni es sensible al necesario despliegue de las libertades cuando aún las hay, sobre todo como conducta y relación interior de la organización proletaria; ni subraya suficientemente la situación semifeudal de los acontecimientos, así como el peso de las determinaciones geopolíticas (Francia, Rusia, Prusia, Polonia, Inglaterra, etc.) que, sin embargo, describe. En fin, Yáñez no ve que la meta inmediata para Marx apenas era la revolución democrático-burguesa y que, por tanto, para ese objetivo histórico era adecuado aquel medio no específicamente proletario que sitúa las alianzas con las otras clases en aras de la democracia o tupe el centralismo de la propia organización obrera a la hora del reflujo contrarrevolucionario, etc. Sin embargo, Aníbal Yáñez *crea* que ese medio —y, por cierto, sólo en cuanto forma organizativa y descripción de la revolución como permanente, etc.— es el específicamente proletario. Pero es que a la vez *crea* que la revolución de 1848 fue una revolución proletaria, aunque sabe que no, que fue “espontánea”, así que quiere reeditarla pero adjuntándole la “solución”.<sup>91</sup> He aquí la

---

<sup>91</sup> No carece de interés el modo en que Eric Hobsbawm (*op. cit.*, p. 35) intenta zafarse de este escollo: “En primer lugar —dice— fue una república democrática, en segundo lugar, la transición desde una burguesía incompleta a una revolución popular proletaria y, por último, una dictadura proletaria o, *en palabras que posiblemente tomara Marx de Blanqui* y que reflejan la intimidad temporal de los dos grandes revolucionarios en el transcurso de los efectos inmediatos de 1848, *«la revolución permanente»*. Pero, al revés de Lenin en 1917, a Marx no se le ocurrió sustituir la revolución burguesa por la revolución proletaria *hasta después de la derrota de 1848*, y, aún cuando entonces formuló una perspectiva comparable a la de Lenin (*comprendió «el respaldo a la revolución con una nueva edición de la guerra de los campesinos», según dijo Engels*), no mantuvo tal actitud durante mucho tiempo. En la Europa occidental y central no iba a haber una segunda edición de 1848. Como él mismo reconoció enseguida, la clase trabajadora tendría que seguir un camino distinto” (cursivas mías). Eric Hobsbawm señala la semejanza y, a la vez, la diferencia entre Marx y Lenin. Bajo cuerda exalta la presunta mayor hondura de Lenin. Finalmente, debo decir que Eric Hobsbawm combina en este pasaje de-

mala fe del asunto, porque esta actitud salta no sólo por sobre las eras sino por sobre las determinaciones reales, pero así ajusta la respuesta que estaba lista de antemano.

Habría que decir fraternalmente a Aníbal Yáñez que actualmente, en condiciones tan complejamente potenciadas como las prevalecientes, el único modo efectivo para defender a Marx y también a la revolución comunista es reconociéndolas en toda su complejidad y dificultad. Aníbal Yáñez ha intentado un puntual análisis de la revolución de 1848 a este propósito. Y ciertamente, reconocer la especificidad del pensamiento y de la acción de Marx en toda su profundidad es el camino para resolver las confusiones generadas por las inyectivas lanzadas contra él.

Por cierto, estas inyectivas no han sido lanzadas por leninistas —sobre todo si hablamos de la revolución de 1848— y no sólo por Gottschalk y Schapper y Moll, en aquel entonces, sino por los socialdemócratas posteriores y por Karl Korsch y, luego, por gente que, sin la riqueza y profundidad de este último, lo saquea para uso privado, por demás reaccionario y decadente, pero pretencioso de antidogmático y de ser revolucionario sólo porque se atreve a escupir sobre el padre muerto. Algo tanto más fácil por cuanto lo que está muerto no es en verdad el padre. Toda la acción simbólica se retiene sistemáticamente de argumentar fundadamente y más bien se reduce a golpes de escena “radicalísimos”.

En fin, veamos a Marx. En primer lugar, veamos el modo en que se nos refieren sus perspectivas revolucionarias como si fueran fantasías de un afiebrado.

### *9. Perspectiva histórica del afiebrado Marx* (Ad. David McLellan)

Tras la victoria completa de la contrarrevolución, Marx es expatriado a París el 2 de junio de 1849, y aunque encuentra a París “fúnebre” en comparación con el año anterior, nos dice su biógrafo,

Marx confiaba, pese a todo, en un inmediato levantamiento y trató de complimentar su mandato. El 7 de junio escribía a En-

---

terminaciones de la revolución de 1848 en Francia con determinaciones que tuvo en Alemania, donde Marx y Engels participaron en verdad.

gels: **“Nunca fue más inminente que ahora una erupción colosal del carácter revolucionario de París... Estoy en contacto con la totalidad del partido revolucionario y en unos cuantos días tendré todos los periódicos revolucionarios a mi disposición”**. De hecho, sin embargo, la situación era torva: las esporádicas revueltas armadas de Alemania iban desapareciendo, la rebelión húngara era aplastada por las tropas rusas, y en Italia el ejército francés estaba en vías de restablecer la autoridad papal. El 11 de junio, tras una moción de censura contra el gobierno propuesta por Ledru-Rollin y el radical Montagne, las **asociaciones obreras propusieron un *coup d'état* por la noche**, pero **Montagne rehusó**; y cuando los **radicales llevaron a cabo una manifestación pacífica**, dos días más tarde, las tropas gubernamentales la **dispersaron fácilmente**. Así, los dos partidos se “paralizaban mutuamente y se decepcionaban entre sí”. La “revolución” había acabado (*ibíd.*, p. 258, negritas mías).

Comentemos por partes este pasaje, ya que se trata de un buen ejemplo de trastocamiento de las afirmaciones de Marx que eleva éstas a la dignidad de ilusiones fantasiosas, eso sí, muy revolucionarias; dignas de un buen corazón si no de un buen cerebro.

En primer lugar, lo que Marx refiere es la opinión de los dirigentes obreros y, efectivamente, es inminente el levantamiento, si no por fuerza obrera sí por la presión que ya se ejerce sobre ella.

En segundo lugar, el levantamiento tiene lugar efectivamente pero debilitado por el reculamiento de los demócratas (Montagne). No fueron vanas ilusiones las perspectivas de Marx; el levantamiento ocurrió.

En tercer lugar, McLellan identifica el “inminente” levantamiento próximo con que Marx tenga esperanzas acerca de una revolución, misma que, sin embargo, ya vio derrotada meses atrás. McLellan confunde la *espera* del próximo suceso con *esperanza* acerca del significado del mismo y confunde levantamiento con revolución.

En cuarto lugar, la referencia positiva de Marx, esperanzada en acuerdo a su medida, nos es presentada como vana ilusión desmesurada respecto de un movimiento inmenso que jamás se dio. Marx el iluso...<sup>92</sup> Y fueron quizá las ilusiones las

---

<sup>92</sup> Cfr. la interpretación análoga de Eduard Bernstein y mi crítica a la misma en la segunda parte del presente libro.

que —viéndolo retrospectivamente— lo hicieron zigzaguear a la hora de la revolución en Alemania. En esta sugerencia el nudo queda, finalmente, apretado. Individuos menos elegantes o sutiles que McLellan pueden vomitarlo abiertamente no obstante que con ello se ofrezca —incluso, de hecho, en McLellan— la imagen de un Marx guiado no por la concepción materialista de la historia que él mismo ha forjado, sino un Marx paralelo y extrañado respecto de sí que es guiado por febriles ilusiones acerca de crisis, guerras, revoluciones, posturas, emociones, etc., en los momentos decisivos de su vida y de la historia.

Lo inverosímil e imposible pasa por ser moneda contante y sonante en gracia a que resulta vulgar, manipulable, accesible a la comprensión filistea con la que el hombre común se imagina las revoluciones. Los propios revolucionarios caen en este juego porque pueden ser revolucionarios sólo porque —como el común de los hombres— también son oprimidos.

### *9.1. El proletariado autónomo y el Marx economicista (McLellan, Korsch, y otros)*

Refiramos el error general de captación que prevalece acerca de la revolución de 1848 y del que participa Aníbal Yáñez (así como, por un rodeo, David McLellan, a través de las ilusiones que éste atribuye a Marx sobre la “Revolución”).

El error consiste en pensar que el proletariado participó como “fuerza independiente, como clase social claramente definida”, en la revolución de 1848, de donde derivaría el gran interés de Marx por la misma y el arraigamiento de sus teorías y de su corazón en aquellos hechos. De hecho, Karl Korsch ha alzado sobre este prejuicio —urdido primero en las mentes de los socialdemócratas alemanes que buscaban endiosar a Marx, un poco cargados de envidia y de extrañeza hacia él— toda una interpretación sobre la obra de Marx, según la cual después de la derrota del 48 Marx disminuyó su activismo y el tono revolucionario y pasó entonces a forjar una concepción cada vez más determinista y economicista, es decir, pasó a construir acuciosamente su “economía” en una vena cada vez más científica y positiva, ya sólo subtitulándola “Crítica de la economía política”. Por aquí Korsch descalifica relativamente el discurso revolucionario de Marx arraigando en él la crisis

del marxismo.<sup>93</sup>

Es evidente que los nuevos “rebasadores” del marxismo tendrán gran interés en saquear a Korsch precisamente a propósito de su modo de pensar la crisis del marxismo y buscándola enraizar en la crisis revolucionaria de 1848.

### 9.2. Nuevas ilusiones de Marx (Roman Rosdolsky)

Ejemplo de lo anterior son los prejuicios que cuajan la referencia de Roman Rosdolsky al desarrollo del pensamiento de Marx desde 1857 (los *Grundrisse*) a *El capital* (1867) y los presupuestos de esta referencia, en el prólogo a su *Génesis y estructura de El capital de Marx*,<sup>94</sup> donde se nos recibe de entrada con una nueva ilusión de Marx, ahora a propósito de la posible revolución que estallaría 10 años después, en 1857-1858, desencadenada por la crisis económica. Esta falacia quedaría convalidada porque la tontería de Marx nos valió que éste escribiera febrilmente sus *Grundrisse*. La perspectiva de Rosdolsky sobre el período 1856-1858 requiere un comentario aparte, pero es evidente que este autor se halla influenciado por Korsch.

#### 9.2.1. Clases y pueblos sin historia

Igualmente requiere comentario aparte la obra del mismo Rosdolsky, *Friedrich Engels y el problema de los pueblos sin historia*, que borda sobre el período de 1847-1849. Pero no podemos tratarla aquí pues toca un punto complicadísimo de por sí. Baste recordar que Rosdolsky asimila la perspectiva antisemítica y antieslava de Müller-Telling —colaborador de la *Nueva Gaceta del Rin*— con los juicios de Engels sobre las nacionalidades centroeuropeas más o menos opuestas al desarrollo revolucionario y democrático. A estos “pueblos sin histo-

---

<sup>93</sup> Cfr. Karl Korsch, “La crisis del marxismo” (1931), en *Karl Korsch o el nacimiento de una nueva época*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1979. (En el capítulo final del presente libro veremos a Korsch evaluar las posiciones políticas de Marx en 1848, no su obra científico-crítica. Por cierto, Korsch evalúa políticamente a Marx no como revolucionario comunista sino como demócrata liberal. Korsch utiliza dos pensamientos opuestos: uno, el comunista luego frustrado para denegar la otra teoría; otro, el liberal avergonzado, para denegar la postura política.)

<sup>94</sup> Siglo XXI Editores, México, 1978.

ria” Engels les opone el argumento —y la realidad— del desarrollo de las fuerzas productivas históricamente jalonadas por la revolución alemana. Rosdolsky no ve aquí sino una reminiscencia del prprusiano y archinacionalista Hegel.

Aunque discrepo profundamente de ella, reconozco la muy puntual y valiente investigación de Rosdolsky, por lo que no puedo menos que deplorar el uso reaccionario de que actualmente es objeto —bajo pretexto de antidogmatismo— por neo-críticos de la “crisis del marxismo” y, en particular, del “marxismo latinoamericano”.<sup>95</sup> Aquí no podremos discutir a fondo el asunto sino sólo referir el caso. Ya con esta sola referencia se observará también la necesidad de matizar más la reflexión sobre la revolución de 1848 y la relación que Marx y Engels guardaron con ella, que es insuficiente tanto el acercamiento entusiasta de Aníbal Yáñez como el distanciado y como de quien no toma partido de David McLellan, etc., etc. En todo caso, aunque son insuficientes, la incisión más importante queda hecha: Marx político y revolucionario antes, pero, luego de la derrota, Marx sombrío científico determinista, etc. Con ello se escinde ciencia y crítica y se opera —ahora sí—, efectivamente, una crisis en el discurso de Marx infringiéndosela primero a su vida. Pertenece al mismo sistema escisionista el figurar al Marx práctico e iluso, por un lado y, por otro, al teórico científico crítico.

Insisto en que la premisa de estas figuraciones radica en que se presupone que la derrota del 48 fue la de la revolución proletaria, la del proletariado que, como presunta fuerza independiente, participó en ella. Era, pues, *su* revolución y, por allí, la revolución *de* Marx; por lo tanto, el —presunto— límite teórico, emotivo e histórico de éste.

#### *IV. Los fondos hipostasiados erróneos y el trasfondo real*

##### *10. “Revolución” hipostasiada y perspectiva real de Marx*

Estos autores no captan que más bien, en ausencia de independencia y fuerza significativa, algunos de los agentes de la clase obrera buscaban forjar/consolidar tales dimensiones:

---

<sup>95</sup> Cfr. José Aricó, *Marx y América Latina*, Siglo XXI Editores, México, 1978, así como Pedro Scaron, “Prólogo” a *Materiales de Marx y Engels sobre América Latina*, Cuadernos de Pasado y Presente; etc..

primero, organizativa y prácticamente, en tanto personas independientes que actúan en un movimiento más amplio; segundo, ideológicamente, a nivel de la comunicación social general. Sólo por allí puede reflexionarse acertadamente el ambiguo y complejo trabajo de la *Nueva Gaceta Renana*, por un lado, y la de Marx y Engels, por otro.

Más bien, todo se subsume bajo el genérico término “revolución”. “Marx creía en la revolución”, “Marx participó en la revolución”, “la revolución fue derrotada”, etc. Pero no se especifica si fue una revolución burguesa o proletaria, ni qué pensaba Marx de la misma o de sus *posibilidades reales* de transformarse en proletaria.

He aquí que Aníbal Yáñez no hace sino caer en aquel creativo error de Lenin, según el cual éste pensó que la revolución de 1848 fue para Marx “el punto de partida para determinar los destinos del movimiento obrero y de la democracia en diferentes países”. O bien, que “Marx y Engels juzgaron siempre desde el punto de vista de esta época revolucionaria las ulteriores formaciones políticas”.<sup>96</sup>

Para Lenin, la importancia del hecho significó profundizar el estudio de éste y consolidar su propia teoría revolucionaria como precondition —a la vez que en el curso— de la revolución rusa de 1917. El magno triunfo bolchevique no requiere que se le sacrifique también la importancia real de la revolución del 48 ni que se consolide un error de apreciación sobre la misma que se ahonda cuanto más sea tomado a pie juntillas y no sólo como sugerencia entusiasta. Pero ya hemos visto cómo en manos de otros este error causa grave efecto sobre la comprensión de la vida y la obra de Marx.

La recaída de Yáñez en el error de Lenin se basa en la confusión previa de creer que en la revolución de 1848 el proletariado fue una fuerza independiente y, aún más, que se trató de una revolución proletaria o “tendencialmente” proletaria. Así, al inicio de su ensayo Yáñez afirma que “era el inicio de una revolución europea a nivel continental”, pero si a propósito de la revolución alemana guarda aún el recato de considerarla burguesa, a propósito de la europeo-continental ya no especifica la determinación clasista de la revolución. Así que,

---

<sup>96</sup> Igual error encontramos en Fernando Claudín, *op. cit.*, “Introducción”, p. IX.

de rechazo, también la alemana —que fuera inicio de esta posible y mayor—, retiene algo de lo de la posterior e indeterminada pero sugerida como comunista. Así que la revolución de 1848 en Alemania será “tendencialmente” proletaria o comunista, y si Marx desarrolla su *teoría* de la revolución permanente en el curso de la misma, se toma el hecho como si él creyera que la del 48 podría efectivamente desarrollarse en revolución comunista, no sólo de servir —como fue auténticamente el caso— de *problema* para desarrollar la teoría. Esta revolución fue tal problema, precisamente, por los claros obstáculos que mostró para desarrollarse.

Lo que sí es cierto es que Marx y Engels desentrañaron en el curso de aquella revolución la singularísima *interrelación táctico-concreta* entre la revolución democrática y la revolución proletaria. Los elementos generales y particulares de esta interrelación fueron forjando desde 1843 (“Cuestión judía”, “Notas críticas al artículo «El rey de Prusia y la reforma social. Por un prusiano»”, así como en artículos de 1845 a 1848, etc.), al fundar la teoría de la revolución comunista permanente.

Para disipar todo equívoco respecto del significado de la revolución de 1848 *para* Marx y Engels, es ilustrativo leer “El papel de la violencia en la historia”,<sup>97</sup> largo ensayo de Engels —complemento de la “Teoría de la ciencia” del *Antidhüring*— donde se describe la formación y desarrollo de la *nación* alemana desde la revolución francesa hasta 1888, cuando Engels interrumpe el manuscrito. Allí se expone la función particular que jugó la revolución de 1848, su aporte a la magna tarea del desarrollo capitalista nacional alemán, así como sus repercusiones continentales. En esta exposición queda bien delimitada la magra fuerza del proletariado y su necesaria subordinación al desarrollo capitalista de entonces. Así, se dice, por ejemplo, que “en todas partes, excepto en Francia, la meta de la revolución de 1848 era satisfacer reivindicaciones nacionales a la par que las exigencias de libertad”.<sup>98</sup>

### 10.1. “Marx” hipostasiado (y proletariado) y revolución

<sup>97</sup> En K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas en tres tomos*, Editorial Progreso, Moscú, 1980, tomo III, p. 396-450.

<sup>98</sup> *Ibid.*, p. 397.

Al error de imaginar el gran interés de Marx en la presunta revolución proletaria o semiproletaria de 1848 lo complementa otro error: el presunto gran interés del proletariado —aquella presunta fuerza independiente— por la teoría de Marx. Aníbal Yáñez nos dice, sin más, refiriéndose al socialismo científico: “los obreros alemanes se interesaron en el descubrimiento de Marx y Engels”.

Con esta afirmación complementaria Aníbal Yáñez *vuelve a poner* al “proletariado” como una clase integrada y, además, homogéneamente —o por lo menos vivamente— atenta a los movimientos científicos. Se trata de un despropósito completo.

*11. Desarrollar la revolución burguesa,  
“interés” del proletariado; “interés” hipostasiado*

Por otro lado, cuando Aníbal Yáñez aborda la exposición del *Manifiesto del Partido Comunista* confunde *objetivos* de la clase obrera e intereses inmediatos de la misma, con lo cual confunde, de facto, revolución proletaria con revolución democrático-burguesa en Europa en 1848 (interés inmediato de la clase obrera). De hecho, promover la revolución burguesa no es tan subrayadamente “interés” de la clase obrera. Pero la palabra “interés” se subraya si en lugar de decirla como “en interés inmediato de la clase obrera”, la resonancia del interés desvía hacia “mi interés inmediato indica” y ello es ya mi objetivo inmediato, etc. Así pues, no es tan subrayadamente —o según queda matizado— “interés” de la clase obrera el promover la revolución burguesa (recuérdese el reparo de Gottschalk contra Marx), sino que es algo a lo que el proletariado se ve obligado aún en vista de su propio bien y consolidación inmediatos. Marx vio esto certeramente con toda radicalidad proletaria y Gottschalk no lo comprendió, por eso le reprochó como moderada la insistencia en la democracia burguesa contra el absolutismo feudal.

Promover la revolución democrático-burguesa posibilita el que, luego, pueda el proletariado enfrentarse directamente con la burguesía ya sin clase e instituciones feudales al lado que enturbien la contienda y sus resultados. Entonces, la referida acción proletaria a beneficio capitalista, y que está *forzada históricamente* —cosa que en la actualidad puede comprobarse en innúmeros casos y en todos los continentes—,

puede ser vista globalmente como una tarea que bien puede asumirse en interés de la clase obrera. Sin embargo, cabe ser cauteloso al respecto y diferenciar la determinación inmediata, por un lado, y la global, por otro, de ese “interés”, ya que en el curso revolucionario concreto esa diferenciación teórica causa efecto a la hora de determinar la táctica, el ritmo y las alianzas del proceso, así como el número de bajas en la contienda, y, en fin, de ello depende la posibilidad de evitar caer en ilusiones como la de creer que la revolución que hago es proletaria cuando es burguesa, y que después es difícilísimo remover.

### *12. Conclusión bien entendida*

Las palabras del *Manifiesto* y que presidieron la entrada de Marx y Engels en Alemania lo indican claramente: “la revolución *burguesa alemana* no podrá ser sino el preludio de una revolución proletaria”. Frase que debe entenderse no primeramente en el sentido de que está allí en germen la revolución proletaria, o que el preludio conduce irremisiblemente a la gran obertura, sino, al contrario, en el sentido de que, si bien le va, a lo más que puede aspirar es a autodeterminarse históricamente como revolución burguesa que preludia una otra revolución, una de otra índole, proletaria, y que posiblemente podrá —si es el caso— tener lugar en otro sitio que en Alemania, quizá en Francia o Inglaterra o también en Alemania. Tales eran los matices con los que Marx y Engels veían la cuestión.

Por poco que reflexionemos, veremos que la primera condición para realizar un análisis matizado y certero no sólo de la relación de Marx y Engels con la revolución de 1848 sino de ésta en cuanto tal, era el comentario pormenorizado de los textos de ambos autores buscando comprender su coherencia y perspectiva global más allá de las apariencias múltiples que las diversas situaciones articulan. Aníbal Yáñez ha llevado a cabo este paso —e incluso otros— no sin poco éxito. Este es motivo más que suficiente para valorar a este autor y a la vez intentar discutir a fondo el asunto, ya que esto recién se vuelve posible en gracia a esa intervención y no sólo necesario en gracia a la total ausencia de bases firmes.

“HACIA 1848”, DE ERIC J. HOBSBAWM<sup>99</sup>

1. La reconstrucción histórica hecha por Eric Hobsbawm del contexto de la revolución de 1848 contiene una paradoja que consiste en que este autor apunta a identificar aquella como una revolución socialista no obstante que la describe como revolución democrático-burguesa.

Este desliz se asienta firmemente en la historia del pensamiento socialista en la interpretación leniniana de esa revolución en vista de extraer de la actuación de Marx y Engels en ella enseñanzas aplicables en Rusia en 1905 y en 1917. En las obras de Lenin (por ejemplo, *¿Qué hacer?*, *Un paso adelante y dos atrás*, etc.) el “centralismo democrático” es asumido como directriz de la forma de organización partidaria y esta idea es validada precisamente como el método utilizado o recomendado por Marx durante la revolución de 1848. La discusión con Aníbal Yáñez en el capítulo precedente es ilustrativa al respecto.

Además de este horizonte leninista, E. Hobsbawm tiene otro motivo cercano que lo inclina a hacer coincidir la revolución democrático-burguesa de 1848 con algo así como una revolución socialista. En efecto, como Hobsbawm escribe a mediados de los 60 de este siglo, vive la efervescencia de los años que fueron la antesala de las rebeliones que estallaron en 1968 en todo el orbe, de Berlín a Berkeley y París, de México a Tokio y Praga, etc.

Ciento veinte años después, en 1968, se presentaba una coyuntura análoga a la de 1848, así que parecía posible que las revoluciones burguesas se transformaran en socialistas y valía la pena, entonces, hacer la memoria histórica respectiva para inspirar a aquellos que vivían en la antesala de tal avatar posible.

2. Eric Hobsbawm dice examinar “el medio siglo más revolucionario que la historia había conocido hasta aquella fecha [1789-1848]”. “Fue una época de superlativos”, dice (p. 525), y recuerda los triunfos del auge industrial capitalista en los

---

<sup>99</sup> Título del capítulo con el que, a modo de “conclusión”, finaliza la obra de Eric. J. Hobsbawm, *Las revoluciones burguesas*, Guadarrama/Punto Omega, Barcelona, 1980, volumen 1, pp. 252 ss.

años 40 del siglo pasado: los inventos, los progresos en la ciencia y la tecnología, el creciente tiraje de los periódicos, etc. Luego, observa la miseria proletaria y campesina: “la revolución industrial creó el mundo más feo que el hombre jamás viviera” (p. 557). Su tercer estancia es el análisis sociopolítico, la situación de las diferentes clases sociales: la gran mayoría campesina aún, el decremento de la esclavitud, aunque creciera en el sur de Estados Unidos y en Brasil; el crecimiento de la semiesclavitud en la India, el Océano Índico y las Indias Occidentales (América Latina); la declinación decisiva de la servidumbre; la aristocracia rural aún fuerte y estable, aunque en Francia y Estados Unidos “los hombres más ricos ya no eran los grandes propietarios rurales”. “Desde luego, esta solidez aristocrática ocultaba un cambio: la renta de los nobles dependía cada vez más de la industria, los almacenes y las acciones, el verdadero dominio de la despreciable burguesía” (p. 531).

Eric Hobsbawm prosigue describiendo a las “clases medias” y luego a la clase obrera. Entonces echa una ojeada a la forma en que se desarrollaron las naciones como un todo, en particular su régimen de gobierno: “La monarquía continuaba siendo la forma corriente de gobierno, excepto en el continente americano” (p. 532). Indica que, a partir de la revolución de 1830, en Francia se introdujeron nuevas constituciones. En fin, el liberalismo —muy moderado— “estaba en alza” frente al repliegue de los conservadores. Incluso la democracia radical llevó a Andrew Jackson a la presidencia de Estados Unidos en 1829-1837. En 1847 estalló una guerra civil entre radicales y católicos en Suiza (p. 534).

La reconstrucción histórica de E. Hobsbawm avanza y pasa a describir la política internacional: Europa y Estados Unidos dominando al mundo e Inglaterra hegemonizando todo. La supremacía británica era tan absoluta “que apenas necesitaba un control político para actuar” (p. 535). Mientras, los imperios francés y el holandés, el español y el portugués decaían sensiblemente.<sup>100</sup> “No obstante, el futuro declinar de Inglate-

---

<sup>100</sup> “Jamás en la historia del mundo una sola potencia había ejercido mayor hegemonía que la de Inglaterra a mediados del siglo XIX, pues hasta los mayores imperios o hegemonías del pasado —el chino, el mahometano, el romano— siempre fueron puramente regionales. Nunca desde entonces una potencia sola

rra era ya visible” (p. 536), a la par que Rusia, Estados Unidos y Alemania se alineaban en la competencia por la hegemonía mundial.

3. Visto el conjunto, E. Hobsbawm resume: “el mundo de los años 1840-1850 carecía de equilibrio” y eso se expresaba social y políticamente; así que nuestro autor se dispone a observar qué precipitó la revolución de 1848 (*ibíd.*). No obstante, el conjunto de factores antedichos no son suficientes “para explicar lo que se sentía concretamente en toda Europa: la conciencia de una inminente revolución social” (p. 537) que habrá de disolver más tarde o más temprano el presente estado de cosas” (*ibíd.*). E. Hobsbawm contesta: “La razón [de ese sentimiento] era que la crisis de lo que quedaba de la antigua sociedad parecía coincidir con una crisis de la nueva”,<sup>101</sup> e inmediatamente pasa a criticar a aquellos “socialistas que predecían la inminente desaparición del capitalismo” (p. 538), aunque desafortunadamente no dice a quién se refiere. ¿Quizá, equivocadamente, a Marx y a Engels? Pero aunque su intención al no nombrarlos es preservarlos de la crítica, más bien alimenta mayormente el rumor ya establecido de que ellos “predicaban” tal cosa.

“Lo que sucedió no fue la quiebra del capitalismo sino su más rápido e indiscutible período de expansión, de triunfo”. Algo que se explica —en mi opinión— sólo si entendemos, con Marx,<sup>102</sup> que el capitalismo desbordó su medida continental e inició la conquista de su *medida geopolítica mundial*. Pero entre 1830 y 1850 dice, E. Hobsbawm, no era claro “que la nueva economía pudiera o quisiera superar sus dificultades que parecían aumentar” (p. 538). Los conocimientos de la burguesía más bien “estaban marcados con la perspectiva del «estado es-

---

ha logrado restablecer una hegemonía parecida ni es probable que pueda restablecerla en el futuro, ya que ninguna pudo ni podrá ostentar el título de «taller del mundo»” (*Ibíd.*).

<sup>101</sup> Me resulta insuficiente esta explicación porque no caracteriza la crisis de la nueva sociedad. Pues no era cualquier crisis sino una coincidente con el agotamiento de la *medida geopolítica continental del capital*. Esa falta de espacio confiere la sensación de asfixia y la virulencia que caracterizaban el momento.

<sup>102</sup> Cfr. el ensayo de Marx, “Mayo a octubre de 1850” y mi comentario al respecto, en Jorge Veraza, “Crisis y desarrollo capitalistas actuales. ‘De Mayo a octubre de 1850’”, *op. cit.*

tacionario». Los socialistas saint-simonianos en Francia vacilaban entre capitalismo y socialismo” como mejor camino para lograr el triunfo de la sociedad industrial (*ibíd.*). Y la expansión individualista era la bandera de los hombres de negocios, a la par que los agobiaba la desesperación.<sup>103</sup> El cuadro general es el de socialistas utópicos (y otros) confundidos por el desarrollo capitalista, por entonces no muy nítido ni distinguible.

4. En el otro extremo, el vulgo se veía una y otra vez impulsado a insurrecciones. “El espectro del comunismo” horrorizaba a toda Europa, tanto a la burguesía como a la aristocracia (p. 539).

Aunque párrafos arriba E. Hobsbawm pudo criticar a aquellos socialistas que creyeron que era inminente la destrucción del capitalismo, ahora pasa a confundir la *revolución democrático-burguesa* que fue la de 1848 con una *revolución socialista*, y precisamente por el camino de pensar en qué sentido fue aquella una *revolución social*. Nuestro autor sugiere que aquella revolución no destruyó al capitalismo —como bien critica él mismo— porque no rebasó la medida burguesa de revolución, lo cual es equívoco, pues abandona los criterios materiales para determinar ese rebasamiento del que habla. Dice: “Para la masa del vulgo el problema era mucho más simple. Como ya hemos visto, sus condiciones de vida en las grandes ciudades y los distritos fabriles de la Europa occidental y central los impulsaban inevitablemente hacia la revolución social” (*Ibíd.*).

De tal suerte, por ser revolución social la revolución burguesa de 1848, ya le va pareciendo a E. Hobsbawm revolución socialista. Y eso porque los obreros expresaron sus demandas. Sin embargo, esta determinación es francamente insuficiente para caracterizar como socialista aquella revolución. Y aunque ciertamente E. Hobsbawm no la caracteriza de manera

---

<sup>103</sup> El cierre de la medida geopolítica continental de capital se echa de ver en la siguiente paradoja: “Los hombres de negocios estaban desesperados. Ahora puede parecernos incomprensible que algunos negociantes cuáqueros como John Brighth y los afortunados fabricantes de algodón de Lancashire, en medio de su más dinámico período de expansión, estuvieran dispuestos a hundir a su país en el caos, el hambre y el motín por un «lock-out» político general, organizado sólo para abolir las tarifas.” (*Ibíd.*, pp. 538-539).

explícita, deja temblando en el aire la idea, así que refuerza la noción tradicional —desde Lenin— de que aquella fue la primera revolución socialista, aunque derrotada.

5. En lo que sigue E. Hobsbawm habla de las soluciones pacíficas al conflicto, caso de Inglaterra (derogación de la ley anticerealera) y de Bélgica (victoria de los liberales sobre los católicos conducente a una reforma política) (pp. 540-541). Por contraste, la rigidez absolutista de otros países obligó a que la solución fuera revolucionaria.

E. Hobsbawm se detiene en particular en la situación paradójica de la Francia de Luis Felipe. Por un lado, flexible como Inglaterra, Bulgaria, Holanda y Escandinavia; por otro lado, temerosa de que la ampliación de los derechos políticos introdujera “en escena a los jacobinos en potencia, los radicales”. Así que “el miedo a la república jacobina mantenía la rigidez de la estructura política francesa, haciendo cada vez más tensa la situación” (p. 542).

Tanto este *miedo* francés como la *flexibilidad* belga, holandesa, inglesa, escandinava y la *inflexibilidad* absolutista general son apenas los indicadores de algo más profundo —que E. Hobsbawm no indaga— y que rebasa las cuestiones nacionales de cada caso —las que E. Hobsbawm sí registra—. Pero como esos indicadores rebasan las cuestiones nacionales, no alcanzan a ser explicados por la sola estructura clasista o la forma de gobierno, etc. Se trata de determinaciones geopolíticas tales como la zona de influencia inglesa o, en contraste, la rusa, y, en medio de ambas —presionada por dos lados y tensada desde ambos extremos—, Francia, etc.

Aquí sólo indico la cuestión sin tematizarla. Pero la intelección de los procesos sociales *nacionales* arraiga en determinada tecnología material, así que se fusionan con cuestiones territoriales, las cuales quedan coordinadas por la situación e influencia geopolítica de una nación respecto de las demás. Si se pierde la determinación internacional de los procesos —peor cuando, como en este caso, son de suyo internacionales, pues la revolución de 1848 fue continental— se pierde con ello la dimensión geopolítica y, en general, la determinación material de las fuerzas productivas en el proceso. De ahí que el politicismo (flexibilidad/inflexibilidad) o el psicologismo (miedo, etc.) dejen de ser ingredientes particulares —como lo son— y

se transformen en la explicación última de una característica general de los fenómenos observados.

Pero la cuestión no es si la Francia de Luis Felipe tenía miedo a los jacobinos sino qué intereses y determinaciones materiales no le permitían abandonar ese miedo. Esos intereses y determinaciones materiales son los que nos reconducen a la cuestión de las fuerzas productivas técnicas y, a la vez, a la determinación internacional y geopolítica de los fenómenos.<sup>104</sup>

---

<sup>104</sup> La semblanza de la revolución de 1848 que Eric Hobsbawm iniciara en el ensayo que estamos comentando, “Hacia la revolución de 1848”, capítulo final de su libro *Las revoluciones burguesas*, la continúa en *La era del capital* (edición citada). En esta última obra, este miedo al jacobinismo se convierte en la tesis central de Eric Hobsbawm para dar cuenta de la derrota de las revoluciones de 1848. Dice: “*Todas las revoluciones tuvieron algo más en común*, que en gran parte fue la *causa de su fracaso*. De hecho, o como inmediata anticipación, fueron *revoluciones sociales de los trabajadores pobres*. Por eso a los *liberales moderados* a quienes habían empujado al poder y la hegemonía, e inclusive a algunos de los *políticos más radicales*, les asustó por lo menos tanto como a partidarios de los antiguos regímenes.” (*Op. cit.*, p. 27, cursivas mías). Eric Hobsbawm alude directamente a la derrota de la revolución obrera de 1848 en París y resalta la crueldad y perfidia de los vicios contra los pobres — al revés de Eduard Bernstein, que justifica a Cavaignac, el “carnicero” de la insurrección— pero coincide con Bernstein en que una postura más moderada hubiera sido mejor. Psicosocialmente hablando, en momentos no revolucionarios se ha comprobado estadísticamente que una actitud moderada pero consistente obtiene más seguidores (cfr., por ejemplo Serge Moscovici, *Psicología social de las minorías activas*, Ediciones Morata, Madrid, 1981). Pero el caso no es sólo ni fundamentalmente psicosocial. De ahí lo insuficiente de la idea de Eric Hobsbawm. Por eso he subrayado la dimensión económica y, sobre todo, geopolítica del agotamiento de la medida del capital continental y su ulterior desbordamiento y recuperación económica en Inglaterra, etc., tesis original de Marx. A propósito de la revolución en Alemania, Eric Hobsbawm dice, entre otras cosas, lo siguiente y que guarda cierta relación con lo que venimos discutiendo, pues desemboca en el radicalismo obrerista, por ejemplo, de Stefan Born. “Es improbable que las clases medias alemanas, entre ellas los confiados negociantes que prosperaban en Renania, les preocupara terriblemente cualquier posibilidad inmediata de comunismo proletario, o inclusive *el poder proletario, que apenas tuvo consecuencias, salvo en Colonia donde Marx instaló su cuartel general*) y en *Berlín, donde un impresor comunista, Stefan Born, organizó un movimiento obrero importante*.” (*Ibid.*, p. 28, cursivas mías). Con estas frases Eric Hobsbawm cree acercarse a las posiciones de Marx durante los acontecimientos, pues Born criticó acremente a aquél por no mostrar posturas puramente proletarias. Adicionalmente, Eric Hobsbawm abunda en lo timorato de las clases medias europeas de la década de 1840. Datos ciertos, pero que, ligados a la tesis de la derrota de las revoluciones de

6. La gran depresión que se desencadenó en el continente europeo a mediados de la década de los 40 avivó las contradicciones sociales y políticas, pues se acompañó de quiebras, paros laborales y hambrunas, por ejemplo, en Irlanda, Silesia y Flandes, etc. Pero a veces las poblaciones míseras, “por ejemplo, los obreros algodoneros de los departamentos del norte de Francia, descargaron su desesperación sobre los también desesperados inmigrantes belgas —que inundaban aquellas regiones— más que contra el gobierno o contra sus patrones” (p. 543).

A mi modo de ver, la dimensión continental de la revolución de 1848 rebeló el carácter continental del agotamiento de la medida de capital. Cito la descripción con la que E. Hobsbawm concluye su capítulo:

En 1831 ya había escrito Víctor Hugo que oía “el ronco son de la revolución, todavía lejano, en el fondo de la tierra, extendiendo bajo cada reino de Europa sus galerías subterráneas desde el túnel central de la mina, que es París”. En 1847 el sonido era estentóreo y cercano. En 1848 se produjo la explosión (p. 544).

7. El recorrido de E. Hobsbawm es sistemático, según hemos visto. Su agudo ojo de historiador le permite especificar el carácter burgués de la revolución de 1848, pues sería absurdo o fantasioso creerla otra cosa. No obstante, luego la señala en algo como socialista. Eso sí, del modo más sutil posible.

E. Hobsbawm es un claro ejemplo de identificación falaz de la revolución de 1848 con una revolución *socialista*, precisamente a través de acercarla a este carácter por el hecho de ser una revolución *social*. En él es claro el truco, aunque también se zafa de él *prima facie*. Por lo cual constituye también un *índice* de la gran eficacia de la ideología leninista para construir una evidencia y aun una escenificación conceptual para presentar a la revolución de 1848 con la figura socialista. Este es un requisito para convalidar como socialista la estrategia bolchevique de 1917 (centralismo democrático) sobre la base de que la estrategia de Marx en 1848 fue la de una revolución socialista. Lenin diseñó la estrategia de 1917 operando estas identificaciones en los escritos de Marx relativos a la revolu-

---

1848 por su radicalidad, son equívocas y rebasan con mucho las ideas y posiciones respectivas de Marx en rumbo hacia las de Bernstein.

ción de 1848.

Pero si se reconoce con simplicidad que esa revolución fue burguesa y nada más, y que Marx lo supo todo el tiempo, entonces, la estrategia que desplegó en ella —incluido el centralismo democrático— se entiende como sólo apropiada para una revolución burguesa. En consecuencia, ni el leninismo ni la revolución de octubre de 1917 podrían ser convalidados como socialistas por la autoridad de Marx.

8. Como vimos, la reseña histórica de E. Hobsbawm permite señalar la pertinencia del concepto de medida geopolítica de capital, en particular la medida continental, pues fue ésta la que se redondeó en 1848; tal es la clave de aquel avatar revolucionario. E. Hobsbawm toca los fenómenos que lo demuestran pero sin llegar a la idea del agotamiento de la medida continental de capital.

Además, me fue posible señalar la necesidad de una perspectiva internacionalista y a la vez arraigada en las fuerzas productivas para caracterizar el desarrollo histórico de la coyuntura de 1848. Esta perspectiva está ausente cada vez que se analizan los fenómenos coyunturales nacionales, por ejemplo, así que todo parece jugarse a nivel político o psicológico o de la voluntad.

Por cierto, la perspectiva internacional para analizar un fenómeno histórico local o nacional es *pertinente* si no le es ajena al fenómeno. Sin embargo, puede darse el caso de fenómenos a los que dicha perspectiva les sea incluso esencial. ¿Cómo entender esto?

Las fuerzas productivas técnicas no sólo son las condiciones básicas de los fenómenos históricos, su núcleo material e intelectual, sino que el funcionamiento de las fuerzas productivas se efectiviza en un territorio determinado, mismo que se conecta con otro territorio, y éste con otro, y así seguido. Además, las fuerzas productivas técnicas de un lugar se *engranan* unas con otras y, a través del mercado, con las de otras regiones.

Por lo tanto, sólo si se respeta esta contigüidad espacial del funcionamiento de la fuerzas productivas locales, y, más aún, su engranaje tecnológico y a través del mercado con las fuerzas productivas de otros países, sólo así es observable la interconexión internacional como *esencial* al fenómeno nacional en

cuestión; las fuerzas productivas lo integran *desde dentro* al proceso internacional. En efecto, ya desde su producción básica el fenómeno nacional adquiere sentido según una determinación internacional.

Ahora bien, el peso de la *determinación material* —por ejemplo, de las fuerzas productivas y de la perspectiva internacional territorializada— en el curso histórico se debilita, precisamente, cuando se pone en juego el intento de caracterizar como socialista una revolución que no lo fue basándose, por ejemplo, en que los obreros franceses o rusos, etc., exigían demandas socialistas.

Desde este punto de vista, ocurre como si la voluntad y el deseo de algo fueran suficientes para caracterizar un fenómeno general epocal. Como se ve, el procedimiento más adecuado para inculcar esta visión voluntarista consiste en desleer la determinación internacional de las fuerzas productivas en el acaecimiento de un fenómeno nacional.<sup>105</sup>

---

<sup>105</sup> El postulado materialista de que “así como no se juzga a un individuo de acuerdo a lo que éste cree ser, tampoco es posible juzgar una época semejante de revolución a partir de su propia conciencia, sino que, por el contrario, se debe explicar esta conciencia a partir del... conflicto existente entre fuerzas productivas y relaciones de producción”, presupone esta perspectiva histórico-universal y, por ende, mundial, que se despliega justamente a lo largo de los seis libros de la “Contribución a la crítica de la economía política” y ya desde los primeros

---

capítulos —en cuyo prólogo (1859) se plantea lo anterior. Éste no es un buen consejo político en medio de una disquisición científica. Esta formulación enuncia el punto de vista teórico específico de la crítica de la economía política y el objetivo práctico-político de la misma. Se trata de la perspectiva teórica adecuada a la revolución comunista. La razón por la que esta revolución tiene la potencia para llevar a su término “la prehistoria de la sociedad humana” es la misma por la cual puede acontecer, a saber: el conflicto que la suscita —a diferencia de las demás “épocas de revolución”— ha adquirido proporciones mundiales de escala planetaria, pues así ha ocurrido con las fuerzas productivas y con las relaciones de producción. La perspectiva teórico-metodológica de Marx posee un valor científico a la vez que político-estratégico por cuanto que es materialista en este sentido específico histórico-mundial.

*EDUARD BERNSTEIN INTERPRETA  
LA REVOLUCIÓN DE 1848*

*1. El problema y mi hipótesis*

Bo Gustafsson señala en su clásica obra *Marxismo y revisionismo*,<sup>106</sup> que

generalmente se alude a la serie de artículos sobre “Problemas del socialismo”, que Bernstein comenzó a publicar en *Neue Zeit* a partir de octubre de 1896. Sin embargo esto no es correcto. La ruptura [con Marx y Engels] se efectuó en el epílogo a la edición alemana de la *Historia de la revolución francesa de 1848*, de Louis Hérítier, que Bernstein escribió en 1895 o 1896 (p. 115).<sup>107</sup>

y donde Bernstein *contraargumenta punto por punto* el libro de Marx *La lucha de clases en Francia 1848-1850*, publicado en 1852 y reeditado en 1895. Bernstein ataca “duramente a los insurrectos... [y defiende] a los que aplastaron la insurrección” (*ibíd.*) para sacar adelante la pertinencia del reformismo frente a la revolución tanto para la coyuntura de 1848 como para la de 1895 en adelante. Así, proyecta sus preocupaciones del 1895 en ocasión del análisis de los acontecimientos de 1848, pero no para aclararlos, como sería de esperarse de un estudio histórico hecho *post festum*, sino para torcerlos en una “argumentación... claramente emocional” (*ibíd.*). Bo Gustafsson redondea la entrada al comentario al epílogo de Eduard Bernstein señalando la falaz ecuación Marx = bolcheviques, amén de la de 1848 = 1895. Pues “Bernstein editó nuevamente su estudio en 1921 creyendo que éste podría *servir como antídoto contra los «bolcheviques»* y contra la «inundación de todos los países por sus agentes»” (*ibíd.*, cursivas mías). Hasta el final de su vida Bernstein luchó contra ambos, según le dijo a Sidney Hook en el verano de 1929: “los bolcheviques no cometen ninguna injusticia reivindicando a Marx para su causa. ¿Sabe usted? Marx tenía un

<sup>106</sup> Editorial Grijalbo, Barcelona, 1975.

<sup>107</sup> Este autor comenta el epílogo de Bernstein —así que basaré en Bo Gustafsson mi comentario a Bernstein— llenando una laguna en el examen biográfico de Eduard Bernstein, pues ni Peter Gay ni Pierre Angel —últimos biógrafos de Eduard Bernstein reseñados por Bo Gustafsson— comentan el epílogo y menos le ven la importancia que descubre Bo Gustafsson.

elemento fuertemente bolchevique en sí mismo» (*ibíd.*, p. 169).<sup>108</sup> La formulación de Bernstein no podía ser más crasa. El vicio de teleologismo histórico que juzga los acontecimientos del pasado desde el futuro revela evidentemente el elemento emocional presente en Eduard Bernstein. En la superficie asoma un hombre con ira y mala fe contra los revolucionarios, pero, sobre todo, en el fondo, un hombre lleno de miedo.

Aquí importa menos observar los motivos personales de Eduard Bernstein —que también los indagaremos—, pues en la época la revocación del pensamiento de Marx fue múltiple y de sentidos opuestos entre sí; a veces manifiesta, como Bernstein, otras inconsciente en el intento de rescatarlo, como en el caso de los bolcheviques, Lenin de inicio. Así que importa más dar explicación de este fenómeno histórico decisivo para la historia del movimiento obrero mundial y del desarrollo del capitalismo todo.

Muchos conceptos de Marx fueron revocados en esa primera “crisis del marxismo” que transcurre de 1895 —no por casualidad recién concluida la primera gran depresión del capitalismo— a 1917, pero también sus conceptos y su postura política frente a la revolución de 1848. Aquí la distancia entre Marx y sus críticos no sólo es conceptual e implícita o latentemente histórica sino que es abiertamente histórica y, por ello, conceptual; de ahí el privilegio de tratarla a propósito del estudio sobre la revolución de 1848, en particular el de Eduard Bernstein.

Lo que Marx entendió de 1848 no fue, *no pudo ser*, entendido así por los discípulos de Marx. Suponiendo que fuera correcto lo planteado por Marx, los discípulos ya no pudieron sostener esa corrección frente al desarrollo capitalista entonces en curso. Los obnubiló. Por supuesto, Eduard Bernstein supone que Marx se equivocó. Marx y él tienen que demostrar sus respectivas posturas. Pero aquí interesa suponer de entrada que Marx tuvo razón sólo porque Eduard Bernstein no lo pensó así, de suerte que es acrítico frente a la diferencia de tiempos históricos y de horizontes ideológicos, creyendo que por encontrarse vivo después de muerto Marx, sin más, puede

<sup>108</sup> S. Hook, *Towards of understanding of Karl Marx*, New York, 1933, pág. 43, citado por Bo Gustafsson, *op. cit.*, p. 169, n. 204.

enfrentarse al escrito de Marx. Bernstein no ve que el desarrollo capitalista ocurrido entre 1848 y 1895 es responsable de la diferencia de opinión entre él y Marx, en particular de que la suya sea contradictoria con la de Marx. Eduard Bernstein atribuye el problema a la razón; yo, a la época que tuerce razones o las endereza. Según lo vio Bernstein, el problema se puede formular en los siguientes términos:

Si todos los antagonismos de la sociedad *no se polarizaban rápidamente hacia uno solo, a saber, el que opone a capitalistas y obreros*, ¿cómo iba a ser posible hacer, en esas condiciones, una revolución socialista? Consecuentemente, fueron creciendo progresivamente sus [de Bernstein] simpatías *hacia el ala derecha del partido alemán*, la cual era vista con mucha preocupación por los marxistas del partido (*ibíd.*, p. 115, cursivas mías).

Mi hipótesis consiste en que esos antagonismos no se polarizaron rápidamente debido al desarrollo geográfico o en extensión del capitalismo. En otros términos, la extensión geográfica del desarrollo capitalista tuvo el efecto de neutralizar la profundización del desarrollo histórico de la lucha de clases, retrasando la decisión histórica de la revocación revolucionaria del capitalismo. Adicionalmente, no sólo nos movemos sobre una línea de expansión creciente, sino que en 1848 se redondeaba la medida continental de capitalismo para, en 1850, desbordarse hacia la medida mundial. Con este cambio de medida se muestran dos cualidades distintas del desarrollo capitalista. En la primera, es magramente actual la revolución proletaria, según lo testifica Marx en *La lucha de clases en Francia*. Sin embargo, esta magra actualidad fue suficiente para propiciar la revolución teórica de Marx como fenómeno triunfante, si bien todos los intentos de lograr prácticamente la revolución proletaria fueron aplastados. Pero en la segunda, la del comienzo de la medida mundial, la revolución proletaria se vuelve inactual y, por ello, los conceptos elaborados por Marx no parecen aplicarse, lo cual propicia la recepción equívoca de los mismos y su aplicación frustrada, hasta conducir a su revocación. No obstante, bien entendidos estos conceptos, es decir, según su especificidad histórica, podían ser captados en toda su profundidad teórica como para lograr esclarecer la nueva coyuntura en la que, en gracia al enorme desarrollo capitalista, había crecido igualmente el dominio de la ideología burguesa sobre el movimiento obrero; en particu-

lar sobre sus dirigentes marxistas; Eduard Bernstein en primer lugar.

### 2. *Eduard Bernstein versus Karl Marx, según Bo Gustafsson*

La confrontación de Eduard Bernstein con Karl Marx gira en torno a la táctica socialista en la revolución de 1848; en particular, en la insurrección de junio.<sup>109</sup> Marx considera que era forzoso que el proletariado se hubiera levantado en armas, Bernstein no. A la par, Marx critica a Louis Blanc, socialista moderado que participó en el gobierno provisional; pero Bernstein enaltece la actuación de Blanc y dice que la insurrección encabezada por Blanqui sabotó a aquél. Así pues, Blanc o Blanqui, tal parece ser la disyuntiva. Eduard Bernstein está por Blanc y Marx por Blanqui.

Bo Gustafsson logra matizar cada aspecto de la discrepancia y los motivos políticos de Bernstein para enfrentar a Marx y demuestra la debilidad de los argumentos bernsteinianos excepto en un punto decisivo, el inicial, ese de por qué era forzoso, según Marx, que el proletariado se insurreccionara.

Pareciera que para Bo Gustafsson el punto no merece ser discutido ni indagado, y que de antemano Marx, por revolucionario, tiene razón y Bernstein, por revisionista, está imposibilitado para tenerla. En realidad, el punto debe ser esclarecido matizadamente no sólo para revocar una apariencia dogmática y maniquea como la que —en este punto— se cierne sobre la exposición de Gustafsson, no obstante lo cuidada, puntual y erudita que es, sino porque de esa manera el argumento de Marx emerge con mayor riqueza y su concepción del desarrollo capitalista y de la política revolucionaria puede prestar servicios en la actualidad.

### 3. *¿Era obligada la insurrección de junio?*

Bo Gustafsson reseña la discrepancia del modo siguiente:

---

<sup>109</sup> “En todos los puntos fundamentales de la exposición de la revolución francesa de 1848 —la *formación* de la comisión de trabajo en el Palais de Luxembourg, la manifestación obrera ante el Ayuntamiento el 16 de abril, las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente del 23 de abril y, sobre todo, la *insurrección de junio*— *Bernstein dio una explicación del desarrollo de los acontecimientos diametralmente opuesta a la de Marx.*” *Ibid.*, pp. 116-117, cursivas mías.

Marx consideraba que [1] la comisión de trabajo dirigida por el socialista reformista *Louis Blanc* era una concesión táctica del gobierno provisional. Las ideas reformistas de Louis Blanc eran para Marx *utopismo puro*. Por el contrario, para Bernstein, la propuesta de la comisión significaba “*todo un plan de reformas sociales de realización inmediata*” y consideraba la comisión como un todo como “representante... de las aspiraciones de la parte ideológicamente desarrollada de la clase obrera francesa de la época”. Según Marx, [2] la *manifestación* ante el Ayuntamiento del *16 de abril* era una *provocación urdida por el gobierno provisional* con el fin de tener un *pretexto para llamar a París al ejército*. Por el contrario, para Bernstein se trataba de un *complot de los revolucionarios socialistas, es decir, de los blanquistas*. Estos últimos, que para Marx [3] representaban el verdadero *partido revolucionario*, no eran para Bernstein otra cosa que terroristas sedientos de sangre (*ibíd.*, p. 117, numerales y cursivas míos).

Como se ve, la decisión entre, por un lado, la evaluación de Marx en el sentido de que la postura de Blanc era “utopismo puro” o su inclusión en el gabinete mera “concesión táctica” del gobierno provisional, así como que la manifestación del 16 de abril fuera “pretexto para llamar a París al ejército” y considere a Blanqui y al levantamiento por él encabezado como auténtico y realista; o bien, por otro lado, que Bernstein, al contrario, vea en la manifestación “un complot de los revolucionarios socialistas”, y una locura —que no utopía— gestada por la sed de sangre y terrorismo revolucionario, *motivados* por resentimiento y *justificados* con la utopía de que la revolución socialista es posible en general y que en la coyuntura era pertinente promoverla; todo ello, digo —y he matizado algunos factores que en la descripción de Bo Gustafsson quedan implícitos al correr de la pluma— depende de la decisión acerca de si era *pertinente* o no la insurrección para favorecer al proletariado y a la democracia como un todo; de si, siendo pertinente o no, era *obligada* para el proletariado, en acuerdo a sus intereses, o era una mera idea torcida urdida por Blanqui y los extremistas pero que, sin saberlo, iba contra el proletariado.

La siguiente cita revela un punto decisivo al respecto: Marx consideraba posible y necesario que en la coyuntura de 1848 el proletariado promoviera acciones que apuntaran más allá de la revolución de Febrero e incluso de la sociedad burguesa.

[4] Por esto [Bernstein] condenaba también a los “socialrevolucionarios” porque querían disolver por la fuerza la Asamblea Nacional que se había formado como resultado de las elecciones del 23 de abril (y que había provocado que los representantes de los trabajadores, Blanc y Albert, fuesen excluidos del gobierno). Esto sólo podía llevar a la reacción. Para Marx, por el contrario, *la República no era algo definitivo*. La República de Febrero se había constituido *gracias a la lucha de la clase obrera y con el apoyo pasivo de la clase burguesa*. Por una parte, se había *eliminado así la común oposición de la burguesía y la clase obrera a la Monarquía de julio*. Por otra parte, no obstante, *con ello apareció con más claridad a la luz del día la oposición entre la clase obrera y la burguesía*. La república era para Marx tan sólo una forma del Estado; su advenimiento no modificaba las relaciones sociales. Ahora las dos clases más importantes pretendían conformar el contenido de la república de acuerdo con sus respectivos intereses (*ibíd.*, pp. 117-118, numeral y cursivas mías).

Finalmente, Bo Gustafsson esclarece cuál era la *posición de clase* del proletariado y cuál la de la burguesía. Ojo, no la posición de Blanc o Blanqui, sino la de la clase como un todo y respecto de la que la táctica revolucionaria debía ser consecuente o tildada de utópica o de inconsecuente.

Mientras que los trabajadores exigían la **república social**, la Asamblea Nacional, reunida desde el 4 de mayo, proclamó la **república burguesa**. Por esta razón, [5] para Marx era completamente natural que los trabajadores reaccionasen, que sus representantes, Blanc y Albert, fuesen excluidos del gobierno. Seguidamente describe la **irrupción de los trabajadores** en la Asamblea Nacional el 15 de mayo y su intento de obtener las **promesas sociales cumplidas**. Pero **el levantamiento fue aplastado y los dirigentes —Blanqui y otros— encarcelados** (*ibíd.*, p. 118, numeral y negritas mías).

Esto es decisivo porque desautoriza la opinión de Bernstein de que la insurrección de junio fue un mero error de dirección de los blanquistas extremistas y no, como dice Marx, algo a lo que el proletariado estaba obligado. En realidad, más que posiciones de este o este otro dirigente, están en juego *posiciones de clase*. Ahora bien, ¿cómo servir mejor a esas posiciones? Eso se decide al juzgar por qué estaba obligado el proletariado a levantarse o por qué no. Y bien, ¿qué argumento ofrece Bo Gustafsson?

Gustafsson aduce, sobre todo, que la derrota sufrida por la insurrección parece sugerir de antemano que no era momento

para hacerla, dándole la razón a Eduard Bernstein, quien se sitúa en torno a la disyuntiva insurrección sí o no, y elige el no *porque*, ante la disyuntiva reforma o revolución, deniega a ésta y la insurrección no es propicia para el proceso de reformas. Pero ¿esa es la disyuntiva a observar? y, en todo caso, ¿es la disyuntiva por la que Marx rige sus respuestas? Ahora bien, ¿qué argumentos ofrece Bo Gustafsson respecto de si el proletariado estaba obligado o no a insurreccionarse? Antes de responder a este conjunto de cuestionamientos, pasemos a observar el siguiente cuadro de posiciones respecto del análisis de la revolución de 1848 y respecto de ésta en cuanto tal.

*4. Rosa Luxemburgo, Eduard Bernstein,  
Marx y Engels frente a la revolución de 1848*

Rosa Luxemburgo<sup>110</sup> y —con perspectiva en algo diferente— Lenin piensan que la revolución de 1848 es *analogable* con la táctica revolucionaria de la socialdemocracia a partir de 1895, en especial, para Lenin en 1917 y para Rosa en 1918-1919; así que suponen que la idea que se hace Marx de los sucesos de 1848 *coincide* con la realidad de los sucesos de sus respectivas coyunturas contemporáneas. Por su parte, Eduard Bernstein sugiere *analogables* los sucesos de 1848 con la coyuntura de 1895, pero en un sentido opuesto al que creen Lenin o Rosa, éstos apoyándose o creyendo apoyarse en Marx. De hecho, aquellos revolucionarios contestaron al revisionismo de Eduard Bernstein recuperando, a su manera, a Marx. Así, Eduard Bernstein supone que la idea que Marx se hace de la revolución de 1848 *no coincide con la realidad* de esta revolución. Para Eduard Bernstein el 1848 es *analogable* al 1895 pero porque la idea de Marx *no coincide* con la realidad de la revolución de 1848.

Aún más, para Marx, Rosa Luxemburgo y Lenin, lo valioso o exaltante de la revolución de 1848 para el proletariado fue la “Revolución de Junio”, esto es, la derrotada insurrección de la que hemos estado hablando; mientras que lo resaltante pa-

---

<sup>110</sup> Cfr. Rosa Luxemburgo, “Nuestro programa y la situación política (31 de diciembre de 1918)” en *La Liga Spartakus. Dossier sobre la revolución alemana 1918-1919*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1976, pp. 33-74.

ra Eduard Bernstein fue la “Revolución de Febrero”,<sup>111</sup> la “hermosa revolución”, no la “revolución fea” de junio, como las llama Marx. El estudio de Hériter sobre la revolución de 1848 que Eduard Bernstein epiloga, le hizo ver a éste

*con claridad ante qué problemas iba a situar a la Socialdemocracia una revolución política en la avanzada Alemania y me hizo reconocer el imperativo de escribir para ejercer influencia en el sentido de una ruptura total tanto con la leyenda como con las consignas y argumentos que se derivan, fundamentalmente, de ella (ibíd., p. 116, cursivas mías).*

Pues bien, por mi parte, supongo que la idea que se hacía Marx no era una “leyenda” sobre la revolución de 1848, sino que *coincidía* con la realidad de aquella, *pero no veo analogía* entre 1848 y 1895, ni entre 1848 y 1917 o 1918, como creen Eduard Bernstein, Lenin y Rosa Luxemburgo, respectivamente, por razones distintas cada uno. Sin embargo, sólo sobre esta base (análisis adecuado de la realidad pero no analogía entre el 48 y las coyunturas aludidas) encuentro la utilidad y la actualidad del análisis de Marx también para la coyuntura actual. Eso sí, *sin analogías*.

Establecidas estas diferentes posibilidades generales de captación de la problemática que nos ocupa, cabe entrar a los detalles; en especial, ese decisivo que dejamos en suspenso.

##### 5. La insurrección de junio era obligada

Bo Gustafsson entrevisté dos argumentos acerca de si el proletariado estaba obligado o no a insurreccionarse. Por cierto, aunque glosa a Marx, en las manos de Bo Gustafsson la idea de aquél palidece y no muestra factores decisivos. Veamos primero los factores que sí muestra Gustafsson aunque empalmeados. Gustafsson exhibe dos argumentos, a saber:

Argumento 1:

Su [de Marx] descripción de los acontecimientos ulteriores es generalmente conocida: cómo el nuevo gobierno ordenó que todos los trabajadores *solteros* o bien abandonasen los Talleres Nacionales o ingresasen en el ejército y cómo esta medida provocó el 22 de junio el *levantamiento de los trabajadores*, que duró cinco días. El juicio final de Marx [en *La lucha de*

<sup>111</sup> Cfr. para esta opinión de Eduard Bernstein, Bo Gustafsson, *op. cit.*, p. 116.

*clases en Francia*] acerca de la revolución de Junio es el siguiente:

**La revolución de Febrero** fue la *hermosa revolución*, la revolución de las simpatías generales, porque los antagonismos que en ella estallaron contra la monarquía dormitaban *incipientes* todavía, bien avenidos unos con otros, porque la lucha social que era su fondo sólo había cobrado una existencia aérea, la existencia de la frase, de la palabra. **La revolución de Junio es la revolución fea**, la revolución repelente, porque el *hecho* ha ocupado el puesto de la frase, porque la república puso al desnudo la cabeza del propio *monstruo* al echar por tierra la corona que le cubría y que le servía de pantalla.... El proletariado de París fue **obligado por la burguesía a hacer la insurrección de Junio**. Ya en esto iba implícita su condena al fracaso (K. Marx, *La lucha de clases en Francia*, citado por Bo Gustafsson, *op. cit.*, p. 118, negritas mías).

Argumento 2:

Para Marx, la Revolución de Junio era tanto un *drama* del destino como una *epopeya heroica*. Los trabajadores se habían visto *obligados* por su *situación crítica* a llevar a cabo el levantamiento a pesar de que, dada la inferioridad de sus fuerzas, estaba condenado al *fracaso*. La Revolución de Junio fue *precursora de la historia de las modernas luchas de clases porque puso claramente en primer plano el antagonismo entre la burguesía y el proletariado*. A partir de este momento, dicho antagonismo queda reconocido en toda su centralidad (*ibíd.*, p. 119, cursivas mías).

Así pues, para Bo Gustafsson una vez porque el gobierno lesionaba a los obreros solteros y la otra vez por la “situación crítica” vivida por los trabajadores, éstos se vieron obligados a levantarse. Estas no parecen ser razones suficientes. En efecto, Bo Gustafsson no explica esa “situación crítica”, por ejemplo, las condiciones de crisis económica vivida por Francia, los bajos salarios, las condiciones de pobreza, incluso de miseria en que vivía el proletariado. Por su parte, el caso de los obreros solteros se entiende mejor si sabemos que París pasaba por una coyuntura de gravísimo desempleo y que los “Talleres Nacionales” fueron instituidos a instancias de la corriente proletaria y socialista de la Revolución de Febrero precisamente como instrumento para concretar el *lema* muy imperfecto, según Marx, de aquellos revolucionarios, de exigir el “derecho al trabajo” en tanto núcleo de la proclamada “república social” exigida por los trabajadores. Los Talleres Na-

cionales empleaban obreros incluso en esta coyuntura de desempleo generalizado. Pero ahora el gobierno provisional, a instancias de las corrientes burguesas, apuntaba a cerrar los Talleres Nacionales o por lo menos reducir el número de empleados en los mismos. En especial, se despidió a los obreros solteros, empleando sólo a los que tenían que sostener una familia. Además, a los solteros se los canalizaba al ejército en ocasión en que se preparaba una invasión a Italia.

Vistas así las cosas resalta ya cuán débil es el modo de argumentar este punto por parte de Bo Gustafsson.

Pero Marx añade tesis decisivas:

Ni su *necesidad directa* [del proletariado] y *confesada* le impulsaba a querer conseguir por la fuerza el derrocamiento de la burguesía, no tenía aún fuerzas bastantes para imponerse esta misión... y fue **su derrota** la que le convenció de esta verdad: que hasta el más **mínimo mejoramiento** de su situación es, *dentro* de la república burguesa, una *utopía*, y una utopía que se convierte en crimen tan pronto como quiere transformarse en realidad. Y sus reivindicaciones, **desmesuradas en cuanto a la forma, pero minúsculas e incluso burguesas por su contenido**, cuya satisfacción quería arrancar a la república de Febrero, **cedieron** el puesto a la consigna audaz y revolucionaria: ¡Derrocamiento de la burguesía! ¡Dictadura de la clase obrera! (Karl Marx, *La lucha de clases en Francia*, citado por Bo Gustafsson, *op. cit.*, p. 118-119, negritas mías).

Lo primero que resalta de este párrafo es la cadencia contrastante de la tesis de Marx, su complejidad dialéctica que se esfuerza en ser fiel al movimiento real de los acontecimientos. Vemos a un proletariado “obligado” a insurreccionarse y ya por ello “condenado” a ser derrotado. Eduard Bernstein cree que no había tal obligación y que la derrota era previsible; por ello, censura la acción. Pero Marx, aunque la ve obligada, simultáneamente la sabe de antemano encaminada al fracaso. Así que bien pudo decir: “¡no era el momento!, los obreros debieron replegarse por falta de fuerza y condiciones para su empresa”. No obstante, Marx no censura la acción que sabe incorrecta, que quizá pudo evitarse, pero entiende que no tiene caso dar paso a esta posibilidad no sólo ante el hecho consumado sino por las premisas históricas en que se suscita y que lo volvían *obligado* en un sentido más fuerte que el que Eduard Bernstein entrevé, esto es, no sólo como una provocación burguesa —que Eduard Bernstein difícilmente asume—

sino porque esta provocación ocurre en condiciones económicas y de desarrollo político de la clase obrera que no permiten otra opción. La clase obrera no tenía experiencia histórica suficiente ni una organización lo suficientemente amplia y disciplinada como para llevar a cabo un repliegue táctico sin desmoralizarse ante el desafío y la redoblada opresión y humillación de que fuera objeto por el gobierno provisional. En efecto, recién descubre “esta verdad: que hasta el más mínimo mejoramiento de su situación es, *dentro* de la república burguesa, una *utopía*”, etc. Esta afirmación de Marx es válida en especial para la república emanada de la revolución del 48. Bajo otras condiciones, esa afirmación sigue siendo válida en general, aunque puede encontrar *contratendencias* que posibiliten mejoramientos, sin que, por lo demás, deban confiarse nunca el proletariado y sus dirigentes, olvidando la validez fundamental de esa verdad.

Pero Eduard Bernstein no sólo la invalida para condiciones diferentes, como las de 1895 en Alemania, sino que la sugiere inválida incluso en 1848. Ya detallaremos su argumentación más adelante, pero sabemos ya que es por allí que enaltece al socialista reformista Blanc y censura al “terrorista sangriento” Blanqui, etc.

La actual embestida contra la idea de socialismo y en especial contra el marxismo sugiriéndolos como *utopía* (Octavio Paz, entre otros) y siendo perseguidos como *criminales*, ilustra bien esa utopía que se transforma en crimen tan pronto busca realizarse. La burguesía actual sugiere que es realmente un crimen porque no produjo sino crímenes en la URSS. De momento, la justificación que da la burguesía es lo de menos ante su designio autoritario de perseguir toda utopía como crimen. En todo caso, para que la justificación valiera, los ideólogos burgueses deberían demostrar, primero, que la URSS sólo produjo crímenes. Y, sobre todo, segundo, que en verdad fue un país socialista; así como, tercero, si en verdad —como parece y dicen— está esencialmente vinculado al marxismo, es decir, que es la realización de éste. Y bien, Eduard Bernstein sugiere como criminal a Blanqui y a los utópicos insurrectos. Pero vemos que para Marx también son utópicos pero no criminales sino perseguidos como criminales. Marx no sólo considera utópico al reformista Blanc. Marx no es blanquista — como cree Bernstein— pero le parece más realista la posición

blanquista aun sin que esta posición abandone la utopía, pues cuando intentó salir de ella a realizarla exigía un derecho que el gobierno provisional pisoteaba, ese “derecho” era utópico dentro de la república burguesa. Y además, no tenía la fuerza ni los medios suficientes para realizar lo que buscaba: una meta posible, la dictadura de la clase obrera. En esto es realista Blanqui, por revolucionario, y es utopista por querer realizarla sin medios suficientes, y por creer, antes, que ese “derecho” pudo ser consolidable *en* la república burguesa.

El análisis y la perspectiva de Marx y las de Eduard Bernstein difieren e incluso son opuestos porque Eduard Bernstein lo ha querido así. Eduard Bernstein, so pretexto de utilidad histórica de los acontecimientos de 1848 para 1895, realiza un análisis ahistórico; mientras que Marx hace una evaluación histórica de la coyuntura de Junio, en la que los obreros se vieron obligados a una insurrección destinada al fracaso, pero mediante la que ellos revelaron la realidad para que otros y ellos mismos pudieran destruir sus propias ilusiones. Por ende, se sugiere para el futuro otra táctica, según las condiciones específicas del caso.

Eduard Bernstein, por su parte, al renegar de la revolución y del análisis de Marx afín a ella, también propone otra táctica futura pero sin especificar condiciones históricas porque tampoco las reconoce respecto de la insurrección del 48. Declara que esta estuvo mal *per se* por ser revolucionaria pasando a desconocer al *sujeto revolucionario*.

Como se ve, existe un punto de coincidencia formal entre Eduard Bernstein y Karl Marx: *la necesidad de otra táctica*. Marx no la explicita, Eduard Bernstein sí, pero desbarra al hacerlo.

Cabe abordar a continuación matizadamente el análisis de Eduard Bernstein.

### *6. La perspectiva táctica de Eduard Bernstein*

Como ya dijimos, Eduard Bernstein no cree que se haya tratado de un “conflicto de clases agudizado” (Marx) sino de uno “entre dirigentes de partidos rivales” (*ibíd.*, p. 119), un error de dirección. Esta creencia es revocada por el carácter obligado de la insurrección, que en lo que antecede hemos establecido preliminarmente y sobre lo cual abundaremos luego. Por lo

pronto, ya el hecho de que Eduard Bernstein remita a un suceso emocional y subjetivo los acontecimientos de junio de 1848, sugiere que él *proyecta* en éstos su antagonismo emocional con Marx y Engels para, así, defenderse por anticipado de una posible acusación a su persona en tal sentido. Esta *defensa por anticipado* se plasma y encubre tanto mejor al proyectarla en hechos históricos 47 años anteriores a la redacción del epílogo bernsteiniano. La acusación —defensa anticipada— de Eduard Bernstein es solapadamente dirigida contra Blanqui pero apunta más allá de éste, hacia Marx, con eso de “ciertas personalidades”. ¿Qué? Sí, que ciertas personalidades “*instigaron* a los obreros a ir a las barricadas”. Y seguro que hubo episodios individuales de instigación, como en la mayoría de los hechos históricos de masas. Pero para Eduard Bernstein la instigación es de suyo reprehensible si es revolucionaria y cree que por ser individuales, o de ciertos dirigentes, estas iniciativas niegan el carácter clasista de las luchas. Esto es, Bernstein ya no indaga si la instigación corresponde con el sentir de las masas y con sus intereses coyunturales y de fondo, y si contesta a la acción del enemigo represor y asesino. En lugar de ello, no sólo *aisla* el acto individual respecto de las masas y su historia sino que pasa a *estigmatizarlo*, y no como mero error táctico sino *ad hominem*, esto es, arraigado en la personalidad enferma de los rebeldes. Quienes instigaron —supuestamente— a los obreros a ir a las barricadas eran “personalidades para las que un triunfo no sólo provisional de los trabajadores habría sido la cosa más incómoda del mundo” (*ibíd.*). Según Eduard Bernstein, se trata de *personalidades enfermas*, resentidas y pseudorevolucionarias pero, en verdad, antiobreras. *Antiobreras por revolucionarias*. Por donde lo revolucionario, en verdad, es pseudorevolucionario, pues la revolución es una falacia, según se revela más abajo por otras opiniones de Eduard Bernstein. Sólo la reforma es progresista. Y bien, desgraciadamente los Talleres Nacionales se habían convertido también en “zonas de reclutamiento para el socialismo revolucionario” (*ibíd.*), ironiza Bo Gustafsson a Eduard Bernstein con sus propias palabras, pues éste ya va justificando el cierre de los Talleres Nacionales por el gobierno provisional. Cierre que, como vimos, justifica el hablar de que la insurrección fue obligada.

Eduard Bernstein, para juzgar los acontecimientos, ora

toma la perspectiva burguesa —para la que la revolución anticapitalista es de por sí un error y un crimen— ora una perspectiva obrerista y democrática relativamente antiburguesa en lo que quepa *sin* jamás transgredir a la perspectiva previa. Pero Eduard Bernstein presenta esta dualidad como socialista y para el progreso de la liberación del proletariado y de la sociedad.

Eduard Bernstein redondea su juicio contra las personalidades enfermas de los revolucionarios aludiendo a un camino alternativo que pudieron tomar los acontecimientos:

En otras condiciones habría ido *lo más discreto posible, paso a paso, sin trastornos*; la contradicción que experimentó la transformación habría conducido a la manifestación, pero sin dar lugar a un *levantamiento tan desesperado*. En medio de una revolución, por el contrario, en la que cada día que pasa les puede costar su posición tanto a los partidos como a los dirigentes, la solución más rápida aparece ante sus ojos como la mejor (*ibíd.*, cursivas mías).

En este párrafo se ve bien que la revolución todo lo distorsiona y complica. Y si el levantamiento fue “tan desesperado” no es —desde la visión de Eduard Bernstein— porque fue obligado por lo presión de los acontecimientos y como acto que la clase obrera debió realizar arrinconada y sometida como se encontraba. Por eso pudo parecerle a Marx desesperado. Desesperado objetivamente y no por gusto. Mientras que Eduard Bernstein sugiere lo de desesperado no sólo como algo inherente a la revolución —así que por ello despreciada—, sino desesperado porque fueron unos desesperados, por emocionalmente enfermos, los que avivaron y realizaron la insurrección. Siendo así no podían comportarse sino como revolucionarios. Por donde lo de revolucionario aparece a los ojos de Eduard Bernstein como un carácter personal *extraño*, incomprendible, ajeno, el cual él envidia y le fascina pero ante la imposibilidad de asumirlo lo rechaza y estigmatiza como algo diabólico ante el que se aterroriza (“instigadores”, dice). Este carácter personal extraño no hace sino racionalizar o justificar con razones tendencias irracionales, emocionalmente enfermas.

Sí, todo hubiera sido más pacífico y tranquilo si los acontecimientos no hubieran presionado a los obreros hasta la pulverización, pero Eduard Bernstein no quiere ver los acontecimientos promovidos por el capital en ese sentido. Así que pasa

a culpar a la clase obrera, aunque a mitad del camino se modera y no la culpa para mejor escoger culpar a los dirigentes malvados que expresan los intereses de aquella. Nada más fácil, ahora, que negar que los dirigentes expresan diversos intereses.

El método de Eduard Bernstein es policiaco, pero también el de la plaga emocional, análogo a la neurosis. Eduard Bernstein no era policía, pero aun sin quererlo le sirvió a la burguesía sin quererlo, porque es, en verdad, sobre todo, *emocionalmente anti Marx y anti Engels* y sólo secundariamente procapitalista. Eduard Bernstein no llegó al revisionismo y a la reacción desde intereses económicos, ni incluso políticos sino, primero, por motivos emocionales que engranaron, luego, con motivos políticos, teóricos y, finalmente, económicos.

### 7. Los hechos que Eduard Bernstein niega de mala fe

Hubo hechos brutales en 1848 que no se avienen con la posición emocional de Eduard Bernstein ni con las disposiciones políticas y teóricas con las cuales correlacionó dicha posición. Pero como no está dispuesto a renunciar a todo ello, se ve obligado a radicalizar su postura a costa de distorsionar esos hechos, por ejemplo, aminorando su brutalidad. Tal es el caso del “baño de sangre” de los insurgentes vencidos.

Eduard Bernstein dice que los franceses son excitables y dados a exagerar (*ibíd.*) e incluso sale “*en defensa del hombre* al que los demócratas de 1848 y los revolucionarios apelaban el «*Carnicero de Junio*»: *el general Cavaignac*” (*ibíd.*, cursivas mías). Dicho entre paréntesis, esta defensa elaborada por Eduard Bernstein en 1895 pudo dar pie a la defensa que haría luego del asesinato de Rosa Luxemburgo y de Karl Liebknecht (febrero de 1919), por el gobierno alemán socialdemócrata de un Ebert y Noske y, en general, de la represión a la insurrección espartaquista iniciada en 1918.<sup>112</sup>

---

<sup>112</sup> “Aún cuando Bernstein abrigaba algunas dudas con respecto a los métodos, estaba de acuerdo en lo esencial con la mayoría de los socialistas en que *el orden había de ser mantenido* y que el paso al socialismo sólo podía acaecer de un *modo gradual*. Bernstein criticaba a Noske por su prematuro recurso a los militares, pero creía que nadie que se hiciese cargo de la república contra la subversión interna podía estar en contra de las decisiones que tuvo que adoptar Noske y de la fama que más tarde se ganó.” P. Gay, *The Dilemma of Democratic Social-*

Eduard Bernstein justifica el proceder de Cavaignac por haber “sido del todo necesario” y sin carga política clasista sino “estrictamente militar” (*ibíd.*, p. 120). Dice que para justificarlo son innecesarias razones sentimentales. (Sintomáticamente, Eduard Benstein se defiende de que se le diga que él lo justifica por simpatía emocional originada en la plaga emocional que despliega contra Marx, Engels y los revolucionarios). Así, por ejemplo, dice: “No era necesario dar crédito a la versión según la cual Cavaignac habría llorado en su habitación” (*ibíd.*, p. 119)

Eduard Bernstein no se da cuenta de que el problema principal de la represión sangrienta contra los insurrectos no es personal o referido a la prioridad militar de Cavaignac sino clasista, es decir, referido al carácter férreo y sanguinario del lazo de dominio de la burguesía sobre el proletariado y que, de ser cierta la versión del llanto de Cavaignac, confirma lo férreo, sanguinario e injusto del acto que apuntala al lazo de dominio, pues hasta su verdugo instrumentador se resiente por verse obligado a llevarlo a cabo.

Pero es que este trastocamiento del asunto medular clasista, relativo al poder burgués sometiente y la sustitución de aquél por el personal profesional, sirven para desconocer la especificidad clasista y libertaria del proletariado que se insurreccionó y de la justicia que le asistía.

Admitida la *necesidad de la represión del levantamiento* —y para la república burguesa era una necesidad—, las medidas de Cavaignac han de ser juzgadas desde un *punto de vista militar*. Es conveniente liberarse de la visión melodramática que sólo veía en cada disparo hecho desde las barricadas un acto heroico y en cada disparo dirigida contra ellas un acto asesino (*ibíd.*, p. 120, cursivas mías).

Eduard Bernstein admite la *necesidad* de la represión al proletariado porque se afirma en la perspectiva burguesa reaccionaria del gobierno provisional de 1848. Simultáneamente, por ello, no acepta la *necesidad* de la insurrección, el hecho de que el proletariado hubiera estado *obligado* a levantarse. Eduard Bernstein quiere evaporar todo sentimiento para que no se note el origen emocionalmente plagado de su propio tra-

---

*ism. Eduard Bernstein's Challenge to Marx* (New York, 1952, p. 291) citado en *ibíd.*, p. 161, n. 107, cursivas mías.

zo. Así que no sólo desoye las versiones que ven llorando a Cavaignac, etc., sino, al contrario, “la visión melodramática” a favor de los revolucionarios insurrectos. Todo lo quiere objetivo y muy formalito para así pretender que demuestra científicamente lo que dice.

Esta descomposición de lo emocional presente en Eduard Bernstein es análoga a la “desdramatización del fin” propugnada por los ideólogos reaccionarios posmodernistas actuales ante la crítica democrático-humanista y ecologista contra la bomba atómica y el militarismo capitalista actual.

Fuera clases, fuera emociones, fuera todo rastro que revele la mala fe de Eduard Bernstein incluso ante él mismo, y que revele que en algo los rebeldes pudieran estar justificados para rebelarse, pues una tal justificación obstaculiza la expresión de la emoción plagada de Eduard Bernstein, así como sus articulaciones políticas correspondientes.

#### *8. La burguesía termidoriana del 48 y la pseudociencia de Eduard Bernstein*

Pero Eduard Bernstein debe amarrar todos estos forzamientos particulares en un nudo bien apretado y que —por lo general de su vigencia— no parezca ir forzado. Para ello, Bernstein le sigue la pista a contracorriente al *maniqueísmo melodramático* de los simpatizantes de la rebelión. Eduard Bernstein insta, por contra, la descomposición emocional maniquea o el *maniqueísmo de la descomposición emocional* pseudocientífica. Veamos.

Bernstein se oponía también a la idea de que “*el burgués sea cobarde por naturaleza mientras que el proletario sea por naturaleza valiente*”. Le parecía simplemente engañoso callarse “que los burgueses de la Guardia Nacional habían dado en los días de junio *muchas pruebas de su valor*”. Por lo demás, la clase burguesa había sido cuantitativamente tan superior que el destino del levantamiento había estado claro desde un principio.<sup>113</sup> Muchos

---

<sup>113</sup> De opinión muy distinta es Eric Hobsbawm: “*Por tanto, quienes hicieron la revolución fueron incuestionablemente los trabajadores pobres*. Fueron ellos quienes murieron en las barricadas urbanas: en Berlín se contabilizaron sólo unos 15 representantes de las clases educadas y alrededor de 30 maestros artesanos entre las 300 víctimas de las luchas de marzo; en Milán se encuentran únicamente 12 estudiantes, oficinistas o hacendados entre los 350 maes-

trabajadores se habrían dado cuenta de esto, como *Proudhon*, y se habrían quedado en casa. “Esto es algo que los demagogos de la prensa y de las tribunas, *que habían instigado a los trabajadores a ir a la lucha de barricadas, no les habían dicho a éstos.*” Mientras que Marx había concluido de la Revolución de Junio: “La Revolución ha muerto, ¡Viva la Revolución!”, para Bernstein el episodio mostraba lo *fútil de todo empeño revolucionario* (*ibíd.*, cursivas mías).

Como dije, Eduard Bernstein radicalizó su actitud. En efecto, pretextando contraargumentar la oposición maniquea burgueses-cobardes / proletarios-valientes, se permite desconocer un suceso histórico estructuralmente determinado como es la pusilanimidad de la burguesía condicionada por sus intereses económicos y políticos en una coyuntura en la que en parte quiere la revolución, en parte es aliada de la aristocracia y, sobre todo, teme al “pueblo” (al proletariado y al campesinado). Además, poco antes de junio de 1848 la revolución europeo-continental de 1848 inició su fase contrarrevolucionaria, en la que cada vez más capas de la burguesía asumieron posiciones contrarrevolucionarias y otras moderaron su rebeldía. En fin, Eduard Bernstein radicaliza su postura pues, en lo que respecta al *pasado*, ya no reconoce la historia. El pequeño truco que usa es asimilar la participación de la burguesía en la revolución de Febrero cuando habla de la actitud de la burguesía y el proletariado en junio de 1848.<sup>114</sup>

Pero el resultado de la idea así pergueñada por Bernstein es la superfluidad de la participación del proletariado en la Revolución, y si luego, en junio —según él—, resultó impertinente la insurrección proletaria, obstaculizándose con ella el proceso de reformas socialistas de Blanc y obteniéndose una justa represión sangrienta, Eduard Bernstein arriba con toda consecuencia a cancelar la historia también para el *futuro*, pero ocultando que la cancela, pues sólo afirma la futilidad de “todo empeño revolucionario”. Deniega la revolución — mecanismo principal de hacer historia— pretendiendo *otra*

---

tros de la insurrección. *Era su hambre lo que potenciaba las demostraciones que se convertían en revoluciones.*” *Op. cit.*, p. 27, cursivas mías.

<sup>114</sup> Cito otra vez a Eric Hobsbawm para resaltar que también respecto de la revolución de febrero Eduard Bernstein se equivoca: “la revolución de febrero no sólo la hizo «el proletariado» sino que la concibió como consciente revolución social.” Eric Hobsbawm, *op. cit.*, p. 28.

historia, digamos, evolucionista.

### 9. *Reforma o revolución: contra la Comuna de París*

Después de comentar los momentos decisivos de la revolución de 1848, Eduard Bernstein pasa a considerarla en conjunto, bajo la forma de la oposición entre *reforma y revolución*, como era de esperarse por su precedente argumentación.

Bernstein va a fondo —no es nada reformista en este punto—. Pues si la insurrección de junio debía apuntar a derrocar al gobierno provisional y a erigir la “dictadura de la clase obrera”, la consideración general sobre la revolución del 48 y, en particular, sobre Junio, involucra entrar de lleno al asunto del *gobierno de la clase obrera*. Eduard Bernstein toma, pues, posición respecto de la Comuna de París de 1871, “continuación histórica del levantamiento de Junio”, como dice Bo Gustafsson.

“La *forma política al fin descubierta* bajo la cual se podía realizar la liberación económica del trabajo” (cursivas mías), decían Marx y Engels de la Comuna de París. Mientras que para Eduard Bernstein no tiene tal significación sino sólo el de un *episodio* histórico del siglo XIX e irrepetible, al contrario del episodio de la insurrección de Junio y su represión, el cual, para Eduard Bernstein, demostraba no sólo el presunto error de haber llevado a cabo esa insurrección sino la futilidad “de *todo* empeño revolucionario” (*ibíd.*, cursivas mías). Bernstein consolida este juicio de inquietante simetría perversa (¿perversa?) evaluando a la revolución de Febrero de 1848 frente a la Comuna de París de 1871 como aquella sí ejemplar, repetible en el siglo XX y aleccionadora; porque fue “aceptada por toda la nación” y permitía a ésta desarrollarse libremente (*ibíd.*). Para Eduard Bernstein “el 24 de febrero de 1848 inaugura la *era* de la democracia europea”, *por eso* puede aprovechar para censurar a quienes creyeron que era posible el socialismo en aquella fecha (Blanqui, etc., pero sugiere que también a Marx).

El texto de Eduard Bernstein, como se ve, opone democracia a socialismo pues piensa, en verdad, en democracia burguesa, aunque sólo dice democracia. Por allí implica algo más: no quiere socialismo, presuntamente porque lo ve imposible. De rechazo, se aferra a la democracia burguesa desvinculada

del socialismo. Pero ahora esta separación tiene una vuelta de tuerca adicional. En efecto, Eduard Bernstein no reconoce que en las condiciones históricas del 48 en adelante la democracia burguesa se realiza *contra* la burguesía y por cuenta de movimientos populares tendencial o francamente socialistas y proletarios, y que ese también fue el caso de la Revolución de Febrero de 1848. Pero para Eduard Bernstein es esencial desconocer esta paradoja histórica en vista de desautorizar la insurrección de Junio para rechazar la táctica revolucionaria a favor de la reformista.

Si Eduard Bernstein jamás renunció explícitamente al socialismo, ello está implícito en sus argumentaciones y tomas de posición elaboradas según un *maniqueísmo emocional elemental* opuesto punto por punto a las ideas de Marx. Así, Eduard Bernstein señala a la Comuna de París como mero episodio irrepitable sólo porque para Marx constituye no un mero episodio sino la *forma esencial* (develada en un episodio) y, por ende, *podría* no repetirse o sí. No está decidido de antemano, como en el maniqueísmo bersteiniano. De hecho, no se repitió hasta la fecha. Pero los diversos gobiernos revolucionarios intentaron de diferentes maneras reproducir la forma comuna, además de que se lograron las irrupciones revolucionarias, no sólo los procesos de reforma. Ciertamente, ni unos ni otros construyeron el socialismo, pero esta posibilidad histórica es explicable desde la perspectiva de Marx y no con el maniqueísmo bersteiniano, aunque éste es apegado al sistema burgués abierto en febrero de 1848. Este maniqueísmo concluye por afirmar que *lo burgués* que se repite es lo *esencial* en cambio, la forma socialista de la comuna no; mientras que, para Marx, lo burgués que se repite no es, sólo por repetirse, esencial, sino aquello que debe ser combatido para trascenderlo históricamente.

#### *10. ¿Necesidad de la insurrección e imposibilidad del socialismo?*

Después de afirmar la *imposibilidad* del socialismo en 1848 y de situar a la Comuna de París de 1871 como episódica e in-esencial para afirmar la esencialidad de la república burguesa de febrero de 1848, Eduard Bernstein dice: “Nadie podía afirmar «que la batalla de junio había sido una *necesidad*»” (p.

121). Debemos comentar más abajo esta curiosa oposición que Eduard Bernstein establece entre *imposibilidad* y *necesidad*, la que por ahora le sirve para explicar el fenómeno histórico de la insurrección de junio de 1848 como mero *error de dirección* sin raíz histórica, según que los trabajadores se dejaron “guiar por los revolucionarios en vez de por los socialistas reformistas” (*ibíd.*).

Ahora bien, explica Bernstein, “si Marx no lo consideró así fue porque...”, y da comienzo a una justificación de esta presunta torpeza de Marx para concluir en una crítica abierta porque éste se equivocó al tomar a los blanquistas por “los verdaderos dirigentes del partido proletario”, cuando que ese papel, según Bernstein, lo cumplió Blanc (*ibíd.*), satirizado por Marx. La sátira de Marx a Blanc parece dolerle a Eduard Bernstein en carne propia. Y, en verdad, en diversas ocasiones quedó en vergüenza debido a que, intentando ser consecuente con Marx o Engels, se vio desautorizado por las posiciones de éstos.<sup>115</sup>

Pero ahora es más interesante la justificación que hace Eduard Bernstein de la opinión de Marx sobre Blanqui, según Eduard Bernstein equivocada, pues esta justificación dio pie a analizar el problema de modo unilateralmente psicologicista por parte de Werner Sombart y una serie de posteriores autores que profundizaron en esta veta<sup>116</sup> olvidando analizar las determinaciones objetivas del caso; mientras que Eduard Bernstein todavía señala motivos políticos ligados relativamente a los hechos objetivos, si bien inmediatamente nimbandos porque avanza a renglón seguido motivos subjetivos, emocionales, diciendo que Marx, como “hombre de partido” y, luego, como exiliado, debía combatir todavía como enemigos a personajes que participaron en los hechos, lo cual imposibilitó a Marx *objetividad histórica* en su observación. Todo esto puede ser cierto respecto de cualquier individuo y cabe atribuírselo a Marx, si y sólo si, los hechos históricos fueron como

---

<sup>115</sup> En esta *vergüenza* veo el origen de su crisis personal, misma que debió expresarse luego como “crisis del marxismo”. Otro es el lugar para circunstanciar mi idea. Mientras, remito a la descripción de sucesos presente en Bo Gustafsson, *op. cit.*, cap. III, “Eduard Bernstein: del marxismo al revisionismo”.

<sup>116</sup> Cfr. Werner Sombart, *Socialismo y movimiento social*, Distribuidora Baires S.R.L., Buenos Aires, 1974.

dice Eduard Bernstein o análogos. Pero eso debe demostrarlo Eduard Bernstein, y no lo hace, mientras que la demostración de Marx al respecto es puntual. Así que la hipótesis político-psicológica de Eduard Bernstein sobre Marx sale sobrando.

El argumento fuerte de Eduard Bernstein se apoya en la oposición *imposibilidad* del socialismo en 1848/*no necesidad* de la insurrección de Junio, pues Eduard Bernstein cree así dar una demostración suficiente. Podría decirse que la deficiencia de este tipo de argumento consiste en que Eduard Bernstein, *en medio* de la historia en curso, se pone, sin embargo, al *final* de la historia, y cree poder hacerlo sólo porque vive 47 años después, y porque a partir de 1895 se pondrá constantemente también al final de la historia decretando lo que es posible y lo que no, y según ese posibilismo apuntalará una y otra vez al reformismo contra la revolución.

En realidad, los revolucionarios de junio de 1848 estaban *en medio* de la historia y no podían regir sus actos por la certeza de que el socialismo era imposible en esa coyuntura. Ya por esto la intervención de Eduard Bernstein es espúrea. Pero adicionalmente ocurre que no sólo los insurrectos no podían hacer una tal consideración sino tampoco Blanc ni la burguesía, ni aun Marx, testigo extremo de los acontecimientos; pero ni siquiera 47 años después, ni cuatro, etc. Porque, en realidad, una vez que el capitalismo es vigente de modo dominante al modo de maquinismo y gran industria —caso de Inglaterra y parcialmente de Francia, pero una y otra sistemáticamente conectadas— la revolución socialista es posible; por supuesto, con mayor o menor grado de viabilidad. Y puede concederse que en junio de 1848 en Francia tal posibilidad era mínima pero no nula, como decreta Eduard Bernstein. El socialismo era *improbable* pero no imposible. Marx lo entiende así en su análisis de los acontecimientos.

Ahora bien, ésta no es la deficiencia única ni la fundamental, sino la deficiencia premisial de la argumentación de Eduard Bernstein. Pues aunque hubiera sido imposible el socialismo en 1848, como Eduard Bernstein quiere, aun así, de ello no puede derivarse lo que él deriva, es decir, que entonces la insurrección *no* era necesaria y menos que los obreros estaban obligados a hacerla. ¿Por qué no?

Porque no sólo es por el fin o resultado que se justifica la necesidad de la acción (curioso «maquiavelismo lógico» el de

Eduard Bernstein). Por ejemplo, que por ser posible el socialismo se justifica una insurrección. La opresión es la que hace necesaria a la insurrección en vista no de un logro completo sino ya por levantar el yugo volviéndolo menos estrecho, o para que éste no se estreche más; así que la insurrección defiende lo ya alcanzado y ataja el avance reaccionario.

Es en este sentido, porque este avance ya arrebató al proletariado las posiciones que éste había conseguido, por lo que Marx dice que la insurrección fue *obligada*, y aún más por la situación de miseria y desamparo prevaleciente en Francia para la clase obrera en medio de la crisis y de la guerra. La insurrección advierte asimismo a los opresores que no podrán actuar con impunidad, que hay contestación a sus atropellos.

La represión sangrienta instaurada militarmente por Cavaignac descara los verdaderos límites e intenciones de la república burguesa, cosa que ésta no quería y a la que se vio forzada por la acción proletaria.

Bernstein reconoce la *necesidad* de la acción militar pero la justifica técnicamente. Mientras que Marx —reconociendo cómo el gobierno provisional fue *forzado* a actuar sanguinariamente— señala la *revelación política e histórica* lograda por el proletariado.<sup>117</sup> El problema fundamental no es técnico sino clasista e histórico.

Eduard Bernstein se atiene a que la sola gestión legal del socialista reformista Blanc habría sido mejor, sin pérdida de sangre para el proletariado, sin encarcelamiento de sus dirigentes radicales. Pero no ve que el avance burgués ya neutralizaba a Blanc y apuntaba a quitarlo de en medio en el curso de redoblar el sometimiento de la clase obrera. La alternativa de Eduard Bernstein es falaz. La insurrección era obligada porque no había otro medio de lucha eficaz en la coyuntura. El propio Blanc llegó a ocupar un puesto en el gobierno provisional sólo porque los proletarios lucharon con las armas en la

---

<sup>117</sup> Cabe citar la siguiente semblanza de Eric Hobsbawm: “El objetivo popular de 1848, la «república democrática y social», era tanto social como política. Por lo menos en Francia, la experiencia de la clase obrera introdujo en ella elementos institucionales originales basados en la práctica del *sindicato* y la *acción cooperativa*, si bien no creó elementos tan insólitos y poderosos como los *soviets* de Rusia de principios del siglo XX.” *La era del capital, 1848-1875*, edición citada, p. 34, cursivas mías.

revolución y sólo la fuerza proletaria combativa podía mantenerlo en su puesto. La reforma y la revolución se complementan, como lo demostró Rosa Luxemburgo en su polémica de principios de siglo contra Eduard Bernstein, quien las oponía legaloidemente, quitándole a la gestión revolucionaria toda fuerza ante la burguesía, creyendo que el solo reformismo, por sus bondades intrínsecas, logra lo que se propone ante la burguesía.

*11. Ni ambigüedad burguesa ni inestabilidad del gobierno provisional: Eduard Bernstein*

La proclamación reformista de Eduard Bernstein ocurre inicialmente en estas páginas de análisis de la revolución del 48, nos dice Bo Gustafsson. De lo antedicho resulta evidente lo forzado del argumento bersteiniano, cuando ve a Blanc, Albert, Vidal, Pecquer y Considerant «mirando hacia adelante» y a los socialistas revolucionarios «hacia atrás» por cuanto buscaban inspiración en el Babeuf de la gran revolución francesa” (*ibíd.*, p. 121).

Eduard Bernstein dice, además, que Cabet, Leroux y Proudhon y otros socialistas de la época “se esforzaban en evitar cualquier choque violento entre los burgueses y los trabajadores”, pues ello perjudicaría a los trabajadores y “a la joven república” (*ibíd.*, p. 122). Y no era incorrecta la apreciación de aquellos socialistas, pero fue la burguesía la que precisamente forzó las condiciones para el enfrentamiento *porque* quería perjudicar a la clase obrera y, además, *porque* comenzaba a dejarle de convenir la figura de la joven república, así que buscaba remodelarla. En este punto ya no se puede pretender —sino por equivocación— evitar el choque entre los burgueses y los trabajadores. Por ello, para justificar su idea, Eduard Bernstein tiene que pasar a desconocer la ambivalencia de la burguesía respecto a la joven república y, por ende, el carácter inestable de ésta. Pero lo hace dando un rodeo, señalando que el gobierno provisional “era el mejor representante de la clase obrera”, así que debían preservarlo en lugar de atacarlo, como lo hicieron siguiendo las consignas de los clubs revoluciona-

rios (*ibíd.*).<sup>118</sup> Por aquí, Eduard Bernstein, no quiere ver ni el interés de la burguesía ni, por ende, el carácter inestable del gobierno sino que, queriéndolo eternizar, pasa a censurar a los socialistas revolucionarios ocultándose el cometido burgués sólo para oponerse a la idea de Marx de que el gobierno provisional “era un compromiso de clases inestable a largo plazo”.

La idea de Marx se puntualiza así:

*El gobierno provisional... reflejaba necesariamente en su composición los distintos partidos que se repartían la victoria. No podía ser otra cosa más que una transacción entre las diversas clases que habían derribado conjuntamente la monarquía de Julio pero cuyos intereses se contradecían con los de la burguesía... La clase obrera no tenía más que dos representantes en el gobierno de la burguesía: Louis Blanc y Albert (ibíd., pp. 159-160, n. 88, cursivas mías).*

Bo Gustafsson cita este pasaje pero sin comentarlo, por lo tanto, sin subrayar el hecho de que ya antes del cierre de los Talleres Nacionales, franca expropiación a la clase obrera, había ocurrido la expropiación política a la clase obrera por la política burguesa del gobierno provisional, según que aquella sólo “concedió” dos representantes a la clase obrera, lo que ya aupaba en el sentido de la insurrección, subrayando la inestabilidad del gobierno provisional por este atropello fundacional.

## *12. La plaga emocional de Eduard Bernstein y la revolución sin crisis*

Eduard Bernstein persiste tozudamente ocultándose la ambi-

---

<sup>118</sup> “Marx había descrito los clubs revolucionarios como «puntos de reunión... del proletariado revolucionario... como una coalición de la clase obrera en su conjunto contra el conjunto de la clase burguesa, la formación de un Estado obrero contra el Estado de la burguesía.» K. Marx, *La lucha de clases en Francia*, MEW, 7, pág. 54.” (Citado por Bo Gustafsson, *op. cit.*, p. 159). De tal modo, la idea de fondo de Marx no visualiza a unos “revoltosos” que tienen razón, cuando Eduard Bernstein cree que no la tienen, que son impertinentes. Los clubs, para Marx, son mucho más que eso. Se trata del esbozo de un gobierno proletario frente al gobierno burgués provisional. Se trata de la emergencia de un *doble poder* en el curso de la revolución burguesa, base para que pueda desarrollarse a partir de ahí la proletaria, fenómeno tan puntualmente notado por los bolcheviques para su táctica revolucionaria de 1917.

güedad de los intereses burgueses frente al gobierno provisional. ¿Cómo? Insistiendo en lo del error socialista revolucionario, ahora en un plano más fundamental. Me disculpo por la siguiente larga cita de Bo Gustafsson, pero él expresa insuperablemente el punto que pasaremos a discutir:

Lo que los revolucionarios no habían comprendido en absoluto, en la interpretación de Bernstein, era que una revolución presupone una economía que funcione. Mientras que Marx había afirmado que no se podía hablar de una “verdadera revolución” si la economía no se derrumbaba, Bernstein se adhería a la concepción proudhoniana. Citaba, mostrándose de acuerdo, el artículo de Proudhon en *Le Peuple* del 29 de abril de 1848, que contenía los argumentos que más tarde había de utilizar en el capítulo dedicado a marxismo y blanquismo en *Las premisas del socialismo*:

Trabajador: no es en los *clubs* donde se le ha de dar la batalla a la propiedad; es en *vuestros talleres*, en los mercados en donde ha de hacerse. Pronto estudiaremos con vosotros esta nueva estrategia. *Dejadles a los burgueses la política* y la elocuencia. Nada os pueden enseñar las artes oratorias de los clubs.

Según Bernstein, esto estaba expresado un poco excesivamente, pero “ponía el dedo en la llaga”. En ausencia de una economía floreciente, para Bernstein, la revolución sólo podía conducir a la *contrarrevolución*. Es interesante comprobar, que paralelamente a *Bernstein* (1896), este axioma del socialismo por reformas de *Proudhon* era formulado en Francia por *Sorel* (véase capítulo 6, apartado e) en su estudio sobre la filosofía de Vico. De hecho, tanto *Sorel* como *Bernstein* se imaginaban que el paso al socialismo suponía un capitalismo que funcionase bien (*ibid.*, p. 122, cursivas mías).

Resalta en estos párrafos cómo es que a través de la asunción moderada de Proudhon por Eduard Bernstein, a éste se le oculta el hecho de que su postura emocional plagada contra Marx lo ha conducido a un terreno de confrontación no personal sino clasista. Pues, en realidad, con eso de que los obreros no hagan política sino que se restrinjan a lo económico y social, esto es, que trabajen y se organicen para el trabajo, Eduard Bernstein ya se halla en el campo burgués, no en el de las reformas socialistas.

Pero interesa discutirle a Bernstein, sobre todo, su aporte a Proudhon, es decir, allí donde asocia crisis y contrarrevolución mientras se consuela con que sólo la economía sana del capital propicia la revolución socialista. Tenemos varias ideas confundidas, suficientes como para que una tal concepción se

abra paso.

1°. Ciertamente, el socialismo presupone una economía capitalista desarrollada “que funcione bien”, pues con el socialismo se trata de una fase más alta de gestión de la riqueza social. Como se ve, aquí relacionamos comparativamente a una sociedad con otra, dos resultados históricos. Pero falta observar el paso de la una a la otra, es decir, hacer intervenir a la revolución o al proceso de reformas como instancias mediadoras, generadoras de la próxima sociedad que será el socialismo.

2°. Las *reformas socialistas* pueden instaurarse, según los casos, ora en época de auge capitalista, ora en tiempo de crisis. En auge, por la sobreabundancia que permite a la burguesía compartir parte del botín que esquilma a la clase obrera con esta misma clase si ésta sabe y tiene cómo presionar para ello; en tiempos de crisis, debido a la debilidad de la burguesía que posibilita arrancarle a ésta determinados trozos de riqueza y poder. La revolución socialista, por su parte, es viable preponderantemente en época de crisis, ya que no se trata de compartir o de que la burguesía ceda algo de su botín, sino de acabar con ella.

Eduard Bernstein ya descartó la revolución como medio de pasaje del capitalismo al socialismo. Por ello alude al auge como único contexto propicio. Y como la reforma le parece el único medio de *transformación real* de la sociedad, la nombra o la tiene por revolución. Identifica revolución con reforma pues sólo le parece viable la reforma. ¿Por qué?

3°. En efecto, si la revolución —como insiste Marx— sólo o preponderantemente es posible en época de crisis, Eduard Bernstein tiene la evidencia del 48 de que “la revolución sólo podía conducir a la contrarrevolución”, igualmente reconocida y denunciada abundantemente por Marx. Por ende, la única transformación real es la que no suscita un contragolpe que la anule; esto es, la reforma, la cual sucede mejor con una “economía que funcione”.

En este punto el bueno de Eduard Bernstein se encuentra confundiendo las características de la revolución del 48, con su contrarrevolución triunfante al lado, con toda revolución por el socialismo. Transforma un dato empírico en rector férreo de todo el proceso histórico sin decir siquiera por qué. Antes vimos a Marx asumir un episodio histórico como el de la

Comuna de París como la forma esencial finalmente encontrada de gobierno de los trabajadores, esto es, como forma rectora del proyecto y de la práctica históricos del movimiento revolucionario socialista. Pero Marx avanza razones suficientes para una tal inducción, mientras que a Eduard Bernstein sus propias palabras le parecen la evidencia sólo porque cree describir físicamente los hechos con desapasionamiento.

Ahora bien, es cierto que la revolución del 48 generó una contrarrevolución que finalmente triunfó, pero no la generó ni ésta fue triunfante porque la economía francesa no funcionara bien o porque hubiera carencia. Eduard Bernstein asocia inespecíficamente el dato contrarrevolucionario a *economía* que está en crisis sólo porque Francia se hallaba en crisis. Pero no ve, simultáneamente, cómo es que la cuestión concreta era de orden geopolítico y rebasaba las fronteras nacionales de Francia, de suerte que no ve que la crisis económica ya se recuperaba *en* Inglaterra. Y que la reactivación que esta recuperación promovía en Europa generaba e insuflaba vida a la reacción europeo-continental. La contrarrevolución pudo triunfar en Francia y en toda la Europa revolucionaria del 48 por esta imbricación internacional de hechos no imposibles de encontrar en analogías históricas posteriores pero que no por ello hacen forzoso que toda revolución suscite una contrarrevolución y, sobre todo, que ésta sea necesariamente triunfante. Para ello debe tener el poder suficiente, y no lo tendrá si no se lo da una economía suficientemente saneada. En este caso, la tendencia histórica la determinaba Inglaterra, no la sola economía francesa.

En el fondo, Eduard Bernstein, *para* apoyar su idea reformista a favor de Blanc, no entiende la noción de *riesgo histórico* (en la que se asienta la actuación de Blanqui) y sólo mantiene la noción de *reflexión histórica segura*, la que no siempre es posible, por desgracia. Por allí, Eduard Bernstein opone *análisis* de condiciones históricas con *riesgo*, como si no fueran compatibles e, incluso, como si no fuera obligado el riesgo de acuerdo al análisis.

En 4.º lugar, después de los anteriores despropósitos, Bernstein pasa al último pero que él pone al principio para, así, acinchar y encubrir los expuestos hasta aquí. En efecto, cuando Marx señala “que no se podía hablar de una «verdadera revolución» si la economía no se derrumbaba”, y Eduard

Bernstein le toma la palabra para contraargumentarlo, no se percata de que él está entendiendo —junto con Proudhon— por crisis o derrumbe otra cosa que lo que Marx entiende y que lo que es una crisis económica específicamente capitalista. Así que él habla de crisis y Marx también, pero el primero como obstáculo a la revolución y el segundo como posibilitante de la revolución. Pero hay que observar —insisto— que Eduard Bernstein entiende por crisis otra cosa que lo que entiende Marx.

En efecto, Eduard Bernstein entiende por crisis a la penuria, a la carencia. Así que tal condición sería antagónica con la sociedad de abundancia que deberá ser el socialismo. Y este *fin* o resultado histórico deberá ser consistente con la *mediación* histórica que se escoja para forjarlo. Evidentemente, la dialéctica no puede ser tan descabellada como para sacar conejos de un sombrero de mago. El socialismo debe nacer consecuentemente del capitalismo y la revolución, para lograrse, no puede inventar algo fuera de esta consecuencia. Por ello, la revolución no podría ser triunfante —según Eduard Bernstein— si se desencadena en el curso de una crisis/derrumbe, con su carencia y penurias inherentes.

Pero la dialéctica histórica de Marx se atiene a otra noción de crisis y derrumbe.<sup>119</sup> Las crisis capitalistas y el derrumbe ocurren no por carencia y penuria sino por sobreabundancia respecto de los márgenes de acción del capital, son crisis de sobreacumulación de capital. De suerte que la crisis está dada por la abundancia, misma que basamenta la construcción socialista. La revolución reorienta esta sobreabundancia hacia la construcción de una nueva sociedad para la que esta sobreabundancia capitalista —y sus condiciones de existencia— es apenas suficiente o aún debe ser completada para servir de base a la nueva sociedad.

La revolución no saca conejos de ningún sombrero; sus negaciones son determinadas. Ciertamente tiene que *negar*, pues sería incoherente pensar que la sola positividad capitalista suscita la creación del socialismo. Pero en esta inco-

---

<sup>119</sup> Henryk Grossmann atinadamente supo ver que los marxistas de vuelta de siglo, de Eduard Bernstein a Lenin, tenían —en variadas versiones— una deficiente concepción del derrumbe capitalista. Cfr. su *La acumulación y el derrumbe capitalista*, Siglo XXI Editores, México, 1980.

herencia vemos a Bernstein cuando, pretendiendo combatir un absurdo, una *negación absoluta* instaurada por la voluntad revolucionaria —acusa a Blanqui de voluntarista—, no capta la noción de *riesgo histórico* ni la de *negación determinada*.

Vale la pena acompañar a Eduard Bernstein en su *sui generis* argumentación, según la cual no es la crisis sino el auge lo que condiciona a la revolución, debido a las “complejas interrelaciones” de la sociedad moderna.<sup>120</sup>

### *13. La religión reformista, elaboración psíquica de Eduard Bernstein*

Eduard Bernstein arraiga la justificación política de la represión a los blanquistas en la justificación del cierre de los Talleres Nacionales y ésta en su idea del auge como padre de la revolución. En efecto, dice Gustafsson,

Bernstein consideraba que este problema era de gran importancia, pues «probablemente toda revolución futura se enfrentará con el mismo problema —e, incluso, seguramente, a una escala mucho mayor». En el año 1848, «el alboroto de los clubs... había llevado al extremo la crisis social. Todas las empresas paraban, la confianza en el mundo de los negocios estaba por los suelos». La consecuencia habría sido que los Talleres Nacionales se habían llenado de *parados*. Pero no sólo de parados. También habrían sido «un punto de reunión del *lumpenproletariado* de la capital y un cómodo alojamiento para *obreros huelguistas*». En tales circunstancias, la liquidación de los Talleres Nacionales se había convertido en una necesidad. Lamentable habría sido tan sólo el modo como se llevó a cabo su liquidación. Habría sido «sin duda una muestra de *falta de tacto*», por lo que había actuado como un *desafío*. Por otra parte, la liquidación de los Talleres Nacionales no habría sido algo así como un rayo en un cielo sereno sino que, en realidad, había sido un *eslabón* más de toda una cadena de “*provocaciones y contraprovocaciones* en la que las intrigas personales, la vanidad de creador y la conspiración aventurera jugaron un papel casi tan importante como los verdaderos antagonismos de

---

<sup>120</sup> «Precisamente en la *sociedad moderna*, con sus increíblemente complejas interrelaciones, con la elevada dependencia recíproca de las esferas de producción que la caracteriza, es difícil creer en la verosimilitud de tal interpretación. Los trabajadores pueden estar interesados en un determinado momento en que de algún modo “todos los engranajes” se paren, pero nunca pueden estar interesados en que éstos se oxiden.» Eduard Bernstein, *op. cit.*, citado por Bo Gustafsson, *op. cit.*, p. 123.

clase” (*ibíd.*, pp. 123-124, cursivas mías).

Es sorprendente cómo Eduard Bernstein atribuye la profundización de la crisis económica a los clubs revolucionarios para a la vez culparlos de la contrarrevolución desencadenada por la burguesía.

En realidad, la clave del “cosmos burgués” —como dirá Marx en su artículo “De mayo a octubre de 1850”— es la recuperación económica inglesa, la cual en junio de 1848 apenas iniciaba y no había impactado significativamente a nivel económico en Francia como para verla recuperada, pero ya impactaba a nivel político precisamente propiciando el contragolpe contrarrevolucionario burgués. La crisis fue algo real, no mera alharaca de los clubs revolucionarios,<sup>121</sup> pero no por ello la burguesía estaba acabada, por lo que, si avanzaban los revolucionarios, la crisis podría devenir contrarrevolucionaria, aunque su triunfo no estaba decidido. Pero el despliegue contrarrevolucionario triunfó porque se vio cada vez más firmemente apoyado por el auge económico inglés y las repercusiones del mismo en el continente.

Eduard Bernstein no comprende las “complejas interrelaciones” económicas y políticas del cosmos burgués, así que sólo sabe oponer la diada crisis/contrarrevolución a la diada auge/revolución. Por donde *culpa* a los revolucionarios de la crisis y aun de la contrarrevolución. Lo débil e inconsistente de su argumento revela que fue construido como racionalización de la culpabilización de los revolucionarios. Esta culpabilización no es consecuencia lógica del análisis de Bernstein sino la premisa motivacional que desencadenó la apariencia de análisis para justificarse.

---

<sup>121</sup> «En los clubs se hacía todo lo posible por *atemorizar al mundo de los negocios* para agudizar indefinidamente la crisis. Se imaginaba que así se hacía avanzar la revolución pero en realidad lo que se hacía era *acelerar el advenimiento de la contrarrevolución*... En realidad los clubs eran focos de quijotadas revolucionarias... Esta concepción, que había de encontrar su expresión clásica durante la Revolución de *Noviembre de 1918* en la advertencia de Friedrich *Ebert*: «La transformación *política* no debe entorpecer el *sustento* de la población», estaba naturalmente en contradicción con la concepción de Marx y Engels. Bernstein era consciente de esto. Por ello les criticaba en este punto. El hecho de que Marx y Engels hubiesen considerado a los *blanquistas* y a los clubs revolucionarios como la «representación de la clase obrera» habría sido una *contradicción de aquellos*.” Eduard Bernstein, *op. cit.*, en *ibíd.*, pp. 122-123, cursivas mías.

El resultado bernsteiniano —más allá de su apariencia científico-positivista— es la elaboración de la Religión del Reformismo, una *religión centrada en la culpa de los revolucionarios*. Este resultado de Eduard Bernstein es simétrico al que años antes lo muestra inmerso en la Religión de la Revolución, que era su manera de coincidir con Marx y Engels y militar al lado de ellos. Los dos resultados contrarios obedecen a una tendencia unitaria de Eduard Bernstein cuyo resorte es el *miedo* a equivocarse y, luego, a ser puesto en ridículo por equivocarse, esto es, la Religión del Ego. Esta misma tendencia unitaria se manifestó poco antes de morir Engels, en 1895, cuando Eduard Bernstein, por *resentimiento colérico* —su otro resorte psicológico— pasó a atacar a los revolucionarios acusándolos sobre todo de aterrorizar.

Eduard Bernstein tenía mucho miedo de que aquellos desarreglaran el teatro social, que debe estar lo más ordenado posible para que él y los verdaderos socialistas parlamentarios hagan avanzar la revolución, pues ellos sí saben cómo hacerlo. Por supuesto, el mito de la infalibilidad del especialista y de la torpeza congénita de las masas es tributario de la religión bernsteiniana. Ego en la cúspide.

La oposición de clases palidece frente a la oposición especialistas políticos reformistas/masas irracionales y frente al apéndice de ésta, a saber: que en lugar de las masas están los salvajes socialistas revolucionarios.

En realidad —dice Bo Gustafsson—, Bernstein dudaba de que «*generalizaciones como “la burguesía” y “el proletariado”*» fuesen utilizables en el análisis del conflicto, «porque tanto en el campo burgués como en el proletariado existían las más diversas formaciones partidistas e influían los más diversos impulsos anímicos». Este *error de juicio* lleno de consecuencias habría sido perpetrado no sólo en 1848: se cometía «también hoy a gran escala» (*ibíd.*, p. 124, cursivas mías).

#### *14. Las justificaciones posteriores preparadas por las revocaciones del 48*

Una vez llegado a este extremo en el que desconoce la esencial lucha de clases de la sociedad burguesa, Eduard Bernstein se siente satisfecho contra sus mentores en favor de lo que cree ser la realidad y se dispone a concluir:

Habría sido una imposibilidad completa la *constitución de un gobierno más radical* que el que fue proclamado el 24 de febrero; dada la constitución social de Francia, estaba completamente excluida, bajo cualquier circunstancia, la posibilidad de un *gobierno compuesto únicamente por socialistas.* Parece que con esto hubiera querido decir que el tipo de gobierno que representaba el gobierno provisional de Ledru-Rollin y Louis Blanc, *era a lo que se debía aspirar también a fines de los años noventa* (*ibíd.*, cursivas mías).

Con tino, Bo Gustafsson enfrenta a Eduard Bernstein no con la realidad de 1848, que éste ha desconocido sistemáticamente, sino con la de 1895, para la que Eduard Bernstein debe estar diciendo lo que dice. Eduard Bernstein no se percata de que pide para 1895 un gobierno socialista como el que sin razón suficiente niega para 1848 de modo absoluto. En efecto,

Es interesante poner de manifiesto que, en 1918, la Socialdemocracia alemana formó realmente un gobierno moderado de esta especie con la aprobación de Bernstein. En aquella ocasión a Bernstein le pareció necesario el aplastamiento que hizo *Noske de la insurrección de los espartaquistas*. Del mismo modo había juzgado en su estudio sobre la Revolución de 1848 el aplastamiento que hizo *Cavaignac* del levantamiento de junio de 1848 (*ibíd.*, cursivas mías).<sup>122</sup>

En 1895 Eduard Bernstein prepara la justificación de las atrocidades socialdemócratas de 1918. En la justificación de la represión a Blanqui por el gobierno provisional burgués pre-

---

<sup>122</sup> «Cuando se hizo inevitable el que a los trabajadores parisienses se les tuviese que hacer *entrar en razón* acerca de la naturaleza real de las cosas por medio de las balas de los fusiles, a este entrar en razón pertenecía el reconocimiento de que la «dictadura de la clase obrera» había de ser por mucho tiempo todavía una cosa *imposible* y también el reconocimiento de que *no era* «la verdad que la más mínima mejora de su situación es una utopía *en el marco de la república burguesa*» (Marx). En este punto *Marx mismo cayó en los errores* de los socialistas revolucionarios de aquellos días, cosa que más tarde ocurriría también en Inglaterra.» (E. Bernstein citado por Bo Gustafsson, *ibíd.*, p. 124, cursivas mías). Eduard Bernstein interpreta este pasaje sin especificarlo históricamente, interesado como está por servirse de la revolución del 48 para aplicarla a 1895. De suerte que lo que Marx dice no en general sino para la república burguesa de 1848 en Francia, Eduard Bernstein quiso oírlo como dicho en general, donde fácil es encontrarle o, mejor, inventarle error, así que fácilmente Eduard Bernstein puede «barrer» con Marx una vez que lo ha puesto de rodillas. El procedimiento es revelador de la condición emocional de Eduard Bernstein a la sazón, más que del efectivo error político y teórico de Marx o que del error o el acierto político y teórico de Eduard Bernstein.

para la justificación del asesinato de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht por el gobierno socialdemócrata de Noske y Ebert en enero de 1919.<sup>123</sup> Y no sólo preparó la justificación sino que luego, en 1918, la manifestó abierta, cínicamente.

Por primera vez, Bernstein tomaba posición abiertamente, profundamente y en toda la línea *contra la conquista revolucionaria del poder*. Sin embargo, ninguna reacción siguió a lo que había escrito. ¿Se debió esto a que se trataba de un tema histórico, de modo análogo a lo que también entonces escribió Sorel, en el mismo espíritu, sobre la filosofía de la historia de Vico? (*Ibíd.*, p. 124-125, cursivas mías).

Según dije, Bo Gustafsson sustenta —a mi modo de ver atinadamente— que el revisionismo bernsteiniano se inaugura en este epílogo al libro de Hériter sobre la revolución del 48. Además, Bo Gustafsson hace un balance de las posiciones de Eduard Bernstein contra Marx. En este contexto, Bo Gustafsson se refiere a lo que considera como “punto de contacto” entre Marx, Engels y Bernstein.

#### 15. Revolución socialista, ¿imposible o improbable?

Tan sólo en un aspecto habría un *punto de contacto* entre Marx, Engels y Bernstein —dice Gustafsson—: *en la cuestión de la importancia de la economía para la revolución*. Coincidían en que la estructura económica de 1848 todavía estaba demasiado atrasada como para que hubiese sido posible una revolución obrera victoriosa. Marx sólo había llegado, en parte, a esta conclusión mientras trabajaba en su escrito sobre *Las luchas de clases en Francia 1848-1850*. Engels habría desarrollado la tesis en su introducción a la reedición de esta obra del año 1895 (*ibíd.*, p. 125, cursivas mías).

---

<sup>123</sup> ¿Que cómo pudo pasar algo así? No lo previó, aunque ciertamente lo esperaba. De hecho, el escenario social se repite más que variar, así que no resulta difícil esta coincidencia entre Cavaignac y Noske. Pero, sobre todo, no se trata de previsión sino de *compulsión a la repetición* del psiquismo de Eduard Bernstein. Pues, en realidad, la justificación de la represión de Ebert y Noske a los espartaquistas en 1918-1919, repite la autojustificación de Eduard Bernstein a su atrocidad ideológica y emocional contra el socialismo y, en especial, contra el discurso y las posiciones de Marx y Engels. Lo que dice en su texto, como lo que se teme dentro de una pesadilla, se realiza. La culpa, el castigo, la soberbia y el asesinato del padre son el escenario de la mente de Eduard Bernstein, en el que se reflejan los futuros acontecimientos de masas.

Aquí Bo Gustafsson se equivoca. Marx *no* está de acuerdo con que en 1848 hubiera sido *imposible* una revolución socialista victoriosa —tesis de Eduard Bernstein—, aunque sí en que era *improbable* y muy difícil de realizar. Y cuando Engels retoma años después el punto en su escrito sobre *Las luchas de clases en Francia 1848-1850* no añade nueva reflexión sino que recupera la que ya le era común con Marx en 1848.

La diferencia entre imposible e improbable es decisiva histórica, política y teóricamente. Así que no sólo Eduard Bernstein sino también Bo Gustafsson se verá movido a un error adicional por ese motivo cuando dice:

Bernstein estaba decididamente en contra de las revoluciones desesperadas. Marx no estaba en contra. *No siempre había que evitar las revoluciones desesperadas*. Esta era la causa de que en un principio Marx se opusiese a la insurrección de los trabajadores de París en abril de 1871 y que luego, más tarde, *se adhiriese a ella*. Hasta cierto punto, para Marx, revoluciones de este tipo *no eran inevitables sino históricamente valiosas* si aquellos que habían tomado parte en ellas aprovechaban las *experiencias negativas* (*ibid.*, p. 126, cursivas mías).

Bo Gustafsson sabe oponer aquí a Marx con Eduard Bernstein pero no suficientemente, o, mejor, no específicamente. Más aún, los opone pero sin notar que ya sitúa a Marx en el terreno de Eduard Bernstein, a saber: su captación *moral* de la historia. Pero Marx no habla de moral, de deber ser y de recomendaciones, de evitar o propiciar “revoluciones desesperadas”. Marx habla de lo que sucedió *irremediablemente* y de cómo, ya sucedido, coincide con la tendencia revolucionaria auténtica. Marx capta una contradicción histórica en la que se vieron envueltos los revolucionarios y señala que éstos estaban obligados a actuar como lo hicieron, no que su actuación fuera lo mejor sino lo posible. De ahí que sea tan importante tematizar esa obligatoriedad.

Eduard Bernstein sí habla de moral para aplicarla a todo momento pues por allí decreta la censura contra los revolucionarios. Esta es la finalidad latente de todo su discurso y que luego hace manifiesta.

En el apartado siguiente cito y comento en columna paralela los pasajes ulteriores de Bo Gustafsson sobre Eduard Bernstein.

16. *Contraste puntual, geopolítico e histórico entre Eduard Bernstein y Marx-Engels*

“Pero más importante que esto era otro punto. Según la tesis que Engels defendía en la introducción a *Las luchas de clases en Francia 1848-1850*, [I] la revolución industrial había dado lugar después de 1848 a una *nueva situación en el continente europeo* para el movimiento obrero socialista. De momento, la socialdemocracia tenía que *dedicarse a la organización y a la propaganda y medir en las elecciones generales* su fuerza con respecto al enemigo, entonces se presentaría una *situación revolucionaria*.”

“Este era, precisamente, el *punto clave de las dudas* de Bernstein. Ya en 1894 había subrayado en un artículo acerca de la huelga en tanto que instrumento político que, [II] teniendo en cuenta la fuerza del *aparato militar*, un choque armado sería una locura. Quería

Ad. [I] Eduard Bernstein endereza su crítica contra lo que cree ser el reformismo moderado de Engels, quien aun así espera suscitar la revolución, pues Bernstein propugna por un reformismo radical. Por cierto, intenta fundamentarlo históricamente.<sup>124</sup>

Ad. [II] El reparo militar es histórico, relativo a la tecnología militar. Pero la discrepancia de Eduard Bernstein es más profunda. Lo veremos ad. III. Aquí cabe señalar que Engels no es ciego al desarrollo tecnológico militar, pero confía en que en la confrontación con el ejército el pueblo en armas atraiga a su causa a las tropas regulares y en que el propio ejército está conformado por proletarios. Así que los soldados son permeables a la propaganda revolucionaria previamente y durante los enfren-

---

<sup>124</sup> Bo Gustafsson cita en otra parte de su libro la siguiente opinión de H. G. Steinberg: “«Las expectativas de Engels —en esto se diferenciaba él de los representantes del partido alemán— eran verdaderamente expresión de una *concepción de base revolucionaria*. El objeto en torno al que se movían en primer término sus especulaciones eran los “regimientos de élite” del ejército prusiano. *Engels, que era un experto en el campo de la técnica armamentista y de la táctica militar, consideraba, dado el desarrollo militar, que una revolución tenía posibilidades tan sólo si la mayoría del ejército era socialista...* Engels veía amenazado el imparable crecimiento en dos casos: por una destrucción prematura del partido y por una guerra europea.» (H.J. Steinberg, *op. cit.*, p. 86)” (citado por Bo Gustafsson, *op. cit.*, p. 157, n. 50, cursivas mías).

Como hemos visto hasta aquí, y matizaremos más abajo, la cuestión no sólo estriba —como cree Steinberg— en la concepción de base sino en que Engels tiene una perspectiva *geopolítica* y del *desarrollo capitalista* distinta a la de Eduard Bernstein, por lo cual evalúa de muy otro modo los eventos históricos. Una intención revolucionaria sin esa perspectiva puede oponerse al reformismo de Eduard Bernstein pero encallar en diversos escollos y, sin quererlo, coincidir con Eduard Bernstein. He demostrado en otro lugar (*Para la crítica a las teorías del imperialismo*) que las teorías clásicas del imperialismo redundan en una parábola semejante.

evitar, por todos los medios, que *se* tamientos. Rosa Luxemburgo<sup>125</sup>

<sup>125</sup> Cfr. su “Programa de la Liga Spartakus”, en *La Liga Spartakus*, edición citada, pp. 75-90.

<sup>126</sup> “Compañeros, con los conocimientos propios de un especialista en el dominio de la *ciencia militar*, Engels [en su prólogo a *La lucha de clases en Francia*], quería demostrar que en el estadio actual del desarrollo del militarismo, de la *industria* y de las *grandes ciudades*, es *perfectamente ingenuo creer que el pueblo trabajador puede realizar su revolución en la calle y salir victorioso. Esta refutación tuvo dos consecuencias: primero, la lucha parlamentaria fue considerada como la antítesis de la acción revolucionaria directa del proletariado* y casi como el único medio de la lucha de clases. Esta crítica tiene como *resultado el puro parlamentarismo exclusivo*. En segundo lugar, se estima, curiosamente, que la más potente organización del Estado de clases, el *militarismo*, o sea, la masa de los *proletarios uniformados*, debe ser, en tanto que tal, *a priori, inmune e inaccesible a cualquier tipo de influencia socialista*. Y en *ese mismo prólogo* se afirma que sería insensato pensar que, en el estadio actual de desarrollo de las *armas gigantes*, el proletariado pudiera valerse de soldados equipados con ametralladoras y con los medios técnicos de combate más recientes; en consecuencia, se postula, sin lugar a dudas, que *todo soldado debe permanecer por principio y para siempre como un sostenedor de las clases dirigentes*; en la óptica de la experiencia actual, tal error en *un hombre* que estaba al frente de nuestro movimiento sería incomprensible si se ignorasen las circunstancias concretas que presidieron la *elaboración del histórico documento*. En descargo de nuestros dos grandes maestros, y especialmente de Engels, que murió mucho más tarde que Marx, defendiendo las opiniones de éste, es necesario clarificar que Engels escribió aquel prólogo bajo la presión directa de la fracción parlamentaria de entonces.” Cfr. Rosa Luxemburgo, “Nuestro programa y la situación política” en *ibíd.*, pp. 41-42 (cursivas mías). El descargo que realiza Rosa Luxemburgo en parte hunde más a Engels responsabilizándolo del curso reformista de la socialdemocracia. No podemos discutir aquí todo eso. El punto decisivo es que la opinión militar de Engels asume la posibilidad de permear al ejército con ideas socialistas, cual es la propuesta de Rosa Luxemburgo.

<sup>127</sup> Sin embargo, para opinar así se basa en una teoría del capitalismo extraña al pensamiento de Marx, pero que fuera la base de todas las teorías del imperialismo, muy fundamentalmente la de Lenin (cfr. mi *Para la crítica a las teorías del imperialismo*), esto es, la teoría de Hobson. En efecto, “Por primera vez planteó claramente esa cuestión en julio de 1894 en una recensión al libro de J. Hobson *Evolution of Modern Capitalism*: «Se trata... de la cuestión de la proximidad o lejanía relativas al socialismo, es decir, cuán lejos o cuán cerca nos planteamos la acción consciente y planificada de la sociedad y, lo que está relacionado con ésto, de la cuestión de los medios y de los caminos.» (NZ, vol. 12 (1893/94), pág. 505)”, cfr. Bo Gustafsson, *op. cit.*, p. 158, n. 55. El arraigamiento teórico más profundo, generalizado y duradero del revisionismo es la invención del surgimiento de una nueva fase del capitalismo: el imperialismo.

<sup>128</sup> Cfr. carta de Marx a Engels del 10 de octubre de 1858.

<sup>129</sup> Cfr., al respecto, Karl Marx, “De Mayo a octubre de 1850”, publicado en español en la revista *Historia y Sociedad*, # 4, segunda época, invierno de 1974, México, p. 3-21. Publicado originalmente en *Neue Rheinische Zeitung* (NRZ), cuadernos 5 y 6.

las fuerzas se midiesen. En este empeño, era lógico que dirigiese su crítica en primer lugar *contra aquellos que compartían la misma perspectiva revolucionaria que Engels*. En aquella época, Bernstein no podía decir estas cosas demasiado abiertamente. Pero lo podía decir bajo la forma de un comentario histórico. Hablaba de Blanqui. Pero pensaba en aquello que era blanquista en Marx del mismo modo que Sorel apuntaba en realidad a los socialistas revolucionarios de su época cuando criticaba a los «jacobinos».

“De todos modos no eran en primer término las condiciones *militares* de la revolución el factor condicionante del distanciamiento de Bernstein con respecto a la perspectiva revolucionaria del marxismo. [III] *Fue una motivación económica la que le llevó sobre todo a la ruptura*. Para Marx y Engels el capitalismo tenía la tendencia a *agudizar y simplificar* cada vez más los antagonismos de clase. Esto venía, naturalmente, a facilitar la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista. Bernstein pensaba que Marx y Engels *sobrevaloraban los cambios* que ya habían actuado en este sentido. Además, estaban actuando nuevas tendencias a la diferenciación de la sociedad que venían a *anular la polarización de las fuerzas de clase* en la que, en su opinión, se basaba la perspectiva de Marx y Engels.... En todo caso, [IV] Bernstein pensaba que el capitalismo todavía no había creado los presupuestos económicos de la revolución socialista.” (*Ibid.*, p. 126-127, cursivas mías).

endereza su crítica contra la visión unilateralmente tecnocrática de la socialdemocracia y de Eduard Bernstein en particular<sup>126</sup> pero, curiosamente, incluye a Engels en esa perspectiva, no obstante que los argumentos enarbolados por ella son análogos a los de Friedrich Engels que recién resumimos.

Ad. [III] Marx y Engels basan su opinión general de fondo en la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia como ley de sobreacumulación y derrumbe, la cual, en esta dualidad, es condicionante de la revolución socialista, según explicamos más arriba. Mientras que Eduard Bernstein concibe a la crisis como mera carencia y penuria, no como sobreacumulación, así que, para él, no condiciona a la revolución sino a la contrarrevolución. De otro lado, concibe a la ley del desarrollo capitalista, esa ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, pero sin derrumbe, de suerte que, en realidad, iguala la revolución a la evolución mediante reformas. En su idea, la revolución es por crisis y, aún más, sin crisis, por auge. Ya sólo es real la revolución que sea por reformas.

Ad. [IV] Aquí discutiremos también otras dimensiones del punto [III]. Eduard Bernstein no carece de razón en esta afirmación<sup>127</sup> (ad. IV). Primero, aplicada a la revolución de 1848, cuyos condicionamientos hacían improbable —que no imposible, como Eduard Bernstein decía— una revolución socialista triunfante. Después, aplicada a 1895, no obstante que el capitalismo se había desarrollado enormemente desde 1848. Y es que simultáneamente el capitalismo

se había extendido mundialmente, así que veía diluidos en esos vastos territorios sus fuerzas productivas y sus relaciones de producción, así como, relativamente, la virulencia de sus crisis, mientras crecían las necesidades de que el capitalismo diera forma a esos extensos territorios. Todo ello podía retrasar —según opinión de Marx— la revolución socialista que hacia 1857 se mostraba inminente en Europa.<sup>128</sup>

Pero Eduard Bernstein, para criticar a Marx, sugiere que éste observa los acontecimientos linealmente, extendiendo la coyuntura de 1848 hacia adelante. Eduard Bernstein generaliza los condicionamientos singulares correspondientes al desbordamiento de la medida continental de capitalismo hacia la medida mundial y que suscitaron la revolución de 1848 pero atribuyendo esta generalización “sobrealoradora” de las oportunidades revolucionarias a Marx y a Engels para criticarlos fácilmente, cuando que precisamente esta generalización les es ajena a estos últimos; aunque sí que valoran de otro modo la singular coyuntura del 48, misma que Eduard Bernstein observa no en esa singularidad sino como si fuera el 1895 en 1848; esto es, como si en 1848 no se estuviera agolpando el desbordamiento de la medida continental, con todas sus consecuencias para actualizar la revolución socialista.

De ahí que Eduard Bernstein, adicionalmente, como no captó la especificidad histórica con la que Marx y Engels observaban la coyuntura del 48 y la otra con la que observaban la de años posteriores, no quiere ni

puede reconocer las ideas generales que subtienden la caracterización de cada coyuntura general y que en cada cual reconocen tendencias generales que se efectivizan diferencialmente. Ideas como la de la conexión necesaria entre crisis-sobrecumulación-derrumbre-revolución social y revolución socialista. Pues a Bernstein le parece inaplicable la idea general si más bien la crisis del 48 generó una contrarrevolución, porque no ve el movimiento geopolítico de recuperación inglesa y sus efectos contrarrevolucionarios en el continente, y estando condicionada esa recuperación por el desbordamiento del capitalismo hacia su medida mundial.<sup>129</sup>

El resultado de todo ello es que Eduard Bernstein evalúa mal una realidad en curso —la de los años 90 del siglo pasado— que parece contravenir las tesis de Marx y Engels, pero que en realidad las confirman si se sabe ver su dimensión general distinguiéndola de la especificidad histórica que les corresponde y si se distingue y se relaciona ésta, a su vez, con la especificidad histórica del 1848 precisamente con base en el crecimiento respectivo de la medida de capital correspondiente.

Vale la pena, en lo que sigue, una vez vista la confrontación global y de fondo de las posiciones de Eduard Bernstein y Marx y, por allí, una vez que hemos entendido la compleja posición de Marx, esclarecer el significado de la participación socialista reformista en el gobierno provisional emanado de la revolución de Febrero. Bo Gustafsson cita el pasaje decisivo de Marx pero sin esclarecer su significado, sin embargo, éste apuntala la obligatoriedad de la muy próxima insurrección de Junio.

### 17. Dos socialistas en el gobierno provisional

“[1] De este modo, **se desterraba a los representantes de la clase obrera de la sede del gobierno provisional.** [2] El sector burgués de éste retenía en sus manos de un modo exclusivo el Poder **efectivo** del Estado y las riendas de la administración, y *al lado* de los ministerios de Hacienda, de Comercio, de Obras Públicas, *al lado* del Banco y de la Bolsa, se alzaba una **sinagoga socialista, cuyos grandes sacerdotes, Louis Blanc y Albert,** tenían la misión de **descubrir la tierra de promisión,** de predicar el **nuevo evangelio** y de **dar trabajo** al proletariado de París. [3] A diferencia de todo Poder estatal profano, no disponían de ningún presupuesto ni de ningún Poder ejecutivo. Tenían que **romper con la cabeza** los pilares de la sociedad burguesa.” (*Ibid.*, p. 159, n. 62, negritas mías)<sup>130</sup>

Ad. [1] Este “destierro” de la clase obrera de la sede del gobierno provisional es la primera expropiación política de que fue objeto, según hemos adelantado.

Ad. [2] Marx compara el ministerio socialista, en tanto articulación política del Estado burgués provisional pero marginada o desterrada, con el “poder efectivo” de la burguesía no sólo político sino económico, no sólo estatal sino en la sociedad civil. Dado el destierro y dada la falta de poder efectivo del gobierno provisional, es que Marx sitúa como utópicos los intentos de Blanc y Albert, y aun como ilusorios, dada no sólo la acción sino la intención contraria de la burguesía. De ahí lo de “tierra de promisión”, lo de “evangelio” y lo de “grandes sacerdotes”, así como lo de “sinagoga socialista”, por la analogía de la propuesta socialista reformista con la religión judía y dado el origen semita de Blanc y Albert. Pero más allá de su origen étnico, el caso es la conformación de sus ideales, inmersos en la cultura judeocristiana sin poder rebasarla, así que aunque esos ideales critican a la sociedad burguesa, son funcionales y resonantes con la misma y sólo en la utopía son opuestos a aquella.

Ad. [3] Aquí Marx completa la idea que venía construyendo ad. [2]. Ni poder ejecutivo ni presupuesto tiene la avanzada socialista reformista. Es sólo espíritu, un sacerdocio, no un ministerio de un “poder estatal profano”. Es a) un “evangelio”, esto es, un dis-

<sup>130</sup> K. Marx, *La lucha de clases en Francia. 1848-1850*, citado en Bo Gustafsson, *op. cit.*, p. 159, n. 62.

curso ideológico, una manipulación de las masas creyentes; es, b) una ilusión forzada pero cuya expectativa es “romper con la cabeza” al sistema. No obstante, es también, en medio de estos dos aspectos ideales, ideológicos, un poder efectivo consistente en “dar trabajo” al proletariado de París. Cumple con ello una función propia del capital social. Pero también satisface una necesidad obrera de obtener empleo para recibir un salario y, así, sobrevivir. Tanto por a) como por b) es notoria la expropiación ya realizada por la burguesía a la representación obrera socialista reformista: sólo les dejó el espíritu como ámbito... y el afán imposible. No obstante, los obreros y socialistas reformistas tienen un consuelo: los segundos “dan trabajo” a los primeros. La humillación y el enardecimiento obrero concomitante a ella ya empuja a la insubordinación pero se detiene consolándose con la oportunidad de empleo. La insurrección era obligada pero se retenía en las márgenes de los Talleres Nacionales presididos por la “sinagoga socialista”. Pero los amos no soportan ni siquiera otorgar esta migaja y llevan las cosas al extremo: decretan despedir a los obreros solteros para mandarlos al frente. La insurrección fue obligada. Y Eduard Bernstein, para desconocerlo, se niega a ver cómo la burguesía es quien extrema las cosas, así que pasa a culpar a los socialistas revolucionarios por extremistas, etc.

*POLÉMICA EN TORNO A LA POSIBLE  
REVOLUCIÓN SOCIALISTA ALEMANA DE 1843 Y 1848*

1. Le ha sido criticada a Marx la tesis de la “Introducción a la crítica de la filosofía hegeliana del Estado”, de 1843,<sup>131</sup> referente a la posible revolución socialista alemana. En primer lugar, dicen sus críticos, Marx no creyó viable el desarrollo capitalista realmente ocurrido en vez de aquella revolución; dicen que ese desarrollo dio un mentís a su pronóstico. En segundo lugar, dicen, embriagado por su propia arenga de 1843, cree inminente el levantamiento revolucionario.

Franz Mehring, el insigne primer biógrafo de Marx, redactó en 1902 un comentario en torno a la “Introducción de 1843” y a la “Cuestión judía”, titulado “Sociedad y Estado”,<sup>132</sup> en el que —entre otras cosas— comenta la tesis aludida y contraargumenta a sus críticos.

Sin embargo, Mehring no deja bien explícitos los términos de la crítica que le hacen a Marx, por lo tanto, la defensa de Mehring es deficiente, pues cae en el terreno del enemigo.

En lo que sigue intento mejorar la defensa de la tesis de Marx. Para ello, comentaré la ingeniosa contraargumentación de Mehring, en la que no dejan de traslucirse críticas de éste a Marx.

Estas críticas parecen ser más aceptables y justificadas debido a que la intención de Mehring es hacer algo así como una “aplicación creativa” de las tesis del Marx de 1843 para la realidad alemana de 1902. Ahora bien, la primera condición para la eficacia de tales aplicaciones es *entender* el discurso del autor que quiere ser aplicado. Pero eso es lo que faltó a Mehring en primer lugar, además de pesar sobre él las ilusiones que se hace acerca de la realidad alemana y europea de 1902, pues el entendimiento recto de la realidad es la segunda condición para los susodichos intentos de “aplicación creati-

<sup>131</sup> En adelante, “Introducción de 1843”.

<sup>132</sup> En Franz Mehring, *Sobre el materialismo histórico y otros escritos filosóficos*, Siglo XXI Editores, Colección Cuadernos de Pasado y Presente No. 64, México, 1976 (tomado de *Aus dem literarischen Nachlass von Karl Marx, Friedrich Engels und Ferdinand Lassalle*. Herausgegeben von Franz Mehring, Erster Band, Stuttgart, 1902, pp. 341-352), traducción de Ursula Köchmann.

va”. Citemos a Mehring en el párrafo donde concluye su comentario. A columna paralela lo critico.

[I] “Toda profecía política se convierte en un juego de niños cuando se jacta de predecir el curso futuro de los hechos en cada detalle concreto. Su tarea sólo puede consistir, de acuerdo con la acertada expresión de Lasalle, en hacer patente la significación del presente a partir del conocimiento del pasado y en esbozar los contornos del futuro.

[II] “Marx, en su “Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel”, diseñó estos contornos con mano firme,

Ad. I. En verdad Marx no plasma ninguna “profecía política”. Aunque se le agradece a Mehring que sugiera que sí y que la trazó “con mano firme” y que no debieran pedírsele detalles o criticársele los errores de detalle. Por lo demás, la bien intencionada expresión de Lasalle es, sin embargo, demasiado basta como para conceptualizar el tipo de trazo realizado por Marx en 1843.

Ad. II. Marx no “diseñó” los contornos del futuro “con mano firme”, ni en los detalles ni sólo en lo general. En efecto, no es ni profeta, ni pintor o cuentista. Lo que Marx indaga o analiza —y eso es lo que expone— son las condiciones materiales de posibilidad de la revolución comunista en Alemania. Este objeto teórico no es idealista sino materialista y, sobre todo, no filosófico sino científico-crítico. Ciertamente Marx retoma de la filosofía crítica de Kant la idea de indagar “las condiciones formales de posibilidad del conocimiento verdadero”. Marx indaga por las condiciones reales y por el desarrollo histórico material, así que, de rechazo, indaga por los instrumentos o medios materiales —en primer lugar, los medios de producción— con los que ocurre el desarrollo histórico: clases, relaciones de producción, etc. F. Mehring, cargando el peso a la crítica a las corrientes neokantianas en el interior de la socialdemocracia, no ve ni la deuda de Marx con Kant ni la especificidad del discurso de Marx frente al de Kant, sino que lo mezcla con Lasalle en aquello del presente, el pasado y el futuro pero

sin precisar cómo se hace esa indagación sin caer en la labor del agorero. No hace referencia, en fin, al tópico de la indagación por las condiciones materiales del hecho histórico.

[III] “lo que resulta tanto más digno de admiración en la medida en que él mismo se encontraba todavía en un proceso de tránsito del idealismo al materialismo, en un proceso que si bien respecto del pasado le mostraba ya la revolución francesa en su núcleo materialista,

[IV] “le hacía representar aún a la reforma alemana bajo la luz equívoca de la ideología.” (*Ibid.*, p. 105)

Ad. III. Dada la ceguera recién denunciada “Ad II”, no extraña la sorprendente —pero socorrida— idea de Mehring de que por aquel entonces Marx se hallaba “todavía” en “tránsito del idealismo al materialismo”.

Ad. IV. ¿Marx se representaba de esa manera “la reforma alemana”?

Es evidente que Mehring *no* ha entendido el objeto teórico de la “Introducción de 1843”, pues en ésta Marx habla de la revolución comunista posible. No obstante, Mehring califica de “ideología” —y antes de idealistas— las ideas de Marx. Mehring sugiere que Marx es idealista porque se hace ilusiones.

Muchos después de Mehring, hasta llegar a Althusser, han repetido la crítica a Marx por ideológico e idealista, preso en Hegel y en Feuerbach. Tal parece que la socialdemocracia, con el fin de renunciar a la revolución, se hizo una idea realista de la “reforma alemana”, y como Marx se hace una idea realista de la revolución comunista, dice que Marx es idealista. Curiosa manera de ver de la socialdemocracia, incluso de su ala izquierda, donde se situaba Mehring.

Pero además de esta generalidad ilusión/idealismo —por tanto, discurso ideológico— Mehring dice contra Marx “ideología” por lo que párrafos atrás adelantó y ahora le cito:

En la *Crítica de la filosofía del derecho* nos encontramos aún con un horóscopo filosófico que Marx elabora para el futuro de Alemania; siguiendo el humanismo de Feuerbach busca trazar las líneas fundamentales de la emancipación alemana como la de la emancipación humana general. Pero su filosofía se halla impregnada y saturada por los gérmenes de la concepción histórica. Caracteriza magistralmente la revolución francesa, que tan difícil se le hizo de comprender en su derecho histórico al socialismo

francés, como la emancipación general de la sociedad emprendida por una clase superior desde su situación determinada; como una emancipación que no podía consumarse sin provocar un momento de entusiasmo en la masa, con lo cual pareció confluír con la sociedad en general, para luego revelarse, empero, sólo como la emancipación de una determinada clase de la que había partido. ¿Y acaso no conservó la razón Marx, en que la burguesía alemana carece de la audacia revolucionaria impuesta a la burguesía francesa por la obstinada consigna, “*no soy nada, y tendría que serlo todo*” (*ibíd.*, p.102).

Eso del “horóscopo filosófico” demuestra cuán poco captó Mehring el fondo de la “Introducción de 1843”. Ya veremos que lo de “ideológico” lo trae a cuento porque Marx es humanista —según Mehring y hasta Louis Althusser— al modo y con los límites de Feuerbach. Si bien Mehring le concede a Marx que añade a *ese* humanismo una concepción histórica. Es triste y risible la imagen de un Marx sumador —en lugar de pensador dialéctico— que a un humanismo abstracto sólo “añade” historicismo.

Mehring no ve que Marx retoma a Feuerbach sólo en particularidades pero ya en *otro* terreno, por lo que no se trata, con la “Introducción de 1843”, de un “horóscopo filosófico” sino de un planteamiento que retoma a Kant en clave materialista en la pregunta por las condiciones materiales de posibilidad de la revolución comunista. En el proletariado y en el comunismo no se evapora el humanismo sino que se realiza y se especifica. Pero esta unidad superior sólo es visible desde la perspectiva de un objeto teórico como el recién aludido —condiciones materiales de posibilidad de la revolución comunista— y que pasó desapercibido a Mehring y al resto de intérpretes.

Pues bien, Marx no es humanista feuerbachiano y por ello tampoco ideológico, ni, entonces, iluso respecto de la “reforma alemana”, *id est*, el desarrollo capitalista alemán, porque más bien habla de *otra* cosa: de una posibilidad, la de la revolución comunista en Alemania. Pero las ilusiones de la socialdemocracia y de los intérpretes de Marx —hasta Althusser, etc.— arriban al despropósito de señalar a Marx como idealista porque tiene ideales revolucionarios mientras que ellos ya no. En efecto, Marx tiene ideales que buscan arraigarse científico-críticamente a través de la indagación materialista de las condiciones de la revolución, pero como estos hombres no

asumen los *ideales* revolucionarios, tampoco ven el *modo* específico en que Marx los arraiga realizantemente.

Benevolente, Mehring le concede razón a Marx en su idea de que la burguesía alemana es “termidoriana” o, dicho de otro modo, que “carece de la audacia revolucionaria impuesta a la burguesía francesa”. Así que si Alemania se desarrolla capitalistamente no lo será a través de la revolución política burguesa sino de otra vía capitalista de desarrollo. Allí busca Mehring conectarse con Marx mediante aquel término que describe al desarrollo capitalista alemán como “reforma alemana”. Pero ya vimos que Mehring se conecta con Marx y le concede razón y lo defiende sólo parcialmente, pues conectándose así no puede sino creer que Marx se representaba “la reforma alemana bajo la luz equívoca de la ideología”. Pero es sólo Mehring quien quiere representarse la “reforma alemana” bajo la luz que se quiera, no Marx.

Karl Marx no habla en la “Introducción de 1843” del “desarrollo alemán” ni de la “reforma alemana”, sino de la *posible revolución* y sólo por allí, mediadamente, de la *relación* que guarda esa posible revolución con el desarrollo alemán. Ahora bien, como la revolución que sería posible —*si alguna lo es*— en Alemania no es la burguesa sino la proletaria comunista, el “desarrollo alemán” futuro posible no se indica como capitalista. Pero el objeto teórico de Mehring es el desarrollo capitalista alemán habido y empiristamente entendido como “reforma alemana”. Por eso no se entiende con Marx pero coincide de fondo con los detractores de éste, pues ellos tienen el mismo objeto que Mehring, aunque él los contradiga. En fin, a Marx le interesa la revolución, a Mehring, el desarrollo capitalista.

Citemos y comentemos a Mehring en el pasaje donde alude directamente a la crítica que se le ha hecho a Marx sobre el modo como interpreta el desarrollo alemán:

<p>“[I] Todos los hilos conductores de la historia ponen de manifiesto la trivial experiencia de que en Alemania se ha producido una revolución sólo política. Pero esta revolución política ¿no fue</p>	<p>Ad [I]. En el artículo titulado: “Notas críticas al artículo: «El rey de Prusia y la Reforma Social. Por un prusiano»” (1844)<sup>133</sup> Marx dice que “hay que confesar que Alemania tiene una vocación</p>
----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

---

<sup>133</sup> En Karl Marx, *Manuscritos de París. Anuarios Franco Alemanes 1844*, Editorial Grijalbo, OME 5, Barcelona, 1978.

acaso un «sueño utópico» en el sentido en que Marx predecía que habría de serlo?

[II] ¿Acaso la burguesía alemana no sufrió su derrota en esta revolución antes de poder celebrar su victoria, no construyó su propia barrera antes de poder superar la barrera que se le enfrentaba, no hizo valer su naturaleza mezquina antes de poder hacer valer su naturaleza generosa? ¿No se encontraba ya embarcada en la lucha con el proletariado antes de emprender la lucha con el feudalismo? ¿Y no significaba nombrar por anticipado la fuente de todos los males y todos los sufrimientos que Alemania había soportado desde hacía medio siglo, cuando Marx afirmaba que este país se encontraría un día en el nivel de la descomposición europea sin haberse encontrado nunca en el nivel de la emancipación europea? Precisamente en los momentos actuales, en que una voracidad sin precedentes de la renta del suelo amenaza a la nación alemana, nos viene a la memoria que Inglaterra, en el año 1844, ciertamente debía alcanzar en el «más próximo futuro» la «altura humana» que imposibilitaría de una vez por todas semejantes rapiñas.” (*Ibid.*, p.103).

tan clásica de revolución social como es incapaz<sup>134</sup> de revolución política” (p. 241). Esta afirmación aclara el sentido —por si no estuviera suficientemente claro— de la tesis de 1843. Es decir, Marx no habla de la imposibilidad de la revolución burguesa —o bien, de la revolución política— en Alemania; imposibilidad que, frente la “trivial experiencia” de que ésta se haya producido, resultaría una falacia. Más bien, Marx habla de lo poco capacitada que está Alemania para la revolución política, es decir de su “incapacidad”, en oposición a su vocación, no en oposición a su posibilidad. En fin, Marx dice incapacidad no como imposibilidad sino como inhabilidad.

Ad. [II] Aquí Mehring defiende bien a Marx de sus detractores, aunque aceptando erróneamente y sin decirlo que Marx habló de la imposibilidad de la revolución política alemana. Mehring describe bien esa revolución política a la alemana que fue lo único que la burguesía alemana pudo hacer y por allí confluye con Marx, pues si éste no prohibió el que pudiera haber una revolución política burguesa en Alemania, sí piensa imposible que la revolución política alemana ocurra al modo de la revolución francesa, revolución política burguesa clásica.

Para concluir nuestra discusión con Mehring, ya sólo resta citar y comentar un párrafo de su ensayo, un párrafo largo, por cierto, en el cual Mehring combina el comentario a Marx con la cita de una carta de Georg Jung a Marx que el propio Mehring comenta, concluyendo con una propuesta acerca del

<sup>134</sup> En alemán dice: “*Man muss gestehen, dab Deutschland einen ebenso klassischen Beruf zur sozialen Revolution besitzt wie es zur politische unfähig [incapaz, inhábil] ist.*” (*MEW*, B.1., Berlín, 1957, p. 405).

presente alemán (1902) en relación a lo dicho por Marx en 1843. Mi comentario a este largo párrafo lo dividiré en torno a los últimos dos citados, el segundo de los cuales contiene la propuesta de Mehring sobre el presente alemán en tanto que lo relaciona —para descalificarla— con la tesis de Marx de 1843, la cual —ya lo dije— Mehring, sin embargo, no captó con precisión. Cito a Mehring:

“[I] De ese modo, la crítica que hizo Marx de la filosofía del derecho de Hegel abrió nuevas perspectivas, a las que se les puede objetar, ciertamente, que develaron este futuro con demasiada claridad haciéndolo aparecer más próximo de lo que en realidad estaba. Una carta que Georg Jung dirigió a Marx el 26 de junio de 1844 muestra la influencia que tuvieron estas perspectivas sobre sus contemporáneos. Jung anunciaba, en primer lugar, que el gobierno de Baden había secuestrado de los vapores cien ejemplares de los *Anales*, y rogaba se le enviara una nueva partida a Lieja o a Verviers, que él mismo se ofrecía hacer pasar por la frontera. Luego pasa a hablar de la indignación de los tejedores de Silesia, y escribe: «Los levantamientos de Silesia lo deben haber sorprendido tanto como a nosotros. Constituyen un testimonio brillante de la corrección de su construcción del presente y del futuro de Alemania en la “Introducción a la filosofía del derecho”. [II] Particularmente legítima se prueba su afirmación de que, en la medida en que ningún sistema, ninguna clase particular alcanza el propio poder, las fricciones, las luchas, son mucho menos considerables.

Ad [I] Aunque diplomática y benevolentemente, Mehring acusa aquí a Marx de cierto urgentismo, por decirlo así. Pues supuestamente Marx hace “aparecer más próxima” la revolución socialista alemana “de lo que en realidad estaba”. Pero esta apreciación de Mehring revela a las claras que este autor simplemente no ve lo que escribió en verdad Marx. Nada de más próxima o más lejana, esto lo lee sólo Mehring; Marx alude más bien a cuando —y sólo entonces— las condiciones para la revolución ocurran. Y en efecto, así concluye Marx su escrito: “una vez que se hayan cumplido todas las condiciones internas, el canto del gallo francés anunciará el día de la resurrección alemana” (1843).

De otro lado, la “Introducción de 1843” es un texto agitativo. Marx habla con rigor teórico de condiciones de posibilidad y adhiere a estas condiciones pasión llena de corazón,<sup>135</sup> pues busca la realización de esas condiciones, que no queden sólo como condiciones formales de posibilidad. De un lado, entusiasmo vital; de otro, un vivo rigor teórico. La combinación perfecta. Pero sus lectores podemos confundirnos en gracia a que nos falta

<sup>135</sup> Cabeza y corazón, es la oposición correspondiente a Alemania y Francia con la que concluye el texto de Marx y que preside el proyecto editorial de los *Anales Franco Alemanes*.

Por todas partes los tejedores, los rebeldes, encuentran testimonios de adhesión, y no es ningún capitalista, ningún burgués, el que ocasionalmente calumnia en los diarios este levantamiento y lo trata con palabras brutales, sino a lo sumo un miembro fanático del gobierno que no puede comprender la resistencia que hallaron las bayonetas reales prusianas. En la *Kölnische Zeitung* encontramos ahora más comunismo que hace un tiempo en la *Rheinische*; se llegó a abrir una suscripción para los deudos de los tejedores caídos en Silesia en los recientes y trágicos sucesos, o sea para las familias de los rebeldes de la más peligrosa especie. Más aún: en el sólido y respetable casino se le ofrece una cena de despedida al señor von Gerlach (y esto también constituye una buena historia, se le concede la *Rheinische Zeitung* a este pobre servidor y se lo envía, contra sus deseos, pero en el diario según sus deseos, a Erfurt, y de pronto el hombre adquiere valor para el público, como un libro malo que ha sido prohibido). Se encuentran presentes los comerciantes más ricos y los funcionarios públicos de más alto rango, y se reúnen cien táleros para los deudos de los rebeldes. En vista de hechos de tal naturaleza, lo que por su parte aparecía hace aún algunos meses como una exposición totalmente nueva, ha adquirido ya casi la certidumbre del lugar común." (*Ibid.*, p.103-104)

uno u otro ingrediente en cierta medida y no estamos acostumbrados a él ni a coordinar uno con otro. A unos —activistas románticos— les parece enredadamente teórico, a otros —positivistas— demasiado efervescente. Quien quiere ver error y se moleste con el entusiasmo revolucionario pondrá el índice en este "error"; quien quiera defenderse con secreta culpa de su propio exceso rebelde querrá cubrir o salvar este "error", etc. El texto se presta sobre todo a este tipo de malversaciones aunque también a las opuestas. El sado-masoquismo (cabeza fría y corazón roto) constitutivo de las relaciones de reproducción sociales burguesas acoraza a sus agentes individuales contra un impulso y camino auténticamente revolucionarios y los deja destazados; por aquí a los románticos y por allá a los positivistas.

Permanece el hecho de que la "Introducción de 1843" es un texto programático y que, por tanto, tiene el futuro por delante. Del mismo modo, es un texto que sólo introduce y, tiene, entonces, por delante, la Crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Un texto programático que señala la unión de la filosofía y del proletariado como condición esencial para el logro práctico de sus fines y que sabe, evidentemente, que de esa teoría por realizar su autor presenta en las páginas siguientes apenas un "En torno a la crítica" (*Zur Kritik*), ni siquiera esta crítica ya concluida. Simultáneamente, Marx quiere propiciar el que otros decidan aportar esfuerzos a

---

<sup>136</sup> Esta cadencia, que ha servido de base a la confusión de sus lectores, bien mirada, es la que aclara las cosas.

esta tarea teórico-práctica, así que busca convencerlos y entusiasmarlos.

La cadencia<sup>136</sup> del argumento de Marx es indicativa de lo recién dicho. Primero, cerca con agudeza las condiciones de posibilidad de la revolución comparativamente en Francia y en Alemania; luego, en ocasión de centrar la mira en las condiciones fundamentales de la “emancipación universal”, es decir, del proletariado, habla con entusiasmo encendido de la necesaria síntesis de éste con la filosofía y de los resultados gloriosos que esta síntesis producirá, así que habla como si la síntesis ya estuviera lograda; por eso, finalmente, vuelve al presente para indicar que esos magnos resultados se lograrán en el futuro sólo cuando “todas las condiciones” requeridas para ello estén realmente “cumplidas”. Y, por supuesto, hay que trabajar para que se cumplan...

Ad. [II] La tesis de Jung es, en síntesis, subrayar que, en aras de combatir al gobierno prusiano, la burguesía se aliará al proletariado en lugar de oponérsele. Mientras que la tesis de Marx no implica asumir a la burguesía como revolucionaria, ni que ya sería el tiempo preciso como para que el proletariado tomara sin más las riendas de la próxima revolución. Pero Mehring quiere tomar las tesis de Marx y de Jung como iguales no obstante ser sólo análogas. Por ello, a propósito de la carta de Jung, remacha el error de interpretación que ya plasmó respecto de la “Introducción de 1843”.

Así, vemos que Mehring después de citar a G. Jung, comenta lo siguiente para el entonces tiempo presente (1902):

“[I] Hechos como los que Jung relata aquí no pueden ya darse, por cierto, en Alemania; ya no serán posibles las colectas en banquetes organizados por las cumbres de la burguesía y de la burocracia a favor de un presidente del gobierno prusiano, ni siquiera para las mujeres y los niños de obreros en huelga, es decir, para obreros que luchan totalmente dentro de la ley. Y esto, ¿por qué? [II] Porque a partir de ahora se da la posibilidad positiva de la emancipación alemana, porque el rayo de la filosofía ha calado hondo en el terreno virgen del proletariado, porque la clase trabajadora alemana tomó partido por la revolución, de la que no podrá apartarla ni hombre ni dios alguno, en la medida en que, precisamente por ello, también la clase dominante, en todos sus matices peculiares, adquirió la perspicacia y la brutalidad que la marcan como representante negativa de la sociedad.” (*Ibid.*, p. 104-105).

Ad. [I] Ya que Mehring identificó previamente bajo cuerda la tesis de Jung con la de Marx, la revocación que ahora hace de los “hechos” del tipo de los aludidos por Jung pasa por ser revocación de Marx con base en que la “realidad” lo revocó. De tal suerte, Mehring, en aras de criticar a las tendencias derechizantes, revisionistas y serviles de la socialdemocracia, se opone a los hechos sugeridos por Jung, pero por identificarlo con Marx, también se opone a éste.

Ad. [II] En este pasaje Mehring ofrece una “aplicación” de las tesis de la “Introducción de 1843”, pero sobre la base de contraponerse a Marx, o, dicho de otro modo se contrapone a éste pero resana esta contrariedad con el pretexto de aplicarlo “hoy”. Pero con ello Mehring implica demasiado, a saber: 1) que el proletariado y la filosofía (revolucionaria) están unidos en 1902 pero no en 1843, como escribió Marx; aunque, en verdad, ni Marx afirmó tal ni en 1902 se encontraba realizada tal unidad; 2) que fuera tesis de Marx la unión de la burguesía con el proletariado, según sugiere Jung en 1844 y los contemporáneos socialdemócratas de derecha de Mehring.

Ante tales despropósitos de fondo, Mehring no vio mejor modo de medio subsanarlos con otro más, a saber: tildando la intervención crítico-revolucionaria de Marx de “profecía política” y de “horóscopo filosófico”, etc., así que de antemano disculpada de precisión.

2. Más allá de la “Introducción de 1843” y de Mehring etc., Marx reitera tesis similares a propósito de las *condiciones de posibilidad de la revolución comunista en Alemania* en el artículo periodístico de 1844 que recién he citado, redactado en

ocasión del levantamiento de los tejedores de Silesia, y comentado en la carta de Jung. En este artículo puede apreciarse que Marx no ve “tan próxima” la tal revolución pues subraya la radicalidad del movimiento de Silesia y, por esa radicalidad, su significación histórica universal, pero reconoce su magra medida. Formulada de otro modo, no obstante la evidente magra medida del movimiento de Silesia, Marx exalta su radicalidad y significación frente a Ruge —quien critica aquel movimiento— precisamente para propiciar la inclinación del público a favor del proletariado y del proceso democratizador en curso.

En 1848 Marx y Engels retoman en el *Manifiesto del Partido Comunista* las tesis de 1843 añadiendo un programa de acción aplicable en el caso de que el proletariado realmente logre tomar la vanguardia del movimiento revolucionario y aun el triunfo, o bien en el caso de que, aunque no sea así, el proletariado participe en el proceso revolucionario con un programa propio y con un sistema de alianzas que no lesionen su autonomía como clase.

Lo anterior permite medir el tiempo real al que alude Marx: ni más pronto, ni más lejano, etc., sino cuando las condiciones se cumplan, y por supuesto que no se configuraban así en 1843, como tampoco en 1848. Pero hay algo que no parecen poder entender para nada los detractores de oficio de Marx, ni aun los intelectuales de partido posteriores, a saber: que, *para Marx, hacer la política del día pasa por aclarar la estrategia, la meta final y sus resultados*. Éstos son motivos agitativos precisos del presente en la medida en que son lo que se quiere lograr.

En la carta a Vera Zasúlich de 1881 y en textos de temática correlativa, como el prólogo a la edición rusa del *Manifiesto* de 1882, Marx retoma las tesis de 1843 acerca de las condiciones de posibilidad de la revolución comunista en la atrasada Alemania para plantear las correspondientes condiciones para la aún más atrasada Rusia.

Marx añade a sus tesis precisiones cualitativas importantísimas que corresponden no a un presunto “cambio de opinión” de Marx sino simplemente a que Rusia no es Alemania.

En general, las tesis revolucionarias de 1843 ofrecen el *modelo general* de Marx para pensar la posible *revolución en*

*países atrasados*, más aún, para pensar la posible *revolución comunista en la mezcla internacional de atraso y desarrollo* característica del capitalismo y que asigna un papel descolante a las situaciones de relativo atraso en un contexto de desarrollo general de fuerzas productivas superior. Se trata, pues, en este caso, del *modelo predilecto* aunque no general.<sup>137</sup> En fin, las tesis revolucionarias de 1843 aluden también a las *determinaciones generales* de la revolución comunista, sea en países atrasados o en desarrollados. Como no podría ser de otro modo, estas determinaciones están contenidas en el *modelo general* de las revoluciones comunistas en países atrasados y en el *modelo predilecto* de la revolución comunista bajo el capitalismo.

Importa resaltar hoy lo anterior porque así damos un *mentis* a las interpretaciones del pensamiento político y revolucionario de Marx en las que se inventan periodizaciones y se atribuyen a Marx cambios de opinión en verdad inexistentes.<sup>138</sup> La reflexión acerca de la relación *Marx-América Latina*, por ejemplo, gana mucho al precisar la teoría revolucionaria del Marx de 1843 y la prevalencia constante de la misma en su pensamiento hasta su muerte.

La revisión crítica que Roman Rosdolsky hace de los escritos de Marx y Engels sobre la revolución de 1848 en su libro *Friedrich Engels y el Problema de los "pueblos sin historia". La cuestión de las nacionalidades en la revolución de 1848-1849 a la luz de la "Neue Rheinische Zeitung"*, y que ha servido de base para descalificarlo facilonamente a propósito de América Latina, por ejemplo, presenta, además de otros muchos defectos, el muy fundamental de jamás precisar la tesis

---

<sup>137</sup> Por cierto, este anhelo es distinto, aunque con rasgos análogos, al que encontramos presente en la teoría del "eslabón más débil" de Lenin, basada a su vez en la teoría del imperialismo. No es éste el lugar para discutir a fondo el punto pero sí para advertir la diferencia entre Marx y Lenin al respecto. Discutí este punto en el curso sobre "Teoría del mercado mundial" que impartí en la Facultad de Economía, UNAM, en 1993. Cfr. también mi libro *Para la crítica a las teorías del imperialismo*, edición citada.

<sup>138</sup> Cfr., por ejemplo, Louis Althusser, *La revolución teórica de Marx* (1964); o en otro orden de ideas, Karl Korsch, "La crisis del marxismo" (1931), *Karl Marx* (1934); o, incluso, en otro orden diverso Martin Nicolaus, "El Marx desconocido", presentación a la edición castellana de los *Grundrisse*; y para la relación Marx-América Latina, Pedro Scaron, *Materiales de Marx y Engels sobre América Latina*, así como José Aricó, *Marx y América Latina*, etc.

de Marx acerca de las condiciones de posibilidad de la revolución comunista tal y como se perfila en 1843 y se decanta en 1848.

“LA POSICIÓN DE MARX EN LA REVOLUCIÓN EUROPEA DE 1848”, DE KARL KORSCH

*I. Korsch y el leninismo; Marx en medio*

1. Karl Korsch escribe este ensayo<sup>139</sup> en 1948, en ocasión de los 100 años de aquella revolución. La hipótesis general que Karl Korsch busca demostrar consiste en señalar que en 1848 Marx estuvo preso de la democracia burguesa, pero, precisamente, de un modo ilusorio pues, en realidad, Marx pretendía enarbolar una posición proletaria. El corolario de esta tesis es que, en verdad, Marx abandonó al proletariado en esa revolución. Korsch subraya una salvedad: la posición político-práctica de Marx era democrático-burguesa en contraposición con su teoría revolucionaria comunista, tal y como ésta se plasmó, por ejemplo, en el *Manifiesto del Partido Comunista*, texto escrito y propagandizado precisamente para agitar y servir de guía y apoyo al proletariado en esa misma revolución de 1848.

2. Caben las siguientes aclaraciones antes de acompañar a Karl Korsch en su argumentación.

2.1. La posición de Marx en 1848 puede ser descrita mejor como *comunista*, ni como democrático-burguesa ni como proletaria. Pues la perspectiva comunista, por cuanto es favorable al proletariado, puede ser enarbolarada aun en procesos no proletarios —por ejemplo, democrático-burgueses— en los que se harán valer posiciones favorables al desarrollo general del proletariado y no necesariamente intereses proletarios directos. Así que visto desde fuera y superficialmente, una tal actuación podría parecer sólo democrático-burguesa por no ser abierta, extrema o meramente proletaria.

2.2. La revolución de 1848 fue una revolución democrático-burguesa, no una revolución proletaria, menos aún socialista o comunista. Marx y Engels la caracterizan así antes y después del *Manifiesto del Partido Comunista*, así como en este texto, señalando que quizá la acción consciente del proleta-

<sup>139</sup> En Karl Korsch, *Teoría marxista y acción política*, Siglo XXI editores, colección “Cuadernos de Pasado y Presente”, n° 84, México, 1979.

riado —por ejemplo, con base en la influencia del *Manifiesto del Partido Comunista* en los acontecimientos— pudiera lograr sacar adelante demandas autónomas del proletariado o aun transformar en proletario-comunista un proceso revolucionario de suyo sólo democrático-burgués. Es evidente que la influencia del *Manifiesto* en los acontecimientos no fue tan poderosa, tampoco las posiciones proletarias, así que la revolución permaneció siendo democrático-burguesa; las demandas proletarias autónomas no pudieron salir adelante ni, por ende, ser apoyadas o promovidas.

Llevar adelante lo más posible el proceso democrático burgués constituía, *entonces*, la alternativa comunista que mejor servía a los intereses generales del proletariado, pues establecía o consolidaba las condiciones históricas del desarrollo capitalista, en cuyo interior el crecimiento del proletariado propiciaría fortaleza del mismo, de suerte que pudiera, entonces sí, hacer valer sus demandas autónomas y aun transformar una otra revolución burguesa futura en proletaria o hasta desencadenar una revolución proletaria desde un principio.

2.3. La visión leninista asume de entrada la postura de Marx en 1848 como proletario-comunista, sin notar eso que Korsch descubre puntualmente: el aspecto democrático burgués mero de esa posición.

Los leninistas —y aun Lenin— buscan convalidar la forma de actuación bolchevique durante la revolución de 1917 en Rusia como proletario-comunista analogándola con la posición de Marx en 1848; aún más, señalan que aplican a Rusia y a 1917 lo que Marx hiciera en Alemania en 1848. Incluso, en su intento por convalidar como proletario-comunista a la revolución rusa de 1917, sugieren, con más o menos fuerza, dependiendo de este o aquel autor, que la revolución de 1848 fue una revolución socialista y que su derrota involucró la derrota del proletariado.

Por su parte, Karl Korsch no reconoce el carácter presuntamente proletario-comunista de la revolución rusa, así que pretende ir a la raíz para criticarlo. Si los leninistas pretenden apoyarse en la posición de Marx de 1848, Karl Korsch analiza esta posición y encuentra que no es proletaria sino democrático-burguesa; *ergo*, los leninistas tampoco hicieron una revolución proletaria sino democrático-burguesa precisa-

mente *porque* se basaron en Marx, según ellos reconocen.

Korsch no sugiere que la revolución de 1848 fuera proletario-comunista, por supuesto. Pero sí entiende que la derrota de la misma fue una derrota del proletariado y del comunismo por cuanto no pudo lograrse la transformación de aquella revolución en proletario-comunista, entre otras causas, porque Karl Marx no mantuvo una postura proletaria sino democrático-burguesa.

Korsch y la interpretación leninista a la que Korsch critica coinciden, no obstante, en dos puntos esenciales. El primero es que ambos suponen posible la transformación de la revolución burguesa de 1848 en proletaria precisamente con base en el *curso de los acontecimientos de la misma*, y no —como el *Manifiesto del Partido Comunista*— con base en las *premisas previas* al conflicto, quizá por confirmarse por el curso de los acontecimientos, quizá no.

El segundo punto de coincidencia entre Korsch y los leninistas consiste en que ambos suponen que la derrota del 48 fue derrota proletaria. Así, por ejemplo, Korsch extrae de esta falsa idea su explicación de la *crisis del marxismo* con base en que esta presunta derrota proletaria afectó depresivamente a Marx, quien después de ella habría moderado su afán crítico-revolucionario militante y se refugió en la investigación, reorientando su discurso en un sentido científico pero cada vez menos crítico, etc.<sup>140</sup>

Korsch quedó preso en el mismo terreno de los leninistas en un tercer aspecto en el que, para mejor ir contra ellos, les cree acríticamente en aquello de que efectivamente los bolcheviques aplicaron las enseñanzas del Marx de 1848 a la Rusia de 1917.

Pero no fueron las enseñanzas de Marx lo aplicado en 1917, aunque así lo creyeron los bolcheviques. Éstos creían que la postura de Marx en 1848 fue proletaria y no democrático-burguesa, así que haciendo lo que hizo Marx creían avanzar al socialismo cuando aquél ni por asomo lo pensaba así. Esta ilusión los volvió ciegos a la actuación *comunista* específica de Marx y, por contra, a la actuación comunista que co-

---

<sup>140</sup> Cfr. Karl Korsch, “La crisis del marxismo” (1931), en *Karl Korsch o el nacimiento de una nueva época*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1974.

rrespondía a la situación de la Rusia de 1917.

2.4. La sólida formación leninista de Korsch, entre 1919 y 1923 —y aun después de ser criticado por su *Marxismo y filosofía*, en el opúsculo de Lenin, *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*—, y su militancia leninista en el Partido Comunista Alemán —ante cuya bolchevización Korsch será cada vez más crítico respecto del leninismo— lo anclaban a las perspectivas leninistas básicas hasta cuando las critica en sus conclusiones, de suerte que también lo vuelven ciego a la actuación comunista específica de Marx en 1848. Karl Korsch se mueve en la crasa oposición: o proletaria o burguesa, sin observar el *modo* en que la posición comunista puede mediar a favor del proletariado en situaciones no proletarias ni tendencialmente comunistas, cual fue el caso de la revolución de 1848.

Sigamos ahora paso a paso la demostración de Korsch en su crítica a Marx para sustentar nosotros paso a paso la crítica a Korsch, según la formulamos en general en lo que antecede.

## II. Crítica a los tres argumentos korscheanos

3. El ensayo de Korsch está formado por tres grandes argumentos. El primero prelude su exploración de la relación de Marx con la revolución de 1848 (segundo argumento) y la de Marx con el *Manifiesto* (tercero). Korsch hace una semblanza de la emergencia de la revolución de 1848 en el continente europeo teniendo como antecedente la revolución francesa de 1789, referente constante de Marx en los acontecimientos del 48. Así pues, Korsch aborda la relación de Marx con la *práctica* política del 48 y la de Marx con la *teoría* revolucionaria del *Manifiesto*, e inicia por la realidad epocal europea y que lo sitúa.

En los 4 párrafos iniciales que preludian su estudio Korsch no habla de Marx, pero lo que dice en el párrafo 5 guarda estrecha relación con lo que antecede:

También *Karl Marx*, que algunos años más tarde habría de criticar con agudeza destructora esta adhesión ideológica de los revolucionarios del siglo XIX a las gloriosas tradiciones del pasado [se refiere a la revolución francesa de 1789], ha estado *influenciado continuamente durante su participación en la revolución alemana*

*de 1848 por aquellas mismas ideas tradicionales* (K. Korsch, “La posición de Marx...”, en *op. cit.*, p. 227, cursivas mías).

El segundo argumento que Karl Korsch quiere sacar adelante —sugiriendo, sin afirmarlo, una posterior autocrítica de Marx al respecto— apunta a demostrar que Marx se hallaba preso del 1789 durante los acontecimientos de 1848 por el *modo* en que constantemente compara la revolución de 1848 con la de 1789 y la revolución prusiana de 1848 con la europea del mismo año. Ciertamente Marx estuvo “influenciado continuamente” durante la revolución de 1848 por la revolución de 1789, pero influencia no necesariamente significa cárcel, como Korsch pretende.

En efecto, señala:

Él [Marx] no ha comparado esta única revolución democrática del siglo XIX con el programa de una revolución social o socialista que supera los objetivos burgueses, como *podría haberse esperado* después de su alejamiento operado anteriormente a través de una dura lucha de desarrollo de la posición francamente burguesa hacia la revolución de sus años de aprendizaje político.<sup>141</sup> Él se ha contentado, en cambio, con poner en cada ocasión *como ejemplo para esta nueva revolución burguesa el modelo de la gran y gloriosa revolución francesa de 1789* y particularmente su fase jacobina de 1793-1794 (*ibíd.*, cursivas mías).

Como se ve, Korsch sugiere que la postura de Marx es burguesa sin determinar cuándo o cómo. Korsch no ve que las comparaciones hechas por Marx no son entre lo ideal y la realidad, tomando a aquél como modelo, como el ideal —por ejemplo, con eso de lo que “podría haberse esperado” de Marx—, es decir, pidiéndole que compare la revolución de 1848 con el ideal socialista, sino que Marx compara críticamente lo real con lo real.

Además, antes de la revolución del 48 —y durante la misma— Marx busca sacar adelante, en lo posible (y por allí compara), el programa socialista.

Y es que Korsch pierde especificidad al aludir a la dinámica de la revolución europea no obstante que ésta fue pensada

---

<sup>141</sup> Aquí Karl Korsch alude de pasada a la idea que se hizo sobre el desarrollo intelectual y político de Marx en “La crisis del marxismo” (1931) y en “El joven Marx como filósofo activista”; ambos artículos contenidos en Karl Korsch, *Teoría marxista y acción política*, edición citada.

por Marx desde 1843. Dice Korsch:

Si en Francia a la Revolución ha seguido la *Restauración*, a los nuevos movimientos revolucionarios de 1830 y 1848 la *dictadura bonapartista* y si, finalmente, también hacia el final del siglo, a la aparente victoria de los republicanos en el asunto Dreyfus ha seguido un *contramovimiento de la reacción militarista, monárquica y clerical*, mucho más fuerte y profundo, que bajo muchos aspectos *anticipaba el fascismo alemán*, en Alemania el débil y en definitiva *insuficiente desarrollo de las fuerzas democráticas* aparece no ya como un fenómeno específicamente alemán, sino como *una forma particular de un desarrollo europeo general* (*ibíd.*, cursivas mías).

Ahora bien, en 1843 Marx dice que en Alemania se vive en la cabeza lo que otros pueblos viven en la realidad; además, que vive la reacción cuando los otros la liberación, y la vive sin haber probado la liberación. De suerte que el desarrollo alemán es en general europeo pero su particularidad consiste en su modo *inverso*. Y bien, Marx en 1848 debe confrontar, contrarrestar este modo inverso o retrógrado de desarrollo. Además, la revolución francesa fue también una revolución parcial, meramente política y burguesa, de cuyo seno emanó la reacción termidoriana, un potente movimiento reaccionario contra el proletariado y diversos avances democráticos. Pero aun así —y esto es lo que olvida Korsch en su por lo demás certera descripción— que el *termidor* emana ya en 1789 y no obstante la revolución francesa ocurrió, pero no así, durante cincuenta y nueve años, la alemana, sino hasta 1848.

La reacción termidoriana en Francia fue posterior a la revolución; en Alemania, anterior, así que promete repetirse durante la revolución de 1848.

Antes de proseguir con el segundo argumento korscheano, exponamos el primero, pues éste precisamente documenta o establece la necesidad estructural o inherente de la burguesía para operar reacciones termidorianas en la revolución francesa, en la inglesa y en Alemania.

El asunto del primer argumento<sup>142</sup> es más profundo. Desde

---

<sup>142</sup> “Así como en ocasión de la primera guerra mundial en 1914-1918, durante la segunda y hasta nuestros días, se ha levantado la acusación contra los alemanes *de no ser democráticos*. No solamente los alemanes de Hitler, sino todos los alemanes; no solamente ahora, sino desde siempre; no solamente en las manifestaciones exteriores, sino *en su naturaleza*.” (*Ibíd.*, p. 225, cursivas mías).

el primer párrafo Korsch indaga la relación entre el estatalismo autoritario y las tendencias democráticas en Alemania, arraigándola en el desarrollo histórico capitalista. De suerte que aunque no habla explícitamente de Marx implica que éste, en tanto preso de la democracia burguesa, no podría sino complementar esta tendencia con ser él mismo estatalista autoritario. Korsch no lo dice abiertamente pero lo sugiere, entre otras cosas, porque este preámbulo describe la época que determinó a Marx.

En el párrafo que cito a continuación Korsch formula los problemas esenciales en que se ocupa todo su ensayo:

Sobre esta base histórica es necesario examinar la cuestión ulterior: [1] de qué fuerzas provenía el impulso para la *renovación y el desarrollo de los principios democráticos sobre el continente europeo desde 1830*, [2] qué *dificultades particulares* debía superar y [3] a qué *involuciones* específicas se veía obligado el desarrollo democrático a causa de este estado de las cosas. Solamente así se puede comprender cómo en Alemania se ha llegado a no alcanzar hasta el final del siglo una clara, completa, irreversible y firme victoria de la *democracia* (*ibíd.*, p. 226, cursivas mías).

Las contestaciones korscheanas respectivas dirían más o menos así:

Ad [1] el impulso democrático en el continente europeo desde 1830 “proviene” ya sólo del proletariado, no más de la burguesía.

Ad [2] para “superar” las “dificultades particulares” que se oponían a este impulso se debían combatir las crecientes ilusiones proletaristas favorables a la burguesía y más bien pasar a insistir en el proletariado y no en la democracia burguesa.

Ad [3] las “involuciones específicas del desarrollo democrático a causa de este estado de cosas” se refieren a la generalización de la reacción termidoriana en el continente, incluida la formación de la Santa Alianza. Pero además, dentro de tales involuciones Karl Korsch situaría la posición de Marx en 1848, aunque no lo dice explícitamente.

4. Volviendo al segundo momento argumental de Korsch, ahí donde explícitamente alude y critica a Marx, vemos que —en el párrafo 6— ofrece un ejemplo de cómo Marx critica a la re-

volución de 1848 confrontándola con la revolución francesa de 1789 y no con los ideales socialistas.<sup>143</sup> Es resaltante el hecho de que Marx exalte el carácter internacional de la revolución mejor que el nacional y que aluda como progreso no al cambio de dominio de la aristocracia a la burguesía sino al régimen político democrático-burgués que la revolución francesa impuso, etc. Ambas cuestiones son decisivas para el desarrollo futuro del proletariado, aunque directamente son condición de afirmación del capitalismo.

4.1. En el párrafo 8 Korsch comienza a criticar la postura de Marx. Dice Korsch:

Con toda esta *crítica destructiva* hacia las formas débiles o insuficientes de las luchas revolucionarias que se encontraban delante de sus ojos [en 1848], las consignas concretas con las cuales Marx ha tratado de intervenir en este movimiento *no sobrepasan* el marco de una gran revolución democrática, de una revolución como lo había sido la francesa del siglo XVIII (*ibíd.*, p. 228, cursivas mías).

Debe contestársele a Korsch que ya en 1843 Marx indicaba que Alemania —dado su atraso— se encontraba respecto de Europa, y en particular respecto de Francia, a la altura del

---

<sup>143</sup> Karl Korsch cita un artículo de la *Neue Rheinische Zeitung* del 11/XII/1848: “Ocurrió en la revolución de marzo en Prusia... Lejos de ser una revolución europea, no fue más que una apagada *resonancia de la revolución europea en un país atrasado*... La revolución prusiana de marzo *no fue siquiera una revolución nacional alemana*; desde el primer momento fue una *revolución provincial prusiana*. Las insurrecciones de Viena, Cassel, Munich y otras insurrecciones *provincianas* se desarrollaban a la par y le disputaban la preeminencia... *La burguesía prusiana* no era, como la burguesía francesa de 1789, la clase que representaba a toda la sociedad moderna frente a los representantes de la vieja sociedad: la monarquía y la nobleza. *Había descendido a la categoría de un estamento*...; era un *estrato del viejo Estado* que no había podido aflorar por sus propias fuerzas sino que había sido arrojado a la superficie del *nuevo Estado por la fuerza de un terremoto*; *sin fe en sí misma y sin fe en el pueblo, gruñendo contra los de arriba y temblando ante los de abajo, egoísta frente a ambos y consciente de su egoísmo, revolucionaria frente a los conservadores y conservadora frente a los revolucionarios, recelosa de sus propios lemas, frases en lugar de ideas, empavorecida ante la tempestad mundial y explotándola en provecho propio*..., *sin iniciativa, sin fe en sí misma y sin fe en el pueblo*, sin una *vocación histórica mundial*, un viejo maldito que está condenado a dirigir y a desviar en su propio interés *senil* los primeros impulsos juveniles de un pueblo robusto; sin ojos, sin orejas, sin dientes, una *ruina completa*: tal era la burguesía prusiana cuando, después de marzo, tomó el timón del Estado prusiano.” *Ibíd.*, pp. 227-228, cursivas mías.

1789.

Así que si la intervención de Marx en 1848 no sobrepasa el marco de una gran revolución democrática esto se debe al “anacronismo” alemán, el cual es atribuible al objeto, a la situación concreta y no se le puede imputar a Marx.

Karl Korsch a momentos toma el pulso a la actuación de Marx cuidadosa y atinadamente, pero luego transforma estas certeras apreciaciones en una crítica que desconoce lo que recién acaba de explicar comprensivamente. Así, por ejemplo, dice:

Marx consideraba que su tarea era la de contraponer a las acciones del movimiento actual, que *retrocedía* delante de sus propios fines, aquellas palabras de orden más audaces de una época pasada, como la reivindicación de la república “*única e individida*”, del “*armamento del pueblo*”, de la “*dictadura revolucionaria*” y del “*terror*” (*ibíd.*, cursivas mías).

Luego añade, ya encaminándose al desenlace crítico contra Marx, que “ya aquí Marx embestía contra obstáculos casi insuperables” (*ibíd.*). Así que, ante el reculamiento de la burguesía y de parte de la pequeña burguesía del 48 respecto de las ideas de la revolución francesa, “*el mismo Marx no podía propagarlas públicamente*, ni siquiera en formas suavizadas” (*ibíd.*, cursivas mías). Korsch cita como ejemplo una prudente declaración de la NRZ: “no formulamos la utópica pretensión de que se proclame *a priori* una república alemana única e individida” (*ibíd.*, pp. 228-229).

Karl Korsch redondea su crítica del siguiente modo:

Aunque esta renuncia a un sostén abierto de todo el programa de la democracia revolucionaria haya sido entonces para Marx sólo una *táctica escogida provisionalmente*, sin embargo, en un examen histórico aparece también en esta táctica un momento de aquella *contradicción sustancial* que caracteriza toda la posición de Marx hacia la revolución de 1848 (*ibíd.*, p. 229, cursivas mías).

¿Y cuál es aquella “contradicción sustancial”? El párrafo 9 la formula redondamente, así que lo cito para enseguida comentarlo.

Marx renuncia a oponer a la realidad de la revolución burguesa una utopía *socialista del futuro*. Pero trata continuamente de imponer a este nuevo movimiento revolucionario de su tiempo las formas de una *acción pasada*, formas muy poco relacionadas con las condiciones actuales. Trata de elevar la revolución democráti-

ca de su tiempo a *un nivel más alto* y olvida que este nivel “más alto” es *en realidad solamente un nivel histórico* que ya había sido alcanzado una vez en una época pasada del movimiento revolucionario en su conjunto (*ibíd.*, cursivas mías).

En realidad Marx no opone al movimiento unas formas de una acción *pasada*, escogiéndolas frente a una utopía futura. La oposición no es entre futuro y pasado. Karl Korsch maltrata al programa socialista desfigurándolo como utopía sólo para despreciar aún más la presunta elección de Marx por el pasado. Marx en realidad piensa en una posibilidad presente, y si la impulsa aludiendo a las gestas de la gran revolución de 1789 es para mostrarle a la burguesía actual su contradicción, denunciarla ante el pueblo y aclararle a éste que no tiene por qué conformarse con logros que están por detrás del 1789, sino que aúpe hasta por lo menos alcanzar este nivel. Marx opone a una realidad presente reaccionaria una posibilidad presente más progresiva.

Ahora bien, la formulación de Korsch ve “revolución” y “movimiento revolucionario en su conjunto”, pero no ve clases sujetos de estos procesos y que los califiquen específicamente, mientras que la posición de Marx para llevar más adelante a la revolución burguesa de 1848 pretextando acercarla a la de 1789 deriva de los intereses del proletariado convenientes en una revolución cuyo sujeto dominante es la burguesía. Korsch tampoco ve que el mundo burgués debe poder asumir —“*si es forzado a ello*” por la palabra y por los actos de las masas populares—, su *propia forma*; sobre todo si el proletariado la fuerza. Korsch no ve la lucha real con sus riesgos y sus apuestas, sino sólo las formas fijas opuestas, tales como pasado/futuro, burguesía/proletariado, etc.

4.2.1. Korsch dedica los párrafos 10 a 16 a ilustrar de diversos modos la “contradicción sustancial” que creyó ver en Marx. Primero, en el párrafo 10 se refiere al contraste entre las “condiciones presupuestas” por Marx y “aquellas reales históricas de la revolución de 1848”. Ante las debilidades de esta revolución, dice Korsch, Marx no sabe oponer nada concreto y eficiente sino apenas un “grandioso internacionalismo”.

Ahora bien, en realidad Marx no “presupone” ningunas condiciones sino que busca imponer por la fuerza revolucionaria condiciones de democracia burguesa *contra* la burguesía

alemana prusianizada, esto es, termidoriana. Y si el “grandioso internacionalismo” resultó impotente, ello se debió a que cada capa social sometida a la que Marx aludía en este país y en este otro no tuvo, cuando fueron convocadas mediante ese internacionalismo, ni la claridad ni la fuerza suficientes para llevar adelante las cosas y así lograr que el llamado a favor de medidas burguesas contuviera ya una forma proletaria.

En el párrafo 11 Korsch no parece entender que Marx busca crear con su actuación condiciones mejores para el proletariado, cierto que no proletario-comunistas. Cito a Korsch para comentarlo enseguida:

También desde un *punto de vista puramente cuantitativo*, el órgano de Marx de la democracia alemana ha dado informaciones más extensas sobre la revolución en Francia, Austria, Polonia, Bohemia, Italia, Hungría que cualquier otro periódico alemán. La *Neue Rheinische Zeitung* no exigía solamente *Alemania para los alemanes*, exigía también *Polonia para los polacos*, Bohemia para los bohemios, Hungría para los húngaros, Italia para los italianos (*ibíd.*, cursivas mías).

Así que a través del desarrollo de las nacionalidades, la forma dada de la configuración poblacional europea, Karl Marx apuesta más allá. Pero el positivismo de Korsch resulta reaccionario porque contrasta lo que *hay* con las tesis generales proletario-comunistas de Marx tomando éstas como lo que *debiera* hacer Marx al intervenir en los acontecimientos. Korsch no ve la mediación concreta que Marx instauro al intervenir en los acontecimientos, y no la ve porque quiere desconocer las *tendencias y posibilidades* en lo que hay, en el proceso en curso, pues Korsch lo capta a *post festum*, cuando ya todo concluyó. Su descripción cae en una paradoja; en realidad no está viendo al sujeto revolucionario proletario en acción jugando sus posibilidades, pero a la vez insiste en que Marx no enarbola como debiera la utopía socialista proletaria sino que quiere llevar adelante las metas burguesas.

4.3. En el párrafo 12 Korsch enumera descabros ocurridos a las insurrecciones de París, Viena, Alemania, etc., así como a la “gran manifestación cartista en Inglaterra”. “Todos estos *fracasos y derrotas* son tratados en la *Neue Rheinische Zeitung* como tantas otras derrotas de la *revolución alemana* y de toda la *revolución europea*” (*ibíd.*, p. 230, cursivas mías). Cierta-

mente, pero Korsch se resiste a asumir este tratamiento de Marx referido al proletariado —digamos, metafóricamente— por cuanto un avance democrático-burgués europeo significaba mejores condiciones de desarrollo de la clase proletaria en vista de la revolución socialista ulterior.

Korsch añade que Marx:

Descubría al mismo tiempo la *contradicción trágica* entre los presuntos intereses nacionales checos, húngaros, austríacos y prusianos, con la cual las diversas secciones de la única revolución europea actuaban de una *manera suicida* no sólo hacia los propios intereses comunes revolucionarios, sino también hacia los propios intereses reales nacionales (*ibíd.*, cursivas mías).

Esto es lo que caracteriza el párrafo 12, tal y como la contradicción entre los presupuestos de Marx y las realidades de la revolución de 1848 se caracterizó en el párrafo 10.

Esta “contradicción trágica” y autodestructiva —según caracteriza Korsch la idea de Marx sobre el curso de las acciones de las diversas nacionalidades en el proceso revolucionario global— es por demás exacta y permite desestructurar la crítica que Roman Rosdolsky le dirige a Engels y a la *NGR* de hallarse presos en Hegel.<sup>144</sup> Apunto aquí sólo la idea principal, pues no es éste lugar para discutir con Rosdolsky.

Korsch concluye del modo siguiente: “Así se entrelaza la sangrienta cadena hasta la conclusión violenta de la guerra revolucionaria fratricida con la victoria general de la contrarrevolución europea”. La tragedia autodestructiva de la confrontación de intereses de diversas nacionalidades condujo a la victoria de la contrarrevolución.

4.4. El caso es que en las condiciones históricas de 1848 ya sólo el proletariado —no esta o aquella nacionalidad, menos la burguesía o la pequeña burguesía— podía desarrollar la democracia burguesa unificadamente debido a que el proletariado ya era *internacional*, mientras que la burguesía, arraigada nacionalmente, contrastaba competitivamente sus intereses tanto económica como políticamente, amén de autocontradecirse por temor al proletariado. Esta es la veta que Marx sigue en su actuación política, pero Korsch no lo comprende.

---

<sup>144</sup> Cfr. Roman Rosdolsky, *Federico Engels y el problema de los “pueblos sin historia”*, Cuadernos de Pasado y Presente, edición citada.

El horizonte general era democrático-burgués, pero sólo el proletariado podía llevarlo adelante a partir de cierto punto. De ahí la insistencia de Marx en el internacionalismo. Pero al no entender lo anterior, Korsch percibe lo del internacionalismo como índice de las contradicciones de Marx, como aspecto “*demasiado abstracto y no histórico* que caracteriza también en este punto la política sostenida por Marx. *El internacionalismo heroico* con el cual *Marx quería superar entonces estos «retrocesos» nacionales* [se] *abstrae* del dato de hecho” (*ibíd.*, cursivas mías).

Así que Marx, amén de contradictorio y trágico, ahora resulta abstracto y ahistórico aunque heroico y, poco más abajo, fantástico, pues Korsch añade que “un Marx vio en la *guerra revolucionaria* impuesta por un ambiente hostil el *medio universal* para la superación de todas las dificultades internas y externas de la revolución europea” (*ibíd.*, cursivas mías). Este “un Marx vio” vale tanto como “un Marx fantaseó”.

En realidad el positivismo, al registrar los acontecimientos ha conducido a Korsch a una postura de mala fe según la cual ve el heroísmo internacionalista pero no su razón de ser de fondo; por cierto no abstracta ni ahistórica, pues representa a un sujeto histórico real —el proletariado— y las tendencias que auspicia y le son propicias, esto es, el horizonte virtual del proletariado. Por lo que la política de Marx no está orientada hacia el pasado, sino hacia el porvenir con base en el presente proletario, pero, por ello mismo, tomando muy en cuenta la debilidad proletaria dada. De ahí que las tendencias proletarias se realizaran metonímicamente, no directa y abiertamente, en el avance democrático-burgués.

5. En la época de la revolución francesa de 1789 las guerras revolucionarias napoleónicas propiciaban el establecimiento de la época burguesa, mientras que en ocasión de la revolución europea continental —no sólo francesa— de 1848 las guerras revolucionarias sirvieron más bien al proletariado, aunque por un rodeo.

El párrafo 13 trata tres asuntos más. En primer lugar, la opinión de Marx —gestada desde entonces y sostenida toda la vida— acerca de la nociva influencia de Rusia para el desarrollo de la democracia. A partir de 1851 Marx tiene una opinión análoga acerca de Napoleón III. Marx los combina, por lo de-

más: “aquella potencia bárbara cuyo jefe está en Petrogrado y cuyas manos están en cada gobierno europeo”, en especial el de “Boustrapa” (Napoleón III).

Korsch sugiere, sin decirlo, que estas opiniones son obsesiones fantásticas de Marx. Sin embargo, el párrafo 13 termina asociando a Napoleón III como antecedente de Hitler. Así que, finalmente, Marx sale bien parado en el juicio que Korsch entabla en su contra.

El reconocimiento de Korsch hacia Marx es mayor en el párrafo 14, acerca de que “las tesis aquí esbozadas por Marx sobre la persistente importancia, aún en el siglo XIX, de la *guerra por la revolución* no eran en absoluto fantasía” (*ibíd.*, p. 231, cursivas mías).

Korsch da ejemplos, y los abunda en el párrafo 15, a propósito de la “guerra revolucionaria contra Rusia” solicitada por la *NRZ*.<sup>145</sup>

6. A partir del párrafo 16 (y hasta el final del artículo) Korsch desarrolla su tercer argumento, en el que contrapone la práctica de Marx en 1848 con el *Manifiesto del Partido Comunista*. Se trata de la culminación de la intervención crítica de Korsch, así que para darle mayor aspecto de justicia y equilibrio al conjunto hizo bien en anteceder este argumento con el amplio reconocimiento a la idea de Marx de la “guerra revolucionaria contra Rusia” y por la democracia. Así atemperaba Korsch lo de la fantasía e irrealidad, tragicidad y abstractividad de la intervención de Marx, según que Korsch lo cree preso en el pasado heroico burgués.

El ensayo de Korsch es un *clásico* por lo bien equilibrado de su planteamiento. Autores posteriores que lo retoman y no lo citan son desaforados y unilaterales en su embestida contra Marx y menos profundos, aunque parecen más contundentes

---

<sup>145</sup> “Una guerra defensiva conducida *contra esta amenaza general* contra la revolución europea conducida en la república francesa, por Prusia-Alemania, el Reino de Italia y de Cerdeña, Hungría y Polonia, llevada a cabo *en contra de los zares rusos*, habría tenido un importante significado para un ulterior desarrollo del movimiento revolucionario de entonces (como lo explica el historiador marxista *Arthur Rosenberg*, muerto recientemente en la emigración, en su instructivo libro aparecido en 1938 *Democracia y socialismo*.)” Karl Korsch, “La posición de Marx en la revolución europea de 1848”, edición citada, p. 232, cursivas mías. Existe traducción castellana de dicho libro, publicada por Siglo XXI Editores, México, 1978.

por cargar más la pluma hacia el análisis psicológico de Marx. Explicitan lo que en Korsch se insinúa: las obsesiones de Marx, su atadura o dependencia al pasado burgués, como si se tratara de la dependencia al padre, etc.<sup>146</sup>

Ahora bien, como Korsch apenas lo esboza y a la vez parece fundarlo en los hechos históricos —o luego en el análisis teórico del *Manifiesto del Partido Comunista*— los saqueadores de Korsch ya se lanzan a galope tendido, seguros de pisar terreno firme y sin creer necesario fundamentar sus opiniones.

La cargada de los vulgarizadores no debe caer en la cuenta de Korsch, por supuesto, pero sí cabe señalar cuál articulación de su discurso posibilitó los enjuagues *vulgares* posteriores. Entremos, pues, al plato fuerte: la contraposición entre Marx y su *Manifiesto del Partido Comunista*.

### III. Utopía y mitología

7. Las contradicciones que Korsch cree descubrir en Marx (su heroísmo abstracto, su crítica a la revolución del 48 y su admiración por la de 1789, etc.) lo llevan a creer “irreal” “la posición de Marx respecto de la revolución en 1848”.

Aquí podemos preguntarnos: ¿por qué Marx, que en el decenio precedente había elaborado un nuevo *modo de ver* y que sólo pocas semanas antes de la explosión de la revolución de febrero y marzo había dado al movimiento socialista de los trabajadores apenas en sus comienzos las líneas teóricas de fondo, *por qué justamente él hizo este gran sacrificio?* ¿Por qué *renunció* a todo sostén de las ideas y de los intereses obreros en la revolución democrática si quería sustituir el programa, por cierto aún entonces *utópico*, de una revolución social de la clase obrera solamente con otra mitología de revolución igualmente irrealista? (*Ibid.*, p. 232, cursivas mías).

Es en este punto donde se revela más vivamente la pugna de Korsch contra los demócratas burgueses y, en especial, contra los bolcheviques, pretensiosos de aplicar a Marx. Korsch cree en la ecuación bolchevismo = Marx, así que comienza por criticar a Marx. En realidad, la revolución de 1848 no podía ser íntegramente democrático-burguesa, a menos que el proletariado la impulsara en esa dirección; pero tampo-

<sup>146</sup> Véase, por ejemplo, de José Aricó, *Marx y América Latina* (edición citada), o el prólogo de su comentarista, Carlos Franco.

co podía ser meramente proletaria. Pero Korsch quisiera o bien lo uno o bien lo otro. La postura dialéctica de Marx le incomoda, no la comprende. Así que Korsch se mueve entre la mitología (democrático-burguesa) y la utopía (socialista) y no se detiene en responsabilizar a Marx de esta falsa disyuntiva y falsa calificación de cada aspecto. Por lo demás, en todo su escrito Korsch no señala a qué posible tercera alternativa podría estarse refiriendo y que fuera recomendable para Marx en 1848.

A partir del párrafo 17, Korsch confronta a Marx con el *Manifiesto del Partido Comunista*. A continuación lo cito y en columna paralela lo comento.

“[1] Es cierto que ya en el *Manifiesto comunista*, de febrero de 1848, no estaba prevista una presencia autónoma de los «comunistas» en ningún país europeo, ni siquiera en la adelantada Francia. [2] Sin embargo, Marx y Engels han superado notablemente en su praxis el límite de la continencia clasista prevista en el *Manifiesto*, haciendo caer completamente aún en el campo ideológico la preparación teórica de los obreros incesantemente solicitada por el *Manifiesto* para la “lucha contra la misma burguesía que tiene rápido inicio después de la caída de las clases reaccionarias en Alemania” [3] *Esto no era sólo una consecuencia de la renuncia a la propia organización*. Si la Liga de los comunistas demostró ser, como explicó Engels más tarde, *una palanca demasiado débil* frente al movimiento de las masas populares en acción, esto no fue para ellos un resultado inoportuno. Por el contrario, ellos también contribuyeron a eso, como lo han demostrado recientes investigaciones.” (*Ibid.*, pp. 232-233, cursivas mías).

Ad. [1] Nada más cierto. Esta primera intervención de Korsch sale al paso de la leyenda acerca de que la revolución del 48 fue proletaria socialista.

Ad. [2] Desafortunadamente, Korsch añade a la certera afirmación precedente sobre el Manifiesto y la revolución del 48 el despropósito consistente en sugerir que Marx y Engels actuaron desligados del proletariado y en pro del democratismo burgués; como si no fuera interés del proletariado llevar la democracia burguesa lo más adelante posible si la revolución socialista no es actual, y para hacerla actual. Korsch contrapone la afirmación sobre la autoemancipación proletaria [1] con la del presunto protagonismo democrata burgués de Marx y Engels [2] para resaltar negativamente el comportamiento de ambos amigos.

Ad. [3] Karl Korsch dice que Marx y Engels renunciaron a la “propia organización” del proletariado. Luego modera un poco su juicio y dice que renunciaron a la Liga de los Comunistas. Pero en realidad Marx y Engels renunciaron no sólo a ésta sino a cualquier organización presun-

tamente comunista pero que actuara sin el proletariado. Y bien, ellos actúan en la coyuntura en favor de los intereses del proletariado intentando llevar adelante la democracia burguesa, así fuera en contra de la oposición de otras organizaciones comunistas. Pero Korsch, por no tomar en cuenta la realidad concreta de la coyuntura, no ve que Marx y Engels están en estrecha relación con el proletariado y que se niegan a sustituir a la clase proletaria, así fuera con una gran idea y una acción socialista trascendente pero sin el proletariado. Marx y Engels ven al partido proletario como expresión de la clase. Pero no así Korsch, quien lo asimila al partido, mayormente con la forma leninista autónoma del mismo. De ahí que las opiniones de Korsch contrasten el Manifiesto con la actuación de Marx en 1848, cuando que son coincidentes. De este párrafo de Korsch resultaría un Marx preso de un protagonismo democrático social-burgués, cuya consecuencia sería el estatalismo encubierto que se revelaría a las claras en Lenin y sobre todo con Stalin. Esta es la sugerencia korscheana que se evidencia si se conecta este párrafo 17 con los párrafos iniciales (1-4) sobre el necesario desarrollo autoritario de la democracia burguesa. Esta sugerencia resalta más en el párrafo 18.

Korsch inicia con mala fe el párrafo 18 de su ensayo señalando que Marx “finalmente” se ocupó en “cuestiones obreras específicas” en abril de 1849 en la *NRZ*, esto es, ya derrotada la revolución. Se trata de la publicación, en una serie inconclusa de artículos, del célebre texto “Trabajo asalariado y capital”.

Digo que hay mala fe en Korsch porque de esta manera

consolida el infundio de que Marx no se ocupó de esas cuestiones durante la revolución de 1848. Por lo demás, “Trabajo asalariado y capital” recopila las conferencias que Marx dictó en la Asociación Obrera de Bruselas en diciembre de 1847, es decir, en la víspera del estallamiento de la revolución y en medio de la redacción del *Manifiesto del Partido Comunista*. Korsch incluso cree que Marx justifica su mal proceder en el prólogo a la publicación, pues

*justificó el hecho de haber descuidado hasta entonces tales problemas con la razón de que se había debido “sobre todo” seguir “la lucha de clases en la historia cotidiana y demostrar empíricamente, con los materiales históricamente existentes y con los que hibian apareciendo todos los días, que con el sojuzgamiento de la clase obrera, protagonista de febrero y marzo, fueron vencidos, apl propio tiempo, sus adversarios”. Pero precisamente esto era lo que no había hecho Marx. Él había usado el material histórico suministrado por las luchas de clases cotidianas del período revolucionario, no para deducir la derrota de la burguesía por el contraste entre burguesía y proletariado y el “sojuzgamiento” de la clase obrera (ibíd., p. 233, cursivas mías).*<sup>147</sup>

Korsch dice Marx *usó* como quien dice explotó o usó torcidamente, para contraargumentar la idea de Marx de “seguir” la pista a los acontecimientos, esto es, para el caso, usarlos respetuosamente.

Por cierto, Marx no puede demostrar eso que quiere Korsch con los materiales de las luchas de febrero y marzo de 1848, pues de antemano la revolución apenas si pudo ser democrático-burguesa.

Para contradecir su propio postulado Korsch dice:

*Por el contrario, ha demostrado solamente que la burguesía europea fracasó porque ya no estaba en condiciones de crear juntamente con la persecución sin resguardos de sus propios intereses de clase también un desarrollo progresivo de toda la sociedad (ibíd., cursivas mías).*

Así, Marx no analiza la situación en referencia a un análisis clasista burguesía/proletariado, sino en referencia al desarrollo social en su conjunto. Esto, en boca de Korsch —quien

---

<sup>147</sup> Este pasaje está tomado de la versión de Karl Korsch, *Escritos políticos*, Folios Ediciones, México, 1982, página 491, porque permite exponer con más precisión la actitud de Korsch que estoy criticando.

antes ha explorado lo que creyó ser la “inespecificidad proletaria” de Marx, para decirlo de alguna manera—, significa algo negativo, desclasado e infiel al proletariado. Pero a renglón seguido Korsch sabe darle un giro positivo, pues vuelve a basarse en la idea de Marx, si bien en el subsiguiente renglón hace esto para mejor hundir a Marx. Ya lo veremos. Ahora cabe hablar de lo que ya en este pasaje Korsch no entiende, no importa cómo lo califique, si como algo bueno o malo.

Y bien, Korsch no entiende *por qué* Marx observa el progreso social general mejor que la derrota posible de la burguesía por el proletariado, esto es, el progreso proletario particular. Korsch no ve que en 1848 la burguesía ya no podía desarrollar las *fuerzas productivas*, pero, ciertamente, pudo desarrollarlas después. ¿Por qué? Porque la relación burguesa territorializada en el continente europeo encontró límite geográfico momentáneamente para luego desbordarlo más allá de la medida continental hacia la mundial. Pero eso ya fue en 1850; en todo caso, después de derrotada la revolución de 1848.<sup>148</sup> El secreto del atascamiento del desarrollo de las fuerzas productivas y, por ende, de que la burguesía no pudiera llevar adelante a la vez sus intereses mezquinos y el progreso social, radica en el agotamiento de la *medida geopolítica continental del capital*. A este agotamiento respondió la emergencia de la misma revolución de 1848.

Por cierto, esta revolución fue desencadenada por la crisis inglesa de 1847, la cual se extendió por el continente durante 1848 para así aliviar la presión en la metrópoli inglesa. De esta manera Inglaterra pudo retomar las riendas de la hegemonía capitalista y desbordar al capitalismo más allá del continente hacia el mundo, tanto como antes asfixiarlo definitivamente en su medida continental hasta hacer estallar en ella la revolución del 48.

La mirada clasista de Marx es internacionalista —ya lo veremos— y por ello geopolítica y concreta, arraigada territorial y tecnológicamente. Así que asume al desarrollo social en referencia al de las fuerzas productivas y a éste en referencia al territorio que aquellas barren o el que constriñe a estas mismas fuerzas y a las gestas de clase que deberían apoyarse en

---

<sup>148</sup> Cfr. Karl Marx, “Mayo a octubre de 1850” y mi comentario respectivo.

ese posible desarrollo momentáneamente sofrenado. Korsch pierde de vista todo esto porque impone a su mirada una perspectiva clasista esquemática y abstracta sólo para pedirle cuentas a Marx en vista de mejor arreglar las cuentas con el stalinismo y el bolchevismo.

Veamos ahora el pasaje donde Korsch retoma la idea de Marx y aquel otro en que a renglón seguido intenta humillarlo más a fondo. Dice Korsch:

Sin embargo, de esto resultaba principalmente que *progresos políticos y sociales similares, si todavía podían tener lugar de entonces en adelante, debían ser dirigidos de otras maneras, no por parte de la burguesía, sino en contra de ella*. Este papel fue asumido de hecho luego por la dictadura bonapartista en Francia y por la llamada “revolución desde arriba” en Prusia (*ibíd.*, cursivas mías).

Aquí Korsch ya retorció completamente el argumento de Marx, esto es, lo tergiversó. La idea de Marx es que si la burguesía no puede, entonces sería el proletariado quien tomaría la estafeta del desarrollo social productivo; por lo menos en la coyuntura de pasaje entre la medida continental y la medida mundial de capital. Mientras que la de Korsch es que Bismarck y Bonaparte son quienes desarrollan la historia “contra” la burguesía, pero dice que ésta es idea de Marx porque, supuestamente, si éste ya abandonó al proletariado por la democracia burguesa, bien puede pensar que, si se desarrolla la democracia burguesa, puede justificar un abandono del proletariado en el que ya no es la burguesía el sujeto de esa acción. Pero Korsch no quiere concederle a Marx el proletariado, esto es, que mantuvo una posición proletaria durante la revolución, sino que dice, sorpresivamente, que eso de ir “contra ella” son Bonaparte y Bismarck quienes lo hacen y que esa es opinión de Marx y su posición mal que le pese.

Hay que decirle a Korsch que lo que hicieron Bismarck y Bonaparte fue a favor del capital y, por ende, de la burguesía, si bien no lo hizo directamente la burguesía. Creer que hicieron *contra* la burguesía implicaría que Marx asume como positivo el acto de aquellos y como adecuado su instrumento. Marx no sería revolucionario sino estadólatra, creyente de que el Estado bonapartista propicia el desarrollo social y va contra la burguesía, así que vale la pena aliarse con él, etc.

Esta es la postura stalinista del frente popular en 1935 y

contra ella apunta Karl Korsch. Pero como esa no era la posición de Marx, Korsch yerra el tiro que, por otro lado, bien podría haber atinado contra el stalinismo si no fuera por la simbolización en la que bajo cuerda se empeña en jugar la falaz ecuación Marx = Stalin.

La acerba crítica de Marx al bonapartismo debiera haberle mostrado a Korsch su equivocación. Pues Korsch supone que Marx y Engels tienen apego al bonapartismo y al bismarquismo en tanto que consideraban que éstos realizaban las metas burguesas contra la burguesía y, simultáneamente, a favor del desarrollo social

Ahora bien, según Marx, estas formas políticas sí realizaron tales metas, pero no *contra* la burguesía sino coyunturalmente y sin expropiarla ni atacarla pero, por eso, *a favor* de ella estratégica, integralmente. Esta diferencia en la idea de Marx sobre el caso es la que da la clave, pero es la misma que Korsch no respeta ni cita. En lugar de ello se lanza a galope tendido contra Marx y Engels acusándolos de distorsionadores de la historiografía por decir que las “revoluciones desde arriba”, a lo Bonaparte y Bismarck, son consecuencia del “desarrollo revolucionario precedente”, lo cual serviría a Marx y a Engels para cubrirse la espalda por su errónea actuación en esa revolución, ya que en realidad Bonaparte y Bismarck revelaron la esencia aquella.<sup>149</sup>

Citemos a Korsch para criticarlo más puntualmente. Dice:

Aquí ya no es posible exponer detalladamente la posición que *Marx y Engels* asumieron frente a estas *formas cambiadas del desarrollo político y social* en el período posrevolucionario. Comprobamos sólo también que la tesis según la cual la política de la *contrarrevolución bonapartista y bismarckiana* debe ser vista como una *mera continuación del desarrollo revolucionario precedente* encontró un *gran consenso* en el período sucesivo no sólo en los historiadores burgueses, sino también en marxistas y otros teóricos socialistas, y no precisamente entre los peores (*ibid.*, pp. 233-234, cursivas mías).

---

<sup>149</sup> Misma idea es la de Eduard Bernstein, según vimos más arriba, aunque para ponerse en contra de toda revolución y para sólo impulsar reformas. En efecto, Eduard Bernstein se opone a las revoluciones porque generan contradicciones, y precisamente porque generan contrarrevoluciones. Y precisamente los gobiernos de Bonaparte y Bismarck fueron secuelas de la contrarrevolución de 1848.

Aquí se registra un desliz que explica el que Korsch pueda decir lo que dice y estar equivocado pero parecerle y parecer que atina. Pues él dice “mera continuación del desarrollo revolucionario”, eso sería la “contrarrevolución bonapartista y bismarkista”. Korsch dice *contrarrevolución* para evidenciar el supuesto despropósito antidialéctico del pensamiento de Marx porque aquél asume que la revolución de 1848 fue un “desarrollo revolucionario” y con esta generalidad pudo haber devenido en proletaria, así que se admira de que Marx sostuviera mejor una postura democrático-burguesa moderada.

Pero la cosa para Marx es distinta. Para él el bonapartismo y el bismarquismo son desarrollos consecuentes en tanto movimientos contrarrevolucionarios, no de un “desarrollo revolucionario precedente” sin más, sino de la concreta revolución de 1848, con su implícita reacción termidoriana *geopolíticamente* arraigada. Esta reacción se explicitó *en* el movimiento contrarrevolucionario del 48 y dio por resultado la “revolución desde arriba” bonapartista y bismarkiana.

Por eso es que a renglón seguido Korsch cree estar hundiendo a Marx y, sin embargo, en realidad no habla de él sino de lo que Korsch cree que es aquél. Dice:

Ya Proudhon en su escrito *La révolution sociale démontrée par le coup d'état* de 1852 y el propio Marx en sus análisis de la *revolución francesa y [de la] alemana*,<sup>150</sup> escritos en el mismo periodo, apoyaron de una manera relevante esta tesis. *Similares interpretaciones distorsionadas de acciones y desarrollos contrarrevolucionarios* fueron también ensayadas desde entonces en muchas otras ocasiones (*ibíd.*, p. 234, cursivas mías).

El truco está en decir algo general (como desarrollo revolucionario en general) y achacárselo a alguien, por ejemplo Marx, que habla de un desarrollo revolucionario específico, por cierto decadente y por ende autocontradictorio. Después de esto se pasa a atribuir las consecuencias de lo general a lo

---

<sup>150</sup> Según vimos, es análoga la posición de Eduard Bernstein sobre la revolución de 1848 a la de Proudhon, a quien ensalza explícitamente, pero precisamente contra Marx, de opinión contraria a aquél. Karl Korsch quiere criticar a Marx como si éste fuera Bernstein, así como lo criticó ya como si fuera Lenin y Stalin. Es decir, el trastocamiento general del movimiento obrero parecería iniciarse —según sugiere Korsch, en *La crisis del marxismo* (1931)— en Marx, sus hitos decisivos se habrían plasmado en la posición de Marx en la revolución de 1848 (1948).

que se dice de lo particularmente contradictorio y, por allí, a decir cuán incoherente es aquél que piensa que la consecuencia de la revolución es la contrarrevolución, y aun sugerir que es incoherente *porque* quiere ocultar su propia *traición* a la revolución, así que no la reconoce y más bien la califica a posteriori desde la contrarrevolución. Como quien hace chisme de alguien que antes debió apoyar y no lo hizo, etc.

Los últimos tres párrafos (19 a 21) de su artículo los dedica Korsch a reivindicar en lo que cabe a Marx y a Engels, primero contra Lasalle, favorable a la colaboración con el poder estatal contrarrevolucionario de Bismarck (párrafos 19 y 20),<sup>151</sup> y luego, reivindica ampliamente al *Manifiesto del Partido Comunista* precisamente contra “la ambigua interpretación de la relación entre revolución y contrarrevolución, que en última instancia anula todas las diferencias”. Así que la crítica de Korsch va a fondo contra lo que él ha creído ser Marx; si bien a Korsch le parece que esta crítica “una tarea urgente, especialmente después de las experiencias más recientes” (*ibíd.*).

Korsch se puede referir a la serie de claudicaciones de la socialdemocracia, desde la Primera Guerra Mundial hasta la segunda, así como a la conducta de los partidos comunistas en Europa bajo la égida de la Tercera Internacional, en especial durante las grandes movilizaciones obreras de 1932 en el curso de la crisis económica originada en 1929 en Estados Unidos pero que golpearía a Europa después. La alianza con la bur-

---

<sup>151</sup> “Los peligros resultantes de una *similar y ambigua concepción de la revolución* están ilustrados por la disputa que surgió entre *Marx y Lasalle* en este punto en los años sesenta y que un poco más tarde condujo a una ruptura definitiva de *Marx con Liebknecht*, por una parte, y con *Schweitzer*, por otra.

“El conflicto de las dos corrientes consistía en el hecho de que Lasalle y Schweitzer **querían deducir de las posibilidades «revolucionarias» de las contrarrevoluciones arriba mencionadas el derecho del revolucionario a obrar eventualmente aún en forma directa con el poder contrarrevolucionario**, mientras que según Marx el partido obrero habría debido **reconocer**, por cierto francamente, en un caso similar, **el carácter objetivamente progresista de las concesiones hechas a los trabajadores por la reacción** en su lucha con la burguesía, **pero no habría debido abandonar jamás su autonomía con cualquier pacto con la reacción**. O bien, como ha expresado este pensamiento Engels en una manera muy bella y poética en su estudio sobre *La cuestión militar y la clase obrera alemana en 1865: Mit gêru scal man geba infâhan, or wïdar orte* [Es preciso recibir regalos con la espada, punta contra punta] (palabras de un antiguo *Lied* en alto-alemán-antiguo).” K. Korsch, “La posición de Marx...”, p. 234, negritas mías.

guesía fue la consigna de la III Internacional instrumentada por los partidos comunistas para conformar un frente popular, y antes contra la socialdemocracia (“socialreformismo es igual a socialfascismo”), o quizá se refiere a la masacre del proletariado en la Segunda Guerra Mundial.

Así pues, a Korsch le parece necesario “romper con la ambigua interpretación” referida, pues:

es preciso *determinar los límites entre las dos* [la revolución y la contrarrevolución], apoyándose en la caracterización del “socialismo revolucionario” del *Manifiesto comunista*, en 1848, en modo tal para *excluir del concepto de revolución* a aquellos [la socialdemocracia y los partidos comunistas] que reprochan a la burguesía el producir un proletariado revolucionario antes que “un proletariado en general” (*ibíd.*, cursivas mías).

El que Korsch diga en este párrafo final *Manifiesto comunista* en lugar de *Manifiesto del Partido Comunista* se explica porque al excluir lo de “partido” dice intervención autónoma de los “comunistas”, pero sin confundir autonomía (libertad e independencia) con autonomización, esto es, enajenación de los comunistas respecto de la clase proletaria, peligro guardado en el partidismo y realizado por la socialdemocracia y por el bolchevismo en tonos diversos. La intención de Korsch es correcta, pero no el que pretenda aplicar esta crítica a Marx por su participación en la revolución de 1848 como si se hubiera alienado respecto del proletariado y no sólo actuado autónomamente. Korsch supone aquí un proletariado numeroso y consciente y en plena acción revolucionaria al que Marx dio la espalda. Traspone a 1848 condiciones históricas particulares propias del siglo XX. En esto se basa en el fondo su contraposición del *Manifiesto comunista* con la práctica de Marx en 1848, una práctica sin fundamento, políticamente presa de la democracia burguesa y con la sugerencia de que la razón de esta postura política de Marx es irracional, psicológica. Otros después de Korsch (cfr, por ejemplo, José Aricó) desplegarán un psicoanálisis torcido contra Marx ya sin sustentarlo en la discusión histórica, teórica y política puntual que Korsch intenta.

Pareciera que la alternativa política de Korsch en 1848 hubiera sido simple y llanamente fomentar la lucha del proletariado por objetivos independientes con base en el programa del *Manifiesto del partido comunista*. Ni siquiera el debilita-

miento de la revolución por las pugnas interétnicas que dieron pie a la contrarrevolución le demuestran que enarbolar otra postura autónoma adicional en tales condiciones hubiera actuado en el mismo sentido contrarrevolucionario y por tanto también contra el propio proletariado, ya de por sí poco numeroso y débil, así que Marx difícilmente podía haber enarbolado una postura como la que Korsch ilusoriamente le exige.

*LA PERSPECTIVA DE MARX RESPECTO  
DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA DE 1848*

*Exceptuando unos pocos capítulos, todos los apartados importantes de los anales de la revolución de 1848 a 1849 llevan el epígrafe de ¡Derrota de la revolución!*

Pero lo que sucumbía en estas derrotas no era la revolución. Eran los tradicionales apéndices prerrevolucionarios, *las supervivencias resultantes de relaciones sociales que aún no se habían agudizado lo bastante para tomar una forma bien precisa de contradicciones de clase: personas, ilusiones, ideas, proyectos de los que no estaba libre el partido revolucionario antes de la revolución de Febrero y de los que no podía liberarlo la victoria de Febrero, sino sólo una serie de derrotas.*

Karl Marx, *La lucha de clases en Francia*.<sup>152</sup>

La *dialéctica* y la *ambigüedad*<sup>153</sup> contenidas en el período de 1848-1850 es lo que Eduard Bernstein<sup>154</sup> y otros no han entendido y es eso lo que Marx formula en el *introito* a su estudio del período. Este mismo contenido es el que, a su vez, vuelve a este período apasionante y difícil de captar. Precisamente Eduard Bernstein perdió la perspectiva clasista para analizar la revolución de 1848, situándose —cuando la analiza— antes o detrás de la revolución de Febrero y de la rebelión de Junio. Otros, sin perder la perspectiva clasista del todo, nadan en las ilusiones. En todo caso, ya se ve cuán alta y compleja es la

---

<sup>152</sup> Carlos Marx y Federico Engels, Obras escogidas de Marx y Engels, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1955, tomo I, p. 135, negritas mías.

<sup>153</sup> Cabe decir que en Marx la ambigüedad se ofrece como un momento existente, cierto, pero pasajero del movimiento dialéctico, en el que los polos o extremos se definen, se decantan. Mientras que en Soren Kierkegaard y otros autores influidos por él la ambigüedad fue congelada en vistas de figurar la posición existencial de la angustia y mediante ella caracterizar esencialmente al hombre. Pero éste es así expropiado de su capacidad decisiva de transformación de la realidad y de sí mismo. Sobre el concepto de ambigüedad, cfr. Jean Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica* (Editorial Losada, Buenos Aires, 1961, pp. 100 a 104), así como la crítica de Sartre a la ambigüedad batailleana y jasperiana, en su crítica a *La experiencia interior* de Georges Bataille, titulada “Un nuevo místico”, en *Situations 1* (Editorial Losada, Buenos Aires, 1967).

<sup>154</sup> En este capítulo me remito al primer capítulo de la segunda parte del presente libro, donde se discute la crítica de Bo Gustafsson a la polémica de Bernstein contra *La lucha de clases en Francia* de Marx.

perspectiva clasista del análisis histórico que exige este período. Es la que lo emblematiza en toda su complejidad y esencialidad. No es la que lo esquematiza, por cierto.

Lo que sigue no es un estudio pormenorizado de la revolución de 1848 en Francia, ni siquiera de *La lucha de clases en Francia*, texto en el que Marx la analiza, sino sólo una selección de pasajes de esta obra de Marx y el comentario de los mismos según un enfoque que caracterice *la perspectiva* de Marx frente a la de Bernstein (y otros) al abordar esa revolución.

### 1. Demostrar la dialéctica histórica del sujeto revolucionario

En el párrafo siguiente a los dos que nos sirvieron de epígrafe Marx formula sintéticamente todo el *proceso histórico dialéctico* que lo ocupa.

“Demostrar esto [esta dialéctica] es lo que se proponen las siguientes páginas”, concluye en su *introito*. E interesa subrayar que el texto no es meramente descriptivo o reseñante del proceso histórico sino *demostrativo*; postula tesis para calificar los acontecimientos decisivos y las demuestra por el modo en que éstos se configuraron particularmente, esto es, en sus momentos particulares de constitución: premisas, proceso y resultado, etc. Esta *perspectiva dialéctica demostrativa* es inicialmente lo que diferencia al de Marx respecto de otros enfoques.

Cito ese párrafo en el que Marx formula la dialéctica que se dispone a *demostrar* y en el que las derrotas se convierten en resultados positivos por cómo son asumidas.

En una palabra: el progreso revolucionario no se abrió paso con sus conquistas *directas tragicómicas*, sino por el contrario, *engendrando una contrarrevolución cerrada y potente*, engendrando un adversario en la lucha contra el cual el partido de la subversión maduró, convirtiéndose en un partido verdaderamente revolucionario (K. Marx, *La lucha de clases en Francia*, edición citada, p. 135, cursivas mías).

Este párrafo retrata tres momentos históricos. Primero, un punto cero, “la victoria de la revolución de febrero” de 1848; segundo, la conformación de la contrarrevolución, de un “adversario” de la revolución y, en particular, del proletariado y que mucho hizo para realizarla; tercero, el resultado del pro-

ceso previo y en el que las premisas se modifican, pues el partido revolucionario deviene en auténtico no obstante que el punto de partida estuvo preso de ilusiones y ataduras.

Esta dialéctica en tres tiempos — premisa/proceso/resultado— es la de un *proceso de trabajo histórico*, con su objeto, sus instrumentos o medios y sus productos; es el proceso de la formación histórica de un *sujeto social*, el partido revolucionario. Por eso, este proceso es análogo a la forma en la que se retrata el metabolismo social del dinero, presunto sujeto de los intercambios mercantil-capitalistas. En efecto, en la fórmula general del capital D-M-D', el dinero se *invierte* en la producción de mercancías que serán vendidas pero obteniéndose un plus por encima del monto de dinero premisial. Sólo entonces —con ese plus— el dinero se realiza como capital. Para ello, el dinero inicial debió co(i)vertirse en algo opuesto a él, la *mercancía*. “Generó a su adversario” para autodecantarse. La historia de la alienación capitalista es la de procesos dialécticos análogos.

## 2. Hacer la historia burguesa y quedar expropiado

Para llevar a cabo la *demostración de la dialéctica histórica* que se propone —esto es, la demostración de que existió esa sucesión histórica de hechos de forma dialéctica— Marx adopta una perspectiva *práctico-procesual*. En efecto, Marx observa el *proceso* y, por tanto, la *producción* de la revolución de 1848. Mientras que Eduard Bernstein ve sólo los *resultados* y la distribución de los mismos (a quién beneficia esto o esto otro y a quién no). Pero como Bernstein no ve la producción del suceso y, entonces, de su significación histórica, fácilmente se equivoca en la atribución de quién se beneficia con qué y por qué, en especial cuando habla del proletariado, productor descollante de la historia de 1848. Además, siguiendo este derrotero le es fácil discutir a Marx y creer definitivas sus críticas contra éste, dada la apariencia acabada y fija de los resultados que el mismo Eduard Bernstein evalúa tajantemente.

Karl Marx analiza la composición del gobierno provisional emanado de la revolución de Febrero y lo señala como una “*transacción entre las diversas clases*”. El proletariado de París tenía representación mínima en él aunque había sido fuerza principal para decidir los acontecimientos. No obstan-

te, el proletariado no tomó el poder sino que esperó la proclamación de la república por parte de la Asamblea representativa de todos los votantes franceses. La presencia proletaria tuvo peso decisivo para esta proclamación ya por la amenaza de que, si no ocurría, el proletariado tomaba el poder (pp. 141-142). Marx sitúa en este contexto la participación del proletariado y el *carácter del proceso* histórico en curso. Citémosle:

El proletariado, al *dictar* la República al gobierno provisional y, a través del gobierno provisional, a toda Francia, apareció inmediatamente como partido independiente, pero, al mismo tiempo, lanzó un *desafío* a toda la Francia burguesa. Lo que el proletariado conquistaba era el *terreno* para luchar por su emancipación revolucionaria, pero no, ni mucho menos, esta emancipación misma (*ibíd.*, p. 142, cursivas mías).

El proletariado es retratado aquí produciendo —no digamos mercancías y ganancias para el burgués, como en *El capital*, sino a— la propia historia burguesa y en haciéndolo es expropiado. Es su impacto el que saca de sus “móviles limitados” a la burguesía y promueve “la proclamación de la República sobre la base del sufragio universal” (*ibíd.*). Pues ciertamente “*los obreros no estaban desarmados...* [y] estaban dispuestos a afrontar de nuevo la lucha y a *imponer la República* por la fuerza de las armas. Con esta embajada se dirigió *Raspail* al Hôtel de Ville. En nombre del proletariado de París *ordenó al gobierno provisional que proclamase la República*” (*Ibid.*, cursivas mías). Fue por aquí que, entonces, derribada “la corona, detrás de la que se escondía el capital, hizo que se manifestase en su *forma pura* [la República,] la dominación de la burguesía” (*ibíd.*, p. 143, cursivas mías). Todas estas aseveraciones giran en torno al párrafo citado, en el que el proletariado aparece produciendo la historia burguesa. Y lo hizo contra sí mismo pero, así, lo hizo para sí.

Lo mismo que en las jornadas de Julio [1830] habían conquistado luchando la *monarquía burguesa*, en las jornadas de Febrero [1848] los **obrer**os conquistaron luchando la **república burguesa**. Y lo mismo que la monarquía de Julio se había visto obligada a anunciarse como una monarquía rodeada de *instituciones republicanas*, la república de Febrero se había visto obligada a anunciarse como una *república rodeada de instituciones sociales*. El proletariado de París obligó también a hacer esta concesión

(*ibíd.*, p. 143, negritas mías).<sup>155</sup>

### 3. Tragedia e ilusiones y especificidad histórica de los sucesos

Observando el proceso histórico de constitución de la revolución de Febrero y el papel decisivo del proletariado en la forja de aquella, Marx se encuentra indagando las *condiciones de posibilidad de un acto trágico*: la insurrección de junio, y, *simultáneamente, su necesidad concomitante*. Marx concluye respecto del proletariado:

*Una clase en que se concentran los intereses revolucionarios de la sociedad encuentra inmediatamente en su propia situación, tan pronto como se levanta, el contenido y el material para su actuación revolucionaria: abatir enemigos, tomar las medidas que dictan las necesidades de la lucha. Las consecuencias de sus propios actos la empujan hacia adelante. No abre ninguna investigación teórica sobre su propia misión. La clase obrera francesa no había llegado aún a esto; era todavía incapaz de llevar a cabo su propia revolución (ibíd., pp. 144-145, cursivas mías).*

Ciertamente, Eduard Bernstein *no* quiere tragedia, así que rompe la procesualidad histórica de las condiciones de posibilidad de la tragedia y pasa a culpar a los dirigentes socialistas revolucionarios y a la revolución, sin ver que la tragedia la impone por la fuerza el capital al someter y expropiar al proletariado, no sólo económicamente sino también a nivel cultural y político. Pero es precisamente esta percepción lo que revela el análisis del *proceso* histórico, según Marx lo logra.

“El caso era que las pretensiones del proletariado de París,

---

<sup>155</sup> Ahora bien, respecto de las instituciones sociales de la república de Febrero: “**Marche, un obrero**, dictó el decreto por el que el gobierno provisional que acababa de formarse se obligaba a **asegurar la existencia de los obreros por el trabajo**, a procurar trabajo a todos los ciudadanos, etc. Y cuando, pocos días después, **el gobierno provisional olvidó sus promesas** y parecía haber perdido de vista al proletariado, una masa de 20.000 obreros marchó hacia el Hôtel de Ville a los gritos de *¡Organización del trabajo! ¡Queremos un **ministerio propio del trabajo!*** A regañadientes y tras largos debates, el gobierno provisional nombró una **Comisión especial** permanente encargada de *encontrar* los medios para mejorar la situación de las clases trabajadoras. Esta Comisión estaba formada por delegados de las corporaciones de artesanos de París y presidida por Luis Blanc y Albert. Se le asignó el Palacio de Luxemburgo como sala de sesiones. De este modo, se desterraba a los representantes de la clase obrera de la sede del gobierno provisional.” K. Marx, *La lucha de clases en Francia*, edición citada, p. 143, negritas mías.

en la medida en que *excedían* del marco de la república burguesa, no podían cobrar más existencia que la *nebulosa* del Luxemburgo” (*Ibíd.*, p. 144, cursivas mías). Y, más abajo:

Los obreros habían hecho la revolución de Febrero conjuntamente con la burguesía; *al lado* de la burguesía querían también sacar a flote sus intereses, del mismo modo que habían instalado en el gobierno provisional a un obrero al lado de la mayoría burguesa. **¡Organización del trabajo! Pero el trabajo asalariado es ya la organización existente, la organización burguesa del trabajo.** Sin él no hay capital, ni hay burguesía, ni hay sociedad burguesa. **¡Un ministerio propio del trabajo! ¿Es que los ministerios de Hacienda, de Comercio, de Obras Públicas, no son los ministerios burgueses del trabajo?** Junto a ellos, un ministerio *proletario* del trabajo tenía que ser necesariamente el *ministerio de la impotencia*, el ministerio de los piadosos deseos, una Comisión del Luxemburgo. Del mismo modo que los obreros *creían* emanciparse al lado de la burguesía, creían también poder llevar a cabo una **revolución proletaria** dentro de las fronteras nacionales de Francia, **al lado** de las **demás naciones en régimen burgués**. Pero las relaciones francesas de producción están condicionadas por el comercio exterior de Francia, por su posición en el mercado mundial y por las leyes de éste; ¿cómo iba Francia a romper estas leyes sin una guerra revolucionaria europea que repercutiese sobre el déspota del mercado mundial, sobre Inglaterra? (*Ibíd.*, negritas mías).

Era imposible el desarrollo del socialismo *en* la república burguesa. Lo que no es lo mismo que decir que la revolución socialista fuese imposible entonces; ésta sólo era *improbable*. Y era imposible la revolución proletaria restringida a Francia si no devenía internacional. Esto lo dice Marx en la coyuntura de la revolución internacional europeo-continental de 1848.

La tesis de fondo de Marx para explicar las condiciones de posibilidad de la tragedia histórica del proletariado en la insurrección de Junio las asienta no sólo —como hasta aquí hemos visto— en los resultados de la revolución de Febrero forjados por el proletariado y de los que fue expropiado. Marx va más a fondo y sitúa el tema en el atraso relativo de Francia, la que aún no era plenamente capitalista. Tanto la revolución de Febrero como la de Junio debían conducir a Francia

a tal plenitud a costa del proletariado.<sup>156</sup> Por ello es que respecto a las perspectivas revolucionarias de esta clase, dice:

*La lucha contra el capital en la forma moderna de su desarrollo, en su punto de apogeo —la lucha del obrero asalariado industrial contra el burgués industrial— es, en Francia, un hecho parcial, que después de las jornadas de Febrero no podía constituir el contenido nacional de la revolución, con tanta mayor razón cuanto que la lucha contra los modos de explotación secundarios del capital —la lucha del campesino contra la usura en las hipotecas, del pequeño burgués contra el gran comerciante, el fabricante y el banquero, en una palabra, contra la bancarrota— quedaba aún disimulada en el alzamiento general contra la aristocracia financiera (ibíd., p. 145, cursivas mías).*

La situación genera ilusiones generales<sup>157</sup> en el proletaria-

<sup>156</sup> “La industria francesa está más desarrollada y la burguesía francesa es más revolucionaria que las del resto del continente. Pero la revolución de Febrero ¿no iba directamente encaminada *contra la aristocracia financiera*? *Este hecho demostraba que la burguesía industrial no dominaba en Francia.* La burguesía industrial sólo puede dominar allí donde la industria moderna ha modelado a su medida todas las relaciones de propiedad, y la industria sólo puede adquirir este poder allí donde ha conquistado el mercado mundial, pues no bastan para su desarrollo las fronteras nacionales. Pero la industria de Francia, en gran parte, sólo se asegura el mismo mercado nacional mediante un sistema arancelario prohibitivo más o menos modificado. Por tanto, si el proletariado francés, en un momento de revolución posee en París una fuerza y una influencia efectivas, que le espolean a realizar un asalto superior a sus medios, en el resto de Francia se halla agrupado en *centros industriales aislados y dispersos*, perdiéndose casi en la superioridad numérica de los campesinos y pequeños burgueses.” *Ibíd.*, p. 145, cursivas mías.

<sup>157</sup> “Así, en la mente de los **proletarios**, que confundían la aristocracia financiera con la burguesía en general; en la imaginación de los **probos republicanos**, que negaban la existencia misma de las clases o la reconocían, a lo sumo, como consecuencia de la monarquía constitucional; en las **frases hipócritas de las fracciones burguesas** excluidas hasta allí del Poder, la dominación de la burguesía había quedado abolida con la implantación de la República. **Todos los monárquicos se convirtieron, por aquel entonces, en republicanos y todos los millonarios de París en obreros.** La frase que correspondía a esta imaginaria abolición de las relaciones de clase era **la fraternité**, la confraternización y la fraternidad universales. Esta idílica abstracción de los antagonismos de clase, esto de **conciliar sentimentalmente los intereses de clase contradictorios**, de elevarse en alas de la fantasía por encima de la lucha de clases, esta *fraternité* fue, de hecho, la consigna de la revolución de Febrero. Las clases estaban separadas por un simple *equivoco*, y Lamartine *bautizó* al gobierno provisional, el 24 de febrero, de «un gouvernement qui suspende ce *malentendu terrible qui existe entre les différents classes*». **El proletariado de París se dejó llevar con deleite por esta borrachera generosa de fraternidad.**” *Ibíd.*, pp. 146-147, negritas mías. La conciliación sentimental de los intereses de clase contradictorios pudo ser el

do y en todas las clases de la sociedad. Ilusiones que son la embarcación que condujo a Febrero, y de Febrero a la insurrección de Junio. A este respecto Marx avanza un argumento decisivo —no registrado por Eduard Bernstein en su crítica a la dirigencia socialista revolucionaria— acerca de la *forma* de actuación del proletariado en las condiciones aludidas.

**Nada más lógico**, pues, que el proletariado de París intentase sacar adelante sus intereses *al lado* de los de la burguesía, en vez de intentar presentarlos como el interés revolucionario de toda la sociedad, que arriase la bandera roja ante la bandera *tricolor*. Los obreros franceses no podían dar un paso adelante, no podían tocar ni a un pelo del orden burgués, mientras la marcha de la revolución no sublevase contra este orden, contra la dominación del capital, **a la masa de la nación** —campesinos y pequeños burgueses— que se interponía entre el proletariado y la burguesía; mientras no la obligase a unirse a los proletarios como a su vanguardia. Sólo al precio de la **tremenda derrota** de Junio podían los obreros **comprar** esta victoria. A la Comisión del Luxemburgo, esta criatura de los obreros de París, corresponde el mérito de haber descubierto desde lo alto de una tribuna europea el secreto de la revolución del siglo XIX: *la emancipación del proletariado* (*ibíd.*, p. 146, negritas mías).

De esta preciosa cita no nos interesa sobre todo la luminosa cláusula final que revela el secreto de las revoluciones del siglo XIX frente a las ilusiones de los socialistas reformistas. Nos interesa más el hecho de que el proletariado no podía actuar sino como actuó: insurreccionándose en junio de 1848 contra un nuevo acto expropiatorio burgués y antes, en Febrero, *al lado* de la burguesía, ni *contra ella* ni *por* la sociedad en su conjunto. Y actuó así no por error de sus dirigentes sino por la situación a la vez de sometimiento y humillación burgueses, así como de atraso en las relaciones entre las clases subalternas y del proletariado con la burguesía, situación ilusionista. Pero nos interesa, además, el pasaje acerca de la *victoria comprada por los obreros con su derrota de junio*:

---

lema de la socialdemocracia a partir de 1895, en la hora de la irrupción masiva del revisionismo. Y pudo serlo en gracia a que las condiciones de febrero de 1848, esas de relativo atraso, se generalizaron a partir de la expansión mundial del capital. Esto es, en ocasión de un desarrollo potente del capitalismo pero diluido en su ahora inmenso territorio de escala planetaria. De ahí que a Eduard Bernstein le pareciera aleccionadora la revolución de Febrero y no la insurrección proletaria de junio de 1848.

#### 4. Victoria comprada con derrota

La “victoria comprada” consiste en un *develamiento histórico*, mismo que no pudo suscitar el dinero sino sólo una acción aplicada en modificar las relaciones sociales. Las clases sociales subalternas francesas pudieron captar su condición común y a su opresor común sólo una vez que quedó cancelada la ambigüedad del gobierno provisional de Febrero. A partir de ese momento no sólo el proletariado podía aliarse con el campesinado y la pequeño burguesía sino éstos con aquél en contra de la burguesía, y precisamente en tanto el proletariado ya no representaba su sólo interés sino que su lucha adquiría carácter nacional, representaba a la “masa de la nación”.

La acción proletaria auténticamente transformadora y que representa sus intereses de *clase* ya pudo ser aquella que promovía al proletariado a nivel de clase representativa de la nación. Este paso es imprescindible para la emancipación del proletariado. Si alguna reforma o proceso de reformas, triunfantes o derrotadas, pudieran operar este aclaramiento histórico, serían revolucionarias, y su inteligencia, más que el ingenio de éste o aquél reformador, mostraría una índole clasista potenciante de la acción histórica del proletariado. Pero eso es precisamente lo que la labor de los socialistas reformistas Blanc y Albert no podía lograr en el ministerio del trabajo. De ahí que aunque la insurrección de Junio fue derrotada, la insurrección en cuanto a sus objetivos inmediatos —no permitir que la burguesía siga expropiando política, no sólo económicamente, al proletariado—, logró “comprar” una victoria referida a objetivos mediatos. Por ende, su carácter clasista estaba fuera de toda duda y era un movimiento *obligado* en el tablero histórico.

El párrafo que estamos comentando pertenece a la página 141. 20 páginas adelante —en la página 161—, tras diversas explicaciones, Marx redondea su argumento a propósito de esta *victoria histórica* lograda mediante *derrota coyuntural*:

Al convertir su fosa en cuna de la **república burguesa**, el proletariado obligaba a ésta, al mismo tiempo, a manifestarse en su forma pura, como **el Estado cuyo fin confesado es eternizar la dominación del capital y la esclavitud del trabajo**. Viendo ante sí constantemente a su enemigo lleno de cicatrices, irreconciliable e **invencible** —invencible, porque su existencia es la condición de la propia vida de la burguesía—, la dominación bur-

guesa, libre de todas las trabas, tenía que trocarse inmediatamente en **terrorismo burgués**. Y una vez eliminado provisionalmente de la escena el proletariado y reconocida oficialmente la dictadura burguesa, las capas intermedias de la sociedad burguesa, la pequeña burguesía y la clase campesina, a medida en que su situación se hacía más insoportable y se erizaba su antagonismo con la burguesía, **tenían que unirse más y más al proletariado**. Lo mismo que antes encontraban en el auge de éste la causa de sus miserias, ahora tenían que encontrarla en su derrota.

Cuando la insurrección de Junio hizo engreírse a la burguesía en todo el continente y la llevó a aliarse abiertamente con la monarquía feudal contra el pueblo, ¿quién fue la primera víctima de esta alianza? La misma *burguesía continental*. La derrota de Junio *le impidió* consolidar su dominación y hacer detenerse al pueblo, mitad satisfecho mitad disgustado, en el escalón más bajo de la revolución burguesa (*ibíd.*, pp. 160-161, cursivas mías).

La *ganancia histórica* que arrojó este “intercambio de dones” consistió en que se revelaron y se transformaron no las simples cosas sino las relaciones sociales. El intercambio derrota/victoria o el aquí formulado cuna/fosa es, primero, una ganancia *histórico-epistemológica*: se reveló una verdad, se descaró el terrorismo burgués y, con él, la opresión unitaria de la clase burguesa sobre las demás clases; pasamos de lo *oculto* a lo *manifiesto*. Por ello Marx formula el intercambio de dones, derrota por victoria, como *fosa* (oculta, oscura) por *cuna* (visible, luminosa, como el dar a luz). En la historia se paga por ver; la visibilidad no tiene palco gratuito.

Por supuesto, es interesante la formulación de Marx acerca de la *invencibilidad* del proletariado: “invencible porque su existencia es la condición de la propia vida de la burguesía”. De esta invencibilidad deriva la confianza en el inminente triunfo de la revolución proletaria. Ambas cosas se revelan al descararse el dominio burgués sobre toda la población. Pero la *ganancia histórica* fue doble, pues añadió a la mencionada acerca de la *unidad y preponderancia de la opresión burguesa* su carácter no consolidado. Primero, porque la burguesía, en lugar de barrer a la monarquía feudal, se alió con ella contra el pueblo. Y segundo, porque la derrota de la insurrección de Junio impidió que el pueblo se detuviera en su afán transformador. Detención que habría sido ambigua —“mitad satisfecho, mitad disgustado”—, cuando que su avance ocurre esta-

ble, sin ambigüedad, contra la burguesía.

En fin, la derrota de Junio abre una nueva época<sup>158</sup> de la política proletaria internacional. Más aún, abre la época de la política proletaria propiamente internacional. Caracterizada por las dos ganancias históricas referidas y por los siguientes rasgos:

##### 5. Política proletaria internacional

a) “Francia tenía que mantener a todo trance la *paz en el exterior, para poder librar la guerra civil en el interior*” (*Ibid.*, p. 161, cursivas mías).

b) A fines de la revolución de 1848 la “suerte de estas *revoluciones nacionales* fue supeditada a la suerte de la *revolución proletaria* y despojada de su aparente sustantividad, de su independencia respecto a la *gran transformación social*. ¡El húngaro no será libre, ni lo será el polaco, ni el italiano, mientras el obrero siga siendo esclavo!” (*Ibid.*, cursivas mías).

Por vez primera la liberación de los pueblos quedó vinculada a la del proletariado, la democratización burguesa a la gestión proletaria revolucionaria. Esto mismo, desde la revolución rusa de 1917, fue motivo de confusión entre revolución democrático-burguesa y revolución socialista a favor de aquella.

c) Por último, con las victorias de la Santa Alianza, Europa ha cobrado una fisonomía que **hará** coincidir directamente con una **guerra mundial** todo nuevo levantamiento proletario en Francia. La **nueva revolución francesa** se verá **obligada** a abandonar inmediatamente el terreno nacional y **a conquistar el terreno europeo**, el **único** en que puede llevarse a cabo la **revolución social del siglo XIX** (*ibid.*, negritas mías).

Desde entonces, guerra mundial y revolución mundial quedaron vinculadas.

¿Qué tendencias históricas surgieron contrarias a las descritas por Marx? La recuperación inglesa (1850) y la expansión mundial del capitalismo —bien explorada por Marx ya en 1858—, pues el capitalismo tomó fuerza después de la recupe-

<sup>158</sup> “El 25 de febrero de 1848 había concedido a Francia la *República*, el 25 de junio le **impuso la Revolución**. Y desde Junio, revolución significaba: **subversión de la sociedad burguesa**, mientras que antes de Febrero había significado: **subversión de la forma de gobierno**.” *Ibid.*, p. 162, negritas mías.

ración inglesa.

La conclusión de Marx redondea la idea del intercambio de derrota por victoria (p. 141) y de tumba por cuna (p. 161):

d) Fue, pues, la derrota de Junio la que creó todas las condiciones dentro de las cuales **puede** Francia tomar *la iniciativa* de la revolución europea. Sólo empapada en la sangre de los *insurrectos de Junio* pudo la bandera tricolor transformarse en la bandera de la revolución europea, en la **bandera roja**.

Y nosotros exclamamos: *¡La revolución ha muerto! ¡Viva la revolución!* (*Ibíd.*, negritas mías).

En *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850* Marx plasma su visión *estratégica general de la revolución comunista*, vigente durante el tupimiento de la medida mundial de capital recién abierta con la recuperación inglesa de 1850. De ahí su interés en esa gesta francesa.

La crítica de Bernstein a la interpretación de Marx sobre el suceso constituye una confrontación de dos estrategias políticas opuestas, no una variación de matiz, ni siquiera una colección de correcciones. Puede decirse lo mismo respecto de la relación Lenin-Marx o Rosa Luxemburgo-Marx, etc., cada una en su especificidad.

## 6. Método y perspectiva de Marx

Los rasgos de la perspectiva de Marx observados hasta aquí se adecuan a la tarea de *diseñar* una estrategia revolucionaria y de *convencer* a otros de su pertinencia. De ahí la perspectiva *procesual demostrativa* que adopta el discurso de Marx, por contraste de la mera exposición de resultados que muestra la intervención de Eduard Bernstein.

El método que corresponde a tal proceso demostrativo es el de observar los hechos históricos según un ritmo en el que en el primer tiempo se postula una *tesis general* sobre un fenómeno significativo determinado. Por ejemplo, la insurrección de Junio: los obreros compraron con *su* derrota inmediata la victoria consistente en suscitar que otras clases subalternas pudieran aliarse con ellos contra la burguesía. Esa tesis general alude al conjunto del fenómeno, en particular, al modo en que concluyó, su desenlace.

Después de esta postulación, Marx desglosa los acontecimientos particulares —desde su inicio hasta su conclusión—

que dieron por resultado el fenómeno del que postuló la referida tesis general. En nuestro ejemplo, vimos que después de formular la tesis general en la p. 141, 20 páginas después regresa a ella como resultado del recorrido paso a paso de los acontecimientos.

Ahora bien, esas 20 páginas contienen, a su vez, alguna tesis general sobre hechos particulares que son demostrados de modo análogo al señalado. Por ejemplo: “El proletariado de París fue *obligado* por la burguesía a hacer la insurrección de Junio” (p. 160). Corolario: “Ya en esto iba implícita su condena al fracaso” (*ibíd.*). ¿En qué se basa Marx para dar esta opinión? Primero, el proletariado no tenía ni la *necesidad* ni la *capacidad* o fuerza para “conseguir por la fuerza el derrocamiento de la burguesía” (*ibíd.*). Pero, segundo, la actitud del gobierno provisional —de la que se guarda memoria periodística en el *Moniteur*— le informó al proletariado “que hasta el más mínimo mejoramiento de su situación es, *dentro* de la república burguesa, una *utopía*” (*ibíd.*). Esto es, se incrementó la virulencia de la opresión. Este exceso de *represión* fue respondido en reciprocidad automáticamente por el *lujo soberano* proletario. Marx lo formula así:

**y una utopía que se convierte en crimen tan pronto como quiere transformarse en realidad.** Y sus reivindicaciones, desmesuradas en cuanto a la forma, pero minúsculas e incluso todavía burguesas por su contenido, cuya satisfacción quería arrancar a la república de Febrero, cedieron el puesto a la consigna audaz y revolucionaria: *¡Derrocamiento de la burguesía! ¡Dictadura de la clase obrera!* (*Ibíd.*, negritas mías).

El ataque frontal del gobierno provisional contra los Talleres Nacionales, que daban trabajo a los obreros despedidos por la crisis —talleres fruto de la participación obrera en la revolución de Febrero—, provocó al proletariado a iniciar la lucha el 22 de junio. Es el cuadro descrito en las páginas antecedentes 157-159. “Los obreros no tenían opción: o morir de hambre o iniciar la lucha.” (*ibíd.*, p. 158)

Es en el contexto de esas páginas (157 a 159) que Marx expone la necesidad de la burguesía de un enfrentamiento abierto con el proletariado: la necesidad de “vencerlos en la calle”, para que los obreros dejaran de formular sus “exigencias arrogantes”.

Había que demostrarles que tan pronto como luchaban no *con* la

burguesía sino **contra** ella, salían derrotados... La burguesía tenía que refutar las pretensiones del proletariado con las armas en la mano. Por eso la **verdadera cuna de la república burguesa** no es la *victoria de Febrero*, sino la **derrota de Junio** (*ibíd.*, p. 157, negritas mías).

Y a renglón seguido de esta evaluación general, a propósito de una *necesidad* y sus elementos particulares, Marx avanza una diferenciación decisiva que consolida la idea de la *necesidad* de la burguesía de reprimir al proletariado y, por allí, su tendencia a *obligarlo* al combate. En efecto, si la necesidad es de la burguesía y no del proletariado, y si la burguesía podía y el proletariado no, sin embargo, éste, presionado por los acontecimientos, hace el primer movimiento en falso y precipita la represión. Pero porque da este primer paso hay quien podía creer (*id est*, Eduard Bernstein) que no estaba obligado a la insurrección por necesidad de la burguesía sino que quiso hacerlo creyendo que vencería, pudiendo quizá hacer cualquier otro movimiento en el tablero político. Por eso es tan importante diferenciar esa necesidad de la burguesía —y a lo que obligó al proletariado— respecto del error de éste que aceleró los acontecimientos, no presidiéndolos.<sup>159</sup>

El problema de fondo lo expone Marx páginas atrás en acuerdo al método que despliega. Después de la *revolución de Febrero* —contra el rey y la aristocracia financiera— el gobierno provisional burgués, depuesto el rey, pactó con la aristocracia financiera... “La revolución de Febrero reforzó y am-

---

<sup>159</sup> “El proletariado **aceleró el desenlace** cuando, el 15 de mayo, se introdujo por la fuerza en la Asamblea Nacional, esforzándose en vano por **reconquistar su influencia revolucionaria**, sin conseguir más que entregar a los **carceleros** de la burguesía a sus jefes más enérgicos. *Il faut en finir!* ¡Esta situación tiene que terminar! Con este grito, la **Asamblea Nacional** expresaba su firme resolución de forzar al proletariado a la **batalla decisiva**. La Comisión Ejecutiva promulgó una serie de decretos de desafío, tales como la prohibición de aglomeraciones populares, etc. Desde lo alto de la tribuna de la Asamblea Nacional Constituyente se provocaba, se insultaba, se escarnecía descaradamente a los obreros. Pero el **verdadero punto de ataque** estaba, como hemos visto, en los **Talleres Nacionales**. A ellos remitió imperiosamente la Asamblea Constituyente a la Comisión Ejecutiva, que no esperaba más que oír enunciar su propio plan como orden de la Asamblea Nacional.” *Ibid.*, pp. 157-158, negritas mías. Eduard Bernstein no nota precisamente la diferencia entre la irrupción proletaria como acto precipitante de una tendencia al enfrentamiento que la burguesía propiciaba y un supuesto acto voluntario del proletariado que obligó a la burguesía a reprimirlo (cual es la idea de Bernstein).

plió directamente a la bancocracia que venía a derribar” (*ibíd.*, p. 150). Y en lugar de declarar “la bancarrota del Estado” (*ibíd.*) para no pagar la deuda de éste con los bancos, el gobierno provisional la reconoció, así que “cayó bajo su férula” (*ibíd.*).<sup>160</sup>

Se convirtió en deudor acosado de la sociedad burguesa, en vez de enfrentarse con ella como un acreedor amenazante que venía a cobrar las deudas revolucionarias de muchos años. Tuvo que consolidar el vacilante régimen burgués para poder atender a las obligaciones que sólo hay que cumplir dentro de este régimen. El **crédito** se convirtió en cuestión de vida o muerte para él y las concesiones al proletariado, las promesas hechas a éste, en otros tantos *grilletes* que era *necesario* romper. La emancipación de los obreros —incluso **como frase**— se convirtió para la nueva república en un **peligro insoportable**, pues era una protesta constante contra el restablecimiento del crédito, que descansa en el reconocimiento neto e indiscutido de las relaciones económicas de clase existentes. No había más remedio, por tanto, *que terminar con los obreros* (*ibíd.*, pp. 151-152, negritas mías).

Por *necesidad* del crédito espigó la *necesidad* de terminar con los obreros, lo que obligó a la insurrección obrera.

### 7. La específica perspectiva de Marx vista de conjunto

A. (*Resumen 1*) Todavía cabe aludir a un pasaje en aparente contradicción con el modo en que describimos el método de Marx en *La lucha de clases en Francia*. Se trata de una formulación general de acontecimientos pero que no antecede a su estudio pormenorizado sino que lo concluye. Es el resumen de eventos en torno a la insurrección de Junio. Dice Marx:

Se nombró, pues, a este Barrot presidente de la Comisión investigadora, y montó **contra la revolución de Febrero un proceso completo**, que puede resumirse así: 17 de marzo, *manifestación*; 16 de abril, *complot*; 15 de mayo, *atentado*; 23 de junio, *guerra civil*! ¿Por qué no hizo extensivas sus investigaciones eruditas y criminalistas al 24 de Febrero? El *Journal des Débats* contestó: *el 24 de febrero es la fundación de Roma. Los orígenes de los Estados se pierden en un mito en el que hay que creer pero*

<sup>160</sup> La similitud con la crisis económica y política de Zedillo en México (1998) es palpable en la insistencia del parlamento de Estados Unidos en que el gobierno mexicano asuma como propia la deuda de la bancocracia. En México se conoce esto como el caso del Fobaproa (Fondo Bancario de Protección al Ahorro).

**que no se puede discutir.** Luis Blanc y Caussidière fueron entregados a los tribunales. La Asamblea Nacional completó la obra de autodepuración comenzada el 15 de mayo (*ibíd.*, p. 164, negritas mías).

Este resumen de acontecimientos desde la perspectiva de Barrot los trastoca o tergiversa. Desde que los enuncia ya los falsea. Y Marx quiere denunciar esta actitud de la *Asamblea Nacional* y de la burguesía, más que hacer un resumen general. Eduard Bernstein bien puede coincidir con el resumen de Barrot caracterizado por Marx de mitológico. En este pasaje la verdadera formulación general no es el resumen general sino el señalamiento de que “los orígenes de los Estados se pierden en un mito en el que hay que creer pero que no se puede discutir.” Este clima mental relativo al “fetichismo del Estado” permea todos los acontecimientos de la *Lucha de clases en Francia*, recién se evidencia en el resumen de Barrot y es donde Marx lo retoma para —en lo que sigue— tematizar esa mitología general. Resulta evidente el carácter tergiversado del resumen de Barrot dado que Marx ya expuso en páginas atrás los sucesos según una caracterización distinta de los mismos.

*B. (Resumen II)* Los capítulos de *La lucha de clases en Francia* son: I. “La derrota de junio de 1848”, II. “El 13 de junio de 1848”; III. “Las consecuencias del 13 de junio de 1849” y IV. “La abolición del sufragio universal”. Estos capítulos muestran cómo la intelección de aquellas luchas de clase, de la revolución de 1848 en Francia, la establece Marx *a partir de* o girando en torno a la insurrección proletaria de junio de 1848. Fecha que, objetivamente, ordena el mosaico de acontecimientos. “La abolición del sufragio universal” (IV) alude a una secuela de la represión a la insurrección de Junio: el carácter termidoriano de la burguesía la lleva no sólo a reprimir obreros insurrectos sino a negar la propia democracia burguesa; aquí, a la abolición del sufragio universal. La tendencia contrarrevolucionaria burguesa fue la que obligó a la insurrección obrera. Esto se demuestra adicionalmente por el significado total del período, no sólo por los sucesos antecedentes y posteriores inmediatos. En efecto, la contrarrevolución se abre paso, se evidencia en esta abolición, pero ya viene de atrás.

El libro de Marx comienza —después del *introito* donde

Marx avanza las tesis que caracterizan a todo el fenómeno— con la caracterización de la vida antes de la revolución de Febrero, el contenido clasista (dominio de la aristocracia financiera) del reinado de Luis Felipe, el gobierno que la revolución de febrero de 1848 habrá de derrocar. La insurrección de junio de 1848 se inserta en medio de acontecimientos más vastos, como la determinación clasista de la Revolución, en particular el dominio de la aristocracia financiera combatido por la revolución de 1848 y en aras del cual luego de la *revolución de Febrero* —encargada de combatir ese dominio— se organizan los acontecimientos contra el proletariado obligando a la insurrección. El capítulo I de la *Lucha de clases en Francia* muestra una *regresión* histórica en medio de la cual ocurre la insurrección de Junio. Esta regresión muestra a la burguesía retornando a sus premisas previamente superadas. La insurrección de Junio intentó significarse como revolución proletaria en medio de este círculo regresivo.

## CONCLUSIÓN

*Para la evaluación de todas las revoluciones ocurridas en el siglo XIX y el XX, hay que considerar que para todas ellas está rigiendo la imagen de la revolución de 1848.*

En nuestro comentario se ha demostrado que la actuación de Marx en 1848 fue de corte *comunista* (dicho contra Korsch) y, por ende, democrática, pero en el curso de una revolución que no es ni proletaria ni comunista sino democrático-burguesa. Dicha actuación intentaba sacar adelante las metas burguesas directas más que las proletarias (dicho contra la idea leninista) *porque*, en primer lugar, éstas aún no eran viables, y, en segundo lugar, *porque* la propia burguesía reulaba respecto de sus propias metas y sólo otras clases subalternas —con el proletariado— podían realizarlas y no sólo en beneficio de la burguesía sino de ellas mismas. Esto por dos razones. Por un lado, porque se destruía así el yugo absolutista y se ampliaba el marco democrático de convivencia y, por otro lado, para que la conciencia proletaria revolucionaria pudiera desarrollarse pues desbancado el absolutismo, el enemigo directo que restaba para el proletariado era la burguesía, cuya forma de dominio político es tanto más eficaz porque se encubre con diversas máscaras, entre ellas el absolutismo, etc.

Este trabajo histórico ofrece dos ventajas para el desarrollo de la liberación histórica del proletariado. La primera es inmediata, pues entrega una cuota de poder a esta clase precisamente por haber sido ella quien llevó a cabo el trabajo histórico-político, así que puede imponer condiciones ventajosas para ella aun sin haber destruido el marco burgués de explotación del trabajo. La segunda es mediata y consiste en que, destruidas las trabas pre o semiburguesas, se desata el desarrollo de las fuerzas productivas con base en la explotación de plusvalor, abriendo posibilidades para la liberación proletaria, cierto que en medio de nuevas complejidades, comenzando porque la burguesía se vuelve más poderosa; pero antes de ello la posibilidad de liberación era inexistente.

Por todo ello, es evidente que la revolución proletaria no puede ser retrato de la revolución de 1848 ni de similares. En esto Korsch tiene razón frente al leninismo. Pero en el caso de la revolución de 1848 no son deleznable los impulsos revolu-

cionarios proletario-comunistas, sobre todo si los observamos en un lugar como Francia, más que en Alemania (dicho contra Bernstein). No sólo porque tienen viabilidad, aunque magra, sino, más aún, porque la liberación del proletariado —tanto como la defensa frente a avances humillantes del sometimiento operado contra él— sólo puede ocurrir por la vía revolucionaria y con violencia. Las reformas promovidas en favor del proletariado son relativas dentro de esta determinación general y carecen de fuerza si no se respaldan por el poder popular y el de las masas proletarias en particular.

Muchas más enseñanzas derivan del análisis polémico de la revolución de 1848, pero es imprescindible tomar en cuenta las señaladas hasta aquí pues son medulares y corresponden a *aprendizajes históricos equívocos* ya acaecidos.

### *1. La raíz de la crisis del marxismo y la revolución mundial*

Según hemos visto, la “comedia de las equivocaciones” de la izquierda en cuanto a su *táctica política* gira en torno a la revolución de 1848. En efecto, el desborde geográfico del capitalismo más allá de su medida continental —ese desdoblamiento espacial/funcional del desarrollo capitalista— confunde la visión temporal que tenemos del mismo, tuerce nuestra conciencia histórica y de clase, pues el espacio tuerce el tiempo, lo cosifica al desdoblarse.

El sistema se protege haciendo que dejemos de comprender lo que los revolucionarios (de 1848) vieron en ese momento de asfixia del capitalismo, al tiempo en que pone en crisis la relación de la izquierda cada vez actual con sus raíces fundamentales. Pues en la revolución de 1848 se consolidaron esas raíces esclarecedoras de la estructura, desarrollo y muerte del capitalismo según que pudieron quebrar los fetichismos de las relaciones sociales capitalistas, el de la mercancía en primer lugar. El fetichismo de las relaciones burguesas fue quebrado toda vez que el tupimiento de la medida continental valió como agotamiento histórico y de las fuerzas productivas conformadas por el capital.

No casualmente la embestida de Bernstein contra la idea de Marx sobre la revolución de 1848 inaugura el revisionismo y la crisis del marxismo. Pero el predominio de la interpretación leninista hace creer que no hay fractura de los marxistas

con el pensamiento y las posiciones de Marx, así que profundiza el despropósito si bien de momento pareció paliar la crisis y el revisionismo.

Las diferencias con Marx en torno a la *política del día* remiten a la interpretación de la revolución de 1848, pero a su vez, por ello, remiten a una visión del desarrollo capitalista diversa, opuesta, lo que pronto conduce a explicitar una diferencia en torno al fundamento económico del sistema. Así —se dice— Marx pensó a este sistema como dominado por el capital industrial y según una estructura libre-competitiva, mientras que alrededor de 1871 supuestamente el sistema se remodeló y a partir de entonces domina el capital financiero según una estructura metabólica monopolística e imperialista. Esto es, el fundamento de Marx no es el fundamento de Lenin, ni de Hilferding, etc., etc. Pero la presunta identidad política de Lenin y de la revolución de 1917 con la de 1848 y con Marx oculta la ruptura de fundamentos y permite sugerir que la teoría del imperialismo es un desarrollo consecuente de la teoría del desarrollo capitalista de Marx.

Desde la política y las alianzas del día es trastocado el fundamento y, con ello, la estrategia. Y todo mediado por la interpretación de la revolución de 1848 que no observa el truco espacial/histórico en el que el capitalismo logró cosificar al desarrollo histórico y, por lo tanto, nimbar las verdaderas posiciones de Marx y Engels en el curso del proceso revolucionario de 1848 en el que quisieron intervenir en ese desarrollo histórico. Se trata de un momento privilegiado de fetichismos histórico-políticos, tales como el fetiche “Marx fue burgués” (de Korsch), o el fetiche “la táctica de octubre de 1917 es socialista, *porque* es la de Marx en 1848”, o ese otro de que “la revolución proletaria fue derrotada en 1848”. Así, el resultado de la serie de fetiches previos es el hecho de que la conciencia crítico-revolucionaria se deprimió y quedó retrasada respecto de la práctica en curso, ya que también quedó presa del avatar de 1848 del que es expresión (Karl Korsch, Arthur Rosenberg y otros).

Este sistema de fetiches sirvió luego para malinterpretar el desarrollo intelectual de Marx y cada una de sus obras; la invención de períodos de desarrollo de Marx, de rupturas y cambios de opinión; la visión de su proceder político como golpes de escena, furibundas rencillas personales, críticas mi-

tológicas a Luis Bonaparte, a Simón Bolívar, a Rusia, etc.

El economicismo, el productivismo tecnologicista, el eurocentrismo y tantos otros despropósitos que se le atribuyen a Marx amarran en la interpretación que se tiene de la revolución de 1848, diversa a la de Marx y Engels —asentada en una captación geopolítica del desarrollo de las medidas del capitalismo, etc.—. Todo esto sirve, en definitiva, para sepultar no sólo al pensamiento de Marx y al marxismo sino aun a aquel anhelo que le es inherente, aunque no en exclusividad, de la revolución mundial anticapitalista.

### *2. La ideología adecuada a una economía y a una política específicamente capitalistas*

El efecto ideológico recién descrito forma parte del horizonte cultural de la sociedad burguesa una vez que ésta se asienta sobre una *economía* específicamente capitalista (subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital), así como sobre una *política* nacional e internacional específicamente capitalistas. Esto último se logró precisamente como resultado de la revolución y de la contrarrevolución de 1848 (Cfr. el capítulo IV, primera parte).

Si después de ello de todas maneras pervivió el anhelo de revolución mundial, éste ya contiene un falseamiento interior troquelado en el *avatar del 48*. La revolución social se confunde con la socialista y ésta con la democrático-burguesa en la medida en que en esta última participa masivamente el pueblo y porque la burguesía no puede llevarla a cabo, sino que las metas burguesas son realizadas relativamente contra ella pero para desarrollar al capital más plenamente.

### *3. Del tiempo histórico al tiempo funcional, o la era de la revolución mundial al servicio del capitalismo*

La imagen de los 150 años de historia transcurridos entre 1848 y 1998 —sincopada por el traspaso de la hegemonía mundial de manos de Inglaterra a las de Estados Unidos, cribada por dos guerras mundiales, cifrada por la conformación de un bloque de países pseudosocialistas y la debacle de éstos 74 años después de la revolución de 1917, etc.— es la de un desarrollo económico y político del capitalismo en todo el orbe logrado mediante el jalonamiento de múltiples revoluciones

sociales nacionales, no pocas pretenciosas de ser socialistas. Tenemos la era de la *revolución mundial* sometida al servicio del desarrollo productivista y consumista del capitalismo. Pero hoy ya todo parece llegar a apaciguamiento.

Llega el “fin de la historia” según ese esquema tormentoso de la modernidad, pues someter a la revolución mundial no ha sido tarea fácil para el capital. De tal manera, la revolución mundial en tanto peligrosa utopía es absorbida por sus propios resultados frustrantes. El capitalismo la engulle y cree — con Fukuyama— haberla asesinado. Ya sólo queda un sistema civilizatorio globalizado que se autorremodela perfeccionándose a través de la regulación que ejerce el mercado. Esto hace innecesarias las revoluciones locales, nacionales y mundiales, las cuales, si aún surgen, son absurdos, rebabas históricas; por cierto, de una historia retrógrada, reaccionaria pero violenta, que se niega a dejarnos pero pronto se esfumará.

En esta imagen, como se ve, la revolución mundial es transmutada en mercado mundial toda vez que la revolución europeo-continental de 1848 —ilusión de revolución mundial, esa utopía— desencadenó el inicio de la medida mundial de capital y de su mercado mundial correspondiente. El hijo terminó por devorar al padre; al revés de Cronos, devorador de sus hijos.

Sí, algo le ha sucedido al tiempo en esta transmutación/permuta entre el mercado mundial y la revolución mundial. Pues el capitalismo pretende absorber la historia a través de fetichizar, cosificar el tiempo mediante el expediente de espacializarlo. Recuérdese que el desarrollo del capital es expansión territorial del mismo. Y una vez globalizado el capitalismo, ocupando todo el espacio, el tiempo alternativo ha concluido. El tiempo carece de espacio y ya sólo es el juego funcional de las piezas del sistema (su Fondo Monetario Internacional, su Banco Mundial, la bolsa de valores, la bolsa de trabajo, el sindicato, la industrialización, el nivel de vida, etc.)

#### *4. Simulacro epocal posmoderno y sometimiento del socialismo auténtico para desarrollar al capitalismo*

También el socialismo auténtico en tanto ideal y en tanto configuración social —como la revolución mundial— quedó sometido para servir de máscara al desarrollo capitalista en países

atrasados. Comenzando por Rusia y siguiendo con todo el llamado bloque soviético, se construyó un *simulacro epocal*<sup>161</sup> según el cual en todos esos lugares ya no se combatiría a la modernidad y al capitalismo porque —supuestamente— ya se los había destruido; mientras que en Occidente no tenía sentido combatir al capitalismo y a la modernidad porque ambos eran algo muy bueno. En realidad, la posmodernidad que pretendió o simuló iniciarse hacia 1981 —“*reaganomics*” y neoliberalismo de por medio como instrumentos de la hegemonía mundial de Estados Unidos, muy poco antes de caer el bloque socialista, incluida la URSS— comenzó mucho antes; es decir, en 1917, cuando por primera vez se pretendió haber acabado con la modernidad y con el capitalismo en la Revolución de Octubre. La posmodernidad neoliberal forma parte de una posmodernidad más vasta que ha recorrido el siglo XX, cuya esencia consiste en diversas *máscaras* y *escenarios* sociales que ocultan el desarrollo mundial del capitalismo mientras fue necesario preservarlo de ciertos ataques y para utilizar estos ataques al servicio de la expansión de la acumulación de capital.

El trastocamiento mediante sometimiento de la *revolución mundial* posibilitó el trastocamiento mediante sometimiento del *socialismo* y viceversa. El logro de esta circularidad histórica es el objetivo del simulacro epocal capitalista en tanto producto de la producción social encaminada al consumo social material, informático, psicosocial e ideológico.

#### 4.1. La ecuación URSS = Marx: el “Estado marxista” y “Marx bolchevique”

En estas condiciones, la caída del socialismo simulado —en lugar de desgarrar el simulacro— remachó la presunta caída, convalidando con ella la realidad pretérita simulada pero precisamente en gracia a que pudo afianzarse la ecuación falaz URSS = Marx.

Esta ecuación falaz se integra a partir de un *mito histórico* —engrane decisivo del simulacro epocal referido— según el cual se ofrece la siguiente secuencia, análoga a otros mitos de

---

<sup>161</sup> Cfr. mi, *Praxis y dialéctica de la naturaleza en la posmodernidad. A 100 años de la muerte de Engels y a 150 de la redacción de las Tesis ad Feuerbach*, Editorial Itaca, México, 1997.

origen: Marx—Lenin—Revolución de 1917—URSS—Stalin—URSS, por donde Marx = URSS (esto es, el “Estado marxista”).

A la inversa, la figuración de un “Marx bolchevique” explicitada por Bernstein (Cfr. Parte II, capítulo 7) proviene de una imagen que no está restringida al magín de Bernstein sino que se trata de una auténtica *representación social* (en el sentido de Durkheim y aun de Moscovici). Se trata de una imagen normativa de la revolución de 1848 y de la participación teórico-práctica de Marx y Engels en ella. Combatir y aun acabar con esa imagen, con ese mito y con esa ecuación falaz es condición fundamental para la superación de la crisis del marxismo y, entonces, para la conformación de la revolución mundial comunista y, por ende, consciente de sí misma.

##### 5. *Revolución comunista en curso y sus variantes*

Ciertamente la revolución mundial está *en curso*, pero carece de conciencia precisa de sí. Se trata de la revolución mundial no sólo en el sentido en que el capitalismo revoluciona constantemente la tecnología y, a partir de allí, los usos y costumbres y toda la cultura; este cuadro que no es sino lo que se denomina modernidad. Ni tampoco en el sentido más preciso de que la modernidad utiliza a los movimientos políticos de masas, incluidas las revoluciones sociales, para expandirse y complejizarse, sometiéndolo y confundiendo a estos movimientos, según dijimos.

La revolución mundial también está en curso en un sentido más alto, esto es, no sólo en tanto movimiento ya sometido e integrado sino incluso en tanto movimiento teórico-práctico trascendente, no reducido por el sistema a márgenes manejables para él. Pero mientras la revolución no tome conciencia de sí esta trascendencia revolucionaria en curso es fácilmente domable e integrable. De ahí la *necesidad práctica* del desarrollo de su conciencia de sí, tanto más precisa cuanto más global y complejo es el movimiento. Esta necesidad se desglosa en las tres siguientes:

En primer lugar, destruir la noción instantaneísta *putchista* de la revolución, sustituyéndola por la comprensión de la revolución como *proceso histórico* es más necesario para el logro consciente de la revolución mundial, que en el caso de las revoluciones nacionales.

En segundo lugar, es necesario destruir la noción unilateral de la revolución como asalto o toma del poder político —y que por ser unilateralmente política puede pretender efectuarse precisamente como asalto o mera toma— sustituyéndola por una consideración de la complejidad del proceso revolucionario y que lo extiende obligadamente más allá del ámbito político, si se quiere, pasando a politizar el resto de ámbitos de la sociedad. Este esclarecimiento es tanto más necesario en el caso de la revolución mundial, pues la complejidad se concreta en su mundialidad.

En tercer lugar, el desarrollo de la conciencia de la revolución mundial pasa necesariamente por sacarla del constreñimiento/prohibición politicista en que pervive toda revuelta en la actualidad, lo que no es idéntico a la politización hipertrófica —tratada en segundo lugar— sino su antídoto, pues a la *politización de esferas de suyo no políticas* (punto anterior) añadimos el rescate de la *especificidad de cada esfera de afirmación vital* en el curso revolucionario. La politización inespecífica de esas esferas las aliena y las pone al servicio de la afirmación del capital, que avanza por medio de homogenizaciones explotadoras, sea del valor o del poder, etc.

#### *6. Sometimiento de la revolución mediante polarización espacial, funcional y temporal*

La polarización del sistema capitalista —por ejemplo, entre el centro y la periferia—, en tanto modo de producción contradictorio, determina a la revolución; de un lado, empujándola para que sea mundial; de otro lado, destazando su coherencia mundial, aunque volviendo a suscitarla una y otra vez.

Ahora bien, la polarización del sistema no es sólo *espacial geográfica* sino *funcional y estructural*; reparte a países desarrollados y a subdesarrollados con base en una polarización entre ciudad y campo, misma que remite a la polarización capital-trabajo, núcleo esencial del sistema. Las premisas generales de este núcleo también son polarizadas: son la mercancía y el dinero y, más fundamentalmente, el valor y el valor de uso. Pero, por ello mismo, la polarización del capitalismo es también *temporal*.

En efecto, el tiempo del sistema se distribuye en tiempo de desarrollo y tiempo de crisis; a su vez, se escinde, polarizán-

dose internamente en grandes aspectos globales como son la economía, de un lado, y la política, del otro lado, y frente a ambas, también polarizada, la cultura. De suerte que si sólo despliegas una revolución economicista/politicista, el plano o polo cultural del sistema se te cuele para alienar tu intención y tus actos revolucionarios. O si no consideras en tu revuelta la dimensión campesina de la revolución, restringiéndote a la urbana o viceversa, esa dimensión obliterada se levanta como una ola para revolcar tus proyectos reintegrándolos al sistema.

Por este camino es como el desarrollo capitalista ha podido operarse mediante revoluciones. Los momentos de *crisis* del sistema, y sobre los cuales se erigen revoluciones, pasan a servirse de éstas para modificar los esquemas de acumulación de capital, *para* que la crisis se resuelva en *desarrollo*, el otro polo del tiempo del sistema. Este mecanismo opera toda vez que la dimensión de valor de uso, por ejemplo, ha pasado desapercibida a los revolucionarios que se enfrentaron contra el Estado y la economía entendida formalmente o, aún, que se enfrentaron contra la cultura entendida como dimensión ideológica, pero fueron ciegos al valor de uso en tanto cultura y en tanto soporte del valor de cambio y del cuerpo del capital, etc.

#### 7. *El valor de uso concreto y la retotalización de la revolución*

De lo anterior se desprende que la revolución mundial, para superar el *sometimiento mediante polarización*, deba considerar eficientemente la coordinación de la revolución central con la periférica, la de países desarrollados con la de países subdesarrollados, para lo cual es imprescindible coordinar el programa urbano revolucionario con el programa campesino revolucionario. Es imposible lograr esto si la revolución comunista mundial —como se ve, esencialmente calificada por la geografía en eso de “mundial”— no se concibe como revolución *social* y, a la par, *ecológica*. Pero para que la ecología valga revolucionariamente —esto es, para en verdad lograr un desarrollo sustentable de la sociedad y la naturaleza—, debe basarse en la crítica social de la depredación ecológica. En otros términos, se trata de subvertir la condición de depredación ecológica del trabajo por el capital que le permite a éste

explotar plusvalor absoluto y plusvalor relativo al trabajador. Esta depredación es inmediatamente condición social de existencia de la sociedad burguesa. En efecto, el obrero, al mismo tiempo que es el sector de *naturaleza* que el sistema capitalista depreda ecológicamente en primer lugar, es la condición *social* de existencia del capitalismo, porque lo produce.

Pero no cabe plantearse seriamente la subversión de la relación capital-trabajo sin subvertir la polarización de la producción y la circulación burguesas, estructurada con base en la polarización dinero-mercancía y mercancía-dinero. La política económica neoliberal glorifica al mercado por sobre todo *como condición de dominio del capital industrial globalizado*.

Pero el sometimiento y relativización del mercado a las necesidades sociales es imposible si no se enfrenta la polarización más básica del sistema, la del valor de uso sometido por el valor, esto es, si no nos percatamos de que la gestión comunista sólo puede ocurrir triunfalmente si se apoya en valores de uso cuya estructura material se zafe de los diseños de valor de uso funcionales al capital, diseños logrados por el sometimiento estructural del valor de uso al valor, en tanto éstos circulan en forma de mercancías, “célula elemental de la riqueza capitalista” y, por ende, de su dominación.

#### *8. Triple cuestionamiento del valor de uso sometido al capital: productivo, consumtivo y procreativo-sexual*

El problema del valor de uso remite, en primer lugar, a la transformación del tipo de valor de uso de las *fuerzas productivas*, previo cuestionamiento teórico y práctico de las fuerzas productivas capitalistas (pues, en efecto, no son neutrales sino capitalistas). Pero este problema también remite, en segundo lugar, a la transformación de los valores de uso del *consumo humano*, previo cuestionamiento teórico y práctico de los valores de uso capitalistas, de uso nocivo y vicioso que te atan a necesidades y deseos al circuito consumista de la sociedad burguesa.

En tercer lugar, el problema del valor de uso remite a la transformación de los usos y costumbres cotidianos; sí, a la crítica de la vida cotidiana, en particular a su opresión sexual. Y remite, por cierto, a la *especificación* de la sexualidad como única vía de liberarla auténticamente, zafándola de la homo-

genización a la que la forma valor la somete. Este es el caso de la homogenización entre hombre-mujer o de la homogenización inespecífica entre la heterosexualidad y la homosexualidad, concebidas como meras alternativas de elección en el seno de una oferta mercantil subjetivamente satisfaciente. Es el caso también de la desespecificación sexual por situar a la sexualidad o bien sometida explícitamente por la procreación o bien por el amor, o por plantear que éstos no guardan relación esencial con ella, con lo cual —sí, con esto último— se la somete, por un rodeo, al mercado y al Estado en tanto rectores cósmico-administrativos de la procreación y de lo que se entiende ideológicamente por amor.

No es casual que en el momento de la globalización un instrumento de sometimiento general que pasa por libertario sea la exaltación ideológica de la homosexualidad, en contraparte con el terror contra toda sexualidad —en especial contra la heterosexualidad— en que redundaba la campaña contra el SIDA, ni que por contra de la identificación sexo humano = sexo con condón se alce polarmente contrapuesta la reacción católica a favor del amor y la procreación, etc.

En síntesis, la liberación del valor de uso sometido realmente bajo el capital concentra estas tres dimensiones: crítica de las *fuerzas productivas técnicas*, crítica del *valor de uso* y crítica de las *fuerzas productivas procreativas* capitalistas o de la *comunidad doméstica capitalista*. Aquí sólo podemos aludir a ellas.

Por todo lo anterior, la revolución mundial ya perfila su torso como revolución compleja total no sólo económica o política, ni sólo cultural en sentido ideal, sino como revolución de la civilización material. Pero si el mercado mundial ha sometido a sus fines a la revolución mundial, nunca como hoy es más cierta la tesis de Marx de que “la superación de la autoenajenación sigue igual camino que la autoenajenación misma”<sup>162</sup> y, sí, que el de la autoenajenación no es sino camino de autoliberación si se lo hace con conciencia de que lo que se busca es lograr esa superación.

---

<sup>162</sup> Cfr. Karl Marx, “Propiedad privada y comunismo”, en el tercer manuscrito de sus *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* (Carlos Marx, *Escritos de juventud*, Editorial Fondo de Cultura Económica, colección Carlos Marx-Federico Engels. Obras fundamentales, tomo I, México, 1987, p. 615).

9. *El avance revolucionario  
del proletariado y de los nuevos sujetos*

El sujeto específico —que no el único— de la revolución comunista es el proletariado, así que coordinado con el resto de sujetos sociales sometidos en rebeldía. En el momento en que ocurre la *proletarización de la humanidad* —cuyo avance se mide por el hecho de que no sólo la mujer es el contingente más numeroso del proletariado hoy sino la que vive mayor explotación— todos los “nuevos sujetos” desarrollan sus luchas particulares sólo en cuanto captan su raíz proletaria. Viceversa, el proletariado no avanzará ni un milímetro en su lucha general si no arraiga y se reconoce en las luchas específicas de los nuevos sujetos y las lleva más adelante de sus alienaciones teóricas y prácticas dadas, hablese de etnias chiapanecas, movimiento gay, movimiento feminista u otros, etc.

Hay quien dice que el proletariado ya está fuera del entorno revolucionario y que el propio término de proletarización estaría implicando una diferenciación entre ejecución y concepción y que más bien —se dice, siguiendo a Alvin Toffler— el sujeto de conocimiento sería el que podría devenir en sujeto revolucionario.

Hay muchas maneras de tergiversar una tesis y volverla fácilmente criticable. Por ejemplo, se puede hacer una crítica fácil contra un autor caricaturizándolo y luego discutiendo con la caricatura. Otra manera distinta consiste —como en este caso, Alvin Toffler de por medio— en decir que el concepto significa sólo esto y esto pero no aquello. Por ejemplo, el concepto de fuerzas productivas, o el de proletarización, o el de Estado. Ya no se puede ser marxista porque el marxismo significa la URSS y, entonces, el marxismo se acabó.

¿Por qué esta restricción, por qué esta prohibición a que el marxismo pueda significar *otra* cosa? Supongamos que significa la URSS; pero también puede significar otra cosa. Por supuesto, a mí me parece que tampoco significa la URSS, pero bueno, supongamos que también significa la URSS; aun así tiene posibilidad de significar otras muchas cosas. Sin embargo, el ideólogo que se contrapone restringe, prohíbe el desarrollo de la idea. O bien se dice: proletarización significa no otra cosa que una escisión entre ejecución y concepción aunque ésta es apenas una acepción posible del concepto de proleta-

rio.

En realidad, el proletariado es todo aquel que produce y reproduce la riqueza social en la sociedad capitalista. Por otra parte, al que se le explota plusvalía es al proletariado industrial. Proletariado en general es el que produce el conjunto de la riqueza social también cuando no se le explota plusvalía, y puede ser manual o intelectual. No siempre tiene que ver con el trabajo corporal, o con el trabajo de ejecución, sino también con la concepción acerca de la labor.

Lo que importa en verdad para diferenciar al proletariado respecto del burgués esencialmente o desde el interior del proceso de trabajo, además del hecho de que el burgués se apropia la plusvalía, consiste en que el burgués *controla* el proceso y los proletarios no controlan el proceso; no controlan ni el proceso manual ni el proceso de concepción intelectual, sino más bien se aplican a, y solamente en esa aplicación controlan parcialmente al objeto, pero el proceso global es controlado por los dueños de la empresa. Esto sí diferencia a una clase respecto de otra también a nivel tecnológico, no la diferencia entre concepción y ejecución. Esto último solamente diferencia a tipos de proletarios.

Es obvio que para la ideología burguesa es sumamente importante oponer a los proletarios entre sí para que no se unan y no formen un frente cada vez más potente, y entonces insiste en que proletarios solamente son los trabajadores manuales, en cambio los trabajadores intelectuales —el sujeto del conocimiento— no son proletarios, y en que los primeros sí son revolucionarios y los segundos no. En fin, hay muchas maneras de manipular la idea en vista de escindir al sujeto revolucionario.

Se trata, entre otras cosas, de llenar de odio y envidia a los proletarios trabajadores manuales contra sus hermanos de clase proletarios trabajadores intelectuales, así como de hacer creer a éstos que no son proletarios, manipulándolos emocionalmente para que con soberbia pongan sus distancias con respecto al resto de la clase y del pueblo oprimido en general.

Hasta ahora nos hemos referido al proceso de producción, a la diferencia entre trabajo intelectual y trabajo manual, pero lo mismo puede aplicarse a la relación entre sujetos diversos que se encuentran fuera de la fábrica, o entre los sujetos de la fábrica y los que están fuera de la misma. Los sujetos que

están fuera de la fábrica no son proletarios, se dice, son “nuevos sujetos” y sí son revolucionarios, el proletariado no lo es. Es otra manera de escindir al sujeto revolucionario y sus distintos matices, diversificaciones de un sujeto sometido que intenta rebelarse.

Valdría la pena, más bien, encontrar las coincidencias entre estos distintos sujetos; no solamente coincidencias actuales sino coincidencias tendenciales. Por mi parte, argumento las coincidencias tendenciales como proletarización generalizada, pues esa diversidad de sujetos es una totalidad estructural y dinámicamente unificada cuyo sentido apunta a que todos ellos van a ser proletarios. Algunos ya lo son de manera encubierta aunque manifiestamente no se muestren como tales, otros no lo son más que tangencialmente. Se está acercando el proceso de su proletarización, tendencialmente apuntan a ser proletarios, pero por esta tendencia coinciden ya de manera actual en muchas dimensiones de sometimiento. El grado de coincidencia involucra el grado de radicalidad de sus planteamientos en el curso del proceso revolucionario. Alucianado de ver, el concepto de proletarización es perfectamente pertinente precisamente porque no involucra la separación entre concepción y ejecución, no las opone sino que las unifica. Más bien, opone al proletariado frente a *otra* clase que es la que controla el proceso de producción; el proletariado —insisto— no lo controla sino que se aplica él mismo tanto manual como intelectualmente. Por cierto, aquellos que manejan las computadoras dicen: controlamos el proceso. Pero esto es falso. En realidad, tú te aplicas y cumples una regla que te está mandando la empresa. Ella es la que controla, los ejecutivos de la empresa al servicio del capital.

Con lo que vengo diciendo tiene que ver otro señalamiento que dice que el proletariado actualmente —por ejemplo en Europa— es completamente reaccionario.<sup>163</sup> El hecho de que en algún momento, en algún país, en alguna coyuntura —así esta coyuntura dure años o décadas—, el proletariado o parte del mismo no sea revolucionario no significa que el proletariado en su conjunto y en el curso de la historia del capitalis-

---

<sup>163</sup> Alain Touraine refrendó esta idea en una conferencia sobre el 68 recientemente impartida en México (cfr. *La Jornada*, 6 de octubre de 1998) y por contraste del sujeto emergente en 1968.

mo no lo sea o que pierda esta característica. Con estas palabras reseño un planteamiento de Marx en *La Sagrada Familia* que él mantendrá durante toda su vida y que nos es particularmente valioso en los momentos actuales en donde hay tal confusión y diversidad, así como integración de distintas capas proletarias, aunque por todos lados hay subversión también proletaria. Dice Marx:

No se trata aquí de lo que este o aquel proletario o incluso el proletariado entero *imagine* momentáneamente que es su meta. Se trata de *lo que* el proletariado *es* y de lo que con arreglo a ese *ser* se verá forzado históricamente a hacer. Su meta y su acción histórica están trazadas palmaria e irrevocablemente en su propia situación vital así como en toda la organización de la actual sociedad burguesa (K. Marx, *La Sagrada Familia*, OME-6, Editorial Grijalbo, Barcelona, 1978, pp. 36-37).

Las huelgas francesas de millones de proletarios ocurridas hace un par de años demuestran que en realidad el proletariado no se encuentra tan integrado ni es tan reaccionario, como a veces se nos dice; pero así como se pueden mostrar ejemplos de levantamientos en Estados Unidos y Europa y no solamente en los países subdesarrollados, también podrían darse ejemplos de pasivización del proletariado en tal o cual país, en tal o cual época. Hay ejemplos y contraejemplos. Ante esta diversidad es muy importante el planteamiento del materialismo histórico de Marx que insiste en la tendencia histórica general de la clase a lo largo de décadas y aun centurias en distintos espacios y climas, no solamente en una coyuntura determinada.

Podemos ver a un proletario personalmente existente que es rebelde y valiente, cuando que otro es cobarde y se queda en la casa y hoy quiere más bien festejar con la familia, no quiere saber de política. Pero estas son diferenciaciones personales, así como hay diferenciaciones coyunturales, climáticas, geográficas, etc. Pero la tendencia histórica general es la que califica a la clase como un todo, y es ésta la que hay que observar constantemente en referencia a cada proletario personalmente considerado, es decir, su *capacidad* para devenir en sujeto revolucionario.

También suele objetarse, ateniéndose a los hechos empíricos, que los proletarios no son los que hacen las revoluciones sino los campesinos. Y por cierto, muchas de las revoluciones

han sido hechas por los campesinos. Sin embargo, esas no han sido revoluciones comunistas, aunque propagandísticamente se dijo que lo eran. En realidad, todavía no ha llegado el momento culminante de la revolución comunista. Es posible que una revolución campesina devenga en revolución socialista, pero esto no ha ocurrido, no se ha logrado de manera integral. Todas ellas han sido revoluciones burguesas, que desarrollan al capitalismo, que democratizan situaciones atrasadas, etc., y generalmente modernizan distintos países, según dije más arriba.

El *Adiós al proletariado*, de André Gorz, por un lado fue premonitorio del abandono muchos respecto de las metas proletario-comunistas; de otro lado, fue prematuro y por demás equívoco. Hoy el mundo capitalista contraargumenta y dice ¡bienvenido el proletariado!

#### 10. Autogestión y representatividad

Lo anterior conduce a entender que la meta de la revolución mundial es la *dictadura del proletariado*, entendiendo ésta como la *autogestión democrática de la sociedad proletarizada*,<sup>164</sup> tanto de la producción como del consumo humanos en todos sus niveles.

Y bien, cabe el reparo que señala que si se habla de autogestión directa se olvida la representatividad.

En efecto, ¿qué hacemos con la legitimación y el consenso, con los procesos políticos de representación social, tan importantes para la democracia burguesa y seguramente también para la democracia comunista? Quizá en sociedades muy pequeñas, donde todo mundo se conozca y ocurra la autogestión directa de la producción y el consumo, no se requiera de representación política y los productores y los consumidores directos sean los que gestionen sus vidas; pero en sociedades complejas —se dice— como las contemporáneas, con millones de pobladores, se complejizan todos los procesos institucionales, culturales y políticos, así que se obliga la representatividad como instrumento de gestión democrática.

---

<sup>164</sup> Cfr. mi *Leer nuestro tiempo. Leer el Manifiesto del Partido Comunista. A 150 años de la publicación del Manifiesto del Partido Comunista*, Editorial Itaca, México, 1998.

En primer lugar, me parece que es falsa la oposición —si alguien pudiera sostenerla— entre autogestión y representatividad, entre la gestión directa de los productores y consumidores y la representatividad que obligadamente es mediada de manera política.

Los planteamientos consejistas de Anton Pannekoek o de Amadeo Bordiga —de distinta naturaleza pero ambos consejistas—, en sus aspectos más extremistas, y confrontándose con el parlamentarismo de la socialdemocracia o, luego, de los partidos comunistas, es decir, contra corrientes reformistas o contra el stalinismo, se recorrieron hacia posiciones de corte cada vez más anarquista que insistían en la desvirtuación o en la desvaloración de la representatividad política parlamentaria.

La crítica al parlamentarismo por supuesto que es pertinente; sin embargo, no cabe desvalorar de manera completa toda posibilidad de gestión política representativa aunque sea —legítimamente— insistiendo en el trabajo de base, con la gente, en la colonia, en la fábrica, en los consejos de obreros y campesinos y soldados; en fin, en la autogestión directa de la producción y del consumo.

Por eso pudo creerse que la representatividad mediada de la política era incompatible con la autogestión directa de consumidores y de productores. Es muy posible que en distintos textos consejistas extremos se llegue a este exceso, pero de cualquier manera esa no es la tesis consejista original. Error simétricamente complementario cometieron todos los —por así decirlo— “representativistas” al olvidar la autogestión directa.

Hay que recordar, por ejemplo, el programa del Partido Comunista de los Trabajadores Alemanes (KAPD) —que fue una escisión del partido socialdemócrata y del partido comunista stalinizado o bolchevizado y que construyó un programa consejista—. Este programa presenta innúmeras deficiencias pero intenta resolver el problema de la *relación* entre la gestión directa de la producción y el consumo y la representación mediada de la política, insistiendo en que el conjunto de los consejos industriales y agrícolas, a su vez, encuentra síntesis en nuevos consejos representativos hasta lograr un consejo nacional. Así pues, sin renunciar al consejismo y a la autogestión de su metabolismo social, tanto de manera inmediata

técnico-fabril como consumtiva, el conjunto de productores elige a los mismos representantes de base para que luego pasen a ser representantes de sus centros de trabajo en instancias cada vez más mediadas, igualmente democráticas y consejistas. De tal suerte, son estos mismos productores los que gestionan también el conjunto de su vida social, política y cultural. Esta es la imagen que muestra el consejismo integral y, en fin, el programa del KAPD al que antes aludí.

Por aquí ya se observa que hay experiencias históricas y propuestas programáticas en donde no se oponen la representatividad política y la autogestión. Más bien, la representatividad y el consenso ocurren bajo nueva base.

La esencia del planteamiento consejista y de la democracia de base proletaria comunista consiste en *insistir* en las bases, no en decir que *solamente* existen las bases, en insistir en la autogestión, en el control de los procesos básicos de producción y reproducción de la sociedad, no en decir que la sociedad se reduce a consumir y a producir como animales. Hay procesos políticos libertarios, hay procesos culturales trascendentes que no se agotan en la producción y el consumo de los bienes materiales inmediatos. Y bien, ¿cómo llevar a cabo esta gestión de libertades cada vez más mediada y compleja que engloba a la sociedad? Según el planteamiento marxista desarrollado por los consejistas, esta forma integrada de autogestión consiste en que la representatividad y el consenso se dan sobre una *nueva base*, pues no están desligados de los procesos productivos y consumtivos inmediatos, como ocurre bajo el capitalismo.

Primero, en el capitalismo cada fábrica se encuentra desligada de la otra por la propiedad privada. La producción se encuentra atomizada, y cada consumidor se encuentra aislado respecto del otro porque son propietarios privados de sus bienes de consumo; así, toda la producción y todo el consumo se encuentran escindidos. Atomizadas la base productiva y la base consumtiva, es decir, atomizada toda la base económica, ésta se escinde o se aliena, se extraña respecto de la política. Este extrañamiento o autonomización de la política respecto de las bases que producen al sistema es el núcleo posibilitante de la enajenación social, de la opresión no sólo económica sino también política, de la manipulación política y del parlamentarismo. Esta representatividad es manipulación de las masas

y no es la que permite un desarrollo auténtico de la democracia sino apenas una democracia formal que manipula las libertades de los ciudadanos.

Es contra este tipo de representatividad que se alza la tesis de volver a las bases, volver a las raíces productivas y consumptivas de la sociedad y, a partir de ello, construir un *nuevo proceso de representatividad y de consenso* que responda a los consumidores y a los productores directos, que gestione las libertades de éstos, y ello en la misma medida en que coincidan las necesidades productivas y consumptivas de éstos, no que las libertades contravengan a las necesidades y que una libertad se contraponga con otra. Así pues, no se trata de una representatividad y un consenso atomizados sino integrados, solidarios, con base autogestiva o de control por parte del conjunto de la población. Los propios representantes son directamente emanados de las bases consumptivas y productivas. Esta sería la idea de fondo. Más allá de posibles errores particulares, creo que es perfectamente sostenible la idea de que no se oponen la autogestión directa de la producción y el consumo con la representatividad política mediada sino que habría manera de integrarlas. Simplemente esboqué una posible.

Lo anterior abre la siguiente pregunta: ¿cuál es la táctica actual de la revolución comunista, las elecciones o la toma del poder por la violencia?

### *11. Táctica violenta y táctica pacífica*

Si queremos comparar las ideas del *Manifiesto del Partido Comunista*, en particular aquella de la toma del poder político, especialmente mediante la violencia, con cualquier propuesta actual —por ejemplo, de algún partido comunista—, no hay que hacerlo inmediateístamente tomando la palabra “comunista” del partido en cuestión como si fuera la verdad —como si verdaderamente fuera comunista—. En realidad tenemos una diversidad de perspectivas comunistas actuales; unas muy alejadas de lo que el *Manifiesto* dijera, otras más cercanas. La palabra “comunista” está muy maltrecha; un poco menos maltrecha que la palabra “socialismo”, respecto de la que en la URSS quedó troquelado un cliché histórico, objetivo, geográfico, político, etc. Así que hay que analizar las ideas con cuidado y llevar a cabo la comparación con matiz.

Ahora bien, más allá de la comparación entre lo que dicen los actuales partidos comunistas, o los de raigambre eurocomunista y lo que decía el *Manifiesto*, me interesa el hecho real: ¿cómo podría ser actualmente la revolución comunista? Es decir, con países capitalistas enemigos por todos lados, a cual más potentes, con armamento bélico que abrumba (por no decir que asesina) con la bomba atómica o con las múltiples bombas atómicas pendientes sobre las cabezas de todo mundo, etc. Y esto solamente para hablar del poderío armamentístico del capitalismo. Pero además observamos la confusión que reina en las filas del sujeto revolucionario, del proletariado. Difícilmente coinciden luchas tan opuestas como, por ejemplo, las luchas raciales o fundamentalistas, por un lado o, por otro, las luchas del movimiento gay o del feminismo etc., difícilmente coinciden, difícilmente se reconocen unos proletarios con otros. Así pues, no solamente enfrentamos un poderío abrumador del capital y un poderío destructivo sobreabundante sino que también padecemos una confusión, una dispersión en el conjunto de los sujetos humanos, en el sujeto revolucionario posible.

Por supuesto, como hay tal grado de opresión en conexión con este dominio capitalista mundializado, igualmente hay subversiones múltiples de todo tipo en el orbe. Hay rebeldía, hay mucha violencia. Sin embargo, todas estas luchas son en el fondo luchas por la sobrevivencia. Esto es, se presentan como luchas por la democracia, por la aceptación de preferencias sexuales o contra la opresión femenina, etc., esta es su *forma* pero, en realidad, por el contenido que les ha dado el capitalismo, son luchas por la sobrevivencia.

Todo mundo está luchando por sobrevivir. Y en efecto, para sobrevivir hay que democratizar, hay que exigir un aumento de salario; para sobrevivir hay que tomar las armas y defenderse en las montañas, etc. Todas son luchas por la sobrevivencia frente a un capitalismo que avasalla.

En este momento la lucha por la *democracia* es simultáneamente lucha por la *sobrevivencia* y, en algunos de los elementos de vanguardia más importantes, esa lucha coincide con la lucha por una nueva sociedad, por el socialismo, por el comunismo, etc.

En síntesis, se da un peculiar fenómeno, todo se encuentra en un mismo punto: la lucha por la sobrevivencia. El objetivo

inmediato coincide con el objetivo final. En el capitalismo mundial se da este fenómeno multiplicado de mil modos, con distintas figuras. La disyuntiva es socialismo o barbarie. Lo que pasa es que, simultáneamente, no podemos reconocer esas luchas como luchas por el socialismo porque para muchos el socialismo no significa nada. Pero en la medida en que las gentes sobreviven, se democratizan o logran que se afirme una preferencia sexual, o cada vez que logran sobrevivir en cualquier ámbito del entramado social en que se da la lucha, mantienen la posibilidad de conectarse con otra lucha que sobreviva, y todas ellas tienen elementos de trascendencia, apuntan hacia un lugar que no es el capital: hacia un lugar cultural que no es el capital; hacia un lugar político que no es el capital; hacia un lugar económico que no es el capital; hacia un lugar de cotidianidad que no es el del capitalismo.

No obstante, el capitalismo puede mantener en un mismo edificio viviendo a un reaccionario, a alguien que pertenece al PRD, a alguien que es gay y que renuncia o se esconde de serlo, a otro que es gay pero que lo muestra abiertamente, etc. Hay democracia y pluralismo entre comillas y todas las luchas se ven como que pueden coexistir. Sin embargo, insisto, hay que observar que todas estas luchas tienen por *contenido* la sobrevivencia y, simultáneamente, alguna mediación democratizadora; pero además tienen por contenido un objetivo final que en algunos casos está siendo formulado explícitamente por quien enarbola la lucha. En la mayor parte de los casos este contenido final trascendente no está siendo formulado explícitamente, pero objetivamente se encuentra presente en esa lucha.

En estas condiciones difícilmente se puede esperar que no haya violencia. Hay violencia por todos lados y hay constantes intentos de tomar el poder violentamente, sea el poder político o cualquier poder; por ejemplo, hay que tomar por la violencia el poder de las riendas de mi hogar. A veces la lucha es más o menos pacífica, pero siempre llega el momento de la violencia. Este conjunto de violencias se está eslabonando. El capital “tiene la sartén por el mango” en lo que se refiere a la violencia. El capital está desplegando violencia armada y violencia de múltiples tipos en contra de las gentes. Antes de que te asesinen te someten con todos los medios civilizatorios y culturales aparentemente pacíficos —no solamente los medios de

comunicación— que constituyen el conjunto de los medios de consumo que ingerimos, vestimos, usamos, transitamos, etc. Hay una *pacificación forzada*, una *violencia estructural osificada* en el conjunto del planeta.

Este es el modo en que el capital ha logrado mantenerse vigente sobre la Tierra. No obstante que el proletariado esté integrado por de miles de millones de gentes en la actualidad, y no obstante que hace 150 años apareció con toda nitidez un conjunto de ideas que tienen el poder de unificar revolucionariamente al proletariado, el capitalismo ha podido desestructurar a la *conciencia* al desestructurar el *cuerpo* de las gentes, su *cotidianeidad*.

Junto a la *amenaza* constante de la bomba atómica está la guerra *constante* llevada a cabo por el capital en contra de los cuerpos y las mentes de toda la población. Esta ha sido la manera —así dicho, muy resumidamente, es lo que entiendo por “subordinación real del consumo bajo el capital”— mediante la cual el capitalismo ha podido mantenerse en pie, dominando el capital industrial de manera totalitaria.

Digo totalitaria no sólo entendiéndolo por el contenido de lo “total” a la política, sino tomando en cuenta la expansión de la política más allá de la política formal, hacia la economía, hacia las dimensiones corporales, culturales y cotidianas. Hay un *totalitarismo integral*. Sin embargo, uno de los precios que tiene que pagar el capitalismo por este logro es una serie de disfunciones también planetarias de orden ecológico.

La primera ecología que ha quedado lesionada es la de los sujetos humanos. De ahí la fisiología decadente que mostramos actualmente, la neurosis, la esquizofrenia, etc. Toda la ecología humana queda puesta en crisis, pero también la ecología más allá de la naturaleza humana: la ecología del planeta muestra catástrofes a cada momento y anuncia catástrofes mayores cada vez.

En este entramado habría que diferenciar entre la revolución burguesa y la revolución proletaria de la que habla el *Manifiesto del Partido Comunista*. Las condiciones de capitalismo salvaje llevan a cabo una especie de *retroceso histórico* en el sistema capitalista. No vamos más allá del capitalismo, hacia el feudalismo, hacia el esclavismo, etc., sino que dentro del capitalismo la burguesía —el capital— retrocede no sólo respecto de sus promesas sino respecto de sus metas previa-

mente logradas. La modernidad prometía, la posmodernidad dice que no tiene sentido prometer nada; que la igualdad, la fraternidad, la justicia, han dejado de ser proyectos viables; son utópicos. En todo caso, donde haya justicia hay justicia y donde hay injusticia habrá injusticia. Es un problema de tópicos, no de esperanza o de promesa por cumplir.

El capitalismo retrocede dentro de sí mismo, hay un *termidor integral* generalizado, así que las masas constantemente tienen que desarrollar sus luchas más allá tan sólo para poder sobrevivir. La lucha por la *sobrevivencia* coincide con la lucha por la *democratización* y ambas luchas coinciden con la lucha por el *socialismo* y por el comunismo. Todo se concentra en el mismo punto, a veces explícitamente, a veces implícitamente. La gente no tiene conciencia del suceso. La *instantaneidad* que promueven los medios de comunicación —según palabras de Marshall Mc Luhan<sup>165</sup>—, al interconectar al mundo en su conjunto, se ve duplicada o refigurada en el instantaneísmo con que el conjunto de las perspectivas de lucha política se concentran en el mismo espacio y en el mismo tiempo.

Esto tiene dos ventajas para el sistema. En primer lugar, te obliga a que luches cuando él quiere, él pone siempre el terreno de lucha, siempre te tiene atenazado. No puedes luchar cuando tú quieras, no te da tiempo para pensar. Nos vemos obligados a luchar no cuando estemos unidos, no cuando haya solidaridad, sino cuando o luchas ya o mueres. En fin, tienes que luchar cuando no tengas armas, cuando no entiendas por qué luchas.

La segunda ventaja para el sistema consiste en que, junto con el *retroceso histórico*, con este *termidor integral*, obliga a que las gentes luchen por sobrevivir y aunque dan la vida por ello lo más que alcanzan es a estar como estábamos ayer, a lo más que pueden aspirar es a metas burguesas logradas hace 100, 150 o 200 años.

En México, por ejemplo, hay que luchar por la reforma electoral. ¡Es ridículo! Hay que luchar porque haya democracia en México, como si no hubiera capitalismo industrial en México hace 150 años. Las metas otra vez vuelven a ser las mismas de Madero. Nada más que ahora tenemos licuadoras,

---

<sup>165</sup> Cfr. su *El medio es el mensaje*, Editorial Paidós, Barcelona, 1987.

automóviles, aviones, internet. Fue muy interesante ver que Cárdenas en 1988 le enfrentara la Constitución Mexicana al PRI. Esto sigue siendo vigente todavía, pero esto no significa que esa sea la única lucha posible ni lo único que hay que enfrentarle al PRI o al gobierno. Lo sintomático, lo resaltante, es que fue apenas hace 10 años, que el sistema en su conjunto llevó a cabo un retroceso de 90 años.

En fin, estas son las dos ventajas del instantaneísmo de los *media* a nivel mundial y del instantaneísmo que hace simultáneas todas las metas políticas en el mismo espacio y tiempo: nos obliga a dar una lucha forzada, en *desventaja* y extemporánea o retrasada en sus metas.

De tal modo, hay mucho que desarrollar a nivel de la sociedad civil, difícilmente aparece como actual la revolución comunista. Vivimos una época de inactualización de la revolución comunista, de la toma del poder por el proletariado para que éste inaugure una sociedad socialista.

Si el proletariado tomara el poder en un país como el nuestro, muy posiblemente tendría que producir capitalismo, tendría que gestionar una sociedad capitalista. Y en otros lugares más desarrollados en los que más difícilmente podría tomar el poder, simplemente se ha vuelto inactual la revolución.

La revolución burguesa se ha vuelto actual. El conjunto de las luchas de liberación nacional sucedidas durante la segunda posguerra y hasta la fecha han sido luchas democrático-burguesas. Estas luchas muchas veces pretendieron instaurar democracias populares, socialistas o cuasi, etc., pero en realidad fueron luchas por desarrollar una modalidad de capitalismo que destruyera menos a las masas que la modalidad de desarrollo capitalista anterior.

Se ha vuelto inactual la revolución comunista y se ha vuelto actual la revolución burguesa. Pero, como digo, la lucha por la sobrevivencia y la lucha por la democracia coinciden en el mismo instante, espacio y tiempo, y estas luchas coinciden también con la lucha por el comunismo. He ahí la paradoja completa.

Esta paradoja hace que sea fácil confundir revolución comunista y revolución burguesa. Tanto más necesario es establecer constantemente la diferencia conceptual y saber lo que realmente produjimos y hacia donde nos dirigimos para no ser

recuperados, una y otra vez, por el sistema mundial capitalista. Es imprescindible tener siempre a disposición algún elemento trascendente, sea práctico o de conciencia u organizativo para no quedar preso en lo dado ni caer en depresión por frustración.

Hay mucho que desarrollar a nivel de la sociedad civil porque es mucha la opresión, porque se ha vuelto inactual la revolución comunista de cuerpo entero, porque se ha vuelto constantemente actual la revolución burguesa y ésta muchas veces toma el aspecto de revolución comunista, o muchas veces quienes la despliegan tienen que ser los comunistas, o los proletarios, o las etnias chiapanecas, etc. Estas son las paradojas de nuestra época.

Otra paradoja es la de que frente a tanta violencia, frente a la sobreabundancia de la violencia, ¿cómo se contesta con violencia? Frente a la bomba atómica, frente a la primera o la segunda guerra mundial, etc., ¿cómo se contesta con violencia a esa violencia? La medida de la violencia desplegada por el capital parece exceder las posibilidades de respuesta de la contraviolencia revolucionaria.

Hay puntos en que la única violencia contra la violencia es la pacificación, el movimiento por la paz. Por supuesto que ésta no es la única violencia contra la violencia; también hay otros momentos en que se pueden dirigir las armas en contra de las armas que te están apuntando y ya te están disparando. Pero no debemos olvidar el movimiento pacifista como movimiento en *contra* de la violencia, como una *violencia operada contra la violencia*. Y esto va a ser cada vez más vigente en condiciones de hecatombe nuclear, de destrucción y de catástrofe ecológica, etc., etc. Es decir, que la lucha pacifista va a ser cada vez más vigente, paradójicamente, de manera que se realice la noción del *Manifiesto del Partido Comunista* de tomar el poder por la violencia pero al modo de Gandhi en su lucha contra el imperio británico.

Insisto en que no es ésta la única manera de enfrentar al sistema, pero que ésta tendencialmente debe crecer. Sobre todo no de manera local, pues las luchas locales son generalmente muy violentas porque el capitalismo obliga a pelear con los dientes y las uñas para no quedar suprimido, así que te obliga a contestar violentamente porque también él tiene muchos recursos violentos y entonces cree factible que en cada

lucha local que se despliegue con violencia él podrá reprimirla y triunfar.

Pero cada vez también las luchas serán menos locales, más globales, más regionales, más nacionales, más internacionales, más luchas en donde se ponga en cuestión la sobrevivencia del género humano, más luchas en contra de las catástrofes ecológicas o de las catástrofes que producen las empresas trasnacionales en grandes masas poblacionales que no son solamente de un país sino de varios, etc., etc.

Cuando los distintos pobladores se den cuenta de que su lucha tiene un mismo motivo y ese motivo es la empresa Volkswagen, la Bayer o la Ford, etc., y que ésta es una empresa trasnacional, las luchas irán tomando un carácter cada vez más global y no solamente localizado, y al salirse del nivel localizado también deberán mostrar rasgos cada vez más pacíficos, lo que no significa pasmados ni estúpidos. Significa que hay que irse con cuidado con un enemigo más poderoso. Cuando le puedas ganar, pégale; cuando no, espérate o desármalo o unifica a más gente en su contra, etc.

Entre luchas pacíficas y luchas violentas que se multiplican en el entramado social mundial, hay mucho que desarrollar a nivel de la sociedad civil. Lo mismo la lucha de autogestión de distintos ámbitos, la lucha consejista, que la lucha pacifista, etc. Habrá muchas huelgas, habrá muchas tomas del poder en distintas naciones, sobre todo del Tercer Mundo, que pueden ser reintegradas al sistema capitalista, que pueden creer que llegaron a construir el socialismo y más bien construyeron otro tipo de capitalismo, etc.

Este *termidor integral generalizado* que el mercado mundial promueve produce estos efectos materiales fetichistas, estos simulacros epocales múltiples. Pero en medio de estas luchas pacíficas y estas luchas violentas hay un crecimiento acumulativo de la *sobrevivencia* del sujeto social que cada vez más es una *sobrevivencia politizada* o conquistada en la lucha. No es una sobrevivencia simplemente biológica o de la especie, es una *sobrevivencia politizada, democratizada y, cada vez más comunista*, cada vez más consciente de su situación inmediata y de sus objetivos finales.

Es particularmente ilustrativo que el hecho de que los niños de las etnias chiapanecas morían en mayor número que los nacimientos haya obligado a los indígenas a tomar con-

ciencia de que ya no se podía seguir luchando de la manera anterior, esperando de papá gobierno, del PRI, de un cacique, para que ellos resolvieran las cosas; había que tomar las armas, había que organizarse e ir más allá de la propia conciencia étnica, hacia una conciencia democrática y hacia una conciencia comunista.

De momento no me importa qué tan heterodoxa u ortodoxa haya sido esta opción. Lo que me importa es señalar cómo en torno al hecho inmediato de la *sobrevivencia* se concentró el hecho de la *democratización* y el hecho de la misión trascendente, *comunista*, socialista, y que éste es el camino que todos vamos a seguir.

Como dice la canción de *Midnight Rambler*, de los Rolling Stones, cuando habla del vagabundo de medianoche que por violento degüella a la persona que se encuentra en la casa que está asaltando, "*everybody got to go*". Ése es el camino que vamos a seguir todos en la noche de los tiempos, la noche de la violencia por sobrevivir. Por sobrevivir llegaremos al comunismo.

La revolución comunista es inactual *porque* lo que prevalece y se le emplasta encima es un retroceso histórico dentro del capitalismo; pero entonces la revolución burguesa que se convierte en completamente actual de fondo conlleva revolución comunista.

O nos percatamos de este instantaneísmo que nos impone una lucha por la sobrevivencia y al mismo tiempo por los objetivos finales, o vamos a ser destruidos sin darnos cuenta ni de qué nos destruyó.

Es distinto comer como animal que comer humanamente y también es distinto sufrir como animal que sufrir humanamente, sabiendo qué es lo que está pasando, y cómo le ha ido a mis hermanos, y por qué estábamos luchando y quién enloqueció y por qué, y si lo puedo salvar, si le puedo echar la mano o no, y por qué no puedo, y cuántas deficiencias tuvimos para hacerlo.

En todo caso, hay un *crecimiento acumulativo de todas las sobrevivencias* y estas sobrevivencias cada vez están más politizadas; cada vez son menos individuales y más grupales; cada vez son más autogestivas; cada vez más tienen la forma de consejo democrático, de acuerdo cara a cara, y cada vez están más armadas tanto con conceptos como con armas de carne y

hueso, o con armas de fuego.

De lo anterior se desprende que es falsa la disyuntiva entre las elecciones y la violencia. Es necesario utilizar todas las armas, tanto las elecciones como las armas de fuego. Ningún arma puede quedar fuera. La condición histórica intrascendible para el capitalismo es que la toma del poder es violenta. Si habrá toma del poder será violenta; cuando sea local será violenta; cuando sea nacional será violenta; cuando sea mundial o internacional, también será violenta. Y ésto si se puede tomar el poder; si no se puede, nos irá peor. O socialismo o barbarie. En medio hay múltiples luchas por la sobrevivencia que acumulan experiencias y acumulan islas relativamente liberadas.

Ese conjunto de *islas* relativamente liberadas cada vez es una *red* más vasta, y cada vez es más consciente no solamente de su inmediatez sino de sus objetivos finales. Al crecer es inevitable que se planteen interrogantes que rompen su aislamiento; interrogantes tales como ¿qué tengo yo que ver con el otro?, ¿qué tiene que ver la lucha económica con la lucha política?, ¿qué tiene que ver la lucha política con la lucha cultural?, ¿qué tiene que ver la lucha cultural con la lucha por la vida cotidiana?, ¿qué tiene que ver esta lucha particular, esta micropolítica —para retomar un término caro a Michel Foucault— con la macropolítica?

Ante la catástrofe ecológica que se prepara, ante la insustentabilidad de las economías de todo el orbe, ante las amenazas de guerra local o de guerra mundial, difícilmente puede plantearse una lucha inmediatezista y mezquina de meros intereses privados. Ante este peligro que irá en crecimiento en los próximos años, se ofrece ante nosotros la lucha de la revolución comunista que simultáneamente es lucha por la sobrevivencia de la humanidad.

Actualmente, o la humanidad es comunista o se muere. Eso es lo que muestran los tiempos, lo que ha producido la tecnología capitalista, el dominio del capital industrial a nivel mundial. Tienes que tomar conciencia de que ya eres comunista y que *por eso* estás sobreviviendo: por lo que tienes de comunista; porque no te quedaste sólo; porque no enloqueciste; porque ayudaste a otro; porque fuiste solidario con otro; porque otro te dio solidaridad; porque luchaste brazo con brazo por un palmo de tierra, por un palmo de algo y creer en ca-

da una de estas tomas de posición.

O tomas conciencia de que sobreviviste por ser comunista y desarrollas este comunismo, o el siguiente paso ya no lo das tú sino lo da el sistema y lo da para que te guíes hacia la muerte. Ya no puedes mantener tu sobrevivencia. Se sobrevive porque se objetivó en algo lo comunista, y si en el siguiente paso se logra sobrevivir será bajo condiciones cada vez más duras, así que solamente se logra avanzar si se logra tener conciencia del objetivo que guía al movimiento.

Hay una puesta en cuestión radical del sujeto hasta la muerte. Esta puesta en cuestión radical y hasta la muerte del sujeto humano, del sujeto revolucionario, significa que éste debe contestar ante el cuestionamiento. Y el sujeto contesta con ideas y con acciones. Ese cuestionamiento va desde los intestinos al corazón, al hígado, al cerebro, a la sexualidad de las gentes, etc. Éstas empiezan a contestar, primero, fisiológicamente, visceralmente, pero también desarrollan conciencia y organización. El cuestionamiento es radical y la respuesta va siendo cada vez más radical; hasta construir una noción claramente comunista de lo que me está pasando, claramente libertaria, claramente diferenciadora de lo que el capitalismo quería confundir. El capitalismo intenta poner todo en un mismo plano para que yo, constantemente ocupado en la lucha por la sobrevivencia, no pueda pensar en una lucha más trascendente que esa; todo me lo pone en el mismo saco para que yo no pueda más que ocuparme de trivialidades, siempre de lo intrascendente, nunca de cosas trascendentes.

Ciertamente, la revolución comunista está en curso. No es para mañana, no es para pasado mañana, no es para dentro de 10 años; ya empezó. Pero empezó bajo esta figura paradójica en la que queda nimbada por la actualidad de la revolución burguesa desplegada en aras de la propia sobrevivencia de las masas antiburguesas.

La catástrofe ecológica se viene encima, hay que acumular muchas islas liberadas, lo más políticamente conscientes posible, es decir, no solamente liberadas espontáneamente y no solamente porque se logró la sobrevivencia aquí y allá.

Hay que lograr a nivel del conjunto de la sociedad civil de todo el planeta que haya cada vez más lugares liberados y conscientes de sus metas democráticas y de sus metas comunistas.

El momento del *desarrollo de la conciencia se ha vuelto una necesidad virulenta, radical, del sujeto proletario en su conjunto*. O éste pone en acuerdo de manera generalizada una conciencia desarrollada con el cuerpo inmenso, multimillonario que posee el sujeto proletario actualmente, o el cuestionamiento del capitalismo correrá a favor del capitalismo y muy posiblemente en contra de la vida sobre el planeta.

Las catástrofes ecológicas que se avecinan obligan a que el conjunto de las islas liberadas, política, social, ecológica, cultural, fisiológicamente, etc., del conjunto del planeta sean cada vez más conscientes para poder enfrentar al capitalismo y a esa crisis ecológica.

Las dos fuentes de la riqueza, el trabajo —el sujeto humano trabajador— y la naturaleza, están siendo depredadas crecientemente por el capital, es decir, por el sometimiento real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital. No es casual que la lucha por la ecología coincida con la lucha por el comunismo, la lucha por la sobrevivencia en medio de catástrofes ecológicas con la lucha por la conciencia de clase revolucionaria.

Dentro de este conjunto de luchas, en donde ninguna toma el poder ni construye al socialismo pero, sin embargo, se está objetivando la sobrevivencia, la democratización y, en cierta medida, la actualización de la revolución comunista so capa de revolución burguesa, es posible que ocurran algunas figuras de socialismo nacional, es decir, que el proletariado tome el poder político sin construir países capitalistas de nuevo tipo. En los próximos años esto quizá sea posible y quizá también el conjunto de los restantes países capitalistas se vean obligados a respetarlo. Tanto esa toma del poder como el respeto de los restantes países capitalistas tienen que ser logrados *por la violencia*.

El apoyo de la sociedad civil mundial al movimiento del EZLN, sin que éste haya tomado todavía el poder, muestra germinalmente una situación en la que la existencia de zonas liberadas del planeta genera la conciencia de que lo que está en juego a 10,000 kms. de distancia tiene que ver conmigo aquí. Si de alguna manera puede frenarse al capitalismo para que no hunda a un país socialista recién surgido, y que sea real el socialismo en ese sitio, es ésta. Estoy hablando de los próximos 5, 10 o 150 años; no le pongo fecha, estoy diciendo

que hay una lucha acumulativa muy grande, epocal, y que posiblemente en el interior de esa lucha acumulativa se den cambios cualitativos, socialismos nacionales, pero que habrá que defenderlos internacionalmente desde todas las áreas de autogestión (consejismo, huelgas, frentes, partidos) existentes en el conjunto de los ámbitos de la sociedad civil mundial que queden sobreviviendo democratizadas y con conciencia comunista trascendente.

Con esta reflexión en torno a la pregunta de si el camino es la violencia o las elecciones he querido mostrar que esta pregunta no es particular sino muy compleja.

*11.1. No tomar el poder, mandar obedeciendo  
y proletariado versus sociedad civil*

Añado tres reflexiones generales que se ejemplifican bien en torno a cuestiones suscitadas por la emergencia del EZLN en la escena mexicana y mundial. Las preguntas acerca del zapatismo importan mucho a las gentes.

*1. Disyuntiva entre la toma del poder político que propugna el Manifiesto y la renuncia a tomar el poder político*

Esta disyuntiva no la plantean los zapatistas. En la introducción de mi libro, *Leer nuestro tiempo. Leer el Manifiesto*, intento diferenciar entre lo que dice directamente el discurso zapatista —por ejemplo, del subcomandante Marcos— y lo que asumen algunos seguidores del zapatismo, que es otra cosa y que, en general, presenta rasgos sumamente incoherentes. No es el caso de todos los zapatistas ni de todos los seguidores del zapatismo, pero sí de algunos que a cuento del zapatismo chapotean muchas cosas en contra del marxismo, o en contra del *Manifiesto*.

A mí me pareció ver que el planteamiento zapatista de la renuncia a tomar el poder no es de carácter absoluto sino una referencia a la parte frentista de la lucha del zapatismo —el Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN)—, lo cual no incluye al zapatismo en su conjunto.

En efecto, en la Cuarta Declaración de la Selva Lacandona se restringe este planteamiento al FZLN. Es importante no solamente señalar eso sino indicar que las condiciones objetivas mundiales no solamente determinan como táctica no tomar el

poder, sino que, en realidad, esto se ha vuelto muy difícil, así que es viable una táctica que explícitamente dice que no tomaremos el poder. En fin, esto lo discuto más ampliamente en el texto aludido.

La idea de “mandar obedeciendo” no es nueva sino una forma nueva de decirlo. Es justamente la forma de luchar de las luchas democráticas. Las luchas democráticas que han sido desplegadas a lo largo de toda la historia del capitalismo por los sometidos han sido luchas fundamentalmente proletarias. Es la forma comunista de luchar. También Mao Tse Tung habló de servir al pueblo. Era otra manera de decirlo, un poco populistamente pero también aludía al mandar obedeciendo, al hecho de que el representante no se atribuya cosas que no tienen que ver con las bases a las que representa.

En toda lucha deberá haber representantes, líderes, dirigentes, gente que sabe combatir mejor que otros; unos que saben combatir mejor con la cabeza, otros mejor con el cuerpo, o con las armas, o bien organizativamente o agitativamente. Hay distintas maneras de estar en la vanguardia de la lucha, y entonces obligadamente hay representantes de todo tipo que son mejores que otros que vienen atrás y apoyan. Es muy importante que estos dirigentes trabajen *sirviendo* al conjunto de los que representan, que manden obedeciendo. Son nuevas formas de decirlo, pero el contenido es el de las luchas históricas proletarias y de los oprimidos en general por la democracia.

Creo que no es cierto que para el EZLN el sujeto dejó de ser el proletariado y es más bien la sociedad civil. La sociedad civil en realidad no es un sujeto coherente. El proletariado actualmente no es coherente pero podría serlo; podría cohesionarse como clase. La sociedad civil está constituida por una multiplicidad de sujetos individuales y de sujetos grupales. En la sociedad civil hay que luchar por la superación de la dispersión entre esos múltiples sujetos, y en la medida en que la mayor parte de la humanidad se ha proletarizado, la lucha de la sociedad civil es coincidente con la lucha proletaria o ambas pueden hacerse coincidir.

No hay que plantear la *antinomía* o proletariado o sociedad civil, sea a favor de la sociedad civil o del proletariado. La humanidad se está proletarizando y la forma civil de sociedad que le impone el capital a la humanidad para encasillarla, pa-

ra atomizarla, para mantenerla dominada, también puede ser subvertida constantemente por esa misma sociedad así encaillada.

Sobre todo en las condiciones de capitalismo mundializado, en que la humanidad ha devenido en proletaria, y conforme esta tendencia más se perfeccione, menos hay que oponer sociedad civil con proletariado. Más bien hay que hacer que coincidan.

### *12. Revolución de 1848 y revolución comunista mundial*

La revolución de 1848 suscitó la redacción del *Manifiesto del Partido Comunista*. Pero en ese libro se piensa no sólo la revolución del 48 sino la futura revolución mundial específicamente comunista. Esta idea que no nació en 1848 pero sí adquirió concreción en ese año. Sobre todo fue en el umbral de aquella revolución en el que ya se sentía inminente la explosión social, en el que esa idea germinó. Revolución de 1848 y revolución mundial comunista guardan una *relación esencial objetiva* entre sí, misma que ha sido transfigurada durante 150 años de historia de la sociedad burguesa, a la par que ésta se globalizaba.

Eduard Bernstein y el leninismo abolieron la relación entre la revolución de 1848 y la revolución comunista mundial en gracia a que las *identificaron* —esto es, de dos cosas hicieron una—, si bien de modos distintos. Karl Korsch también abolió dicha relación toda vez que pensaba que, o no cupo otra actuación de Marx en la revolución del 48 sino la burguesa, o pudo ser otra pero no fue. Korsch parece implicar un psiquismo retorcido en los redactores del *Manifiesto del Partido Comunista* o por lo menos una vocación comunista muy endeble. Así que, para Korsch, la relación entre la revolución de 1848 y la revolución comunista mundial, si puede haberla, depende de un trazo subjetivo, sea psicológico o político.

En el presente libro nos hemos ocupado en esclarecer la *relación esencial y objetiva* de estos dos fenómenos históricos diferentes pero imbricados esclareciendo, primero, la revolución de 1848 en cuanto tal, luego, nuestro presente. Encontramos que existe un extraño pasaje secreto que comunica a la revolución de 1848 con la situación actual del mundo, así como a la revolución mundial en curso con la revolución mundial po-

sible.

Favorecer esta posibilidad pasa por esclarecerla. Se trata de un trabajo de muchos que en cada aporte individual — como es el caso del presente libro— ya actualiza en algo esa posibilidad mediante el procedimiento de transformar lo que es “crisis del marxismo” en puesta en cuestión o puesta en crisis de la sociedad burguesa actual.

Esta transformación se opera a través de lograr precisión acerca del desarrollo histórico capitalista y, por ende, de las raíces de la crisis del marxismo y de ésta en cuanto tal. Pues la sociedad burguesa ha logrado parapetarse/encubrirse a través de éstas y otras capas sucesivas fenoménicas e ideológicas. El presente trabajo busca, por ello, invitar y suscitar la discusión en torno al tema que expone.